BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

71

FELIPE SALVADOR GILIJ

ENSAYO DE HISTORIA AMERICANA

TRADUCCION Y ESTUDIO PRELIMINAR
DE
ANTONIO TOVAR

TOMO I

FUENTES PARA LA HISTORIA COLONIAL DE VENEZUELA
CARACAS - 1965

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE LA HISTORIA

ENSAYO DE HISTORIA AMERICANA

Director de la Academia Nacional de la Historia:

Cristóbal L. Mendoza

Comisión Editora:

Héctor García Chuecos
Carlos Felice Cardot
Guillermo Morón
Joaquín Gabaldón Márquez
Mario Briceño Perozo

Director de Publicaciones:

Guillermo Morón

Gilii, Filippo Salvadore, sacerdote, 1721-1789

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

71

FELIPE SALVADOR GILIJ

ENSAYO DE HISTORIA AMERICANA

TRADUCCION Y ESTUDIO PRELIMINAR
DE
ANTONIO TOVAR

TOMO I

FUENTES PARA LA HISTORIA COLONIAL DE VENEZUELA
CARACAS - 1965

Copyright by
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 1965

364,185 D
1966

I
980
G474s
v.1

Impreso en Venezuela por Italgráfica, C. A., Teléfono 41.26.86, Caracas

ESTUDIO PRELIMINAR

El honroso encargo que me ha hecho la Academia Nacional de la Historia, de Caracas, de traducir los tres primeros tomos de la obra del P. Gilij, me ha proporcionado el placer de familiarizarme con este interesante monumento de la historia del país, y en general de ciencia americanista. Figura simpática la del jesuita italiano que dedicó su vida a la evangelización de las razas indígenas del Orinoco, su obra representa muy bien la antigua colonización en sus aspectos más favorables. Su curiosidad, su celo, su amor a los indígenas, a los que se apresura a juzgar con cariño, su espíritu abierto, su amor a la verdad, que le hace enfrentarse con los críticos de la colonización española, a pesar de que ha sido víctima de la deportación que castigó a los jesuitas, su competencia en diversas ciencias, hacen recomendable el conocimiento y estudio de la obra de Gilij en las naciones en que vivió y trabajó y a las que dedicó sus afanes.

Publicado por la Academia Colombiana de Historia el volumen IV de esta obra, en el que principalmente se trata del antiguo Nuevo Reino de Granada, ponemos en manos de los lectores venezolanos y en general de los de nuestra lengua, los volúmenes referentes al Orinoco, lográndose al fin que el Saggio, *cuya traducción al español ya anunciaba Hervás y Panduro,*[1] *salga de ser un libro no sólo escrito en otra lengua, sino además no reimpreso, y por consiguiente raro, sobre todo en las bibliotecas hispano-americanas.*

El traductor tiene por adelantado que excusarse de que su desconocimiento de Venezuela le haya privado en algún caso de dar con el nombre preciso que se aplica a las cosas del país.

---

1 *Catálogo de las lenguas.* II (Madrid, 18—), 245 n. l.

Biografía del P. Gilij

Nació Felipe Salvador Gilij[1] *en Legogne, cerca de Norcia, diócesis de Spoleto, en Umbría, en 26 de julio de 1721.*[2] *Ingresó en la Compañía de Jesús el 28 de agosto de 1740. Estudia en el Colegio Romano, donde fue su maestro de filosofía el P. Juan Bautista Faure. Destinado a las misiones del Orinoco en 25 de abril de 1741, embarca en febrero de 1743 en Cádiz, en compañía del P. Gumilla y de siete jesuítas más.*

Después de una navegación de cuarenta días, llega a Cartagena de Indias. Recuerda[3] *que allí descansó de su largo viaje en el Colegio de la Compañía. Continúa luego su viaje, subiendo por el río Magdalena, y él mismo nos dirá que duró esta expedición veintiún días, desde la Barranca hasta Honda, siempre en compañía del P. Gumilla.*[4] *Es junio de 1743 cuando llega a Santa Fe de Bogotá, siendo un joven de veintidós años. Estudia teología en la Universidad Javeriana y le es encomendada la enseñanza de retórica. Por fin su etapa de estudiante se corona con la ordenación como sacerdote en Bogotá en 1748.*

Es entonces cuando parte para las misiones del Orinoco, después de seis años de residencia en Santa Fe,[5] *dedicado al estudio. De sus maestros allí recordará al teólogo P. Juan Manuel Collado.*[6]

Sobre el viaje desde Santa Fe al teatro de su actividad misional nos da algunos detalles: en febrero de 1749 viajaba por el Meta du-

---

1 En la ortografía tradicional del italiano la *j* se usa en final de palabra para indicar una segunda *i*, de modo que *Gilij* se pronuncia *Gílii* (con la *g* africada, *d* más *j* como en francés o catalán; es decir, como se pronuncia en inglés).

2 Cf. IV, 130, Giraldo Jaramillo 700. Hay que entender en un sentido amplio que Gilij sea paisano del papa Pío VI, como dice en el prólogo de su obra (I, p. VII); el Pontífice era de Césena, en las Marcas. Tanto Césena como Legogne estaban dentro de los Estados Pontificios.

3 IV 351.

4 Así recuerda cómo en abril de 1743 estaba en la Playa de las Brujas, en compañía del P. Gumilla, I 10, y con él viaja por el Magdalena, I 236. Su respeto por su predecesor y maestro no le impide disentir de él, por ejemplo en la cuestión del Río Negro (I 27), cuya existencia aún negaba Gumilla.

5 I 26.

6 IV pról.

rante trece días, desde Macuco hasta Carichana.[1] *Es en ese viaje sin duda cuando visita a su maestro y mentor para el trabajo misional, el P. Gumilla, en la reducción por él fundada en el Casanare.*[2]

En el Orinoco va a vivir el P. Gilij diez y ocho años y medio, hasta la expulsión. De su obra podemos sacar algunos particulares precisos sobre sus actividades y viajes, que vamos a presentar siguiendo un orden cronológico.

Enseguida de llegar funda La Encaramada, nombre que es una deformación del indígena Caramana.[3] *Hay que recordar que las misiones en esta región eran nuevas y se presentaban llenas de dificultades. Habíanlas iniciado los Padres Gumilla y Rotella en 1733.*[4] *En 1738 Gumilla, enviado por el P. Román, embarca en Caracas para España,*[5] *sin duda a pedir ayuda y más misioneros para la empresa. Gilij es uno de los reclutados a consecuencia de aquella gestión. Se comprende cómo el joven estudiante en Bogotá seguía con interés la visita que el P. Rotella hizo por entonces a sus futuros catecúmenos, los tamanacos.*[6]

Los comienzos de su gestión no fueron fáciles. El italiano veía más en frío la realidad que el entusiasta Gumilla: no se le oculta que el número de indios es reducido, y que el fruto no puede ser muy copioso.[7] *Por otro lado la aclimatación no fue fácil: a los pocos meses, con la bajada del río, en septiembre, le atacaron las fiebres, que con pequeñas interrupciones le tuvieron dominado seis años.*[8] *Se encuentra aislado y carente de consejo y experiencia, por ejemplo, recuerda que en sus comienzos pasa hambre, sin saber que la guacharaca, el ruidoso pájaro cuyos gritos le molestan sin cesar, es perfectamente comestible.*[9] *El Orinoco le parece « un país en el que los grandes males que les han sido echados encima a los hombres todos*

---

1 I 44.

2 III 76.

3 I 10 y 57.

4 I 60.

5 I 29 s.

6 II 354.

7 I 60 s.

8 II 59.

9 I 226.

se reúnen como en el centro »;[1] *padeció fluxión de los ojos,*[2] *dolores de cabeza, como ya antes en Bogotá,*[3] *y por dos veces sufrió la grave enfermedad del* bicho,[4] *que por la descripción parece carencial.*

Pero se adapta. A pesar de su escasa vista,[5] *no sólo conduce la misión y realiza sus trabajos apostólicos, sino que halla consuelo en su miopía cuando en uno de sus viajes se le presenta una tribu entera, todos, hombres y mujeres, desnudos.*[6] *Y ello no le impide emprender viajes para preparar la reducción de indios, y atraerlos a la vida en las misiones. Es curioso cómo los europeos en el siglo XVIII todavía se mantenían sin ceder ante las dificultades del clima. Los misioneros seguían vestidos de negra sotana, y uno de los funcionarios reales de la Expedición de Límites encuentra intolerable desacato que en su entrevista en Cabruta con dos misioneros, uno de éstos, el P. Page, comparezca « con gorro blanco, desabrochada la sotana hasta el ceñidor, descubierta la camisa y una chupilla pintada del Reyno ».*[7]

En los viajes por la selva, los misioneros siguen vestidos y equipados como en Europa, y así comprendemos la gravedad de la aventura del P. Gilij, cuando al cruzar una vez el Orinoco crecido, arrastrada la barca por las aguas impetuosas del río, y creyendo que no van a poder atracar a la orilla, salta precipitadamente a ella, y cae al agua, y se hubiera ahogado, si no hubiera sido por la ayuda de su buen amigo el tamanaco Tomás Queveicoto.[8]

Tenemos noticias de varios viajes de Gilij, siguiendo diversos ríos de la red fluvial. El P. José Abel Salazar[9] *fecha el primero ya en 1751; pensamos debe ser este el viaje por el Cuchivero.*[10] *Pero en estos primeros años de actividad misional no tenemos registrados*

---

1 I 268.
2 II 65.
3 II 72.
4 II 64.
5 I 69.
6 II 49.
7 Ramos Pérez 255 ss.
8 I 69 s.
9 249 ss.
10 I 38.

viajes mayores. Estos se inician con la plena aclimatación del P. Gilij: en 1756 estuvo en la cascada de Saridá,[1] *en marzo de 1757 va por el río Auvana,*[2] *donde le ocurre la aventura de los salvajes completamente desnudos.*

Sus viajes se hacen más largos y extensos en los últimos años de su estadía en el Orinoco: en 1764 estuvo en el Raudal de Maipures y se entrevistó allí con su amigo el P. Olmo.[3] *Su más importante expedición misional fue la de 1766: en abril, por orden del P. Forneri, viaja por el Suapure y por el Túriva, se entrevista allí con la tribu de los areverianos, y prepara la reducción de este grupo; en este memorable viaje, el piache con engaños subleva a los indios contra él, y sólo su presencia de ánimo le salva la vida.*[4]

La expulsión interrumpió sus planes: en el clima bajo y húmedo del Orinoco imaginaba que podría, a la vez que buscaba climas más sanos que le permitieran rehacer su salud quebrantada, dirigirse hacia el sur, hacia las montañas del Chamacu, a lo lejos, a través de campos aptos para la « conquista cristiana ».[5]

Pero su labor allá había terminado. Había sido durante más de diez y ocho años el misionero único de los tamanacos, a los cuales había reducido e incorporado a su misión;[6] *la labor no había carecido de dificultades, pues el cacique Monaíti llegó a desertar, pero como sus súbditos no se alejaron del misionero, hubo de retornar a la reducción. El joven misionero que en su viaje de llegada en 1749 había visto la misión de los guahibos del río Cravo, que luego abandonaron a su misionero,*[7] *estudió cuidadosamente sin duda los métodos para evitar este desastre, que anulaba a veces, la labor de años. Había trabajado también con los maipures, cuya lengua dominaba muy bién;*

---

1 I 13 s.

2 I 48 y 72.

3 I 55.

4 I 169 y 263, II 102, III 121. Siempre le quedó nostalgia de « aquellos desiertos », en los que se hubiera querido adentrar aún más, I 170 y 175. La conversión del piache fue interrumpida por la expulsión, y el P. Gilij lo lamenta, II 94.

5 I 133.

6 II 175.

7 II 173.

transitoriamente se encargó de los piaroas,[1] *cuando murió su compañero el P. González, y asimismo tuvo a su cargo a algunos pareques. En la expansión que caracteriza a toda la colonización española en el Orinoco en esta época, el P. Gilij había tomado una parte muy principal.*

Una vez expulsado de su misión, pasa en La Guaira siete meses,[2] *en el convento de los franciscanos, desde el 4 de agosto de 1767 hasta marzo del año siguiente, en que se embarca para España. El verano de 1768 sabemos que lo pasa en Italia, en Viterbo, gozando de hallar fresco, después de sus largos años en las orillas del Orinoco, en « aquel aire no menos nocivo a los cuerpos que a las almas », que « no respira sino peste »,*[3] *un estío que la gente consideraba excepcionalmente caluroso.*[4]

No hallamos en la obra del P. Gilij la menor lamentación por la dureza de la expulsión, y por el rigor con que fue ejecutada. Es probable que su condición de extranjero le hiciera menos sensible a los malos tratos que han quedado registrados en obras de españoles e hispano-americanos, como Isla, Peramás y otros.

Reintegrado a su provincia romana, fue director espiritual de Macerata, y en 1769 rector de Monte Santo, hasta la supresión de la Compañía por el Papa en 1773, que le sorprende de rector en Orvieto.[5]

Es entonces cuando el P. Gilij se dedica a escribir su historia, lo mismo que hicieron otros varios jesuítas, compañeros de infortunio. No sabemos si fue de los primeros en tener esta idea, o si siguió el ejemplo de otros. En todo caso, para él, como para otros, fue un estímulo el general ambiente de curiosidad que los jesuítas expulsos hallaron en Italia.[6] *No parece seguro, y siento disentir en esto de M. G. Romero,*[7] *que comenzara a escribir su historia pensionado por el Rey de España. Si nos atenemos a lo que se dice en el*

---

1 II 174.

2 IV 35.

3 II 126.

4 II 24.

5 M. G. Romero, prólogo.

6 I pp. XIII y XXII.

7 Pról. cit., p. XII.

último tomo publicado,[1] *Carlos III le concede la pensión « en agradecimiento por la historia que compuse », como textualmente dice Gilij. Mejor dicho, a juzgar por el documento real que encabeza el tomo IV, la pensión que se le había suspendido a Gilij « desde 1° de Enero de este año » se le reanuda en 27 de marzo de 1784 « en atención al loable empeño que ha tomado de escribir en Italiano la Historia del Orinoco . . . vindicando a nuestra Nación de las calumnias con que los Escritores Extranjeros procuran denigrarla ». El Caballero don José Nicolás de Azara, ministro de España ante la Santa Sede, y actor en la expulsión y supresión de la Compañía, ayudó con su biblioteca a Gilij.*[2]

En algún pasaje de su Saggio *anuncia Gilij otras dos obras:* Anécdotas americanas *y* Antigua religión de los americanos.[3] *No sabemos si las escribió, pero sin publicarlas murió el P. Gilij en Roma, el 10 de marzo de 1789.*[4] *Varias revistas contemporáneas hicieron el elogio del misionero,*[5] *pero ni estos encomios, ni el valor del trabajo de Gilij, le aseguraron una fama comparable a sus méritos. Es realmente el P. Salazar*[6] *el primero en llamar la atención sobre la importancia que la obra de Gilij tiene como fuente para la historia de Venezuela y de Colombia. Cuando leemos el trabajo del Dr. Gabriel Giraldo Jaramillo sobre la fama póstuma de Gilij nos damos cuenta de que sólo con la traducción al castellano y divulgación en los países a que dedicó su vida se puede llegar a que la estima por su obra corra parejas con su mérito. Con este convencimiento nos hemos entregado a la traducción de la parte de su obra propiamente correspondiente al Orinoco.*

Naturaleza de la Obra

En el prólogo que encabeza el volumen I el P. Gilij explica los motivos que le han llevado a escribir su libro: le molesta la ligereza con que los autores modernos tratan de América. La general ignorancia,

1 IV p. XXIII.

2 IV p. XX s.

3 Cf. M. G. Romero, pról. p. XIII; IV 75 y 218.

4 M. G. Romero, pról. p. XIII.

5 Idem p. XIII s.

6 G. Giraldo Jaramillo p. 696 s.

y el deseo de entretener a los lectores con fábulas, encubren la verdad. Era mucho más favorable, dice, la situación en el siglo XVI, cuando los libros y crónicas españolas llegaban a Italia y eran traducidos o extractados, que en pleno siglo de las luces, dominado por la polémica antirreligiosa, y que sólo guarda lo malo del pasado: el espíritu hiperbólico.

Con sus restantes compañeros de destierro, el P. Gilij se encuentra con la leyenda del bon sauvage, *el modelo del hombre natural de Rousseau, que se usa « para empujar a los menos cautos a sacudir los vínculos más sacrosantos que nos unen a Dios y nos sujetan a nuestro príncipe ». El tema americano se ha convertido en una cuestión fundamental, pues las críticas a la religión y a la sociedad tradicional se fundan en lo que se cree saber, o se inventa, sobre la colonización y las culturas indígenas. El trabajo como « observador curioso y exacto », pero naturalmente que a lo que se dedicó principalmente fue a su labor misional, a cuidar de los indios.*[1] *Retirado de su labor, ahora su preocupación fundamental es « librar a la historia de América de falsedades ».*[2]

Mario Germán Romero ha señalado bien[3] *que Gilij polemiza contra Buffon, contra Voltaire, y contra « las dos obras centrales de las contraversias europeas sobre América: las de Pauw y Reynal ». Forma en la misma falange de Rinaldi, Clavigero, Nuix, Molina y demás jesuítas expulsos que combaten contra los autores dichos, y contra Marmontel*[4] *y Robertson.*

Al comenzar su obra alude[5] *a quienes « le rogaron componerla ». En su forzado retiro tiene tiempo para escribir sus recuerdos y para leer libros, cuyo conocimiento le hubiera sido útil antes, para su labor misional.*

Se encuentra con una crítica que se extiende a todos los aspectos de la colonización, y va a presentar su testimonio verdadero. « Si el prurito de decir mal de la América española proviene de sus riquezas, si del poder, si de la religión cristiana que en ella se ha propagado,

---

1 I p. XXVII.

2 IV 85.

3 M. G. Romero p. v s.

4 Frente a este autor véase cómo defiende Gilij incluso a los primeros conquistadores, II 374 s.

5 I p. XXIV.

no quisiera, o no sabría, decirlo brevemente en un prefacio ».[1] *Con ese espíritu ha comenzado su obra. « No escribo — dice*[2] *— con espíritu de partido, ni con odio contra nadie ». Encuentra que los españoles han pecado de contar ingenuamente sus triunfos y sus rivalidades entre sí, dando con ello ocasión a que se les critique y ataque. No se le oculta la responsabilidad de Las Casas, que « denigra a todos los conquistadores groseramente ».*[3]

Le interesa presentar, y así lo hace principalmente en el tomo IV, los resultados de la colonización, ya que la América española « es por muchos todavía creída un país salvaje e inculto ».[4] *Esta defensa de la colonización hispánica se va a acentuar justificando incluso ciertos aspectos discutibles, o más o menos circunstanciales, de la colonización; así defiende la prohibición de matrimonios mixtos que se estableció en muchas regiones en América del Sur,*[5] *con separación de razas: « España, aquella célebre exterminadora de indios, nunca ha admitido este sistema de unión » matrimonial, que según Gilij hubiera puesto en peligro la existencia de la raza india. Elogia a España que ha dejado guardar a los indios muchas tradiciones,*[6] *y ha hecho de ellos los indígenas americanos mejor vestidos, mejor alimentados, etc. Disculpa a los españoles de la acusación de haber exterminado a los indios y haber despoblado América con las armas: la sola viruela explicaría el desastre.*[7]

En su afán apologético, el jesuíta expulso no tiene inconveniente en elogiar los progresos de la colonización que los ministros del Rey ilustrado hacen en el interior de Venezuela,[8] *ni a pesar de que defiende el sistema de reducciones*[9] *— que, de paso, dice, no eran exclusivas de los jesuítas — entra a discutir el nuevo sistema de curatos que el gobierno había establecido para sustituir a los expulsos.*

---

1 I p. XVII.

2 I p. XIX.

3 IV 8.

4 I p. XXI.

5 IV 228.

6 IV 234.

7 II 68.

8 II 32.

9 III 63 y 134.

Polemiza contra la idealización del salvaje, necesaria para la crítica de la sociedad tradicional. Ve a los indios como son, con sus virtudes y sus defectos,[1] *y señala la precipitación con que los autores « libertinos » inventan un salvaje idealizado.*[2]

Después de muchos años de vivir entre ellos, encuentra, al fin y al cabo, a los salvajes, no tan diferentes de los rústicos de Europa,[3] *lo que desde luego no suscribiría un antropólogo moderno. Pero esa idea es la que hacía posibles las misiones y facilitaba hasta cierto punto la tragedia humana que se llama « transculturación ». Gilij está seguro*[4] *de que los indios « si son puestos en suma en las mismas circunstancias que nosotros, no serán nada diferentes, tanto en su naturaleza como en su actuar, de nosotros ».*

Desde su conocimiento de los indios, critica la idea anarquista que Rousseau sueña.[5] *Por otro lado, el problema todavía vivo y discutido de que « en tinieblas tan oscuras » las mentes indígenas hayan conservado « durante tantos años alguna verdad » le interesa mucho, y precisamente sobre esta razón natural que pervive en las mentes de los salvajes argumenta contra los « vanos filósofos » que « algunos artículos, ahora incivilmente desterrados por muchos, no se puedan ignorar ni por los bárbaros ».*[6] *Claro que el medio por el que en las mentes de los salvajes se hayan guardado esas verdades no está muy claro, y a la lejana tradición el P. Gilij*[7] *suma los fantásticos viajes del apóstol Santo Tomás por las Indias, como muchos misioneros españoles había venido pensando desde el siglo XVI.*

Al escribir su libro se siente continuador del P. Gumilla, que en su Orinoco ilustrado *había informado sobre los progresos de las misiones en la región y había iniciado el estudio de su naturaleza y su elemento humano. Gumilla, que ya hemos visto le había traído*

---

1 II 110 s.

2 II 127.

3 II 130.

4 II 163 y 191.

5 II 190; recordaremos aquí las páginas admirables de S. de Madariaga sobre el buen salvaje de Rousseau y su éxito entre los criollos hispanoamericanos.

6 II 130.

7 III 406, 218.

al Nuevo Mundo, le animó a que pensase en escribir un libro, pero no a la ligera, sino después de largos años de residir en el Orinoco.[1] *El P. Gumilla fue su iniciador en todo, y así nos cuenta que en el Dique, al llegar a América, le dio a probar el cazabe, que nunca habría de gustarle mucho al bueno de Gilij.*[2]

Le interesa ante todo lo humano en el Orinoco, y sólo secundariamente la naturaleza.[3] *El nombre de* historia *que aparece en el título de su obra quiere decir para él que no se trata de una simple descripción,*[4] *sino de algo organizado conforme a un plan.*

Sería injusto criticar a Gilij por su labor en materia de historia natural. Sólo a su vuelta pudo informarse de los capitales progresos que en estos estudios se habían producido por obra de sabios como Buffon y Linneo. Se disculpa de no haber seguido los sabios métodos de clasificación de ellos.[5] *En Italia comienza con gran satisfacción a usar el termómetro y a medir que en Roma el termómetro llegó en verano a 35° Reaumur, pero en su pueblo natal de Legogne sólo a 25°.*[6] *Lo observa curiosamente todo, así descubre que un árbol arraiga inicialmente en la cabeza de un insecto, pero luego se encuentra con que eso es un hecho sabido de muchos.*[7] *A veces nos parece crédulo, como cuando confiesa que « no lo sé por experiencia » si el colmillo de caimán es un contraveneno, pero situémonos en su tiempo.*[8]

En cuanto a sus estudios naturales le preocupa el tópico, muy discutido en la época, de la degeneración que se creía ver en las especies americanas.[9] *Pero si Gilij reconoce que « la naturaleza parece en muchas cosas decaer en los vivientes de América », encuentra que « en las aves crece y se desarrolla más ».*[10] *En cuanto a los ciervos*

---

1 I p. XXV s.

2 II 302.

3 I p. XXVIII.

4 I 233 y 239.

5 IV 77.

6 IV 34.

7 IV 189.

8 II 84.

9 I 246 s.

10 I 293.

del Orinoco, como los cabritos, los jabalíes y los osos, reconoce que « no sobrepasan quizá el peso de tres o cuatro decenas de libras », por lo que le parece evidente que la naturaleza no es igualmente robusta que en nuestros países.[1]

Es curioso que sobre este tema de la pequeñez y debilidad de los animales tiene su más violenta polémica con uno de sus hermanos de religión, el P. Molina, que escribió la Historia de Chile. *Molestóle extraordinariamente la alusión de este autor, que, a su juicio exageraba en esta materia de la degeneración de las especies en América, y ante la respuesta de Gilij,*[2] *Molina suprimió en su nueva edición la frase que le había molestado.*

Pero el interés principal de Gilij en América fueron las cosas humanas, no las naturales. El libro más interesante para él, nos dice, fueron los indios.[3] *Es lástima que el P. Gilij no tuviera tiempo de escribir sus escritos sobre la religión americana, es decir, sobre las religiones indígenas que él pudo estudiar, porque entonces tendríamos en él a uno de los primeros etnólogos científicos. Hace verdaderas enquisas sobre la religión de los indios;*[4] *se interesa como un arqueólogo por las pinturas rupestres, y así vemos que hace una excursión para verlas en una roca cerca de su misión de La Encaramada.*[5] *Observó cómo vivía y cómo se extinguía la tradición indígena: por ejemplo el cacique Monaíti, que es joven y ya se ha reducido con su gente a la misión, sólo conoce los nombres indígenas de dos estrellas, y ha olvidado los demás.*[6] *Tenía relatos de los mitos indígenas tomados en las mismas lenguas,*[7] *y es lástima que los perdiera, seguramente que cuando la expulsión.*

Estas cualidades sobresalen en sus estudios de las lenguas indígenas. A él se debe la primera clasificación de las lenguas del Orinoco, con aciertos que le valieron el aplauso de Alejandro de Humboldt,[8]

---

1 I 316.

2 IV 74 s.

3 II 33.

4 II 230 s.

5 II 234.

6 II 232.

7 III 207.

8 Cit. por Giraldo Jaramillo p. 708; véase para la familia caribe y su difusión al P. Gilij, III 204 y 414.

por haber señalado que los chaimas de Paria hablaban un dialecto caribe, como los tamanacos que él conocía tan bien. Mérito suyo es también haber reconocido la difusión del arahuaco, descubriéndolo en Santo Domingo.[1] *Se jacta con razón de que podía entender a los indios en sus lenguas*[2] *y confiesa su afición: « yo era todo ojos y también oídos para observar toda mínima particularidad de las lenguas ».*[3]

Gilij tenía espontáneamente las condiciones de un lingüista. Se daba cuenta de que había que inventar una gramática que librara a las lenguas indígenas del acostumbrado modelo latino, que era imposible de aplicar a sus caracteres tan distintos.[4] *Sabe apreciar que en las lenguas indígenas, aunque no escritas, hay normas de pureza y de corrección que se siguen; se da cuenta de que los brujos « hablan muy bien »,*[5] *de que la lengua cambia siempre, pero en los cantos y en los mitos se conservan arcaísmos perdidos en estratos más bajos de la lengua hablada.*[6] *Observa que en las culturas indígenas hay algo comparable a la lengua literaria, y en conjunto se atreve a decir que los salvajes saben mejor su lengua que los rústicos europeos.*[7]

No le parece « el corazón del hombre diferente de la lengua »,[8] *lo que quiere decir en términos modernos, que su convivencia con los indígenas y su conversación con ellos en dos de sus lenguas le habían enseñado a Gilij que en la lengua se refleja el hombre con su cultura. Por lo mismo afirma implícitamente que toda lengua es capaz de expresar perfectamente el universo de sus hablantes, al reconocer la facilidad con que mediante préstamos o calcos las lenguas indígenas están en condiciones de decir cuanto les trae de nuevo y desconocido la cultura europea.*

---

1 Realmente el descubrimiento de la familia arahuaca está expresado en diversos pasajes del vol. III, 238 y 286 (reconocimiento de los mojos), 220 s., 343 (lengua de Santo Domingo).

2 I 150.

3 III 313.

4 III 197.

5 III 195.

6 III 197 s. y 202 s.

7 III 196.

8 II 163.

Por lo mismo encuentra que no necesitan los indios saber las oraciones ni el catecismo en español,[1] *ya que lo esencial es que entiendan la doctrina, y no que repitan unas fórmulas que nada les dicen. Acepta la ventaja del español como lengua única de toda América,*[2] *y respecto de las lenguas indígenas lamenta, con espíritu científico, que nada quede de muchas de ellas: « no se debe evitar la extirpación, dice al contemplar la marcha de las cosas, pero sí la prisa excesiva en extirparlas ». Es curioso que a pesar de su interés científico en las lenguas indígenas ni llegue a considerarlas propias para la vida civilizada, y así se burla de que la lengua general de los respectivos países llegue a ser usada por las damas de la aristocracia criolla de Lima o del Brasil, y casi celebra que el Orinoco carezca de una lengua indígena del prestigio de aquellas.*[3]

Algunas notas complementarias

La obra de Gilij es la de un misionero. El no se jacta en ningún momento de otra cosa, y lo que da valor a su libro y lo hace además simpático al lector, es que nunca pretende pasar por un sabio. Sin pedantería ninguna, y con toda sencillez, el P. Gilij presenta su testimonio, y con ello aporta datos de valor científico al problema de los orígenes del hombre americano, y una información tan completa como le era posible sobre muchos aspectos de la naturaleza del país del Orinoco. El ambiente que halló en Europa de interés hacia lo que él sabía, y el poder discutir a veces con sus colegas puntos de vista y datos de otros países de América, enriqueció mucho su horizonte. Así le vemos[4] *consultar con los jesuítas procedentes de Méjico una cuestión referente a aquel país, o utilizar en los estudios lingüísticos del tomo III la colaboración de diversos compañeros españoles e italianos. Su antiguo superior Forneri llega a ser tan amigo suyo, que « si no es por el nombre, no podría distinguirlo de mí mismo »,*[5] *extiende las manifestaciones de afecto al P. Salillas, otro de sus*

1 II 182.

2 IV 235.

3 III 199.

4 I 209.

5 II 218.

antiguos compañeros en los desiertos del Orinoco.[1] *Estimulante fue para él sin duda la relación con el gran Hervás, a quien llama « mi gentilísimo amigo »,*[2] *y al que suministró los datos para la región del Orinoco. Merecería la pena establecer con más precisión las relaciones entre el genial autor de la* Idea dell'Universo, *para quien todas las lenguas humanas son sólo una faceta de la imagen universal que aspiraba a trazar, y el modesto misionero, que conocía a fondo a los indígenas de una parte de América, y sus lenguas, y podía servir de informante sobre una zona poco explorada antes. Es probable que el desarrollo en la mente de Gilij de preocupaciones generales, y la ampliación de horizontes que hallamos en el tomo III, se deban a la relación con Hervás, o más en general, al ambiente que se respiraba entre los jesuítas concentrados en Italia. Problemas generales, como el de la unidad etnológica de América, y la semejanza de los indios entre sí, el ver a estos como una totalidad, en la que las diferencias son « de parentesco, no de nación »,*[3] *fueron presentándose a la mente de Gilij a medida que avanzaba en su obra y que se daba cuenta de cuestiones generales que eran una preocupación en Italia y en Europa, y que sin duda no interesaban aún al misionero que comienza la redacción de su obra.*

Esta, que como vemos en el título, estaba dedicada a describir el Orinoco, ya desde el principio se proyectaba extender a la descripción « en uno o varios tomos » de las otras provincias de Tierra Firme,[4] *en las que Gilij había estudiado y vivido, y que conocía* de visu. *El P. José Abel Salazar*[5] *ha señalado acertadamente las virtudes con que Gilij procedió en su labor: « veracidad, seriedad, justicia y método ». Un tono general de honradez, de afán de verdad, de comprensión para los distintos elementos que intervenían en la colonización, de orden en la exposición, y de progresiva ampliación del horizonte intelectual, hace estimable la obra, y digna de mejor suerte que la que ha tenido hasta ahora.*

---

1 IV pról.

2 IV p. XXII. Tanto el P. Salazar como M. G. Romero han comprobado que Hervás en su *Catálogo de las lenguas* se basa en Gilij para la región del Orinoco.

3 IV 5 y especialmente 211.

4 I p. XXII, III 272.

5 *Missionalia Hisp.* IV 256.

En algunos pasajes de la obra se nos aparecen rasgos con los que podemos completar un poco el retrato de nuesto autor. Es un italiano que está orgulloso de serlo: si él por ejemplo, aunque « nacido en Italia »,[1] *no duerme nunca en cama, sino en hamaca, piénsese que harán los indios « a los que la industria y el arte no les son conocidos aún ». Refiere a Italia cuanta cosa curiosa halla, por ejemplo, ante una cera de especiales cualidades que hay en el Orinoco, se le ocurre cuánto la estimarían los industriosos italianos para hacer pelucas.*[2] *Como italiano, es músico, y así enseña a los indios, naturalmente bien dispuestos para ese arte.*[3] *Calcula los ríos enormes de América comparándolos con el Tíber: son como dos Tíberes o como doce Tíberes.*[4] *Es gracioso que un contemporáneo*[5] *le critique con cierto humor que empequeñece en sus rcuerdos al Magdalena cuando lo calcula en cinco Tíberes: o sus recuerdos de juventud son confusos, o es que después de vivir junto al Orinoco se le ha quedado chico en el recuerdo el gran río colombiano. Cuando ve a los indios inactivos, piensa qué sucedería si el Tíber tuviera tanto pescado como el Orinoco.*[6]

Sus estudios humanísticos y su enseñanza de la retórica no son olvidados ante el mundo salvaje de las selvas americanas. Una aldea india le parece « una quemada Troya »,[7] *y se acuerda del río Marsias en aquellos lejanos parajes.*[8] *Un verso clásico o un recuerdo de Cicerón son aplicados a la realidad americana.*

¿Cómo se adaptó este misionero al mundo en que le tocó vivir? Hay que admirar sus cualidades para reconocer a cada cosa su valor. En primer lugar es admirable su comprensión de los indígenas. « Me jacto de no ceder a nadie en amor a los indios » escribe una vez.[9] *Y era verdad. Lamenta sinceramente que los indios no tengan más afán por defenderse ellos mismos, y repasando la historia desde*

---

1 I 162.

2 I 180.

3 III 51.

4 I 36, 43.

5 El P. Antonio Julián, cit. por Giraldo Jaramillo p. 706.

6 II 152.

7 I 40.

8 I 38.

9 II 182 s.

el descubrimiento, no encuentra ninguno que haya sido capaz de defender los méritos de su raza. Solo Garcilaso Inca « sacudió la indiferencia nativa materna, y lleno de aquella noble vivacidad que sacó al nacer del padre » tomó la pluma para defender a los peruanos,[1] *en una labor que en parte el P. Gilij considera que está haciendo él a su vez. Con evangélico espíritu comenzó por no utilizar las ventajas que su posición de dueño del poder en la misión le daba: se acomoda al modo de vida de los indios, que por pereza no pescan, ni casi cultivan sus pequeñas parcelas, y se resigna a comer « los alimentos más viles ».*[2] *En ningún momento fuerza a los indios para aprovechar la ventaja y vivir mejor;*[3] *les anima a cultivar la tierra y a servirse de la agricultura, pero sin obligarles demasiado. Véase el cuadro que presenta de cómo llega a persuadir a los indios a que vayan a pescar para él,*[4] *que gusta del pescado para sus días de vigilia.*

Como psicólogo nato, este misionero se da cuenta de que lo que el indígena no tolera nunca es ser engañado. Por ejemplo, cuando envía mensajeros a los caciques aún no reducidos, se cuida de que las cartas que los primeros han de entregar a los segundos y que él mismo ha redactado, invitándoles a que se reduzcan y acepten acudir a vivir a una misión, sean cartas verdaderas, escritas en la lengua indígena de la región, o en español, aunque esté seguro de que aquellos analfabetos no van a leerlas nunca.[5] *Pero el misionero se ha dado cuenta de que los indígenas dan un valor mágico a la letra escrita.*[6]

Una vez y otra elogia las cualidades positivas que halla en los indios, disculpa sus defectos, como propios de seres humanos, y celebra poder elogiar por ejemplo la agilidad de mente de los pareques.[7]

Gilij, naturalmente, al estar convencido de la importancia de su labor misional y de la realización de su vocación, da todo su valor a los indígenas. Sabe cómo hay que atraer a estos con regalos,[8] *y el*

---

1 II p. v s.

2 II 149.

3 *Ibid.*

4 II 150 s.

5 III 89.

6 II 160.

7 III 122.

8 II 155.

valor que tienen estos para ellos, que viven en tanta pobreza. Se da cuenta de que en cuanto los indios entran en la cultura de la misión, desprecian a sus congéneres aún errantes por las selvas.[1]

Por otro lado, le parece que el sistema tradicional de las misiones en los reinos españoles de América es el mejor y más eficaz para su finalidad. La organización de las misiones dentro de la Corona española tiene rasgos característicos que es preciso recordar. El misionero no va destituído de poder, sino que refleja el de la Corona patrona de la Iglesia en América. En primer lugar Gilij defiende el sistema de reducciones[2] *tal como se instalan, en las regiones tropicales, junto a los ríos. Hay casos de misioneros que han realizado su labor convirtiéndose en nómades, y compartiendo con los indios en libertad las penalidades de su vida, insoportable para el europeo, pero alguna excepción, como la del P. Rauber,*[3] *no ha de convertirse en regla.*

Las misiones convierten a los indios en sedentarios y les perfeccionan en la agricultura. El misionero muchas veces descubre cultivos adaptados al clima y demás particularidades del país, así ocurre con el P. Lubián, inventor de un tipo de roza o conuco que se extiende con éxito.[4]

Así entendida, la misión es pieza fundamental en la colonización, y sirve generalmente de etapa primera en la aculturación de los indígenas. Nunca disintió el P. Gilij de esta idea, y frente a los críticos, que no faltaban, defendió la misión tal como se había desarrollado en la América española,[5] *con un pequeño número de soldados a las órdenes de los misioneros, para ayudarlos en su labor y protegerlos. « Para no perder inútilmente la vida — escribe*[6] *— se requieren soldados que acompañen al misionero ». Por otro lado, la pequeña guarnición es suficiente para proteger la misión contra los indios salvajes.*[7]

---

1 II 157.

2 II 32.

3 II 178 s.

4 II 342.

5 II 122 s.

6 II 123.

7 II 227.

¡Curiosos tipos, los de estos soldados españoles, que, llevados de no se sabe qué vocación, emplean su vida en defender una misión en lo más recóndito de las selvas americanas! En el cuadro que hallamos en la obra de Gilij, junto a los misioneros y los indios, tenemos referencias a estos soldados, que él no duda de calificar de « edificantes y benéficos ».[1]

El cabo Juan de Dios Hernández es repetidamente aludido por Gilij como eficaz colaborador: él le avisa de la venida de los indios para una danza que tiene aún significado pagano,[2] *le sirve de ayudante para hacer beber un antídoto a una india que se ha envenenado.*[3] *El buen cabo es un veterano en aquellos lugares, y ya había acompañado al P. Rotella en su primera excursión a los tamanacos,*[4] *cuando Gilij era aún estudiante en Bogotá. El conoce a los indios como nadie, sabe hasta donde llega la autoridad de los caciques, que no pueden ni hacer buscar leña a los súbditos.*[5] *Vigila al brujo de una tribu,*[6] *conoce a fondo la medicina indígena.*[7]

Frente a los críticos de esta mezcla de misión y poder político-militar, más acres en la revisión de las misiones jesuíticas, Gilij señala la necesidad de escolta para entrar entre los salvajes y para mantener en orden a los reducidos, y se defiende con el testimonio de otro escritor misionero de la misma región, el P. Caulín, y la opinión y práctica de los misioneros de las distintas órdenes: dominicos, capuchinos y franciscanos observantes.[8]

Sabemos que el jefe de la escolta de aquellas misiones jesuíticas del Orinoco era el capitán Bonalde, con quince hombres a sus órdenes.[9] *Estas tropas, que eran del ejército español, estaban a las órdenes directas de los misioneros. En el episodio de la Real Expedición de Límites, a que aún nos hemos de referir, Alvarado, uno*

---

1 II 117 s.

2 II 285.

3 II 307.

4 II 374.

5 II 197 s.

6 II 88 y 94 s.

7 II 78.

8 II 376 s.

9 Ramos Pérez 204, 344.

de los agentes de Iturriaga, impuso que estos soldados de la misión quedaran a sus órdenes, y, según él malevolamente escribe, « esta fue una banderilla que sintió mucho el P. Superior y los misioneros ».[1]

No se crea que el P. Gilij se adapta por completo a la vida de la América española, y que en ella vegeta contento. Protesta contra « el largo y nocivo letargo » que no saca el partido debido de « un terreno a juicio de todos feracísimo ».[2] *Imagina que el trabajo y la industriosidad podrían hacer progresar más deprisa aquellos países, y cuando se refiere no a las zonas salvajes del Orinoco, sino a las regiones más adelantadas, no se le ocultan los defectos de los españoles americanos, de los que « la mayoría se contenta con el refrán común de conformarse con lo que se usa en cada parte, no se preocupa por mejorar la tierra aunque podrían hacerlo fácilmente, van siempre andrajosos y sucios por no aparentar que tienen necesidad de ayuda ajena ».*[3]

Incluso se diría que el misionero se da cuenta de una situación social que en su tiempo comienza a estar en retraso con la del mundo más adelantado: el oro y la plata de Tierra Firme, dice, están en las bolsas de los ricos, que lo guardan bien.[4]

Encuentra que el azúcar de Tierra Firme sería comparable al que se encuentra en Italia procedente no de las españolas, sino « de las colonias francesas o portuguesas en América ».[5] *Pero su clara visión de las posibilidades comerciales, y en general económicas, perdidas, no le impide ver la favorable faceta que compensa de ello a las colonias españolas: los holandeses de Guayana hacen lucro de todo, saben sacar dinero hasta de las conchas de caracol que los indígenas usan,*[6] *pero también son mucho más duros en su comercio de esclavos, mientras que las restricciones que las leyes españolas ponen a la esclavitud contrastan con las de « las otras naciones europeas establecidas en aquellas partes ».*[7]

---

1 Ramos Pérez 199.

2 I 93.

3 IV 134.

4 IV 197.

5 IV 63.

6 II 321. Sobre el comercio de esclavos que hacían los holandeses, v. II 360.

7 II 359.

Episodio interesante en los años que Gilij pasó en el Orinoco es su relación con la Real Expedición de Límites. Como en su obra, escrita en el destierro y hasta cierto punto bajo el patronato del Rey de España y de su Ministro ante el Sumo Pontífice, es natural que se hallen sólo referencias generales y que no entran en el detalle de los roces que tuvieron los misioneros jesuítas con los oficiales de la Expedición, será conveniente decir algo.

La historia de esta Expedición es perfectamente conocida, pues existe la monografía de D. Ramos Pérez sobre los papeles a ella referentes, que se custodian en el Archivo de Simancas. Deseoso el Rey Fernando VI, en su política pacífica y de inteligencia con Portugal, de resolver los problemas fronterizos que España tenía en América con el vecino Reino, planeó el envío de expediciones especiales a los distintos puntos en litigio o con fronteras no trazadas en absoluto. Este era el caso en la región de Río Negro, y a ello se debió que una expedición, uno de cuyos jefes era el guipuzcoano don José de Iturriaga llegara a la región de las misiones jesuíticas en el Orinoco.

Es interesante señalar que años antes de Carlos III existe ya un ambiente de recelo y enemistad contra los jesuítas de las misiones. La organización y el poder de los Padres les atraen sin duda el odio y la envidia de muchos. Uno de los expedicionarios, Alvarado, que ahora ya se distingue por su enemistad, será luego de los colaboradores del Conde de Aranda.[1] *Alvarado acusa enseguida al P. Lubián, superior de las misiones con residencia en Carichana, de que pone dificultades al paso del Raudal de Atures por los expedicionarios.*[2] *Iturriaga tuvo el año 1756 en La Encaramada un violento choque con el P. Gilij, pues estaba furioso por no hallar en la misión indios para bogar. Ya es sabido cómo el P. Gilij se daba cuenta de que a los indios no se les puede obligar al trabajo, y se comprende que los funcionarios reales no admitieran estas razones. Iturriaga, dice Madariaga en los documentos de Simancas,*[3] *« agarró por la solapa al mismo misionero y lo zarandeó cuanto quiso », y además lo insultó « de palabras ofensivas, y en él a toda la religión de la Compañía, pues dijo que los Padres Jesuítas eran reyes del Orinoco, que daban*

1 Ramos Pérez 199.

2 *Idem* 210.

3 Ramos Pérez 215 y 17.

y quitaban leyes, que eran unos avaros y que V. S. (el Coronel Solano) con las Reales facultades sabría ponerles en razón ».

Otro de los miembros de la Expedición, Alvarado, que estuvo a las órdenes de Iturriaga para gestionar diversas cuestiones con el superior jesuíta en Carichana, en sus informes acusa a Gilij malevolamente de arrogancia, y dice que hizo esperar más de dos horas al Obispo de Puerto Rico, que llegó a la misión en su visita pastoral, lo que probablemente puede explicarse con toda candidez porque Gilij no supiera cuándo iba a llegar el Obispo. Sin embargo el propio informante elogia la labor del misionero, « italiano romagnato, cuyas cualidades le pueden distinguir entre los virtuosos », y que con su cultura ítalo-española ha instruído muy bien a los indios y tiene hechos diccionarios de tamanaco y maipure.[1]

El superior de las misiones, P. Roque Lubián, lamentando estos insultos,[2] *fue a Cabruta a primeros de 1757 a cumplimentar a Iturriaga, y esperando sin duda algún desagravio. Protestaba de las acusaciones e insistía, frente a las sospechas y evidente mala voluntad de los miembros de la Real Expedición, en que « mi sagrada religión de la Compañía de JHS y sus individuos no ceden en lealtad a los ministros más fieles del Rey, y que el tiempo hará ver cuán fieles han sido y son los jesuitas a su principio ».*[3] *Pero la larga batalla de más de un cuarto de siglo ha comenzado: ya la corte portuguesa acusa ante el ministro Wall « las maquinaciones de los jesuítas »,*[4] *y el coronel Madariaga, que había sido testigo de las injurias de Iturriaga al P. Gilij,*[5] *y cuyo asistente boloñés había proporcionado simiente de lechugas al industrioso jesuíta italiano,*[6] *llega a Madrid hablando « del encono y de la ravia conque miran la comisión de límites los pájaros negros de esos desiertos ».*[7]

De un modo simbólico, en el choque de la Real Expedición de Límites con los jesuítas hallamos agudizadas las contradicciones que

---

1 Sin duda se perdieron al abandonar su misión Gilij.

2 M. G. Romero p. XI.

3 Ramos Pérez 226.

4 *Idem* 255.

5 *Idem* 215.

6 *Idem* 221, cf. nuestro autor I 221.

7 *Idem* 245.

al no resolverse agrietaron y luego destruyeron la unidad de la América española. Los jesuítas realizaron una labor admirable en las misiones del Orinoco, y de ella es fiel reflejo la obra de Gilij; por su parte la Real Expedición de Límites, una de las empresas mejor pensadas en la modernización y progreso de las colonias españolas, contribuyó de modo notable al conocimiento y a la penetración en la región. No hay que olvidar que Iturriaga, que pasó grandes fatigas en la exploración de la zona entre el Cuchivero y el Caura, fundó varios pueblos: Ciudad Real, en los primeros meses de 1759, Real Corona, en mayo del mismo año. Solano remonta los raudales y funda, estableciendo allí a familias españolas, San Fernando de Atabapo en 1758. Una expedición dirigida por Bobadilla avanza por el alto Orinoco en busca de sus fuentes.

Pero no nos corresponde tratar aquí de los ulteriores destinos de la Expedición, que a la muerte de Fernando VI, y al sobrevenir el abandono de la neutralidad y la colaboración hispano-portuguesa. pierde su finalidad. Bástenos decir que la labor de la Expedición explica que Humboldt[1] *pueda ver con una sonrisa que el buen P. Gilij considere Carichana como un punto muy lejano en la penetración Orinoco arriba. Y lamentemos que en la España del siglo XVIII no se pudiera lograr una colaboración más armoniosa entre las fuerzas tradicionales y las que procuraron, a veces con enormes esfuerzos, la necesaria renovación de lo que el paso del tiempo dejaba atrás.*

En las serenas páginas del P. Gilij tenemos uno de los últimos monumentos de la vieja pax Hispanica, *que ya estaba casi en vísperas de la crisis decisiva de la Independencia.*

ANTONIO TOVAR.

1 Giraldo Jaramillo 708.

BIBLIOGRAFIA

Dos son las monografías modernas sobre el P. Gilij: José Abel Salazar, *Missionalia Hispanica* IV (Madrid, 1947) 249-328, y Gabriel Giraldo Jaramillo, *Notas biobibliográficas sobre el P. F. S. Gilij y su* Saggio, «Boletín de Historia y Antigüedades» XXXVIII (Bogotá, 1951) 696-713. Junto a estos dos trabajos, que presentan un examen de su obra y una serie de datos muy completos sobre la bibliografía referente a Gilij, hemos de considerar también una monografía la introducción de Mario Germán Romero a la traducción del volumen IV.[1] El libro de Demetrio Ramos Pérez, *El Tratado de Límites de 1750 y la expedición de Iturriaga al Orinoco*, Prólogo de Amado Melón y Ruíz de Gordejuela, Madrid 1946, es muy interesante para el conocimiento del ambiente contemporáneo. Nos remitimos al trabajo del doctor Giraldo Jaramillo para las fuentes bibliográficas sobre Gilij.

---

1 Felipe Salvador Gilij, *Ensayo de Historia Americana, Estado Presente de la Tierra Firme*, traducción de Mario Germán Romero y Carlo Bruscantini, Biblioteca de Historia Nacional, vol. LXXXVIII. Editorial Sucre. Bogotá, 1955.

ENSAYO
DE HISTORIA AMERICANA

o sea

HISTORIA NATURAL, CIVIL Y SACRA DE LOS REINOS Y DE LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS DE TIERRA FIRME EN LA AMERICA MERIDIONAL

escrita por el abate

Felipe Salvador Gilij

y dedicada a la Santidad de N. S.

Papa Pio VI

felizmente reinante

Tomo I

De la historia geográfica y natural de la provincia del Orinoco

Roma 1782.

INDICE

de los libros y de los capítulos contenidos en el tomo I
de la Historia Natural del Orinoco.

Libro Primero

Noticias generales del Orinoco.

Cap. I – Del río Orinoco.
Cap. II – De los navegantes antiguos del Orinoco, de sus cascadas y de las islas.
Cap. III – De las fuentes y del curso del Orinoco.
Cap. IV – De los ríos que salen del Orinoco.
Cap. V – Del descubrimiento de la comunicación del Orinoco con el Marañón.
Cap. VI – De los ríos que entran en el Orinoco por la derecha.
Cap. VII – De los ríos que están a la izquierda del Orinoco.
Cap. VIII – De las aldeas antiguas y modernas del Orinoco.
Cap. IX – De las aldeas que están a la orilla derecha del Orinoco.
Cap. X – Por qué son tan pocas las poblaciones del Orinoco.
Cap. XI – De las barcas de los orinoquenses, de sus remos y del modo de navegar.
Cap. XII – Del modo de navegar el Orinoco.

Libro Segundo

De los animales y de los vegetales del río Orinoco.

Cap. I – De los peces con escamas.
Cap. II – De los peces de piel.
Cap. III – De los animales anfibios del Orinoco.

Cap. IV – De otros animales anfibios.
Cap. V – De las tortugas del Orinoco.
Cap. VI – Del aceite que se extrae de los huevos de las tortugas.
Cap. VII – De las aves del Orinoco.
Cap. VIII – De los árboles del Orinoco.

Libro Tercero

De los países interiores del Orinoco.

Cap. I – Estado del país del interior y descubrimientos allí hechos hasta el año 1767.
Cap. II – Del viaje hecho al Venituari por tierra.
Cap. III – Se describen las naciones del país interior del Orinoco, y se cuenta el número de las almas que las componen.
Cap. IV – De otras noticias de tierras que están a mediodía del Orinoco.
Cap. V – Del Dorado.
Cap. VI – De las amazonas.
Cap. VII – Perspectiva del país interior del Orinoco.

Libro Cuarto

De los vegetales de los países interiores del Orinoco.

Cap. I – De los árboles.
Cap. II – De los árboles fructíferos.
Cap. III – De las palmeras.
Cap. IV – De la canela, del cacao, de la vainilla y de otros vegetales singulares de las selvas del interior de Orinoco.
Cap. V – De las gomas de los árboles.
Cap. VI – De las flores de los árboles, de los arbustos, de las enredaderas y de las fosforescencias.
Cap. VII – De las hierbas y de las raíces.
Cap. VIII – De las plantas cultivadas del Orinoco, y primeramente de las que son estimables por sus semillas.
Cap. IX – De los frutos producidos por semilla.

Cap. X – De las plantas célebres por sus raíces.
Cap. XI – De las plantas de fruto doméstico.
Cap. XII – De las plantas útiles para hacer telas y cuerdas y para sacar de ellas colores.
Cap. XIII – Si en el Orinoco arraigan bien y dan fruto vegetales extranjeros.

Libro Quinto

De los animales de los países interiores del Orinoco.

Cap. I – De los pájaros comestibles.
Cap. II – De algunos pájaros singulares del Orinoco.
Cap. III – De los pájaros nocturnos.
Cap. IV – De los pájaros carnívoros.
Cap. V – De los monos.
Cap. VI – De los animales feroces.
Cap. VII – De los animales raros del Orinoco.
Cap. VIII – De los animales buenos para comer.
Cap. IX – De los animales pequeños comestibles y de las tortugas terrestres.
Cap. X – De las hormigas bachacos.
Cap. XI – De otras especies de hormigas.
Cap. XII – De algunos insectos notables.
Cap. XIII – De los insectos interiores.
Cap. XIV – De los mosquitos.
Cap. XV – De otros insectos volantes.
Cap. XVI – De las abejas.
Cap. XVII – De las serpientes y de los sapos.
Cap. XVIII – De los animales domésticos.

Apéndice

a la Historia Geográfica y Natural de la Provincia del Orinoco.

I – Geografía.
II – Hidrogafía.
III – Origen del Orinoco.

IV – Lago Parime.
V – Del Río-Blanco.
VI – Del Dorado.
VII – Lagos y montes.
VIII – Población.
IX – Naciones nuevas.
X – Aire.
XI – Historia natural.

Notas y aclaraciones.
Indice de las cosas notables.

Beatísimo Padre,

Si el salir a la luz con composiciones literarias, aunque sea labor difícil [VI] por sí misma y arriesgada, es sin embargo en algún modo deseable, al menos para hacer de sí mismo y de las propias obras ofrecimiento a algún ínclito personaje, cuyo nombre respetable sea estampado al frente de las mismas, yo en cuanto a las mías no tuve que pensar mucho tiempo, beatísimo Padre. Volví, como siempre yo suelo, los ojos al Vaticano, los volví a mí mismo. Ví en el solio de Pedro a un Soberano convertido no sólo en objeto de universal estima y amor, tanto por el raro saber y por la santidad de vida inocentísima, como por las amabilísimas maneras, por lo cual a todos atrae y une a sí, sino que también ví a un [VII] Príncipe a la vez coterráneo mío, ya que soy nacido en el mismo país. Y franqueándose mi corazón, que antes palpitaba empequeñecido, dije: este será mi mecenas, este mi apoyo, este mi escudo.

Así comparezco ante vuestros pies, beatísimo Padre, con un volumen de historia natural, a la que me he dedicado durante algunos años, y he dispuesto, no sé con qué éxito, en varios libros. Así Cayo Plinio Segundo, príncipe en este género de historias naturales, quiso orlar la suya con el nombre de su monarca Tito Vespasiano. Mas la de Plinio, aunque también trate de cosas extranjeras, y las trate sin duda mejor [VIII] que yo, no se extendió nunca a aquella parte del mundo a la que ha llegado la mía, gracias a tiempos más prósperos. El presentó a su príncipe la Europa, el Asia y parte escasa de Africa. Yo pongo ante mi Soberano, aunque no sin temor, América. No por cierto toda, ya que no me bastaría el aliento ni la vida, sino aquella en que por divina disposición estuve de misionero muchos años.

Y he aquí, beatísimo Padre, otro motivo no despreciable por el que conviene la dedicatoria de mi libro. Nuevas gentes, de nuevas y extrañas costumbres, sometidas [IX] no hace mucho al Evangelio en los felicísimos reinos americanos de España, piden desde lejos, en acto de reconocer en Vuestra Santidad al gran sucesor de Pedro, piden, digo, presentarse solemnemente rendidas a vuestros pies. Los orinoquenses, gente apenas conocida en Italia, se postran aquí, llenos de aquella saludable fe que une a la Iglesia, une a sus soberanos y pastores, enlaza sus corazones con esta Santa Sede, centro de las creencias verdaderas.

Vos, que desde la elevada atalaya en que os sentais majestuoso, teneis ante vuestra vista el mundo, vos, beatísimo Padre, percibís claramente [X] que mi volumen, por ser de historia natural, por posesión antigua puede bien parecer un derecho de soberanos: pero mucho más considerando que soy yo su autor, no otro que a Vuestra Santidad convenía se dedicase. Plázcaos pues considerar mi ofrecimiento como tributo de un ánimo lleno de reverencia, concederle seguridad con Vuestra benignidad y dignaros protegerlo, mientras yo me arrodillo humildemente delante de Vuestro Trono, y con profundísimo respeto beso vuestros Smos. pies.

De Vuestra Santidad, Humildísimo devotísimo obedientísimo servidor y súbdito

Felipe Salvador Gilij.

[XI] A aquellos que conocen la obra del célebre P. Gumilla[1] sobre la historia del Orinoco, que escribió en su nativa lengua española, y después, por el aplauso con que el público la recibió, fue traducida al idioma francés, les parecerá que el diligente y erudito señor abate Felipe Salvador Gilij ha emprendido en nuestros días, con volver a tratar de él, un asunto supérfluo. Pero no es ciertamente así; porque si se confronta este trabajo con aquel, pronto se verá que si el insigne y benemérito misionero español

1 [Las numerosas referencias y citas que hace Gilij de la obra de Gumilla, corresponden a su edición en francés publicada en Avignon en 1758. Debe recordar el lector que la edición de Avignon, se hizo en tres tomos, según el texto de la edición española de 1745, pero la numeración de los capítulos originales de Gumilla fue sustituída por una numeración corrida que alcanza hasta LII capítulos. Véase el *Estudio Preliminar* de Demetrio Ramos en *El Orinoco Ilustrado y defendido*, Caracas, A. N. H., Vol. 68, 1963.]

tiene el mérito de haber sido el primero en darnos noticias de tan vasto país, nuestro autor ahora tiene el de haber podido tratar con aquel acopio de conocimientos y nuevos descubrimientos, que faltan en el susodicho Gumilla, al cual del mismo modo corrige oportunamente en puntos tan importantes como para convertir en cuidadosa una obra de este género. Habiéndola yo revisado por consiguiente por encargo del Revmo. P. Maestro del S[acro]P[alacio] A[postólico] con toda atención, estoy persuadido de que no debe haber ninguna dificultad para su publicación, puesto que nada contiene contra la santa Fe y buenas costumbres, antes bien es muchas veces edificante, y habrá de ser muy grata y deleitable a aquellos que la adquieran.

En San Calixto, a 17 de agosto de 1780.

P[ier] L[uigi][1] Obispo de Cirene.

[XII] Imprímase

si bien le parece al Revdmo. P. Maestro del Sacr. Palacio Apostólico

Francisco Antonio Marcucci de I. C.
Obispo de Monte Alto, Vicesecretario.

Imprímase

Fr. Bruno Tomás, de la Orden de Predicadores,
Maestro Socio del Sacro Palacio Apostólico.

1 [Conocemos el nombre por la censura del vol. IV de esta obra: Pier Luigi Galletti (1724-1790), monje benedictino de Monte Cassino y erudito distinguido, que trabajó en la Biblioteca Vaticana con el Cardenal Passionei.]

A LOS ERUDITOS LECTORES

Prefacio

Algunas veces considero yo entre mí la pasión de nuestra Italia por saber nuevas de América y la facilidad para poder satisfacerla con la lectura de libros, y no puedo menos de maravillarme sumamente de que sin embargo haya muchos en país tan culto que las ignoren totalmente, o al menos las sepan de tal modo, que por la ambigüedad de los relatos, por las alteraciones y falsificaciones de los hechos, no tengan ningún gusto en saberlas. Me he acostumbrado a buscar la causa de este fenómeno tan singular, y si no me equivoco, con algún cuidado la he alcanzado. Y dejando a un lado el deseo ineficaz de aquellos que no alcanzan nunca los medios aptos y proporcionados para llegar al conocimiento de la verdad, es cosa indudable que hay otros, por el contrario, que se aplican sólo a medios que les son sugeridos o por la moda engañosa o por el prurito de entender más de lo que conviene o bien por el desarreglo de varios afectos mal nacidos. Y he aquí la verdadera causa de la oscuridad de que está todavía envuelta la historia de América.

Sin ninguna selección se lee cualquier libro que trate de América. No se pregunta si es de autor informado, o si de persona que por ignorancia o por caprichosa parcialidad derrame con la tinta las fábulas. Todos son [XIV] buenos, con tal de que entretengan. Mas estos libros, además del daño que a menudo ocasionan, no quitan a los lectores la ignorancia, que es lo que debiera tener como mira el que escribe historias; antes bien, la acrecen y la fomentan infinitamente.

Han transcurrido ahora casi tres siglos enteros desde que el inmortal Colón, habiendo salido de nuestras playas, descubrió por

primera vez América. Pero ¿qué ha sucedido? Esta estupenda empresa, por la cual quedaron en el olvido o en la oscuridad ciertamente las célebres historias de los argonautas, y que haría enrojecer de envidia no ya sólo a romanos y griegos, sino a los mismos cartagineses y sidonios, y cuantas modernas y antiguas naciones hubo en el mundo, no digo que no sea conocida de nuestros italianos, que tuvieron en ella parte tan gloriosa. La saben, la celebran, se glorían de ella. Pero perdóneseme una expresión un poco libre. Mejor se conoció entre nosotros en su primer descubrimiento América que se sabe hoy. Así es: se supo mejor. Bebieron entonces los italianos las noticias frescas de América en fuentes purísimas. Las bebieron en Oviedo, en Gomara, y en tales españoles, en los cuales, agitándolos bien hasta el fondo, se encuentra toda la apariencia, o lo diré más justamente, se encuentra toda la sustancia de la verdad.

No negaré con todo que también en estos escritores antiguos de América se descubre enseguida un espíritu hiperbólico, por decirlo así, que ensalza incluso las cosas más flojas. Yo, por dar un ejemplo, no sé acomodarme a creer la multitud inmensa de los indios que como se dice se hallaban en América. Estos hormigueros de gente infinita, de centenares de millares de lenguas diferentes y de pueblos, me parecen fábulas, y no raras veces me viene a la mente [XV] el pensamiento de que en aquellos relatos tuvieron una gran parte o el estilo del siglo que entonces corría, llevado a engrandecer todas las cosas, o el amor de la gloria, naturalísimo en los conquistadores de nuevas gentes.

Pero en lo demás, la sustancia, como he dicho hace un momento, de la verdad, se descubre abiertamente en todos. Podían los españoles ocultarnos muchas o todas las cosas por ellos hechas en América. Por largo tiempo o no fueron allá los extranjeros o pusieron allí el pie sólo aquellos que ellos llamaron o admitieron por cierto libremente. Y sin embargo su empeño no se dirigió a ocultar los tesoros allí descubiertos y a esconder sus guerras con los indios y a tener guardado en eterno silencio cuanto de singular y grande allí hallaron. Al modo de César tenían continuamente en la mano la espada y la pluma; radiante contra los rebeldes o con los obstinados en el mal la primera presta la otra y expedita para escribir sus gestas.

Nosotros los italianos fuimos sin duda los primeros a quien las comunicaron, y nuestros literatos, con los cuales tuvieron

íntimo comercio por cartas, se las agradecieron sumamente y las aplaudieron. Mas este aplauso que Italia tuvo para las relaciones de los españoles sobre América no pudo proceder más que de lo escueto y sincero de las noticias que conoció.

Ramusio[1] las quiso perpetuar con trasladarlas al italiano. Y Dios quisiera que aquella verdad que, a pesar de los idiotismos españoles y locuciones intrincadas y oscuras, fulgura sin embargo maravillosamente, Dios quisiera, digo, que algún día fuera puesto en buena luz por algún estilista italiano. En solo Ramusio tendríamos una obra completísima, con la que en el porvenir pudiéramos hablar más justamente del verdadero estado de América. Yo daría a leer a Ramusio, sólo completado [XVI] con algunas notas, y creo que nuestra Italia habría de estarme agradecida.

Pero si volvemos los ojos a los escritores modernos sobre América, Dios mío, ¡qué oscuros laberintos no hallamos, aptos para inducir a errores enormísimos! Quien se pone a escribir de América para fundamentar con sueños imaginados las más execrables máximas del ateismo, y nos dan por maestros a los caníbales, los esquimales, y semejantes naciones estúpidas. Quien nos presenta las virtudes de los salvajes bajo formas lisonjeras, para envilecer, si pudiera, al cristianismo. Y he aquí que sube a la cátedra un *cacique,* un reyezuelo de unas pocas personas desnudas, para instruirnos. Quien nos presenta la libertad de los indios, limpia, como si dijera, de todo prejuicio de educación y costumbres, para empujar a los menos cautos a sacudir los vínculos más sacrosantos que nos unen a Dios y nos sujetan a nuestros príncipes. Y de esta manera, proponiéndonos para imitar no a una ni muchas, sino a todas las naciones salvajes de América, todas nos vencen en saber, si les creemos, todas son preceptores justos para instruirnos.

Qué errores se derivan en el mundo de tan depravados libros, no es cosa de repetir en este lugar. Son inumerables, y todos los saben. Pero además de aquellas heridas con que la religión es lacerada, y también el estado, en tales escritores yo encuentro mucho de fanatismo y de, digámoslo así, furor nacional. La competencia que es innata en todas las gentes, y que les es intrínseca,

1 [Juan B. Ramusio (1485-1557), de Treviso, fue un gran geógrafo, que siguió con gran interés los descubrimientos de su época, especialmente en relación con el embajador Navagero. Publicó en tres volúmenes *Delle Navigazioni et Viaggi.*]

por así decirlo, para desgarrarse y vilipendiarse mutuamente, a menudo combatida, porque es más perceptible y vecina en el mundo de acá, esta competencia nacional, digo, temiendo la luz de Europa, ha ido a buscar refugio en América. Allí triunfa jactanciosa [XVII] e insultante. ¿Qué quiero decir? Eso, que apenas hay libro en que no se emprenda hacer de censor de los antiguos y modernos españoles de América. Las demás naciones que hace ya mucho tiempo señorean en otras partes de ella, o son silenciadas o se las alaba.

Si el prurito de decir mal de la América española proviene de sus riquezas, si del poder, si de la religión cristiana que en ella se ha propagado, no quisiera, o no sabría, decirlo brevemente en un prefacio. Digo solamente que no parece cosa que convenga a persona honrada dejar los propios de lado y criticar solamente los defectos ajenos, verdaderos o imaginarios, poniendo groseramente de muestra estos para criticarlos.

Es cosa de verdad repugnante que algunos nada puedan decir de los primeros españoles conquistadores o de los que vinieron después sin manchar la pluma con mil historietas muy ridículas. Y sin embargo los españoles mismos, sin prever quizá el abuso que de ellas debían hacer personas malignas, son los primeros en contárnolas. Tal honradez no merecía ciertamente vituperios, ni debía ser correspondida con modos tan inurbanos. Si aquellos, en lugar de transmitirnos un minucioso informe de sus triunfos sobre los indios y de los contrastes y luchas militares con sus mismos connacionales, y en especial de los defectos de cada uno de los jefes, si en vez, digo, de estos minuciosos informes, nos hubiesen transmitido otros gloriosos en todo para su nación, y no acompañados de aquellos lunares que son sin embargo tan naturales en gente de guerra, ¿quién de nosotros sabría, a tanta lejanía en lugar y en tiempo, si nos engañaban? Entonces, la sinceridad que en todos se ensalza, ¿habrá de perjudicar así a los españoles, que escribieron exactamente de sus discordias? ¿Y consentiríalo la justicia?

[XVIII] Otra cosa, aunque no tan universalmente nociva he notado en los escritores sobre América. En sus libros (por más que reine mucho de envidia nacional) se ha propagado casi fatalmente a todos aquel espíritu de llevar a lo sumo las cosas que comenzó con los primeros que escribieron sobre aquella parte del mundo. Las descripciones de la América española, no conocida a

los extranjeros más que de paso, o por relación de personas no expertas, son por lo general, si no inventadas del todo, al menos demasiado exageradas. A una luz justa y sencilla no hay por ventura nadie que las narre. Quisieron que de las tres partes antiguas del mundo una se distinguiera por el número de los hombres, otra por el valor, otra por el ingenio y saber. América se distingue por las maravillas.

No niego por lo demás que haya en ella muchas maravillas. Vegetales nuevos y no vistos antes, nuevas fieras, metales preciosísimos y abundantes; ríos que vencen en cantidad de agua no ya al Tíber y al Po, que quedan por debajo a gran distancia de los americanos, sino al Danubio y al Nilo, y hasta al Eufrates y al Ganges y a los ríos más famosos de Asia: he aquí los grandes asuntos de la historia de América. La especie misma de los hombres (digo de los indios puros) es singular por sus rasgos, por el color, por la inclinación, por los usos. Climas bajo el mismo paralelo, bajo el mismo abrasador sol, bajo la misma zona, unos son cálidos y ardientes, otros templados y suaves, otros hasta fríos y helados, y otros muchos raros fenómenos, enojosos de repetir en un prefacio, llevan no sólo a maravillarse a quien los ha visto de cerca o al menos ha oído hablar de ellos, sino que infunden un prurito [XIX] de aplicarse a formas gallardas y nuevas para explicarlos. Y si todo parara aquí, sería un mal perdonable. Pero la verdad no sufre que en todo se exagere. En América, como en cualquier otra parte del mundo, hay bueno y hay malo, comarcas ricas y pobres, países sanos y enfermizos, cielo hermoso y cielo feo, tierra fértil e infecunda, llanuras y montes, como en nuestra tierra.

Mas yo (no sé si podré conseguir tanto) me he señalado proponer a mis lectores América con su verdadero rostro, o al menos con aquel que más se le asemeja. No escribo por espíritu de partido, ni con odio contra nadie. Tengo en el corazón la religión, y nunca me presentaré como indiferente si se presenta la ocasión de hablar de ella; pide de mí la antigua profesión de misionero que la defienda. He aquí con qué intención me dispongo a compilar una historia a cuyo frente puse el título de *Americana*.

No es por lo demás que yo quiera discurrir libremente por todas las comarcas americanas; no: no lo soportarían mis fuerzas. Además que ¿hablamos de historia de los hechos o de la que se llama natural? La primera, como hace poco he señalado, está suficientemente explicada por varios españoles que la escribieron. La na-

tural, aunque dignísima de ser expuesta, es sin embargo demasiado amplia si consideramos todas sus partes y queremos extenderla a toda la América, tanto meridional como septentrional.

Me atendré pues al plan, que estimo el más sabio, de describir la historia natural, pero sólo de las provincias de Tierra Firme; esto es, de aquellas que de más cerca miran a nuestra Italia y se encuentran las primeras yendo hacia poniente, y que después del hallazgo [XX] de las islas Antillas, descubrió el primero Colón. Y no crean mis lectores que mientras hablo de estas hayan de quedar ayunos de las otras provincias de la América Española. Nada hay acaso en las otras que no lo haya también en el Nuevo Reino y en las provincia de Tierra Firme. Allí hay oro en cantidad, y plata; allí hay plantas singularísimas, cuantas en otra parte, allí animales varios y múltiples.

Aparte de que ¿quién no sabe que el gastado proverbio universal, *visto un indio, todos están vistos a la vez,*[1] quién no sabe, digo, que se adapta igualmente bien a las provincias todas de América? El gobierno es en todas el mismo, los climas son semejantes, al menos en la zona tórrida, semejante el modo y forma de vivir, semejantes vegetales y animales. Una sola cosa encuentro en que se diferencian notablemente, esto es, en el hablar. En todas se habla el español. Mas cuán vario y diverso, especialmente en aquella palabras que se refieren a las cosas halladas por los españoles en América.

Es verdad que muchas voces de Santo Domingo, de donde se extendieron a otras provincias americanas, están adoptadas casi generalmente en todas.[2] Pero sin embargo hay muchas en todas partes que, tomadas de los indios allí hallados, son muy diferentes. Sucede por consiguiente no raras veces que si se pregunta a un americano si en su país hay por ejemplo tal o cual cosa, diga que no porque ignora el nombre. Para quitar, en lo que yo pueda, esta confusión de varias palabras, me he propuesto, no ya en los primeros tomos del Orinoco, que nos ocuparán bastante con la reco-

---

1 [« Visto un indio de cualquier región, se puede decir que se han visto todos, en cuanto al color y textura »: Ulloa, *Noticias amer.* Entret. XVII, p. 308.]

2 [El autor señala con acierto el papel que la isla de Santo Domingo tuvo en la introducción de indigenismos, cf. R. J. Cuervo, *El castellano en América,* Bogotá, 1939, p. 77; P. Henríquez Ureña, *El español en Santo Domingo,* Buenos Aires, 1940, p. 122 ss.]

lección [XXI] de vocablos bárbaros, sino también en los siguientes, en los que estaremos más libres, me he propuesto, digo, poner al pie de página todos aquellos nombres con los que una cosa se llama en varias provincias americanas.

Bastantes cosas hemos dicho acerca de la finalidad de mi historia. Y sin embargo no son todas. La América Española, aunque pobladísima hoy, aunque abundante en ciudades famosas y floridos reinos, aunque provista de personas muy virtuosas y muy educadas, es por muchos todavía creída un país salvaje e inculto. Dicen la verdad si se refieren a alguna parte más remota y oscura, pero no si de todas hablan en igual forma.

Aquella parte del mundo (su extensión de polo a polo lo exige) tiene todavía la desgracia de no haber sido sometida del todo. En unos sitios reina la barbarie y el antiguo estilo exótico, en otros, costumbres civilizadas y usos laudabilísimos. Los lugares ocupados por los salvajes solos, y donde no han penetrado aún los españoles, son incultos, y tales cuales fueron a la llegada del gran Colón a América.

Y he aquí brevemente en pocas palabras dos cosas que tuve especialmente a la vista cuando me resolví a escribir esta historia nueva americana. Bajo diversas formas y bajo dos puntos de vista es considerada América. Hay la salvaje y hay la civilizada. La primera es aquella en que viven solos los americanos. La otra es aquella que por medio de sabias leyes, introducidas allí por usos civilizados y cristianos, ocupan los españoles junto con los indios reducidos. América salvaje, América gentil: he aquí dos asuntos dignísimos de ser conocidos, confundidos a menudo en los libros, y no desarrollados hasta ahora sino ligeramente. Nosotros los italianos no tenemos ciertamente en este [XXII] género una obra original; y mucho menos compuesta por aquellos que, habiendo ido de nuestro país a América, en ella se quedaran largamente. Es por cierto temeraria empresa que yo, el menor entre todos, me haya atrevido a pensar en ella, que no ya a sacarla a la luz. Pero atribúyase la culpa al amor de nuestra nación por las noticias de América; atribúyase a mí mismo, que esperé apagar este deseo con contarlas.

Por consiguiente yo, para desarrollar lo más perfectamente que se pueda estos dos objetos más principales de mi historia, trazo la vida salvaje americana en la descripción de las costumbres de los orinoquenses, pueblos no sólo nuevos, sino barbarísimos. Estuve

entre ellos muchos años, y no sé si decir que el deber, o más bien aquel amor que se tiene a personas que costaron muchas fatigas y sudores, quiere que comience mi historia por los orinoquenses. Parte contando sus vegetales y animales; parte explicando sus costumbres y la religión; parte en algún apéndice que se reclama por la naturaleza de tales historias, voy vagando por el Orinoco de manera que puede parecer que me olvido de lo que me queda por contar sobre la vida civil americana. Mas no es verdad.

Yo, con tal de que la vida o el aliento no me falten, daré sin entretenerme mucho en uno o varios tomos la descripción de las otras provincias de la Tierra Firme. De la más oriental, que es aquella del Orinoco, pasaré a la vecina provincia de Cumaná, o como otros dicen, a la Nueva Andalucía. De allí, a la de Caracas; y luego a las otras, sean marítimas, sean mediterráneas; y no me detendré hasta que no haya llegado al Darién, último término de Tierra Firme. Mas sobre el Orinoco, que entre tantas provincias civilizadas de Tierra Firme doy ahora en pri [XXIII] mer lugar a la prensa, debo hablar un poco más específicamente; y decir a la vez la ocasión que me estimuló a componer su historia y los medios que para llevarla a fin me señalé.

A esta obra, pues, que yo, satisfaciendo a las peticiones de muchos que tienen en algo mis cosas, doy ahora a luz, no le dió ocasión sino la curiosidad. Es de todos bien conocida la inclinación de los italianos a saber o por libros impresos, o por personas que hayan andado por el mundo, las noticias de América. De América he vuelto yo no hace muchos años como testimonio autorizado, y me acuerdo sin embargo del mucho tiempo que para condescender a peticiones de varias personas dignas hube de gastar en contarlas.

¡Cuántas y qué curiosas preguntas me hicieron sobre la naturaleza de aquellas comarcas, sobre el calor exorbitante que en ellas hace, sobre las plantas, tan diversas de las nuestras, sobre los animales y sobre los hombres, y sobre otras cien minucias! En persona revestida, como yo estaba, del hábito religioso, no parecía cosa conveniente echarse, como dicen, atrás. Contesté a todos, o quise al menos contentarlos. Mas no lo logré.

Parecieron ciertamente nuevos mis relatos, y nunca, según ellos dijeron, tan clara y minuciosamente expuestos antes, como entonces se oyeron de mi boca; y me rogaron ardientemente que los extendiera algo más copiosamente y los imprimiera. Condescendí creyendo que me pudiera sacar del compromiso un solo breve

volumen. Pero no ha bastado este, sea como sea para los lectores, al menos a mí.

[XXIV] Tomada la pluma en mi mano, ¡cuántas dificultades he hallado! He tenido no sólo que ordenar y disponer con cuidado en su lugar lo que observé por mí mismo, sino que por amor a la verdad he tenido además que escuchar el parecer ajeno, o preguntar a personas que habían estado conmigo en América. He tenido que leer los relatos y las historias de algunos que me han precedido; y encontrando varias cosas o discordantes o no explicadas plenamente, o bien confusamente narradas, ha sido necesario a veces refutarlas o ponerlas al menos a buena luz. Por consiguiente me ha crecido la materia de mi historia, y al fin me he dado cuenta de que aun contentos aquellos que me rogaron hacerla, no podía bastar un solo volumen para decir todo.

No debía ser menor el cuidado de dar a mi exposición aquel orden que tanto se desea en la historia; y en cuanto he podido, he procurado atentamente seguir el que parece a los doctos el mejor. He dispuesto cada materia separadamente, y bajo un título no he tratado sino incidentalmente de otro. Me he propuesto hablar del Orinoco en los primeros tomos, y me jacto de haberme encerrado tanto en estos límites, que por lo demás son bien amplios, que creo no haberme salido de ellos sino obligado por el asunto que llevo entre manos. Pero si la dilucidación de algún punto de historia, especialmente natural, lo reclama, no he tenido escrúpulo, sobre todo en mis notas más largas, de llevar a mis lectores no sólo fuera del Orinoco y por varias partes de América, sino por Europa también, y por Africa.

[XXV] El P. Gumilla, cuyos libros sobre el Orinoco tengo a mi alcance traducidos del español al francés, peca tal vez de esto. Las cacerías de los indios, las resinas, las drogas aromáticas, los frutos y las hierbas medicinales, los peces, las advertencias a los misioneros, la fertilidad del Orinoco, sus frutos, el famoso Dorado, etc., todo aparece a un tiempo. No digo nada de algunas hipérboles; nada de varios puntos de historia, que creídos por él incontrastables, se ha descubierto después que son débiles o nulos.

Pero excepto estos que me parecen errores, el P. Gumilla, no menos por el Orinoco sacado de la oscuridad con sus fatigas y sus escritos, que por otras apreciables dotes, merece suma laude. Antes de él no hubo nadie que escribiese sobre el Orinoco, o al menos nadie hubo digno de consideración. El entre mil continuas

ocupaciones que lleva consigo el oficio de misionero de pueblos nuevos, no desdeñó la historia y los estudios aún más amenos. Y si a aquellas dotes de gracia y de fluidez en el decir que son en él singularísimas, se hubiesen unido además otras de crítica exacta y de orden cuidadoso en el contar, tendría después de su muerte, como lo tuvo en vida, gran encomio. España leyó con admiración la historia del P. Gumilla. La leyó con placer Francia. Pero el Orinoco era entonces nuevo. La rareza suscitó los primeros homenajes de alabanza. Después se insinuó en algunos (a veces injustamente, a veces con razón) el espíritu de pesarlo todo críticamente, y hoy hay a quienes les agrada y a quienes les desagrada Gumilla.

El mismo no sólo previó, sino que vió en parte estas vicisitudes: y solía decirme graciosamente muchas veces que si a mí me tocara la suerte de ir de misionero [XXVI] al Orinoco, impugnase su libro; pero no a ciegas como hacen muchos, sino después de algunos años de experiencia, y vista primero y explorada bien cada cosa. Así pues, si yo después de diez y ocho años de residencia en aquel río, hablo de modo diverso en algunas cosas, me opongo sin duda a su genio. Pero no intento oponerme a él de manera que sea un contradictor ineducado. En varios puntos en los que somos de parecer contrario, ni siquiera lo nombro en mi historia. Algunas veces lo nombro, pero con la estima a que es sumamente acreedor. No repito servilmente lo dicho por él, sino que como él quería, y muchas veces me lo dijo, lo aumento con nuevos hallazgos y lo aclaro.

No pretendo con todo que mis explicaciones sean sin faltas, y quizá aun muy considerables. Si hubiera de decir lo que siento sin pasión, llamaría a mi exposición aquí, como varias veces hago en la historia, un bosquejo. Y en verdad, ¿qué puedo yo, sino esbozar ante mis lectores lo mejor que puedo lo mucho que podría decirse del Orinoco? Las materias que trato son vastas y aun múltiples, y exigirían en quien las escribe un complejo de ciencias varias, que no me jacto de poseer. Mas para no desmerecer de un cierto favor de mis lectores, he dispuesto lo que debo tratar en esta historia de la siguiente manera.

He atendido especialmente a servir a la historia natural. Trato por consiguiente, pero en diversos libros, porque los objetos son diversos, de los varios animales del Orinoco. No me atribuyo ya el mérito de haberlos descrito perfectamente en todas sus partes

y según las leyes que agradan a los mejores naturalistas. No [XXVII] me era posible hacer en esta como en todas las demás partes de la historia natural, un relato minucioso, propio sólo de aquellos que, dejado todo otro empleo, se entregan enteros a la contemplación de la naturaleza. Yo estuve de misionero en el Orinoco, y esto es bastante. Vi, es verdad, o al menos oí no raras veces de personas dignas de fe, todas las cosas que leyendo mis comentarios orinoquenses se verán correr de mano en mano. Mas si fui observador curioso y exacto, no fue este el objeto principal al que apliqué entonces mi atención, sino la ventaja espiritual de los indios. No creo por lo demás que recorriendo mi historia diligentemente se pueda echar de menos otra cosa. Tendrán los lectores una diligente descripción de los animales, sabrán en general las propiedades y oirán de las distintas especies que no raros escritores por falta de nuevos esclarecimientos confunden.

La misma diligencia me he tomado para describir los vegetales. Los conocimientos botánicos, insertados a su tiempo y sin afectación, darían gran luz a la narración de esta amable parte de la historia. Mas si, como hago yo, se escribe lejos y no se tienen las cosas a la vista, ¡cuántos estorbos, si queremos decir la verdad, se hallan a cada paso! ¡Cuántos árboles, cuántos arbustos, cuántas hierbas se describen por los autores lejanos, que vistas luego, y confrontadas entre sí, las partes, no se parecen en absoluto al objeto! Así pues, he procurado también en este género, dar una diligente, aunque no demasiado minuciosa, descripción de los vegetales orinoquenses. Pero si defraudo a los lectores en pormenores, y acaso en desmenuzadas explicaciones, estoy sin embargo persuadido que la que aduzco son suficientes. Yo no tengo sino poquísimo que decir de los minerales, pero si mi historia en esto será [XXVIII] escasa, porque escaso o privado de ellos es el Orinoco, haré al menos que sea abundante en muchas observaciones naturales que otros escritores han descuidado. Trato en un libro entero de elementos, y explico, aunque siempre históricamente,[1] sus fenómenos.

La parte de historia para mí más querida, y reservada por mí para el tomo segundo y el tercero, es la que, reduciéndolo todo a los capítulos precisos, describe las costumbres de los indios.

1 [Histórico para el P. Gilij quiere decir todo lo que es relación, no ya en el tiempo, sino en enumeración más o menos completa; así se creó el término de historia natural.]

Consumo en estas particularidades cuatro libros, los cuales como no son más que el resultado de las observaciones, que me eran entonces las más propias, sobre el hombre indio, son si no me engaño, los mejores. Describo el aspecto físico, explico lo moral, y señalo con todo cuidado lo político.

Son un punto de no exótica erudición las lenguas americanas, y muchos escritores las han dejado a un lado, como si nada interesaran a la historia. Yo desarrollo según mi débil capacidad su origen, explico la variedad en los muchos dialectos del Orinoco, y haciendo de estas lenguas varias pruebas aduzco ejemplos para explicarlas mejor. Me inclino a creer que no fatigará el estudio que yo he puesto a aquellos que después de tantos años que ha se descubrió América querrían quedase ilustrada también en lengua italiana esta parte de erudición extraña.

Para satisfacer, pues, el laudable genio de los estudiosos de las lenguas ajenas, añado al fin del tercer volumen un apéndice en el que recojo muchas de las más famosas lenguas americanas, advirtiendo además a mis lectores que en los extractos que doy no hay mío sino la fatiga que me he tomado de reducirlos a pocos capítulos esenciales, convirtiéndolos de españoles que eran antes, en italiano. Débese no sólo el mérito, sino el [XXIX] agradecimiento a aquellos señores que habiendo sido misioneros entre los indios varios años me han favorecido con ellos a mi petición con extrema gentileza.

Sé que al mismo tiempo que algunos leen con sumo placer las palabras indias y adornan con ellas sus volúmenes, como hacen frecuentemente los naturalistas, sé, digo, que son enojosas para la mayor parte de los lectores. Yo no obligo a leer a todos mi historia sin omitir algún capítulo y aun un libro entero. Me es bien conocido que no hay nadie que alcance a todo cuanto describo, y que son diversos a cada uno los estudios, según la inclinación es diversa. Añádase que yo mismo (si no molesta que me ponga por ejemplo) como amante de las lenguas extrañas en su fuente, por decirlo así, y en sus propios libros, si se mezclan con nuestro habla interponiéndose como afectado extranjerismo, las aborrezco.[1]

---

1 [Suprimimos en la traducción un párrafo en que el autor anuncia que presentará los nombres de tribu no en la forma española, sino en italiano, así como que hará trilingües las listas que va a dar al final del prólogo.]

[XXX] La religión es objeto digno de todo hombre, no sólo de un misionero cual yo fuí; y no ha de tomarse a mal que yo haya dedicado un libro entero a tratar de ella. Me es conocido el genio, no sé si decir bizarro o extravagante de muchos que querrían ver confirmado lo que sabemos por la revelación por los bárbaros americanos. Estos son para algunos los verdaderos depositarios de las más relevantes verdades. Si tienen razón, me lo dirán cuando hayan leído, imparcialmente y sin prejuicios, mi libro. A la antigua y nativa religión de los orinoquenses añado la nueva, porque está muy unida con el objeto de esta historia. Hablo del intelecto de los indios, criticado no raras veces por muchos escritores, y de la inclinación que en ellos se descubre para abrazar la religión cristiana. Digo las laudables costumbres introducidas por los misioneros para fomentar la piedad cristiana. Narro los viajes que en busca a través de las selvas inhóspitas de los gentiles se hacen por los mismos misioneros algunas veces, y cuento otras muchas cosas, no desagradables, según me parece, para el que lee.

Tampoco he omitido la geografía. Para ayudar a los eruditos esfuerzos de los literatos en este género, [XXXI] no sólo he descrito desde su cabeza a su fin el Orinoco todo, en toda su longitud, sino que he indicado además, especialmente en su orilla derecha, los muchos ríos que en él desaguan. Se describe cuidadosamente la comunicación del Orinoco con el Marañón por medio del Río Negro. Figuran los nuevos descubrimientos hechos en estos últimos años hacia las fuentes del Orinoco. Se describe menudamente no sólo, y quizá por primera vez, el inmenso país del interior que yace al mediodía del río. Se enumeran sus naciones, y cien cosas más, que mis lectores, dándose la pena de recorrer mis explicaciones, hallarán.

Lo más difícil en la historia de los países extranjeros, y mucho más quizá en la del Orinoco, es indicar con precisión los grados de longitud y de latitud en que están situados. El P. Gumilla, que quiso darnos alguna noticia antes de tiempo, se apartó enormemente de la verdad. También se alejan mucho otros que, sin haber estado jamás, quieren trazar sus mapas sobre noticias no bien comprobadas. No sé si ocasiona risa o compasión, o acaso todo junto, ver dibujado menudamente y paso a paso ciertos países a los que ningún geógrafo ha llegado.

Por lo que hace al Orinoco, de buena gana adornaría este libro mío con las observaciones de los señores de la Real Expedición

de Límites[1] que tuvieron consigo astrónomos y geógrafos excelentes. Abriría al menos con su mapa del Orinoco la primera entrada a esta obra. Pero no siéndome conocido que haya sido impreso, o que al menos haya llegado a nuestra Italia, los lectores se habrán de contentar, y yo también tendré que sufrir, que vaya delante de mi historia aquella que yo he esbozado con la ayuda de algunos eruditos señores. Será esta al menos [XXXII] tolerable, y acaso no se alejará mucho de la verdad. Estoy bastante persuadido de que en la medida de los lugares puede haber errores, incluso en los geógrafos más cuidadosos, y no me jacto de adivinar en todo.

Supuesto, pues, que en las cosas susodichas haya algunos errores en mi mapa, paso a determinar algunos grados que pueden parecer de más importancia. I) Las bocas del Orinoco, vistas por muchos eruditos viajeros, a sus grados, son conocidas de todos, y sigo a los geógrafo más aprobados. II) La población de Cabruta,[2] alejada del Atlántico al menos 20 días de viaje, la sitúo a 5 grados aproximadamente de latitud norte, tanto porque así oí decir comunmente en aquellos lugares, como porque lo dice también el buen sentido. De Cabruta, la cual está al sur y hacia tramontana casi respecto de Caracas, hay al menos ocho días de camino, que se hace comunmente por praderas, excepto la última jornada, en que se pasan algunos montes. Un hombre sin bagaje, a caballo y sin ninguna carga, necesita de este tiempo para llegar allí, y es opinión constante que hace no menos de doce leguas o 40 millas de camino cada día. Estando Caracas a 10 grados de lat. norte, ¿quién no ve que Cabruta debe estar a 5, o poco menos? III) La cascada o Raudal de Atures, según las observaciones allí hechas por la Real Expedición de Límites, está a 4° 18' 22".

Yo en mi mapa pongo al Orinoco como si viniera del lago Parime, del que lo hago manar. Mas he aquí otro punto de historia orinoquense lleno de embrollos o de imaginaciones varias de los escritores. ¿Existe real [XXXIII] mente en el mundo el lago Parime?[3] De este lago, no menos que del célebre Dorado, encuentro

1 [Sobre la Expedición de Límites, v. C. ALCÁZAR MOLINA, *Los Virreinatos del siglo XVIII*, Barcelona, 1945, p. 300, en la « Historia de América » dirigida por A. Ballesteros y Beretta.]

2 [Sobre la fundación de esta ciudad, v. la p. 35 s. en este mismo tomo. La latitud de Cabruta viene a ser 7° 45'.]

3 [Sobre el lago Parime, v. *infra*, pp. 123 y 325 s.]

cosas increíbles en los autores. Quien lo pone más allá del Ecuador,[1] quien bajo él o paralelo al mismo,[2] quien a 2, quien a 3 grados de lat. norte,[3] quien en suma lo quiere en un mundo, quien en otro. Algunos dicen que nacen de este lago varios ríos,[4] otros lo niegan.[5] Sus aguas según algunos son salobres, según otros, dulces.[6] Pero todos por lo demás pretenden que es de grandeza desmesurada que llega, como se dice, hasta a 395 millas alemanas de longitud y a 100 de ancho en su mayor extensión.[7] Pero vuelvo a decir: ¿es que existe en el mundo el lago Parime? Oyendo las palabras de los indios parece indudable que sí. Yo no cito otros testimonios, porque no he conseguido hasta ahora hallar entre tantos escritores siquiera uno que aporte una prueba en confirmación de este lago. Soy de parecer que existe, pero no tan grande como muchos nos dicen. Parece que si los españoles, para los que es factible una empresa de este carácter, subiesen bien armados por el río Caura arriba (del cual habré de hablar mucho en mi historia), parece, digo, que con poca fatiga y después de no muchas jornadas, encontrarían el lago Parime, y mejor que en cuanto antes han hecho, descubrirían el origen del Orinoco. Mas baste de esto.

Para esclarecimiento de las cosas que se tratan en una historia, la necesidad o la moda exige que se hagan [XXXIV] notas y se pongan láminas. Láminas sólo he puesto las que soportan las fuerzas comunes de los compradores.[8] Mas acerca de las notas, las he puesto pequeñas al pie de la página para comodidad de

---

1 Un mapa del Nuevo Reino en los corredores del Gesú de Roma.

2 El P. Fritz en el mapa del Marañón.

3 M. de l'Isle.

4 Coleti en el *Diz. geogr. d'America.*

5 *Encyclopedie, ou diction. raisonné,* etc.

6 Coleti, en el *Diz.* cit.

7 *Encyclopedie,* artículo Parime.

8 [En el vol. I, aparte del mapa, que reproducimos, van sólo tres láminas: Vista de una ranchería, Elaboración del aceite de tortuga, Vista de un campamento indio. En el vol. II el mapa del Orinoco con el Río Negro, y cinco láminas. En el vol. III no figuran láminas. En el vol. IV sólo el mapa del Nuevo Reino de Granada, que se reprodujo en la traducción publicada en Bogotá. Reproducimos los mapas y todas las láminas de los tomos I y II, aunque estas últimas son dibujos neo-clásicos y de poco valor documental.]

mis lectores, y otras más largas al fin de cada tomo: las pequeñas serán también testimonio de la verdad, que profeso amar desde el principio; las grandes aportarán luces no despreciables a los que desean que las cosas sean discutibles plenamente.

Para conciliarme fe ante personas que no me conocen, ¿qué puedo decir? Yo he sido mucho tiempo misionero entre las gentes del Orinoco, y he observado diligentemente, por natural inclinación y por genio particular mío, sus costumbres. Soy por consiguiente un testimonio ocular, y puedo jactarme de que verdadero. Algunos de mis relatos están apoyados en fe ajena, porque yo no lo he visto todo. Mas tales son las personas a las que ha de prestarse crédito, que siendo testimonios oculares, y ciertamente más dignos que yo, lo merecen.

[XXXV] NOTA

Las voces indias que pongo en la segunda columna están por lo común tomadas de la lengua de los tamanacos o de los maipures.[1] Pero cada nación tiene las suyas, y como no se sabe el significado, se creen aumentadas las naciones, cuando en realidad no se aumenta sino el número de las voces con que son llamadas. He aquí una muestra: *carina* significa caribe en la lengua de los caribes; *caripina* significa lo mismo en otomaco. En maipure se dice *caripuna*, etc.

Catálogo de las naciones del Orinoco en distintas lenguas[2]

En español	*En indio*
Guaraúnos	*Uaráu*
Cumanagótos	*Cumanacóto*
Aruácas	*Aruáca*
Pariacótos	*Pariacóto*
Guayános	*Guayánu*
Caríbes	*Carína*

1 [El dialecto de los maipures pertenece al grupo del nordeste y central de las lenguas arahuacas; el tamanaco en cambio es un dialecto caribe.]

2 [Suprimimos las formas italianas, que son una simple transcripción de las españolas; en la ortografía de las palabras indígenas usamos la ortografía de nuestra lengua, es decir la *ch* con el valor que en español, la *k* en lugar del italiano *ch*, etc. Ponemos como el P. Gilij el acento, aun en casos en que al modo de escribir de nuestra lengua no sería necesario.]

[XXXVI]	Quiriquirípas	*Kirikirípa*
	Güires	*Virivirí*
	Guaiquíres	*Uaikíri*

Hasta aquí las naciones del bajo Orinoco.

	Quáquas	*Mapóye*
	Payúres	*Payúri*
	Aquerecótos	*Akerecóto*
	Oyes	*Oye*
	Nación de mujeres	*Aikeám-benanó*[1]
	Uoquáres	*Uokeári*
	Tamanácos	*Tamanácu*
	Parécas	*Paréca*
	Avaricótos	*Avaricóto*
	Potuáras	*Poluará*
	Yavaránas	*Yavaraná*
	Hermana del Oso	*Uaracá-pachilí*[2]
	Hijos del muriche	*Uara-mucuru*
	Areveriános	*Areveriána*
	Mapóyes	*Mopói*
	Sálivas	*Sáliva*
	Atures	*Atúri*
	Piaróas	*Piaróa*
	Cabres o Caveres	*Cáveri*
	Maipúres	*Maipúri*
	Avanes	*Avani*
	Quirrúpas	*Kirrúpa*
[XXXVII]	Meepúres	*Meepúri*
	Guamos	*Uamu* o *Pau*
	Quaquáros	*Quaquáru*
	Otomácos	*Ottomácu*
	Taparítas	*Taparíta*
	Yarúros	*Yapuin*
	Guajivos	*Guaíva*
	Chiricóas	*Chiricóa*

Hasta aquí las naciones del medio.

---

1 [La forma parece tamanaca: *aicá* « mujer », cf. III p. 213.]

2 [Más abajo, p. 128, vemos que es un término caribe.]

Güipunaves	*Uipunávi*
Parénes	*Paréni*
Maquiritáres	*Makiritári*
Puináves	*Puinávi*
Masarináves	*Massarinávi*
Amuízanas	*Amuízana*
Marepizánas	*Marepizána*

Hasta aquí las naciones conocidas del alto Orinoco.

Ríos del Orinoco por la derecha.

	Aquíre	*Akíri*
	Caroní	*Carúni*
	Caura	*Caura*
	Paruái	*Puruái*
	Uyápi	*Uyápi*
[XXXVIII]	Cuchivero	*Asivéru*
	Guaya	*Uaya*
	Maniapúre	*Amarapúri*
	Suapúre	*Chivapúri*
	Paruási	*Parúate*
	Anavéni	*Anavéni*
	Sipápu	*Tipápu*
	Venituáre	*Venituári*

Ríos por la izquierda

Pao	*Pau*
Manapíre	*Manapíre*
Goárico	*Uáricu*
Apúre	*Apúri*
Apamáta	*Apamóta*
Arachúna	*Tacutunémi*
Caño de los Otomacos	*Aráuca*
Sinarúco	*Sinarúcu*
Urúpe	*Urúpi*
Meta	*Meta*
Toma	*Toma*
Bicháda	*Visatá*

Atavápo	*Attavápu*
Casiquiare	*Casikiári*
Río Blanco	*Veni marikiní.*[1]

Se prescinde de algunos riachuelos menos famosos, que desembocan en el Orinoco por una o por otra orilla.

[XXXIX] *Cascadas del Orinoco*

En español	*En indio*
Raudal de Camiseta	*Aravacái*
Carichána	*Carichána*
Ataváje	*Ataváye*
Raudalito	*Ukka matísi mapára [canacapitirri*[2]
Raudal de Atures	*Mapará*
Saridá	*Saridá*
Raudal de Maipúres	*Kuitúna.*

Explicación de algunas voces usadas en la historia:

Reducción: nombre de población o aldea india.

Ranchería: nombre de lugar donde se come o se duerme en los viajes.

La legua común de América tiene tres millas italianas.

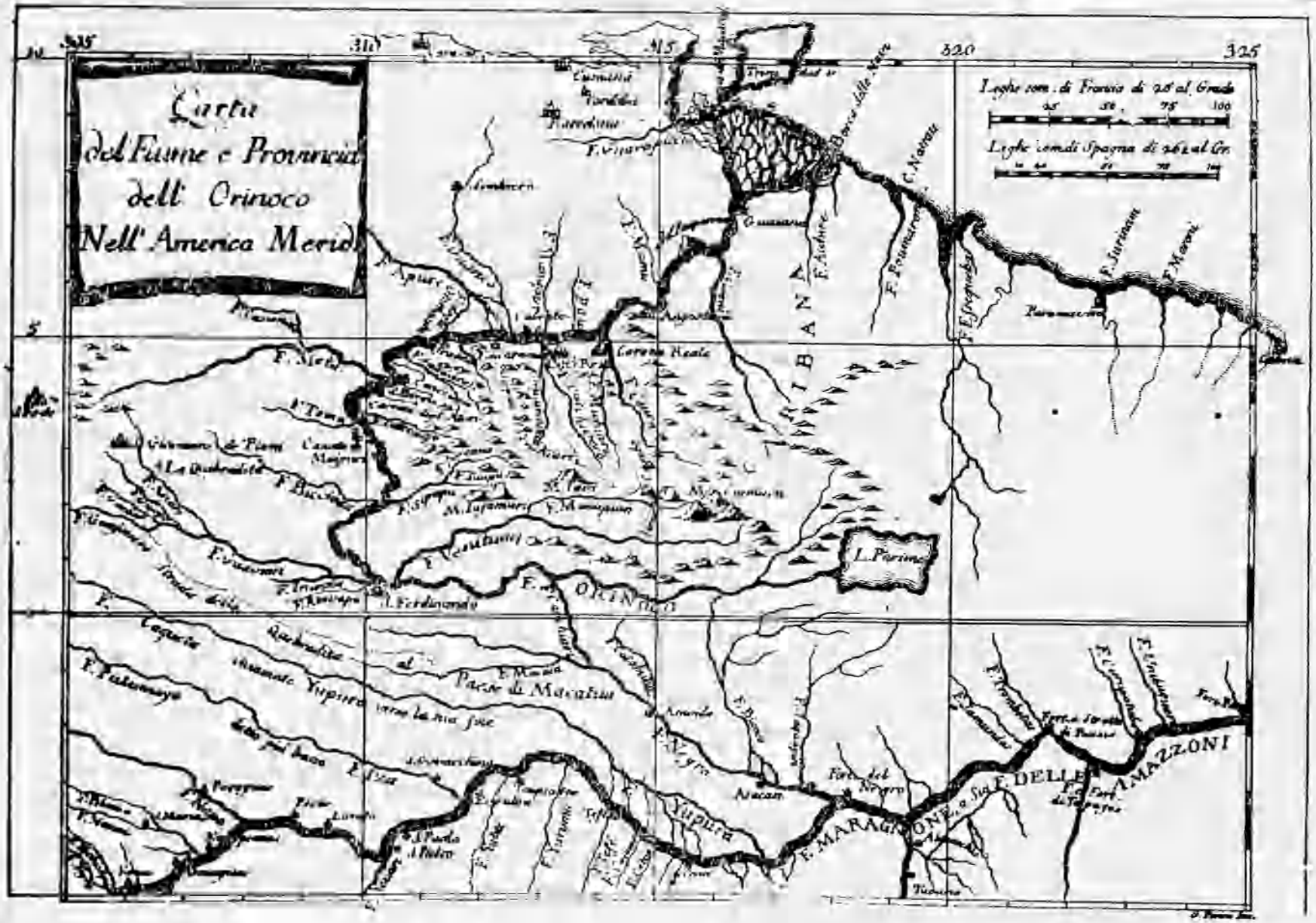
---

1 [*Veni* es « río » en maip., III p. 213, y *marikiní* « blanco » en la misma lengua, III p. 378.]

2 [Reconócese la forma maip. *ucá* « raudal », cf. III p. 380.]

TOMO I

DE LA HISTORIA GEOGRAFICA Y NATURAL
DE LA PROVINCIA DEL ORINOCO


Carta
del Fiume e Provincia
dell' Orinoco
Nell' America Merid.
Leghe com.i di Francia di 20 al Grado
Leghe comuni di Spagna di 26 1/2 al Gr.
F. Orinoco
F. Apure
F. Meta
F. Arauca
F. Caroni
F. Paragua
F. Yuruari
F. Cuchivero
F. Caura
F. Ventuari
F. Padamo
F. Mavaca
F. Siapa
F. Cassiquiare
F. Negro
F. Yupura
F. Putumayo
F. Japura
F. Maranone
F. Amazzoni
L. Parime
Esmeralda
S. Ferdinando
Angostura
Nuova Guajana
Barra della Nave
C. Nassau
Forte del Rosario
Forte di Tabatinga
Tucuna

LIBRO PRIMERO

Noticias generales

Capítulo I

Del Río Orinoco

El Orinoco, del que ya muchos, como de cosa menos conocida en Italia, me han preguntado más en especial, por hablar generalmente, y con los términos más obvios para las personas menos especializadas, es uno de los ríos más grandes de América meridional. No lo pondré ciertamente en competencia, como hizo en su historia Gumilla,[1] con los más famosos ríos de aquel vastísimo continente. Debo sin embargo decir, que no está nada lejos de la verdad el que lo pone entre los mayores. He aquí una descripción exacta.

[2] Su anchura es comunmente de unas tres milllas, y a veces aún más, extendiéndose en muchas partes, donde el terreno es llano, hasta a cuatro, y quizá hasta cinco. Nada digo de la enorme grandeza que tiene el Orinoco en las cercanías del mar Atlántico, en el que desagua por numerosas bocas. La boca de Macaredo, por la cual pasé el año 1767, es bastante inferior a otra que, como la más adecuada para pasar por ella, se llama Boca de Navíos. Pues bien, allí se extiende el Orinoco al menos 20 millas.

Mas no es mi intención medir el Orinoco en sus bocas, después del aumento de agua que le proporcionan otros grandes ríos. Mídase más arriba, mídase al medio, y mídase, estoy por decir, en la boca del Casiquiare, uno de sus brazos, que envía, para no recuperarlo más, hasta el Marañón. Su grandeza es con poca dife-

---

1 *Hist. de l'Orenoque*, tomo I, cap. 1.

BIBLIOTECA NACIONAL Rio de Janeiro

rencia la misma, y no se puede comprender cómo la apariencia externa del Orinoco, entren en él ríos o no, sea por todas partes, si exceptuamos las más remotas fuentes, uniforme.

El Orinoco, que en el volumen de agua que lleva se ha querido que compita, sin explorarlos, con los primeros ríos, en su curso constante e igual, que ha sido omitido por los escritores precedentes, los vence indudablemente. Es oscurísimo, no sólo en sus principios, sino por bien largo trayecto, el Marañón. También es oscuro el Río de la Plata, y no es grande sino en la vecindad del mar el Río San Lorenzo.

La anchura de que he hablado hasta ahora es la que el Orinoco mantiene en los tiempos intermedios y cuando han cesado las lluvias periódicas. Parecerá después increíble a los menos prácticos aquella a que llega, ensanchando de forma extraña su nativo lecho, en las épocas de lluvia. [3] Entonces se llenan de agua, salida del continuo fluir del Orinoco, y ya no restringida como antes en los sólitos confines, las selvas vecinas y las praderas, de manera que más que un gran río, parece el Orinoco un gran golfo.

No ha sido nunca medida, que yo sepa, esta extensión invernal del Orinoco.[1] Mas es cierto que especialmente en aquella parte en que desde el monte Uruána mira a la orilla opuesta la ciudad de Barinas[2] llega hasta las veinticinco leguas de anchura, y se puede decir, que hasta 75 millas. Y sin embargo no es esta la extensión mayor del Orinoco. Dícese allá comunmente que cada veinticinco años hay, además de las ordinarias y comunes, una crecida llamada máxima, y entonces ¿quién sabrá decir, entre los rudos habitantes, a qué enorme y desusada grandeza llega? Nunca me he encontrado más que en las inundaciones ordinarias, pero la citada crecida no es improbable para aquellos que habitan en las elevadas riberas del Orinoco.

Por todas partes se ven, en los escollos y en las rocas más elevadas, señales que indican la altura a que el Orinoco ha llegado varias veces, y con cierto barro firmemente adherido, que ni las contínuas lluvias posteriores, ni los ardentísimos soles estivales

---

1 Llámase allá extensión invernal, y es lo mismo que decir la que el Orinoco tiene en los tiempos lluviosos o en el invierno.

2 [Entiéndase como referencia, pues la ciudad de Barinas no está sobre el Orinoco, sino mucho más al oeste, o orillas del Santo Domingo, afluente del Apure. De ella se habla más abajo, p. 48.]

borran. Esta señal natural indica maravillosamente las crecidas. En el lago Rorótpe, vecino a mi antigua reducción, hay un alto peñasco, que se apoya sobre otro como en una bien formada y consistente base. En estos dos hay señales a las cuales no ha llegado nunca el Orinoco en mi tiempo. Pero, como en Roma las lápidas, son para los pasajeros indicio de qué altura alcanzó en los tiempos pasados.

[4] No es menos digna de notarse la profundidad del Orinoco. No la he medido yo, ni nunca la he visto medir. Pero ateniéndonos al testimonio del P. Gumilla,[1] el ingeniero Pablo Díaz, habiendo recibido orden del gobernador de Cumaná de medir la altura, y llevado a tal efecto al brazo del Orinoco llamado Caño de Limones, frente a la antigua Guayana, echó en el mes de marzo (tiempo el más seco del año y en el que el río está más bajo) el escandallo, y halló una profundidad de 65 brazas. Algunos años antes el gobernador Guzmán, habiéndolo medido en otro lugar más estrecho que el citado, halló la profundidad de 80 brazas.

No creo sin embargo que sea igual por todas partes y constante una profundidad tan grande. Sé por reiteradas experiencias que en las épocas de verano a menudo encallan las barcas no sólo a la orilla, sino a mucha distancia de esta. Queda sin duda, también en aquellos meses, profundidad muy notable, pero sólo al medio y donde las aguas tienen curso más rápido y menos, por así decirlo, estancado. Yo, de no suponer que la medida del río fue cuidadosamente hecha por los antedichos señores, creería aquella profundidad en la época en que el lecho está lleno de una a otra orilla, es decir, como se entenderá mejor más adelante, en el mes de julio.

Bastante más observable que las cosas sobredichas es el modo con que crece y baja a sus tiempos el Orinoco. Y no debe repetirse que la causa de ello, como ha pensado alguno, sea el flujo y reflujo. No. No existe en ríos este raro fenómeno. Además el mar, en que tal cosa es natural, como todos saben, no tiene fuerza capaz de empujar tantas leguas hacia las tierras el interior la marea alta. Esta marea alta no llega más que al pie del [5] Raudal de Camiseta, que está a sesenta leguas de distancia de las bocas del Orinoco. Más allá no se conoce en nada.

La verdadera causa del crecimiento regular y de la bajada alternativa del Orinoco, son, sin punto de duda, las lluvias: y lo

1 Tomo I, cap. 3.

son los tiempos secos que, cuando estas cesan, las suceden. Digámoslo con más pormenores y con mayor claridad. Seis meses, como diremos en otra parte, llueve. En el bajo Orinoco comienzan las lluvias hacia el fin de abril o en los primeros de Mayo. He dicho en el bajo Orinoco, porque en el alto, comienzan antes. Señal de lluvias allá que llega primero son las pequeñas riadas que se ven, estando todavía seco y sereno el cielo, en los meses de marzo y de abril. Después aumentan las lluvias, y hacia el fin de abril se tornan impetuosas en la parte del bajo Orinoco. Las aguas de este río crecen por consiguiente viniendo del cielo, de los torrentes y de los ríos. Continúa este constante temporal de lluvias seis meses, con pocas interrupciones, y se ve bien por esto que las lluvias son las causa del crecimiento del Orinoco.

Pero estas lluvias, no menos contínuas que violentas ordinariamente, y tempestuosas, acaso se creerá que son temibles para los habitantes. Y no es eso verdad. El Orinoco crece lentamente y casi por pasos contados. Aunque diluvie por todas partes, se puede dormir al lado de él. No crece en una noche más de un dedo. Esto, como bien se comprende, es señal no menos de un crecimiento periódico y bien regular, que de un río vastísimo, ya que nada redunda en él de tan grandes lluvias.

No es ciertamente este el carácter de los ríos de cauce menor. No es despreciable, sino acaso de la grandeza de cinco Tíberes el Río de la Magdalena en el Nuevo Reino. Y sin embargo este, aunque [6] se llame Grande en aquellos lugares, tiene crecidas no sólo irregulares, sino inesperadas. En abril de 1743 dormía yo con otros tranquilamente en una de sus playas, dicha de las Brujas. Sobrevino acaso la lluvia en la región que teníamos enfrente, e inundada mientras dormíamos la playa por la imprevista riada, nos hubiera llevado arrastrados sin ninguna duda, si nos nos hubiese llamado asustado, habiéndose despertado el primero, el P. Gumilla. Muchas veces me he acordado, acompañando la memoria con la risa, de este hecho, mientras dormía descuidado a las orillas del Orinoco.

Volviendo ahora a nosotros, el Orinoco crece del modo regular que he dicho alrededor de cinco meses, esto es, desde el mes de marzo hasta el fin de julio. Lleno en este plazo poco a poco su ordinario lecho, se dilata después sobre las vecinas campañas, y haciendo por todas partes un gran lago, las inunda. Se va entonces en barca por aquellos lugares en los que en tiempos secos se an-

duvo a caballo, y son morada de peces aquellos prados que poco antes, estando el terreno cubierto de hierba y verdeante, fueron lugares de bueyes y de otros animales que allí pacían. El mes de agosto está casi inmóvil el Orinoco. Es verdad que duran todavía las lluvias, pero aunque estrepitosas, son raras, como son raras también en los meses de septiembre y de octubre, y no llevan aumento sensible al río. Añádase que hacia el fin de agosto, mes en que son muchas las lluvias en el bajo Orinoco, son quizá pocas hacia su fuente, y comienza el río a bajar.

Pero tampoco baja a modo de torrentera precipitadamente. El orden mismo que guarda al crecer lo observa también, como ley natural suya, al bajar. Reduci [7] das las aguas al cauce acostumbrado, van disminuyendo diariamente. Pero las pequeñas detenciones que hacen corroen de tal manera la orilla, que dejan en ella, para volver a superarlas a su tiempo, escalones bien dispuestos y como artificiosamente trabajados. Baja hasta que vuelvan de nuevo las lluvias, y de una y otra parte de su lecho estival deja playas en seco tan grandes, que no dudo que tienen en muchos lugares la anchura de más de dos millas. Una vista más grata que el Orinoco entonces no creo que se halle en ninguna parte. Pero de ello volveremos a hablar en lugar más oportuno.[1] Continuemos nuestras observaciones sobre el curso del río.

El Orinoco se mueve lentamente, y es tan poco sensible, al menos en general, su movimiento, que parece en muchas partes un gran lago. A no saberse la dirección de este río por la práctica, más de una vez, creyendo que se va a favor de las aguas, se emprendería la navegación hacia arriba. Son indicio de la corriente hacia el mar los cedros que se levantan sobre el Orinoco y que vienen de las orillas del Meta o también del Apure. Pero es tan lento y pausado su paso, que los indios los pueden llevar a la orilla tranquilamente. Confieso que el Orinoco interrumpe este igual y tranquilo curso alguna vez. Pero son bien raros los lugares donde la corriente, como diremos más abajo, es sensible.

De cuanto hasta ahora hemos dicho no es sorprendente, sino bien acorde con el volumen de agua del Orinoco lo que de él escribe el célebre escritor americano.[2] « Lleva al Océano, dice, un cuerpo tan grande de aguas, y desemboca con fuerza tan vehemente, que

1 Cap. XII.

2 ROBERTSON, *Stor. di Amer.*, tomo I, lib. 2.

cuando encuentra la marea, que en aquella costa se levanta a extraordinaria altura, su co [8] lisión ocasiona una hinchazón y agitación no menos sorprendente que formidable. En este conflicto prevalece hasta tal punto el torrente irresistible de aquel río, que rechaza al Océano muchas leguas al desembocar con su impetuosidad en él ».

Soy testimonio ocular de la verdad de esta descripción, habiendo pasado por allí en tiempo de marea en julio de 1767. Nada nos dice el citado famoso historiador de las bocas del Orinoco. Pero aunque pueda parecer una hipérbole a quien mide las cosas lejanas con las vecinas, por uno de los soldados de Guayana, muy prácticos en aquellos lugares, fue asegurado que son sesenta. Quiero decir, y también él quiso decirlas, las más considerables. Pero esbozando en pocas e incultas líneas el gran Orinoco, he llevado a mis lectores hasta el lugar donde desagua en el Atlántico frente a la isla Trinidad. Volviendo ahora atrás, recorramos otras cosas no menos notables de este celebérrimo río.

Capítulo II

De los navegantes antiguos del Orinoco, de sus cascadas y de las islas.

De un río tan grande como es el Orinoco, en más de dos siglos desde que fue descubierta América, apenas eran conocidos a los aventureros las bocas. No otra cosa vió, llegado allí el año 1498, el famosísimo Colón. Pasaron treinta y siete años desde el descubrimiento por aquel, y nadie se dignó echarle una mirada. Infunde horror a cualquiera el alto e insuperable antemural que la naturaleza opuso, cerrando casi las puertas. El profundo golfo que yace delante de él, [9] y al que Colón dio el nombre de Triste, aunque el Orinoco mezcle en él sus aguas y las vuelva con esta comunicación bien dulces, aterró a los más atrevidos navegantes hasta el punto de que, creyéndolo dificilísimo de superar, dejaron al Orinoco en paz durante el curso de muchos años.

Mas entró finalmente en él con una nave el valeroso español Herrera el año 1535, y después de abrirse entre mil nuevos peligros el paso, superados los raudales de Camiseta y de Carichana, y dadas batallas a los indios que se le oponían, llegó finalmente y fondeó después de muchos esfuerzos en el Meta. A no saberse por otra parte las audaces pruebas a que expusieron sus vidas los primeros conquistadores por hambre de oro, no merecería este relato ningún crédito entre las personas sensatas. Aunque no creo que entrase sino con pequeños bergantines, y obligó acaso más de una vez a los indios subyugados a conducirlos, como se suele, por tierra, Las grandes naves no pueden llegar, como también sucede en nuestros días, sino hasta el pie del raudal Camiseta.

Al año siguiente, deseoso también de oro, siguió la misma ruta Antonio Berrío, enviado por Gonzalo Jiménez de Quesada. Pero apenas llegado al Orinoco, habiendo tenido la desgracia de perder a casi toda la gente que lo acompañaba, murió él también, antes de terminar la empresa.

El famoso Orellana, en el viaje que hizo por el Marañón, y después de circunnavegar la costa occidental hasta el Orinoco, no descubrió más que las bocas de éste.

El año 1545, aunque con desgracia por dos veces, el célebre caba [10] llero inglés Raleigh llevó más allá sus miras. Pero no pasó de la Guayana o ciudad de Santo Tomás, fundada hacia este tiempo por los españoles en la orilla derecha del Orinoco.

Entraron allí también hacia fines del siglo XVI los jesuitas, pero como diremos en otro lugar, se mantuvieron poco. Eran pequeñas entonces las fuerzas de los españoles en estos lugares, y parte por su escasez, parte por la oposición que hicieron los caribes a los misioneros, no pudo propagarse, al menos duraderamente, la religión cristiana. No sólo entonces, sino también muchos años después, ha sido tan duro, digámoslo así, el Orinoco, que no habiéndose fundado en tan largo río sino la sola ciudad de Guayana, y pocas misiones de capuchinos enfrente de ella en el interior, infundía horror en los más celosos misioneros. Yo no llegué sino en 1749, y no era demasiado inferior el rudo aspecto del Orinoco.

¿Pero qué quiero decir? Helo aquí. La horrible vista del golfo Triste, el país llano, casi siempre inundado, que está junto a las bocas del Orinoco, las pérdidas de equipajes y navíos, los rápidos difíciles de superar, y sobre todo los feroces habitantes, han hecho

que un río tan vasto haya quedado desconocido de muchos hasta ahora. No raras veces voy pensando entre mí que de no intervenir en el ulterior descubrimiento del Orinoco la fábula del famoso Dorado, sería aún desconocido y yacería descuidado. Hemos dicho brevemente de sus navegantes. Digamos ahora, dejando los indios para su lugar, de las cascadas y de las islas; esto es, de dos estorbos que tiene el Orinoco para alterar acaso la tranquilidad de su curso.

El primero que se encuentra quien viaja aguas arriba es el Raudal de Camiseta, que se dice está a sesenta leguas [11] del mar. Allí, como en todas las demás cascadas, el oleaje es violento. Estando cubierto de horribles peñascos el cauce de una a otra orilla, al pasar por encima el Orinoco hace tan gran ruido, que llama hacia sí a los que están lejos dominados de helado pavor. Para colmo de males hay allí también profundísimos remolinos, y uno de ellos a la izquierda, por el horror que ocasiona a los navegantes, se llama Boca del Infierno. ¿Quién se arriesgaría a pasarlo? No obstante ello, esta cascada a primera vista tan difícil, tiene no lejos de la orilla derecha un paso por el que se hace la travesía sin mucho temor.

Desde allí en adelante, excepto en alguna punta donde se encuentra corriente impetuosa a la orilla, se viaja tranquilamente hasta Cabruta. Siguiendo el viaje, cerca de la orilla, sin vela y con sólo la ayuda de los remos, se debe evitar diligentemente el pequeño monte Capuchino, cuyas faldas son muy espantosas. También es espantosa la roca Aravacoto bajo la Encaramada. Es espantosa otra roca que en invierno yace casi sepultada en las aguas unas tres millas más arriba. Pero desde allí en adelante hasta el Castillo, salvo la punta del Paravani,[1] se puede ir ordinariamente con tranquilidad. Es terrible el trozo de río entre el Castillo y Carichana por los muchos escollos que se pasan. Es temerosa la roca que se llama vulgarmente Piedra del Tigre. Pero al menos por un día de navegación no hay ninguna cascada.

La segunda, que tiene alrededor de dos milllas, se llama Carichana. El río está sembrado de rocas, pero como corre allí sin demasiado ruido, no despierta en los navegantes el temor que las otras. Es necesario solamente [12] mirar con atención a las corrientes, evitar los remolinos, y volviendo a tiempo la proa, llevar

1 *Barraguán,* monte.

con cautela la barca. Debe sin embargo advertirse que las cascadas del Orinoco tienen varias caras. Cuando en los tiempos lluviosos está lleno el lecho del río, no aparecen más que las partes más altas de las rocas, las cuales se evitan fácilmente por los prácticos. En los tiempos secos, al menos esta cascada de Carichana no es demasiado peligrosa. Pero en la estación intermedia, cuando están crecidas las aguas hasta la mitad de las rocas, y dan vueltas alrededor de los escollos, son más frecuentes sus remolinos, y es precisa una destreza increíble para pasar felizmente.

De aspecto menos hórrido que la Carichana es la cascada Atavaye, la cual se encuentra una jornada más allá. También es menos terrible el Raudalito, el cual está pocas millas delante de la gran cascada o Raudal de Atures, y las dos dan paso libre, aunque, no sin temor de los navegantes.

Pero no lo da libre, sino que a él se opone con todas sus fuerzas tanto con el estrepitoso rumor de las aguas, como con las horribles peñas que presenta, la gran cascada llamada Mapara.[1] Al pie de esta formidable cascada, donde parece que se reúnen todos los peligros, los más helados pavores y enloquecimientos, se deja la canoa, y después por tres buenas millas se va por tierra hasta la reducción de los maipures, situada a la orilla derecha del río. Los atures, que conviven con los maipures en esta reducción, venciendo la furiosa corriente, tienen cuidado de pasar más allá las barcas, y estos, como grandes prácticos de cada escollo que estorba e impide el lecho del río, son los únicos indios que triunfan, aunque con mucha dificultad, en la empresa.

Antes de la venida de los señores de la Real Expedición [13] a aquellos lugares, no se confiaban a tan terrible raudal sino canoas pequeñas, las cuales, como de madera labrada, y por consiguiente de una pieza, resisten más fácilmente el empuje de la corriente y se manejan mejor entre escollos. Con esfuerzo mayor había pasado también, si bien raras veces, alguna pequeña lancha española, y parecía en los años pasados el último esfuerzo a que podía llegar la navegación orinoquense. Y no sin razón, dada la violenta corriente de Mapara, dados sus remolinos, y sobre todo dadas las rocas y los escollos entre cuyas angosturas se pasa. Pero qué aliento, incluso en las gentes más pusilánimes, no infunde la habilidad de un práctico forastero.

---

1 Ahora llamada Raudal de los Atures.

Animados por los señores de la Real Expedición los soldados, y animados también por estos y por su misionero,[1] los atures dieron muestra de tan raro valor, que a pesar de las corrientes y de los peñascos hicieron subir a una barca de mole bien grande, de aquellas que los españoles llaman champanes,[2] y superado felizmente el grueso de la cascada, fondearon a seis u ocho millas de la reducción citada arriba, en un lugar que se llama hoy el Puerto de los Champanes. Hasta aquí, puede decirse que al menos a diez millas de su comienzo, llega la cascada Mapara. Mas aunque tan larga, no es en todas sus partes tan temible.

En un día y medio que se emplea desde este raudal hasta otra que es llamada por los maipures Cuituna[3] se respira un tanto, siendo, aunque frecuentes, no tan espantosos como en lo pasado los escollos. Por lo demás es singular a la izquierda, y no lejos de la cascada Cuituna, otra llamada por los indios Sari [14] dá. En este sitio, cuando por allí pasé el año 1756, quise arrimar a tierra la barca y por temor a la furiosa corriente seguir más allá por tierra. Pero no me resultó en modo alguno, y como diré tuve que hacer el trayecto andando por encima de las peñas. Este raudal, al contrario de los otros que hemos mentado, es llano y del tamaño de una buena plaza. Por el choque de las aguas, me parece, está excavado de manera que se halla lleno de pozos como si estuvieran artificiosamente trabajados. Aun en pleno verano están llenos de agua, de la altura corriente de un hombre, y del diámetro de tres o cuatro palmos. Están los unos junto a los otros, y extendiendo proporcionalmente la pierna, hay que hacerla pasar por encima del brocal de los pozos, esto es, de los precipicios. Como en aquellos lugares se está mal de las piernas, o por el contínuo calor o por el poco o ningún vigor de los alimentos, ¿qué miedo no da aquel raudal? Conseguí con todo pasarlo, llevado de la mano por un ligero y bien robusto indio.

Estamos ya en la última cascada, que he llamado arriba Cuituna. Este raudal no es demasiado largo, pues acaso no excede

---

1 El P. Francisco Olmo.

2 [Es curioso que esta palabra, de origen chino, haya llegado hasta el fondo de la actual Venezuela: Corominas aduce ya el testimonio de Fernández de Oviedo en 1535.]

3 Raudal de Maipures.

de tres milllas. Pero dada la altura de las rocas de las que caen precipitadas las aguas y coloreadas en varias y diversas formas, es la más linda de todas, y acaso aquella a la que cuadra mejor el nombre de cascada. Sería insuperable a los navegantes en verano si no hubiera en la orilla izquierda un brazo que no está lleno de escollos como los otros y parece casi un lago estancado. Es verdad que este brazo está separado del río en verano. Mas nada importa. Se arrima a las rocas de en medio la barca, y poniéndole debajo palancas, se la mete dentro por medio de cables. En el invierno, estando cubiertas con la inundación las rocas, no es tan incómodo este paso. Pero yo pasé por él en tiempos secos.

[15] A la vuelta no se va por el mismo lugar, ni se podría sino con sumo esfuerzo. Los viajeros europeos pasan por tierra. Pero los indios, que en nada aprecian el horrible aspecto del río, sino que varonil o bárbaramente lo insultan, hacen su trayecto por el medio. Entonces no rema ninguno, excepto el piloto, pues los otros indios, juntando los remos a la canoa para defenderla del choque de las rocas, se dejan llevar de la corriente. Este modo de volver a pasar el raudal, aunque demasiado atrevido, y propio de bárbaros, es el más lindo espectáculo del mundo, pues no se gastan sino pocos instantes en un lugar, en el cual, como se va contra el agua, se hacen grandes esfuerzos y se suda. Los soldados jóvenes, parte por el aburrimiento de hacer a pie el camino y por entre peñas, parte por la celeridad con que se llega al pie de la cascada, se alistan de buena gana entre los indios, y entre mil alegres clamores vencen en pocos momentos el peligro. Los vi desde lo alto de una roca cuando remaban, y tuve temor por ellos, en medio del placer de una vista tan singular. De Cuituna en adelante, viajando hacia el alto Orinoco, no hay ninguna otra cascada.

Digamos más brevemente de las islas, esto es, de otro obstáculo en el tranquilo curso del Orinoco. No es fácil, dada su multitud, decir el número. Son muchas de ellas muy largas y de correspondiente anchura. Pero todas o casi todas en las lluvias periódicas se inundan. El terreno de estas islas, fecundado por el Orinoco, como las campiñas egipcias por el Nilo, es muy fértil y está vestido todo de árboles hermosísimos. Pero la desidia orinoquense, incapaz por sí misma de empresas útiles, dejó intactos muchos años terrenos tan hermosos, hasta que por indicación de los misioneros emprendió, como diremos a su tiempo, su cultivo.

[16]

Capitulo III

De las fuentes y del curso del Orinoco.

Fuera del Nilo, ningún otro río ha existido, sino el Orinoco, sobre cuyas fuentes los historiadores hayan hecho tantas reflexiones y sistemas. Desconocido y oscuro durante tanto tiempo, ha tomado, especialmente en este siglo, un aire tan majestuoso, que cualquiera, con el apoyo de sólo frívolas conjeturas y de relatos no bien comprobados, alcanza ante muchos un punto de honor científico nada más con señalarnos en los libros el origen.

Es por lo que hasta ahora he dicho bien conocido que antes de este siglo no ha habido más que navegantes de paso. Es cierto también que muchos, entre los cuales el P. Gumilla, no han visto nunca las famosas cascadas que he descrito más arriba. No obstante, tanto él como otros, o porque habían estado en cualquier río que se decía desembocaba en el Orinoco, o porque interrogando a personas lejanas creyeron entenderlo, tuvieron el valor de describir las fuentes, y hablar en sus historias de ellas, como si fuera cosa vista. Habría hecho bastante, y acaso también mejor Gumilla si nos hubiera dado solamente el curso del Orinoco desde la cascada Atavaye hasta el mar septentrional. No hubiera arriesgado entonces tantas conjeturas sobre las fuentes de este río y sobre su comunicación con el Marañón.

No fue más afortunado que Gumilla M. la Condamine.[1] Establecido por este insigne escritor, y fijado con fuertes y sanas razones el gran punto de la comunicación entonces controvertida del Orinoco con el Marañón, y rechazado como correspondía el que siguiera con poca [17] cautela a Gumilla, al señalar las fuentes, como si en aquel tiempo hubieran sido igualmente conocidas que la señalada comunicación, también él lo sigue, uniéndose a muchos otros. « De todas estas noticias combinadas, dice, y aclaradas la una por la otra, resulta que una pequeña aldea india en la provincia de Macóa (al oriente de la de Pasto a un grado y medio de latitud septentrional) da su nombre de Caquetá a un río a cuya orilla está situada. Más abajo este río se divide en tres brazos, de los

1 *Voyage à l'Amérique Merid.*

cuales uno corre al nordeste, y este es el famoso Orinoco, que tiene sus bocas enfrente de la isla Trinidad ».

Peor todavía, porque acaso menos informado, escribió el Gacetillero americano: « Orinoco, amplio río de la América meridional formado de dos grandes fuentes, una de las cuales nace en las montañas de Popayán, y a la falda de ellas riega una ciudad llamada San Juan de los Llanos ».[1]

Nada dice él respecto de la otra supuesta fuente. Mas en aquella de que nos da noticia no hay sólo el error común a varios escritores, sino otro, por decirlo de paso, propio suyo. La ciudad de San Juan, dicha de los Llanos por las inmensas llanuras en que fue edificada, no está a la falda de los montes de Popayán, sino que dista por lo menos cien leguas, y separada de Santa Fe del Nuevo Reino unas cinco jornadas entre el oriente y el mediodía ». (Nota 1).

No se puede tampoco comprender en qué parte se halla el río San Pedro y la isla Acamacóri, donde, como él supone, unido el Orinoco sigue con él su curso hacia el mar septentrional. El prurito de formar [18] libros sobre cosas no bien comprobadas ha inducido a no pocos a tejer una fábula sobre las comarcas de América. Cualquiera que ha estado allí y ha observado con ojo al menos no desatento las muchas cosas rarísimas de aquel continente antes desconocido, es necesario que se asombre después al ver la imagen de él tan diversa en los diversos escritores.

Pasando ahora a investigar la causa por la que se han introducido pensamientos sistemáticos sobre el origen del Orinoco, me parece, además de aquella que he señalado antes, que es segura también la otra, de confundir a menudo un río con otro. El Guaviare, uno de los ríos de que hemos de hablar, ha sido tomado por muchos por el Orinoco. Y sin embargo aquel, una vez que llega al Orinoco, no guarda ni siquiera su nombre. Mas es uno de los famosos ríos de aquellas comarcas, y tanto por la abundancia de sus aguas, como porque estas corren hacia el Orinoco, pudo ocasionar a los escritores que formaran un solo río de dos distintos.

Del Guaviare debe decirse con verdad, y de sus fuentes, cuanto hasta aquí se ha dicho erróneamente del Orinoco. Viene el Guaviare de las montañas de la provincia de Quito, y tiene su fuente en las cercanías de Pasto; su curso se dirige hacia oriente, y en las

---

1 El « Gazzetiere Americano », voz *Orinoco*.

llanuras de San Juan, donde ciertamente no nace, se llama Guayavero. Entra en él después más abajo el Ariári, pequeño río, que viene de los montes de Cáquesa, en el Nuevo Reino. Pero el uno y el otro, al contrario de muchos otros ríos, pierden en esta unión su nombre. Más abajo del lugar donde se unen los dos ríos citados se llama Guaviare, y finalmente, próximo ya a desembocar en el río Orinoco, pierde otra vez este nombre, u por otro río que le llega por la derecha se llama Atabapo. Cuanto he dicho hasta ahora es cierto, tanto por las relaciones verídicas que he recibido [19] en el curso del Guaviare, como por el viaje que allá hizo el año 1743 el superior de las misiones de los jesuitas, siguiendo siempre el curso del Orinoco y entrando después en el Negro. Mas de esto más adelante.

Pasando ahora a la verdadera fuente del Orinoco, no parece dudoso en nuestros días que no esté o en la laguna Parime, o al menos en su vecindad. Viviendo yo en el Orinoco, y acaso el año 1765, de orden de los señores de la Real Expedición hizo un viaje para descubrirla el Señor don Apolinar Díez, el cual habiendo partido de la nueva ciudad de San Fernando, erigida en las orillas del Atabapo, siguió el curso del Orinoco hacia oriente, y fué el primero que, habiendo pasado la boca ya conocida del Casiquiare, trajo noticia de aquel trayecto desconocido de río por el cual navegó diez días.

Dícese que después de este espacio halló muy empequeñecido el gran cauce, y quizá por esto, quizá porque le faltaban los víveres, volvió atrás con sus compañeros. No vio allí, que se sepa, nación ninguna. Este relato, por cuanto supe de persona digna de fe, que había sido compañero del sobredicho en el indicado viaje, parece verdadero. Es una lástima que por medio de señores en los que se había unido el poder del Rey no menos que la riqueza más espléndida, no se haya descubierto precisamente el origen de este río famosísimo, desconocido antes de ellos para los misioneros que allí estaban por la fiereza de los habitantes.

Pero si sigue ignorado en parte el origen del Orinoco, no es ciertamente desconocido su curso, ni mal diseñado, como antes. Desde el lago Parime, o de lugar a aquel próximo, va con pocos meandros hacia poniente. En esta dirección envía al mediodía dos de sus brazos, de los cuales hablaremos enseguida, y con los cuales comunica con el Marañón. [20] Declina luego hacia el septentrión, y llegado a la ciudad de San Fernando recibe en su

seno al Atabapo. Vuélvese después, al menos en general, hacia el oriente, recibiendo grandes ríos por todas partes.

El Orinoco puede decirse casi semejante a un semicírculo, y mira donde nace a la misma región, esto es, el oriente, que cuando entrado en el mar termina. Si además de las cosas que hemos dicho ahora sobre la fuente del Orinoco queremos dar también lugar a lo que los indios saben o creen saber de ella, dicen estos que en el alto Orinoco, acaso en el extremo, hay un lugar en el cual el río está cerrado con rocas, que se juntan a modo de bóveda, y que por debajo de ellas se navega durante un trecho con luces encendidas. Acaso es verdad, acaso no. Mas digamos de la longitud del Orinoco.

Esta no puede ser más que enorme, y no es fácil expresarla resueltamente, como muchos han pretendido. El Gacetillero Americano le da la longitud de 1.380 millas, considerando, dice, las varias anfractuosidades y meandros, y es un error perdonable si se establece el origen del Orinoco en los montes de Popayán.

Gumilla, midiéndolo sin duda desde Pasto, donde lo hace nacer, da al Orinoco en su historia[1] la longitud de 500 leguas, o reduciendo al nuestro el cómputo español, de 1.500 millas. En otro pasaje[2] lo hace más largo, y pretende que tiene 900 leguas.

Yo, que he estado allí no sólo después, sino aún más años, y en tiempos más ilustrados que los antedichos, no menos por lo que vi desde sus bocas hasta el Sipapu, que por cuanto he entendido frecuentemente de personas que han estado más allá, lo mido diversamente. Sea la primera medida al uso no sólo de los americanos de hoy, sino de los más antiguos [21] y famosos historiadores, es decir, por jornadas. Navegando, pues, desde sus bocas hacia la fuente río arriba, hasta Cabruta, la primera de las antiguas misiones jesuíticas, se requieren veinte días. De Cabruta a Cuitana[3] doce días. De Cuitana a la boca del Casiquiare, lo menos veinte. De esta hasta el lugar donde llegó Díez, quizá diez y más. Y he aquí según mi cálculo que para llegar al origen de Orinoco, o al menos a sus cercanías, son necesarios más de dos meses de navegación.

---

1 Tomo I, cap. 2.

2 Tomo II, cap. 25.

3 Raudal de Maipures.

Sea la segunda medida reducida a millas. Pueden hacerse, y se hacen comunmente, navegando contracorriente y cerca de la ribera del río, donde la corriente no es tan fuerte, una treintena de millas cada día. Mas hemos de descontar aquellos días en que se pasan los dos grandes raudales de Mapara y de Cuituna, ya que en estos se hacen apenas diez millas de viaje. Quitando, pues, de nuestra cuenta las dos cascadas, y por consecuencia, reduciendo en el número arriba obtenido dos jornadas, la longitud del Orinoco, reducida a solos dos meses de navegación, y a treinta millas cada día, es de 1.800 millas.

He hablado hasta ahora no menos de las millas que del tiempo que se necesitaría para recorrer el Orinoco navegando hasta sus fuentes. Pero esto debe entenderse de los tiempos lluviosos, en que se navega lentamente y con remos. En los de sequía, cuando a favor de los vientos periódicos se usa la vela, se va siempre por el medio y se evitan vueltas, con lo que pueden hacerse, y se hacen en efecto, hasta cien millas al día.

Si bien es necesario notar que los vientos periódicos que empujan a la barca no menos eficaz que suavemente, yendo río arriba, esto es, hacia poniente [22] son extremadamente molestos, y no permiten sino un viaje pequeño y molesto de retorno. Sería el remedio sin duda hacer bordadas, haciendo servir al arte al viento contrario. Pero ¿dónde están las grandes barcas en aquellos lugares, para hacer estas náuticas maravillas? Se regresa comunmente a remo, y son tales las olas del Orinoco ensoberbecido, que es necesario más de una vez estar ocioso a la orilla, esperando que se calme el viento. No es por consiguiente el viento utilizable sino en verano y navegando aguas arriba. Pero más allá del Raudal de Mapara, los vientos periódicos no tienen fuerza, y se deja la vela y vuélvense a tomar los remos.

En los tiempos de invierno, en los que no hay sino algún viento efímero, en la vuelta desde el alto Orinoco se va por el medio del río, siguiendo la corriente, y con una velocidad igual, y aun mayor, que la que se consigue en los de verano navegando a la vela.

Los nombres de este gran río habitado por salvajes, que excepto en las vecindades de sus aldeas no saben nada de su curso, son varios. Los habitantes del alto Orinoco lo llaman *Parrava*. Los otomacos *Yoga-apurúra*.[1] Los tamanacos, caribes y otros indios,

1 Río Grande.

Orinúcu. De aquí el francés *Orenoque,* y el español Orinoco, el cual tomo como más congenial con el italiano.

El Orinoco es uno de los considerables dominios de la corona de España en América, y aunque inculto y casi en pañales todavía, capaz de gran mejora. En lo temporal, como otras tantas partes de Tierra Firme y de Quito, que forman un Virreinato, está sujeto al Virrey de Santa Fe en el Nuevo Reino. Antes dependía, con más particular y más inmediato poder, del gobernador de Cumaná, subordinado también [23] al Virrey de Santa Fe. Pero algunos años antes de mi partida, separado de Cumaná y erigido en provincia, al modo de otras comarcas americanas, tiene hoy sus gobernadores particulares, con sede en Angostura, sobre la antigua Guayana. Dió comienzo a este nuevo gobierno el Sr. don Joaquín Moreno, cuyo sucesor en julio de 1767 era el Sr. don Manuel Centurión. Pero en lo espiritual, aunque esté lejísimos del Orinoco, depende del obispo de Puerto Rico, una de las islas Antillas.

Capítulo IV

De los ríos que salen del Orinoco.

Son no sólo muchos, sino profundos y no poco anchos los varios brazos que se extiende el Orinoco. Todos sin embargo, al cabo uno de dos millas o de cuatro, otro, de seis y quizá también siete, vuelven a su madre y siguen junto con ella el camino hacia el mar Atlántico. Dos solas hay entre tantas venas, que separándose del Orinoco hacia su fuente, no vuelven a él más. Se llaman por eso con el nombre de ríos, como si no pertenecieran al Orinoco de donde parten, y están ambos en la orilla izquierda, que mira al Marañón.

El primero en separarse es un brazo pequeño, conocido de los europeos bajo el nombre de Rio Blanco. En el bajo Orinoco, lugar de mi residencia tantos años, no había noticias exactas de este río, ni conocí nunca entre los españoles ni entre los orinoquenses a ninguno que hubiera llegado tan allá.

Pero lo que se ignoraba del Río Blanco en los dominios españoles se supo casualmente en los portugueses. M. la Condamine,[1] en la ciudad de Pará, donde puso fin a su viaje después de la excursión al Marañón, conoció a un alemán que le dio informes de este río, por el que dijo que había entrado en el Negro. Llamábase este Nicolás Hortsman, era natural de Ildeshim y uno de aquellos aventureros a quienes el inextinguible deseo de acumular en poco tiempo y con leve fatiga oro, empuja a recorrer las selvas en busca de nuevas minas.

Fue antaño célebre, y lo es todavía entre muchos perezosos el Dorado, manantial, como ellos sueñan, de inextinguibles tesoros. Pues bien, el mencionado alemán tuvo de ellos noticia en Essequebo,[2] colonia holandesa en el mar septentrional, y remontando el año 1740 el río que lleva el mismo nombre, bien por agua, bien arrastrando por tierra la barca, llegó finalmente al Río Blanco. Harto, pues, de las fatigas sufridas y de la empresa inútil y mal pensada, quizá para librarse de los laberintos, emprendió la navegación por el río que había encontrado. Y siguiendo las aguas, que descienden apresuradas hacia el mediodía, encontróse al poco tiempo en el Negro, y después, continuando su viaje siempre por agua, en el Marañón, y finalmente, tras larga vuelta, en Pará, donde lo halló M. de Condamine.

Se supo por el mismo tiempo en el Orinoco, llegada a través de muchas personas la fama, que habían subido por el Essequebo aventureros, pero yo supuse que en busca de esclavos indios. Me fue también dicho que, habiendo dejado finalmente el Essequebo, habían hallado un gran río, el cual está ciertamente lejos, pero enfrente de las misiones jesuíticas, y quizá [25] a la altura de Cabruta tierra adentro. No es ahora dudoso que este es el Orinoco, cuya vuelta, como es cierto en nuestros días, es a guisa de semicírculo.

Si hubiese sido exacto, un poquito al menos, el alemán de M. la Condamine, nos habría dicho cuánto navegó por el Orinoco antes de encontrar el Río Blanco, qué singulares cosas observó en él, y otras cien noticias aún oscuras. Pero la alta idea en que estaba entonces M. la Condamine de señalar su origen al Orinoco

---

1 *Voyage à l'Amérique Mérid.*

2 Los españoles lo llaman Esquibo.

en las partes de occidente y no en las de oriente, no le dio oportunidad, habiendo aceptado por falta de mejores luces el sistema, de hacer al alemán más minuciosas y diligentes preguntas.

Queda semejantemente en la oscuridad la longitud del Río Blanco, y cuántos días empleó el alemán en navegar por él. Nada se sabe tampoco de su longitud, pero es opinión común entre los orinoquenses que es un brazo pequeño. Por lo demás este es el día en que por él, aunque pequeño, se va siempre por agua del Orinoco al Marañón. Y este es el primer paso que, sin romper montañas, como por algunos se pretende, se hace el Orinoco hacia el Marañón. (Nota II).

Es más grande, y de muchas personas conocido en nuestros días, el segundo. Se separa a gran distancia del Río Blanco otro brazo cuyo nombre es Casiquiare. Compite este en grandeza con el Orinoco mismo, del que arranca, dirigiendo su curso hacia la parte del sur. A algunas jornadas de distancia desagua, entrando en él por la orilla izquierda, en el Negro, río que enriquecido después tanto con las aguas del Orinoco, como de otros riachuelos y torrentes, desemboca a modo de un mar dulce, en el Marañón. Este es el nombre con que lo llama M. la Condamine, que allí estuvo hasta el Fuerte de los Portugueses. [26] De las noticias que por testigos oculares tengo yo, y de varias personas que en mi tiempo han estado en este río, puede decirse que compite en grandeza con el Orinoco. Pero dejemos a sus dueños portugueses la descripción, como hizo también M. la Condamine.

Esta evidencia de la comunicación del Orinoco con el Marañón por medio del Río Negro derriba los grandes sistemas que se han formado hasta ahora contra tal comunicación. Se podían aceptar sin detrimento ninguno de la geografía las antiguas cartas, que apoyadas quizá en informes de personas que habían pasado por allí ponen entre los dos grandes ríos la discutida comunicación. Yo mismo en Santa Fe del Nuevo Reino, donde viví unos seis años, tuve uno de estos acertados mapas. El espíritu de crítica inmoderada, haciéndose fuerte con conjeturas frívolas, quiso introducir una cuestión sobre cosa ya decidida con los ojos, cuestión que después, embrollando las divisiones conocidas, ha dividido a los geógrafos en tantos y tan extraños pareceres. En una historia particular del Orinoco como es ésta, me parece que no desdecirá recordar, aunque sea de paso, el origen.

El P. Gumilla, que estuvo en el Orinoco no treinta años, como supone el traductor francés,[1] sino cuatro, niega pertinazmente la comunicación señalada. Es de suponer que él no vio otra cosa del Orinoco sino el trecho de río que corre desde la cascada Atavaye hasta la Guayana, es decir, ni siquiera la tercera parte de él. En este espacio de río no podía él ciertamente encontrar la discutida comunicación.

Pero pensaron algunos escritores, a los cuales se opone Gumilla, que debía estar a la latitud de Caura [27] uno de los ríos Caribes. Allí no está ciertamente, y si sólo en este lugar la hubiese negado Gumilla, no hubiera obrado sino sabiamente. Mas quiso más, y no habiendo visto la del Caura, excluyó la comunicación en cualquier otra parte del Orinoco. He aquí sus palabras:

« Respeto infinitamente, dice,[2] sus luces y saber (habla de los autores de contrario parecer). Pero me permitirán decir que habiendo recorrido el Orinoco desde el raudal Atavaye, el cual está situado en 306 grados y medio de longitud y un grado y cuatro minutos de latitud (en este cálculo hay error), ni yo, ni misionero alguno de los que continuamente navegan costeando el Orinoco hemos visto entrar ni salir el tal río Negro. Digo ni entrar ni salir, porque supuesta la dicha unión de ríos, restaba por averiguar de los dos quién daba de beber a quién; pero la grande y dilatada cordillera que media entre Marañón y Orinoco excusa a los ríos de este cumplimiento y a nosotros de esta duda ».

Son de bastante menor importancia, y de nada sirve repetirlas en este lugar, las otras conjeturas que presenta en su favor Gumilla como pruebas incontrastables. ¿Quién podrá comprender cómo un hombre cual él fue, no sólo cuidadoso, sino crítico no despreciable, y amante ciertamente de la verdad, pudiese pagarse de razones tan poco fundadas? Parecía más natural pensar que no encontrándose en los trechos por él vistos la comunicación, se habría de encontrar, como se señalaba en los antiguos mapas, más arriba. Pero no. El coloca una barrera [28] inmensa e insuperable, como si brotase el Orinoco a poca distancia de la cascada ya dicha y él hubiese observado su curso, y hubiese visto allí, para impedir toda comunicación con el Marañón, rocas insuperables.

---

1 *Hist. de l'Orenoque*, tomo I, « avertissement du traducteur ».

2 *Hist. de l'Orenoque*, tomo I, cap. 2.

Y sin embargo sabemos todos que es vario y tortuoso el curso de los ríos, y que el camino que no se hacen discurriendo con sus meandros por los valles y los lugares llanos, más de una vez lo rompen audazmente en los montes. ¿Quién no sabe que el Marañón, río nacido de la Cordillera en el alto Perú, después de haberse abierto un paso en las más escarpadas montañas, rompe finalmente la última barrera que aquella, atravesando su curso, le opone, y se hace una estrecha y violenta carrera por el Pongo? Mas quitando la parte derecha, tampoco es verdad que haya en el alto Orinoco montañas elevadas.

Feliz Gumilla, que viviendo todavía, y siendo misionero en el Casanare, tuvo la suerte de deponer su error. Supo este grande hombre, no para su confusión, sino para que se sume a sus gloriosos hechos (pues que siempre fue amante, como he dicho, de la verdad), supo, digo, el viaje hecho al Río Negro por el P. Román, y la comunicación descubierta en aquella ocasión del Orinoco con el Marañón; y sin oponerse a ella o neciamente depender el error antes aceptado, en enero de 1749 estaba preparando para su historia una adición, que él mismo me leyó, en la cual, luego de retractar su error, describía larga y graciosamente, según solía, el descubrimiento que no sabía antes. Como le sobrevino la muerte, con pena de todo el que gozó su amabilísima conversación, el año después, la obra quedó imperfecta e inédita. No era mi deber que yo, que fuí a América con el P. [29] Gumilla, y por él me aficioné a las fatigas orinoquenses, y fui por el mismo no raras veces estimulado a seguir, si tanto alcanzaba, la historia de ellas, dejase en la oscuridad esta anécdota nada despreciable.

Capítulo V

Del descubrimiento de la comunicación del Orinoco con el Marañón.

Veo ahora a mis lectores dominados de una laudable curiosidad por saber más extensamente cómo se hizo el aludido descubrimiento de la comunicación del Orinoco con el Marañón, y voy a satisfacerla. Estaba ya desde el año 1741 impresa en Madrid la

obra del P. Gumilla, en que se negaba toda comunicación acuática entre estos dos celebradísimos ríos; y no sólo España, mas las otras naciones, se atenían todavía a la afirmación de un autor al que creyeron testigo ocular de lo que afirmaba.

En el mismo Orinoco de que se trataba, no había ni uno que se le opusiera. Nunca imaginó nadie que el Orinoco hubiera de venir, dando una vuelta casi en círculo, del lago Parime, y no por curso directo desde Pasto. Así pensaban todos. Pero al mismo tiempo les eran a los habitantes del Orinoco bien conocidas las correrías que en busca de esclavos indios hacían a no larga distancia de las misiones jesuíticas los portugueses del Marañón. De ellas habla el propio Gumilla, pero una vez que se negaba toda comunicación de ríos, se pretendía que habían venido por tierra.

« Los portugueses del río Marañón, dice él,[1] atravesando hasta las riberas de Orinoco, empezaron a molestar y cautivar a los indios de ellas, desde [30] el año 1737, en que estaba yo en el Orinoco, y prosiguieron en 1738, como me consta por carta del Padre superior, Manuel Román, que recibí antes de embarcarme para España en Caracas, y prosiguieron en 1739, por aviso que acabo de recibir en esta Corte del Padre Bernardo Rotella ». Hasta aquí él, mas para esclarecimientos mejores, volvamos un poco atrás.

Al hervor de las nuevas que a menudo desde el alto Orinoco eran llevadas a los Padres por los indios, que decían haber visto allí a europeos, Gumilla con sus compañeros escribieron una carta en latín, que por no saberse aún bien de qué nación eran los forasteros vistos, dirigieron en términos vagos y generales al comandante de la tropa. Sabemos por M. la Condamine que esta carta (que, como me dijo el P. Román, llevaron algunos indios de aquellas comarcas hacia el alto Orinoco) fue entregada al comandante portugués y al limosnero de la tropa de rescate en el río Negro, y que él mismo vio el original en manos del gobernador.

Pero si tuvieron noticia de los españoles vecinos por la carta enviada los portugueses, no dieron con todo respuesta alguna. Y así continuaron infestando como por detrás a las naciones del Orinoco, y la inquietud ocasionada por el temor a un vecino que se suponía enemigo fue tal, que indujo finalmente al P. Román, superior entonces de las misiones, y amigo íntimo de Gumilla, a hacer un viaje hacia el alto Orinoco.

---

1 Tomo II, cap. 24.

Mas no fueron sólo los portugueses los que motivaron la excursión. Estaba en aquellos días toda la atención de los Padres dirigida a los Guaipunaves y a su cabecilla [31] Macápu. Estos, según se creía, habitantes adventicios del alto Orinoco, habían fijado su residencia en el río Atabapo, y hacían daños increíbles a las vecinas naciones pacíficas, comiéndose a unas y conduciendo a otras esclavas a los dominios portugueses. No era conveniente tomarla de modo descubierto con los Guaipunaves, la gente más feroz de todos los orinoquenses. Se requería también para tratar con ellos pacíficamente un genio intrépido y poco cuidadoso de la propia vida. Pareció tal Román a los comunes y concordes votos, el cual aceptó los pareceres ajenos, según solía, modestamente; mas para no dar sombra ninguna de sospecha a los Guaipunaves, no quiso consigo el tren de muchos soldados armados. Bastóle uno solo, llamado Casagrande, que aunque negro y de oscuro y bajo linaje, no merece ser omitido en este lugar.

Después de ocho o diez días de navegación desde Carichana, de donde partieron,[1] habiendo llegado a las cercanías del Atabapo, se vió de improviso, a poca distancia, una gran barca. Causóle sorpresa al misionero y a los neófitos sálivas que eran sus remeros y al soldado Casagrande ver en tan remotas regiones semejante navío, ya que ordinariamente no se encuentran más que las pequeñas canoas en que viajan casi todos los orinoquenses. Aumentó de allí a poco el estupor de todos viendo dentro gente vestida al uso europeo. Levantóse ante la inesperada noticia Román y enarvolado el crucifijo anunció la paz a los viajeros encontrados.

Correspondieron éstos con demostraciones amistosas al instante, y avanzando al encuentro con toda la fuerza de los remos, se dieron mutuamente señales del más tierno júbilo. Saltaron unos amistosamente en las barcas de los otros, y después de algún discurso que llevaba consigo el inesperado encuen [32] tro en partes tan lejanas de la tierra habitada, habiéndose reconocido ya quien como español, quien como portugués, cuales eran, al preguntar el misionero a los forasteros sus residencias, dijeron que habían llegado a aquella comarca, viajando siempre por agua, desde el Río Negro, donde habitaban. Dijeron que se podía ir allí cómodamente, y rogaron con muchas instancias al misionero que fuese con ellos, que ya estaban de vuelta hacia aquel río.

1 El día 4 de febrero del año 1744.

Ninguna cosa le interesaba más a Román que la conversión de todos aquellos pueblos y la seguridad de los mismos. Ya pareciéndole que servía mucho para una finalidad, y ayudaba a la otra, que él en persona pasara a las moradas de los portugueses, condescendió de buen grado a sus peticiones. Y habiendo dado aviso de este encuentro y de su determinación a los compañeros del Orinoco por medio de una barca rápida, se puso en viaje con ellos.

El viaje, como él mismo me contaba, fue larguísimo. No se viajaba más que pocas horas, y la mayor parte de la jornada sus compañeros, dejando en alguna orilla las barcas, se iban por las selvas en busca de pájaros y de otros animales. La paciencia invicta del misionero, contento con los manjares más viles y acostumbrado a sufrir largo tiempo, venció todos los obstáculos, y a pequeñas y molestas jornadas llegó a los confines de las poblaciones portuguesas del Río Negro.

Allí tuvo el placer de encontrarse enseguida con el P. Aquiles Avvogadri, jesuíta, el cual, siendo muy perito en las lenguas indias, por orden recibida del Rey de Portugal, debía interrogar en sus idiomas a los esclavos que allí eran llevados, para saber sobre su compra legal y para resolver los inconvenientes que podría haber en la trata que hacían los portugueses de los bárbaros de aquellas regiones. Cuando [33] llegó al Río Negro Román, no estaba allí Avvogadri, que se había ido algunos meses antes para sus asuntos al Pará. Estaba solo Román, y considerando que haría bien a esperar la vuelta de aquél, se entregó, dada la afinidad de la lengua española con la portuguesa, todo al cuidado espiritual de los habitantes. Entre tanto volvió Avvogadri, con quien se entretuvo algunos días, y habiéndose comunicado las noticias recién adquiridas sobre la comunicación de los ríos conocidos, así como otras cosas atinentes a la ventaja espiritual de los indios, después de ocho meses desde que se había alejado, volvió a las misiones del Orinoco.[1]

Y he aquí en los más precisos términos esclarecido no menos el disputado punto geográfico, que la ocasión, y explicados los diversos y notables acontecimientos por los cuales se supo la primera comunicación negada. Se supo, he dicho, porque a los portugueses tampoco les era conocido que el río al que llegaban tan a menudo desde el Río Negro fuera el Orinoco, y no viendo po-

---

1 Llegó a Pararuma el día 15 de octubre de 1744.

blados españoles hasta el Atabapo, donde como ya indiqué, comenzaban los Guainapunaves, se creían, como de terreno contiguo y sin decir, los dueños. Por lo demás, todo el Orinoco superior, y no sólo el bajo y más conocido, ha sido reconocido siempre como uno de los respetables dominios de España en América, y ahora por los nuevos tratados entre las dos coronas de España y Portugal está cerrada toda incursión a las antiguas pretensiones de los marañonenses. (Nota III).

Volviendo a nuestro tema, aunque después del viaje antes descrito del P. Román al Río Negro no ha habido, que yo conozca, ninguno, sin embargo, después del año 1756, en que llegó al Orinoco la Real Expedición de Límites, el viaje de aquel río, inter [34] rumpido por tan largos años, se ha hecho muy conocido. Vino por allí desde el Pará el año 1760, para visitar en Cabruta al Señor don José Iturriaga, primer comisario de la expedición española, el coronel portugués don Gabriel de Sousa e Figueira. También el sargento don Francisco Bobadilla, enviado por asuntos de la Real Expedición por el señor Iturriaga, recién citado, llegó hasta Mariva, aldea principal de los portugueses en el Río Negro, y otros muchos han pasado acaso por allí, de los cuales, ante tal evidencia de hechos, no hay ninguna necesidad de presentar inútilmente los nombres.

Pero el viaje del P. Román trajo no sólo luces indudables a la geografía, sino que fue también de grande utilidad a los guaipunaves, los cuales, habiendo bajado a las misiones jesuíticas, hicieron en Uruana sus casas bajo la dirección del P. Espinosa. Fue sobre todo de utilidad para la libertad de las naciones del Orinoco, amenazada entonces por algunos marañoneses. Mas de esto hablaremos en otra parte.

Capítulo VI

De los ríos que entran en el Orinoco por la derecha.

Dicho, a lo que me parece, bastante de los dos célebres ríos que, dejando el Orinoco, dirigen su curso al Marañón, hablemos después de muchos ríos no despreciables, que en él entran por una y otra parte. Ayudará mucho al perfecto conocimiento de

aquellos países si describimos con diligencia y con cuidado sus ríos. Y como no se entiende por los que están lejos ni bien ni claramente lo que se narra sin método y casi según ocurre, situémonos para mayor claridad a la derecha del Orinoco, y de la más conocida fuen [35] te descendamos hasta las bocas, contando los ríos más notables. Haremos después, volviendo a remontar el río, y tornando de nuevo a su cabeza, la observación de los otros que están a la izquierda, dejando sin embargo de una y de otra parte los menos famosos, de los cuales acaso no importa nada el relato.

A la derecha del Orinoco, y en los países que habitan los maquiritares, los cuales, de los indios conocidos son los más vecinos a sus fuentes, hay sin duda ríos. Pero deben ser bastante oscuros y desconocidos, ya que yo nunca, en los muchos años que estuve allá, oí hablar de ninguno. El río más conocido que se encuentra viajando aguas abajo primero es el Venituari. Este río es ciertamente grande, y navegable en todo tiempo. Su origen, aún no bien conocido, creo que está a quince jornadas de navegación de sus bocas, y al menos a treinta subiendo río arriba. Habitaron antes allí los maipures y los meepures, llevados por los misioneros jesuítas en diversas épocas a las reducciones del bajo Orinoco. Existen, en lo que supe, hermosas selvas en el Venituari, y se dice que son extraordinariamente fértiles para hacer en ellas rozas al uso de los indios. Hay también praderías adecuadas para mantener ganado cornudo, y si dejamos aparte los mosquitos, que dicen abundan más allí que en cualquier otro sitio, este río es hermosísimo a juicio de quien lo ha visto.

Algunas jornadas más abajo del Venituare se puede observar el río que los maipures llaman Tipápu, y los españoles, corrompiendo un poco el nombre, Sipápu. No conserva este nombre más que hasta la desembocadura del Auvána; más arriba se llama Uápu, o como algunos dicen, Tuápu. El año 1757 hice una excursión a aquellos lugares en busca de maipures gentiles, y puedo hablar con precisión, como de cosa [36] por mí vista. El Tipápu es un río navegable en todas las estaciones del año, y su grandeza es de dos Tíberes. Su curso no es tranquilo, como el del Orinoco, y hay frecuentes e impetuosas corrientes.

Desemboca en el Tipápu a la derecha el pequeño Auvána, el cual seguí en mi indicado viaje. Me fue incómoda la rapidísima corriente, que tuve que superar varias veces. Pero me fue también de no pequeño gusto la bella vista de la cascada Aracúru, la cual

se halla a unos tres días de su desembocadura. La pasé a pie y los indios pasaron a la orilla sobre rocas la barca. Fueron antes habitantes de este río mucho de los maipures, que luego se establecieron en la Encaramada, los Avanos, los Chirrupes y algunos Piaroas.

El Cateniápu es un río muy vecino al raudal de Atures, y como está todo lleno de escollos, cuando el agua es escasa, se puede pasar a pie enjuto en verano. Este pequeño río es el comienzo de los países habitados por los piaroas.

A una jornada de distancia del raudal de Atures, según se va hacia abajo, hállase un pequeño río llamado Anavéni. Allí tuvieron su aldea los yaruros, siendo su misionero el P. Olmo. Mas habiéndose comprobado después de algunos años que el sitio era insalubre, los trasportó Forneri a la orilla de enfrente en las cercanías de la cascada Atavaye, y aumentó, con gusto de todos, no menos las ventajas espirituales que las temporales. Tampoco este sitio, a primera vista hermosísimo, resultó salubre, y el P. Mellis, sucesor de Forneri, llevó de nuevo a los yaruros a un sitio distinto, mas no demasiado lejano del primero. A unas tres horas de distancia del Anavéni, hacia el interior, hubo una aldea de piaroas, los cuales huyeron después de la muerte de su primer misionero.[1]

[37] Carichana es un nombre común no menos al raudal que he descrito arriba que a un foso o torrente en cuya vecindad, hasta el año 1733, tuvieron los sálivas su reducción.

De la misma manera no es más que un riachuelo el Pararuma, antiguo sitio de otra reducción de sálivas. Mas antes del Pararuma, del que no he hablado sino llevado por el tema, desagua en el Orinoco, cerca del monte llamado hasta hoy el Castillo, el río Paruasi, o como otros dicen, Paruate. No ha sido navegado sino pocos días de distancia desde su boca. Fue conocido el Paruasi por una aldea de mapoyes que allí hizo el P. Morello. Mas habiendo huído éstos, no era en mi tiempo sino una soledad. Se retiraron, según el rumor que corría, hacia las fuentes del río, tenían tratos secretos con los sálivas, y por medio de ellos me habían prometido volverse a establecer en Carichana.

El Suapure, que se halla una jornada más abajo, es digno entre tanta multitud de torrentes o de cauces de llevar el nombre de río.

---

1 El P. Francisco González.

Navegué por él durante varios días en abril de 1766, habiendo ido por orden de Forneri, entonces superior de las misiones, a hablar con los Areverianos, que querían hacer su reducción a las orillas de aquel río. Hay en el Suapure rápidos y pasos sumamente peligrosos. Desemboca en él a la derecha otro río bajo el nombre de Turiva. Este río es pequeño y no sólo lleno de peñas, sino de árboles varios que caen en él por uno y otro lado. Hay en él en abundancia miel silvestre, y existen pájaros que, según el uso de las aves comunes de América, no graznan (Nota IV). Hay también cantos muy agradables. Los compañeros de mi viaje a quienes pude preguntar no supieron el nombre, y me da pena no poderlo aquí referir, para satisfacción [38] de los naturalistas, como tampoco el color, por la excesiva distancia a que estaban. Antes habitaron en las cercanías de este río los parecas, que después yo llevé a la Encaramada.

A dos jornadas del Suapure se halla la boca del Amarapuri, llamado por los españoles Maniapure. Lo he navegado de la misma manera, y su curso no tiene más que dos jornadas de largo. La cascada que se encuentra hacia sus fuentes, hace tal ruido, que se oye desde el mismo Orinoco.

A dos horas de navegación del Amarapuri se halla el pequeño Guaya. No lejos de él, en una llanura, estaba la aldea que hice. Este río, que podría navegarse cómodamente en dos días, si su lecho estuviera limpio, es más famoso que el Marsias de Curcio[1] por los diversos nombres que tiene. Poco antes de entrar en el Orinoco se llama Guaya, poco más arriba Túriva, como el antedicho de los Parecas, después Amocó, después *Aruć-ime*[2] y finalmente, hacia su origen, Maita.

Después del Guaya se ve la desembocadura del río llamado por los caribes Asiveru y por los españoles Cuchivero. También por éste hice una excursión. Pero no pasé mucho a partir de la boca. Fruto de este breve viaje fueron cuatro indios que conduje voluntarios a mi aldea. Los creí pequeño principio de muchos otros que esperaba convertir en breve. Pero de otro modo agradó al Señor, El Cuchivero es uno de los ríos donde más naciones se encuentran.

---

1 [El autor alude a que según QUINTO CURCIO, *Hist. Alex. Magni*, III 1, 2, el río Marsias, después de pasar por Celenas, cambia de nombre y se llama Lico; por lo demás parece que esto es un error del antiguo escritor latino.]

2 Lugar de cocodrilos.

y de ellas daremos noticia en mejor lugar. Mas la gratitud que debo profesar no sólo a las naciones civilizadas, sino también a las salvajes, no me permite pasar en silencio a los oyes. Esta nación, que habita en el alto Cuchivero, es de escaso número, como todas las demás, [39] pero no es como las otras huraña, insolente y feroz, y sin dignarse recibir en sus aldeas a los extranjeros.

Conocedor de su índole amabilísima, tanto por algún oye venido a las reducciones, como por los informes que, favorables siempre, me dieron los tamanacos, por medio de tres neófitos que envié allá, les hice invitar para que vinieran a mi aldea a hacerse cristianos. ¡Qué amorosa recepción hicieron a los huéspedes, a los que antes nunca habían visto! ¡Con qué reverencia oyeron la embajada que se les hizo en mi nombre! Quisieron saber pormenores sobre mí, el nombre, el vestido y cien curiosas cosas más. Los regalos que les envié no los miraron en absoluto, como los otros salvajes, que en cuanto los tienen en la mano, miran enseguida al suelo y se callan. Los buenos de los oyes los vieron, los agradecieron, y en pago del beneficio echaron pronto mano de cosillas que estimaron gratas a un misionero: fruta, una hachita de piedra y así sucesivamente. Dijeron que se querían agregar a los tamanacos y hacerse cristianos.

Las bocas con que desagua en el Orinoco el Cuchivero distan de su origen unas quince jornadas. Francisco Vaniamari, joven maipure, del cual hago mención bastantes veces en esta mi historia, viajando con los caribes pasó, según él me dijo, el Cuchivero a pie cerca del monte Chamacu, donde comienza este río. Dos o tres jornadas más arriba de la boca del Cuchivero entra en él por la izquierda el Guainaíma, por el cual se va a las antiguas aldeas de los Parecas.

Poco distante del Cuchivero está a la derecha del Orinoco el río Uyapi. Se encuentra pronto su origen, y apenas nacido entre las selvas del Cuchivero, termina a poco, entrando en el Orinoco. Por lo demás no es pequeño el volumen de sus aguas. Estuvieron allí antaño [40] los Guaiquiros, y allí los vio y trató con ellos Gumilla. Trasladados después por los capuchinos por el Manapiro, están hasta hoy bajo su dirección en Iguana.

De allí en adelante, esto es, desde el Uyapi hasta el mar, no se oirá hablar más que de caribes. Tan largo, y quizá también ancho, es el inmenso recorrido de aguas y de tierras que ocupan. El primero que encontramos luego es el Puruay. Es un río pequeño

pero muy famoso por sus dominadores caribes; y este fue por muchos años su más famoso centro, este el puerto al que no raras veces acudían holandeses y franceses o en busca de esclavos o para vender las mercancías que habían traído. Seguramente los caribes hubieran conservado el Puruay, que ahora es a modo de quemada Troya humeante memoria de sus triunfos sobre las naciones orinoquenses, si dejando a los valerosos se hubieran contentado con subyugar a los más débiles. Pero se atrevieron a enfrentarse con los cáveres y los guaipunaves, y éstos en los años pasados hicieron en ellos estrago tan horrendo, que durará para siempre la atroz memoria de él en los anales de su nación. De emprendedores, jactanciosos y soberbios que eran antes los caribes, se han convertido después de esta época en muy cobardes. He aquí una prueba.

El mulato Eugenio, de cuyo apellido no me acuerdo después de tantos años, fue enviado en mi tiempo a por provisiones por los misioneros de la Guayana. Volvía ya en el mes de marzo, cuando están los caribes en las orillas guardando las tortugas. Quiso tomar de éstas para sus remeros, y ya, arrimada la barca a la orilla, había cogido algunas, cuando vio venir en multitud a los caribes, armados de escopetas y de flechas. Listo como era, no perdió el ánimo nuestro Eugenio, y con intrepidez que se admiraría en los más expertos comandantes, dijo a sus remeros: Vosotros los guaipunaves embestid por aquí, vosotros, los cá [41] veres, matad por allá. No fueron esto palabras, sino un rayo que en un momento desbarató a los caribes enloquecidos, sin que aparecieran más. Y sin embargo, los remeros de Eugenio, objeto de su terror pánico, eran de otras naciones y estaban cansados y sin armas.

El Caura, uno de los más extendidos y grandes ríos de los caribes, o si queremos decirlo como está en los mapas, de la Caribana (Nota V), se encuentra a no larga distancia del Puruay. Veniamari, antes citado, que estuvo con los caribes muchos años, muchas veces me lo explicaba con gran gusto mío, y he aquí en resumen lo que él me decía. Hace falta alrededor de un mes para llegar, remando contra corriente, al origen. No lejos de este, si creemos los relatos de él, hay una colonia europea habitada por franceses, holandeses y otros, a los que agrada la libertad. Pero sin embargo no me parece, como veremos también en otro lugar, verosímil su existencia. Es célebre en el Caura la cascada llamada Mura. Por la izquierda entra en él el Iniquiari o Miquiari, río que es también navegable, pero con diferencia mucho más pequeño

que el Caura. Por el Iniquiari se va por agua hasta el monte Chamacu, del que debemos hablar en otro lugar.

El Caroní, río grandísimo, y célebre por el ruido de una cascada que en él hay, desagua en el Orinoco cerca de la antigua Guayana. Allí y en la tierra adentro en mucha extensión están situadas las misiones de los capuchinos.

El último en entrar en el Orinoco por la derecha es el pequeño Aquire, famoso también por los muchos e insolentes caribes que lo habitan. Dícese que no tiene su fuente muy alejada del Essequebo, y por el Aquire, bastante más deprisa que por el mar, llevan los caribes a los esclavos indios y se los venden a los colonos. Los habitantes de las islas que forman las múltiples bocas del Orinoco son los guaraúnos. [42] Estos indios, como sus aldeas se inundan muy frecuentemente, o por las riadas del Orinoco o por el flujo y reflujo del mar, hacen sus casas sobre árboles. Son vecinos de los guaraúnos por la parte oriental los aruacos, nación dócil, aliados de los holandeses y no enemigos de los españoles, y la más bella de todas las del Orinoco.

Capítulo VII

De los ríos que están a la izquierda del Orinoco.

En vano se buscaría por esta parte el brazo del Caquetá que apoyado en ajenos relatos, supuso allí M. la Condamine. El tiempo y los recientes viajes de muchos hacia aquellas partes nos han desengañado plenamente de que el supuesto brazo del Caquetá no sólo no es el río Orinoco, sino de que ni siquiera entra en él, y como cosa segura hemos de concluir que el Caquetá no manda brazo ninguno hacia este río.

El primero, pues, que según mi noticia entra en él es el Atabapo. A este río, que yo, siguiendo el uso de los orinoquenses llamo Atabapo, algunos le dan el nombre de Guaviare. Pero no es este el nombre que lleva al entrar en el Orinoco, como ya dije en el Capítulo III, acaso sin razón, ya que es bastante más largo y más abundante el Guaviare. Sin embargo, si se quiere evitar toda confusión, es necesario atenerse a los usos de los países que se

describen. Por lo demás, en sí mismo el Atabapo no es el Guaviare, sino un río que desemboca en este por la derecha dos o tres millas antes de su desembocadura, se une allí con [43] él y quita al principal el nombre. Más arriba y del mismo lado entra en él también el Inirichá, o bien Iniridá, como lo llaman los guaipunaves.

En el tiempo en que estuvieron en el Orinoco los señores de la Real Expedición de Límites, se navegó el Guaviare hasta las llanuras de San Juan por el soldado Ximénez, por orden del Señor Coronel don José Solano. Y por lo que entendí entonces, es río difícil de navegar, estrecho en algunas partes, y lleno de rápidos y escollos. El soldado antedicho gastó cuarenta días cumplidos para llegar hasta los llanos de San Juan.

Casi enfrente del Tipapu está situado un gran río llamado por los indios Vichada o Visata. No se tienen hoy de este río, antaño conocido, pero luego olvidado y descuidado, noticias especiales. Allí por primera vez (y no sabría decir de dónde ni cómo vinieron) hicieron los jesuítas reducciones cristianas de la nación sáliva, que habitaba allá de antiguo.

Debajo de la cascada de los Maipures o Cuituna está el río Toma, por el cual se va hasta el Macuco, donde estaban primero las misiones de los jesuítas del Meta. Los habitantes de estas comarcas, llanas todas comúnmente y sin árboles, desde el Guaviare hasta el Sinaruco, son los guahívos y chiricoas, y otros indios, que vagando contínuamente por las praderas pueden decirse una especie de gitanos de América.

Desde el Toma hasta el Meta no hay más que pequeños ríos, y no merecería la pena de hacer pormenorizada cuenta. Hablemos, pues, del Meta, uno de los ríos más célebres que se hallan a la izquierda. Su desembocadura está a media jornada de Carichana. Su anchura es de más de doce Tíberes, y también, enfureciéndose con los vientos, levanta olas altísimas en el tiempo de verano. Son diversos, según las di [44] versas comarcas por las que corre, sus nombres. Desde la desembocadura hasta el Macuco, distancia en el invierno de lo menos veinte días, llámase Meta. Más allá se llama Umadea, y en otras partes tiene otros nombres. Por este río se va al Orinoco viniendo de Santa Fe del Nuevo Reino.

No es obligación mía, habiéndome venido a la pluma el Meta, que defraude a mis lectores de un breve relato del viaje que hice por él el año 1749 en el mes de febrero, es decir, en los meses de verano en aquellos países. Me embarqué en Macuco, reducción

la más numerosa y hermosa que allá tuvieron antaño los jesuítas. Había visto antes a mi sabor Surimena, Casimena y Cravo, reducciones que pertenecían entonces a los sobredichos, y había oído los diversos nombres bárbaros de sus habitantes, que son éstos: sálivas, achaguas, gaívos y los cáveres, llevados allá desde el Airico. Llena de tales nombres la mente, me embarqué por el Orinoco, como dije, en Macuco. Oponiéndose día y noche a la velocidad de mi viaje las brisas,[1] se necesitaron trece días cumplidos para llegar a Carichana, donde tenían su capital los misioneros del Orinoco.

Tenemos cada día de una parte del río o de la otra a los guahívos con las flechas en la mano, y esta nación nunca bien domada ni por las armas españolas ni por la paciencia de los misioneros, nos dio mucho que hacer. Se duerme siempre de noche con centinela por temor a los guahívos, los cuales no raras veces, cuándo echados y a gatas por el suelo, cuándo escondidos entre el boscaje, penetran hasta el lugar en que duermen los extranjeros, y descargando una nube de flechas, huyen de nuevo velozmente al monte. Pero el peligro mayor que yo y mis compañeros encontramos fue de día.

[45] Estos indios tiran las flechas no derecho, como las otras naciones, sino por elevación, y las tiran tan bien, que caen a plomo sobre la cabeza de los que pasan. Un día ocurrió que siguieron a nuestra barca a lo largo del Meta una veintena de guahívos armados. Fue necesario para evitar sus tiros tomar por en medio del río. Para mí era un reparo no despreciable la pequeña choza que suele hacerse allá en las barcas con hojas de palma. Pero mis remeros no tenían medio de defenderse. En verdad se podría, una vez vista de lejos la flecha, rechazarla con un palo en la mano. Pero el atrevimiento de los guahívos fue tal, y tan continuado, que finalmente le dio gana a cierto maltés llamado en aquellos lugares don Jorge usar contra aquellos desgraciados el fusil. Parecíame verlos ya muertos, y aunque mucho lo rogué, no bastaron mis razones para impedir el disparo. Pero no cayó ni uno. Apenas vieron el fusil y la boca vuelta hacia ellos, nuestros guahívos se pusieron a saltar y a gesticular de manera tan extraña y ágil, que no pudiendo don Jorge fijar en ningún punto la mira, quedó siem-

1 Brisas: vientos periódicos. [Cf. la nota 1 a la p. 68 de Gilij, y su equiparación al término monzón. Véase adelante la p. 82].

pre burlado en varios disparos que hizo. No digo nada de la compasión que tuve en vano, nada de las risas impertinentes que hicieron los guahívos del valor de nuestro maltés.

Más facilmente consiguieron tomarse alguna venganza los remeros. Una tarde, habiendo visto a varios en una playa, dirigieron impetuosamente a ellos la barca y desembarcaron al poco tiempo, y buscaban armados de los remos por todos aquellos matorrales a los guahívos. Mas les habían valido sus piernas. Tan listos son para huir. Sin embargo consiguieron apresar a una vieja guahíva y algún pobre ajuar. ¡Y que triunfo celebraron con ello! Repartieron entre sí contentos las pobres prendas. [46] Un cierto Tomás y algunos otros, que eran aún gentiles, midieron con los ojos de pies a cabeza a la pobre mujer, y si yo no me hubiera hallado presente, estaba ya destinada al sacrificio. Querían devorarla. Alejados por mí a gritos, se retiraron de mala gana a la barca. Quedé solo en el monte con la guahíva, y le dije que huyera y se alejase de sus enemigos. En un relámpago recorrió la vieja el gran prado que había delante, y se puso a salvo, con disgusto de aquellos golosos. Si es tan veloz el pie de una vieja que parecía de sesenta años, infiérase de ello que los más jóvenes son cabritos o ciervos.

Esta nación, que excede en valor a muchas otras, y es bastante numerosa, no es fácil de reducir a poblados. Fue varias veces juntada en alguna reducción por los jesuítas, pero apenas recibidos los regalos que se suelen repartir a los indios noveles por los misioneros, y habiendo estado un poco con ellos, en lo mejor de las esperanzas concebidas, huye. Tanto les molesta una vida sedentaria como es la de las reducciones. Haría falta uno que tuviese la paciencia de ir de matorral en matorral, de río en río, de prado en prado con ellos. Así hizo antaño el célebre P. Rauber. Pero finalmente, cuando le faltó el aliento, debió a su disgusto dejarla. Había unos mil de ellos en la reducción de Cravo bajo el P. Roxas. Huyeron todos, y se consideraba un milagro que se hubiese hecho cristiana y perseverase por tantos años en Casimena una pequeña tribu de guahívos llamados los Luisicos, del nombre de su cacique. Pero sigamos adelante con la enumeración de los ríos.

Desemboca en el Meta por la parte izquierda, a tres o más jornadas de su desembocadura, el río Casanare. Es de cauce pequeño, y difícil de navegar en el verano por la poca agua [47] que lleva. Se requiere al menos un mes para llegar a las aldeas indias que antaño estuvieron hacia su fuente bajo los jesuítas. Fue allí

el campo principal de las gloriosas empresas del P. Gumilla, y allí fundó la reducción de los Betoyes. Además de esta fueron allí fundadas antaño por sus hermanos las poblaciones de Macaguane, Tame, Pauto o Manare, Patute, y el Puerto llamado de Casanare. Volvamos al Orinoco.

A una breve jornada de la desembocadura del Meta se llega a la desembocadura del Sinaruco. Se encuentra primero, no lejos de la roca del Tigre, el río Urupi, pero no tengo noticias particulares de su curso. El Sinaruco es uno de los grandes ríos que están a la izquierda, y creo que es navegable por muchos días. El P. Olmo ha sido acaso el único que lo ha navegado. Está habitado por los chiricoyes y los yaruros. Las segundas misiones que se hicieron en el siglo pasado para los orinoquenses por los jesuítas, y desbaratadas después por la ferocidad de los caribes dominantes, comenzaron en la desembocadura de este río.

De allí en adelante, hasta el Apure, aparecen los otomacos, nación la más numerosa de todas. Los otomacos tienen sobre el Orinoco varios ríos pequeños, que paso por alto por no tener ninguna importancia. El río Apure es el más grande de todos, y compite con el Orinoco mismo. Sus bocas son al menos tres. La principal está situada enfrente del pequeño monte Curiquima, y ésta es la que se llama del Apure, con preferencia sobre las otras. Enfrente de la Encaramada hay otra que se llama Arachuna. La tercera se llama Arauca,[1] y está enfrente de Uruana. No se sabía antes sino por relaciones dudosas de los otomacos que este [48] río tuviese su origen en el Apure. Pero algunos años antes de mi partida del Orinoco, se sumaron a los antiguos testimonios de los otomacos también los de algunos españoles, que habiendo salido del Apure y entrado en el Arauca llegaron a Uruana a la fiesta de la Concepción de la Santísima Virgen, que allí se celebra muy solemnemente y me dieron noticia de esta comunicación.

Estas tres bocas del río Apure son ciertas, y duran incluso en tiempo de verano. Las inundaciones invernales producen ciertamente otras, pero como no son de duración estable no he creído haber de aumentar inutilmente su número. De este carácter es el Apamata, uno de los brazos que el Apure, rebosante de las lluvias deshechas del invierno, envía al Orinoco al oeste de su desemboca-

1 O de otro modo, Caño de los Otomacos.

dura principal. Por este canal no discurre en verano una gota de agua, y si se la quiere llamar una boca del río Apure, habría de llamarse invernal. Pero el curso de las aguas es vario, y pudo antiguamente, y podrá también en el porvenir, rechazada violentamente por las grandes crecidas la arena y convertido el cauce en inclinado, podrá, digo, correr por ella el Apure. A unos veinte días de distancia de las bocas principales del río Apure está la pequeñas ciudad de Barinas, y en sus cercanías, pertenecientes al virrey de Santa Fe, hay algunas reducciones de los Dominicos. Es muy célebre el tabaco de estos lugares. Sus habitantes son los guamos, los cuacuares, los guaneros y otras naciones.

Pocas horas más abajo del Apure corre, bañando las faldas del monte Cabruta, el río Guárico. No es de gran cauce, pero es navegable, y por él se va al Tinaco, una de las reducciones de los capuchinos arago [49] neses en aquellos lugares. El Guárico, que algunos creyeron un brazo del Apure, no lo es. Está fuera de duda que tiene su origen en una comarca diversa, es decir, en la provincia de Caracas, y en el Sombrero, población que se halla a medio camino entre Cabruta y Caracas, es decir, quizá a 150 millas del lugar donde desemboca en el Orinoco; es río grande, se pasa en barca, y tiene su dirección entre el oriente y septentrión de dicha población. Esto no obstante, el río Apure, a unas sesenta millas más arriba de la desembocadura del Guárico, se une con este por medio de un brazo que extiende hacia allá, y entrando con barca por el Guárico se sale con seguridad al Apure. Pero ésto, hablando propiamente, quiere decir que el agua del uno se mezcla con la del otro por muchas millas, mas en modo alguno que sean ambos un solo río con diversa denominación.

El Manapire es un río navegable que tiene su desembocadura en el Orinoco casi enfrente del Cuchivero. En sus orillas hay una población de capuchinos llamada Iguana, y por este río comienzan los ganados de los caraquenses. Después del Manapire yo no sabría dar cuenta más que del pequeño Pau. En adelante hasta el mar, la orilla izquierda del Orinoco y la gente que la habita es muy conocida de los españoles, y yo me saldría de los límites por los que está restringida mi historia si hablase de ella extensamente. Próximas a Barcelona, una de las ciudades de este trayecto sujetas al gobernador de Cumaná, hay varias reducciones de cumanacotos bajo la dirección de los Observantes.

[50]

Capítulo VIII

De las aldeas antiguas y modernas del Orinoco.

El fin que me he propuesto de ser útil con mis relatos a los geógrafos exige, después de la enumeración de los ríos que desaguan en el Orinoco o de este arrancan, que describa las poblaciones. Las poblaciones, como los montes y los ríos, se anotan en los mapas como puntos estables, de donde se puede deducir el estado civil y natural de nuestro globo. Son estables los montes, también es comunmente estable el curso de los ríos. Pero no son igualmente duraderas las poblaciones: aunque no diariamente, bastante de contínuo cambian de aspecto o perecen totalmente en América.

En el Orinoco, sobre el que trata mi historia, ¡cuántos lugares se pueden mostrar que habiendo sido célebres en los tiempos pasados por alguna aldea allí fundada, al presente no son sino esqueletos! Pero aún estos esqueletos reviven cada día, en los mapas de nuestros geógrafos, y vemos las aldeas falseadas y distintas de lo que son. El deseo de obviar en cuanto pude este inconveniente y suprimir, al menos por breve tiempo, el error, me ha inducido a dar un catálogo de las aldeas antiguas y nuevas del Orinoco. Bien veo que la naturaleza de poblaciones construídas, como lo son las orinoquenses, de madera sin desbastar y de frágiles palmas hará que también las nuevas perezcan. El genio mismo de los salvajes, inconstante en el bien comenzado, puede darles fin. Mas ¿qué importa esto? ¿Tenemos que ver siempre llenas de errores las cartas? No lo admitirá la verdad, y si yo ahora separo de lo moderno lo antiguo por amor a la verdad, [51] alguien vendrá después que haga lo mismo, por idéntica causa, con las poblaciones descritas por mí.

Comenzando, pues, con una ciudad: la Guayana, aldea cuidada para aquellos lugares, por razones que no me corresponde investigar, no existe ya. Pero en su lugar existe Angostura, como diremos enseguida, no menos hermosa, y aún más fuerte que la primera.

El P. Rotella, uno de los primeros misioneros del Orinoco, fundó una población cerca del Uyapi, y allí estuvo con algunos indios cierto tiempo. Se temió a los poderosos vecinos caribes, que hacían molestas visitas a la reducción, y levantando las chozas que había, se decidió a fundar con mejores auspicios Cabruta.

Fué de igual duración la reducción de Curiquima, donde Rotella había reunido algunos indios de las naciones de los palenques, de los güires, y de otras. Pero no fueron entonces los caribes los que le obligaron a mudar de lugar. En invierno, al inundarse las llanuras circunvecinas, el pequeño monte a cuyos pies estaban construídas las casas, se convierte en una isla inhabitable por los muchos molestísimos mosquitos, y aun más también por las niguas, insectos voracísimos, que habían dejado cojos a muchos indios.

Conserva todavía el antiguo nombre de San Regis un sitio seco en el invierno, que se encuentra en la punta de la cadena de montañas que componen el Barraguán. Allí también fue edificada una población de otomacos y avaricotos. Pero fuese por las persecuciones de los caribes, o bien por otras razones de mí no conocidas, pereció totalmente, y queda en la memoria de aquella fundación sólo el nombre.

[52] Nombre vacío es también el de Nuestra Señora de los Angeles de Pararuma, reducción antaño muy florida. Y el de San Saverio del Castillo, el de Santa Bárbara, al poniente de la boca del Sinaruco, el de Santa Teresa, a la izquierda del raudal de Carichana, el de Yurepe, más arriba de las bocas del Meta, y otros que puso Gumilla en el mapa del Orinoco. La viruela, los caribes, y otras infaustas combinaciones de acontecimientos redujeron a la nada estas fatigosas empresas de los misioneros.

Mas como en clima comunmente insalubre, concurrieron también las enfermedades al exterminio de las poblaciones, y muchas veces se pensó en dejar las orillas del Orinoco y hacer la reducción tierra adentro. ¿Y qué ocurrió entonces? Aumentóse el número de las poblaciones extinguidas, se agudizaron los sufrimientos de los misioneros, y no se logró el intento después de tantos esfuerzos. San Estanislao de Patura, la primera de estas grandes poblaciones del interior, duró apenas cinco años. Aún duró menos San Saverio de los Parecas, distante del Orinoco dos pequeñas jornadas, y se conoció suficientemente que el Orinoco, bien a sus orillas, bien en las llanuras, bien en los montes y en las más remotas regiones en el interior, es clima grandemente dañoso a la población. En realidad esta es escasísima. Mas de esto hablaremos más adelante. Entre tanto no creo haber perdido el tiempo haciendo la enumeración de estas viejas aldeas, y espero que me lo agradecerán los geógrafos, los cuales por mis descripciones vendrán a conocer las aldeas que hay que borrar y las que hay que conservar en los

mapas modernos. Digamos ahora de las poblaciones nuevas, comenzando por la izquierda del Orinoco.

Navegando por el Orinoco contra corriente, es preciso no ver en la orilla izquierda durante veinte días y más [53] sino playas, selvas y desiertos. Después se encuentra por fin la aldea de Cabruta, no muy separada de un monte del mismo nombre, y a pocos pasos del río. Esta aldea, que está en la frontera de los caribes, fue fundada por el P. Rotella en 1740 con el designio de fortificarla lo más que pudiese contra los insultos de estos enemigos que entonces dominaban, y pensó en hacer de ella como un antemural fortísimo para defender también a las otras reducciones. Estableció en Cabruta, además de algunos guamos, a los cáveres, traídos del alto Orinoco, y muy temidos, como ya dije, de la nación caribe. Añadió, para mayor seguridad de las misiones, algunas familias españolas, y contra la costumbre de otras comarcas americanas, tuvo permiso del virrey de Santa Fe para fundar a su gusto una tierra. Pero no se realizó más que en parte el permiso del virrey. Se establecieron los españoles no lejos de las casas de los indios, en lugar distinto de éstos. Les eran administrados los sacramentos en la iglesia común, oían el sermón en español y sacaban de ésto otras ventajas espirituales. Pero nunca fueron tantos como para poder fundar una ciudad. Por lo demás era Cabruta una de las más bellas y populosas reducciones.

Cuando se fundó Cabruta no se sabía sino confusamente que estuviera Caracas tan cerca de esta nueva población. Sin duda se debió creer que estaba a más de un mes de camino. Del mismo modo debió creerse que este fuera a través de selvas horribles y naciones ferocísimas. Y sin embargo, descubierto poco después el lugar, no hay más que llanuras, y a un día de distancia de Caracas, poquísimos montes. Los cabrutenses habitaban a pocas jornadas de distancia de los caraqueños, y como si estuvieran lejanísimos, no sabían los uno de los otros, como acaece a menudo en América. He aquí cómo se supo al cabo.

[54] Había no lejos del Pau, y yo la conocí después en Cabruta, una señora española llamada doña María Luisa Bargas Machuca. Era devotísima de San Ignacio, cuya imagen tenía en casa. Supo casualmente un día por cierto forastero que en el Orinoco había religiosos del mismo hábito. Tanto hizo la piadosa señora, que emprendió finalmente, una vez que le dieron las señas del monte Cabruta, junto con su marido el viaje hacia allá. Llegó, a lo que

me parece, a caballo, y siempre por prados, en tres días. No digo el júbilo ni la grata sorpresa de los cabrutenses al ver venir de aquella parte a su reducción gente forastera, y española además. Fue acogida con infinito gusto de todos, y después de entretenerse durante algunos días en devotas plegarias en aquella iglesia dedicada a San Ignacio, continuó en adelante todos los años viniendo para las fiestas de la Pascua, hasta que trayéndose además el ganado y sus cosas, hizo su casa junto a las de los otros españoles. allí vivió con común edificación algunos años, y murió finalmente con igual piedad antes de mi partida.

El ejemplo de doña María Luisa fue seguido de muchos otros propietarios de grandes ganaderías, esparcidos, como es uso en América, en diversos lugares lejos de poblado, y carentes de sacerdotes para las necesidades espirituales. Era increíble la multitud de tales personas que varias veces durante el año, quiénes de una parte, quiénes de otra, y a distancia de no pocas jornadas, venían a recibir en Cabruta los santos sacramentos y a escuchar los sermones para adquirir luces espirituales.

La segunda población a la izquierda del Orinoco está situada en el célebre raudal de Maipures. Fue esta fundada por los señores de la Real Expedición, e instalaron allí, además de algunos guaipunaves y otros indios [55] venidos del río Negro, varias familias españolas, llevadas de las llanuras de Caracas. Fue allí párroco por algún tiempo el P. Olmo, y como él era uno de mis comisarios, hice una excursión el año 1764.

La tercera y última aldea a la izquierda de un río tan largo se llama Ciudad de San Fernando, y está situada en la desembocadura del Atabapo. Fundóla, agregando diversas familias españolas, el señor coronel don José Solano, uno de los jefes de la Real Expedición de Límites. Este era un lugar de los más poblados, y a lo que supe, de los más hermosos.

Ya estaban allí, antes de la venida de los citados señores al Orinoco, los Guaipunaves, y era su jefe, muerto ya muchos años antes su jefe, el celebradísimo Macapu, otro también muy famoso, llamado con nombre indio Cuséru. Mostraba este inclinación por la religión cristiana, y aunque pagano, llevaba colgado de contínuo al cuello un crucifijo, recibido como regalo de los portugueses. Decía que tenía confianza en él y que en él ponía su defensa contra sus enemigos. Era además Cuseru muy amigo del P. Olmo y le había prometido hacer con sus indios una población y unirse

a las misiones jesuíticas. Pero habiendo llegado a este tiempo los señores de la Real Expedición al Atavapo, y habiendo encontrado allí sitio oportuno para una futura ciudad, se les agregó Cuseru con los de su nación, y el P. Olmo, que también fue allí cura a petición del sobredicho señor coronel, tuvo el consuelo de volver a ver a su amigo, y lo que es de mayor importancia, de bautizarlo en su última enfermedad. Las poblaciones que hemos descrito, y también las de la derecha, y otras dos fundadas por los antedichos señores a las orillas del río Negro, pertenecen al gobernador del Orinoco.

[56] Capítulo IX

De las aldeas que están a la orilla derecha del Orinoco.

De la antigua y más conocida Guayana, que otros llaman impropiamente Guyana, no queda ahora más que una respetable fortaleza. Como ya dije más arriba, destruídas allí todas las casas que había, los años pasados fueron trasladados sus habitantes al estrecho que hace el Orinoco más arriba, y que se llama por los españoles Angostura. Este es el lugar donde reside el gobernador del Orinoco. Hay allí fortines muy buenos y numerosa soldadesca, no sólo para defender la plaza, sino también las vecinas misiones de los capuchinos catalanes. Mas sin embargo las casas son de barro, al uso de todas las aldeas orinoquenses.

Real Corona, fundada por don Alfonso de Soto, es una pequeña aldea, habitada por pocos españoles americanos en las proximidades de los caribes. Tierra adentro hay dos reducciones de caribes, fundadas en estos últimos años por los observantes.[1]

La aldea fundada en las orillas del río Uyapi por el cabo de escuadra señor don José Iturriaga llámase Ciudad Real, y es una de las poblaciones establecidas en el Orinoco por los señores de la Real Expedición. Sus habitantes son todos españoles, en el sentido en que llevan este honroso nombre en América no sólo los blancos, sino los mestizos, los mulatos y los negros mismos, que hablan en español.

1 Esto es, Guasaiparo y el Platanar.

Dos jornadas más arriba henos en la aldea que yo [57] hice y donde estuve tantos años. Sobrepuesta de un gran peñasco a otro, y no lejos del puerto, llámase Encaramada. Los tamanacos, sus primeros habitantes, la llaman Guaya, por el río vecino. Aún se llama Caramaua, con la palabra española corrompida por los indio. Dí principio a esta aldea en 1749, y por San Luis Gonzaga, que es su protector, la llamé Reducción de San Luis.

Al principio no tuve que hacer la misión sino sólo a los tamanacos. Como éstos eran bastante pocos, fue necesario agregarles primero a los maipures, después a los avaricotos, y finalmente, dos o tres años antes de mi partida, a los parecas. Volverá mi discurso a tratar de ellos, como de cosa más propia y más frecuentemente conocida por mí.

Dos jornadas más arriba está situada sobre el Orinoco, no lejos del monte llamado Uruana, otra gran población, que también fue de jesuítas. Sus habitantes son los otomacos y los cáveres. En diversas ocasiones, y quizá desde el año 33 del presente siglo se emprendió por los padres la conversión de estos indios. Pero su innata barbarie, la natural desidia, y el amor a las selvas hicieron que no fuese durable. Reunidos finalmente el año 1748 en el mismo sitio por el P. Benavente, seguían perseverando allí con mejora de costumbre y de vida civilizada hasta ahora.

Después de un viaje de cuatro días está la aldea de Carichana, fundada por los jesuítas desde el año 1733. La nación sáliva, entonces numerosísima, debió ser reunida por los padres en cuatro aldeas no pequeñas. Otros de estos sálivas prefirieron habitar el Macuco, otros, más aficionados a los caribes, con los que hacían frecuentes permutas de cosas, quisieron el Orinoco, pero en tres [58] diversos lugares. El más poblado era Pararuma, después Carichana, y finalmente el Castillo. Llegada pocos años después de su fundación la viruela, y reducidos los sálivas a pequeño número, fueron todos unidos en Carichana, donde están todavía.

A una pequeña jornada de Carichana, está a la orilla derecha no lejos del Atavaye la población de Yaruros, de que hablé en el Cap. VI.

La última de las reducciones jesuítas, y también la última de las poblaciones a la derecha del Orinoco, es Mapara.[1] Fundóse ésta por el P. Francisco González en 1748. Sus más permanentes

1 Raudal de Atures.

habitantes han sido los Maipures y los Avanes. Los Parenes, después de haber permanecido algunos años, acordándose de su antigua libertad y de la carne humana que comían antes bastante a menudo, huyeron a sus selvas en lo mejor de las esperanzas que se habían concebido.

He llevado a mis lectores hasta donde se pueden tratar cristianos. Más allá, si hay gente o alguna nación india, son todos gentiles. Señalo al final que en el año 67 estaban próximas a fundarse dos nuevas colonias cristianas. Una de ellas, a la derecha del Orinoco y a una jornada de Uruana hacia el interior, era la de los areverianos, visitados hasta el año precedente por mí. La otra era de los otomacos, habitadores de los montes que están enfrente de Uruana. Estos habían pedido, y se les había prometido, un padre para comenzar su aldea.

[59]

Capítulo X

Por qué son tan pocas las poblaciones del Orinoco.

No había hace muchos años ninguna aldea o poblado en el Orinoco excepto la sola Guayana. Esta pequeña ciudad, llamada también Santo Tomás, dio principio a otras que se han fundado después. No fue edificada, creo yo, sino para impedir a los extraños la entrada en el Orinoco y para tomar de alguna manera posesión de éste. Estuvo en todo tiempo sujeta no sólo a las correrías e invasiones de los caribes enemigos, sino a las de las naciones europeas con las que España ha tenido guerras en diversas épocas.

Solos entonces y sin colonias vecinas, los guayaneses enviaban cada día a pedir a Santa Fe, capital del Nuevo Reino, el sueldo de la pequeña guarnición que allí había. En un viaje larguísimo, y como era entonces, muy amenazado por los indios, no podía menos de que muchos corrieran peligro. Es fama que junto con su jefe y con el dinero que traían de Santa Fe los otomacos mataron a muchos, y así cargados con el oro y los despojos españoles andaban insolentemente por las selvas. Desde el principio, en Guayana los jesuítas, como he indicado más arriba, tuvieron algunas reducciones

de los indios a ella vecinos. Parecieron demasiado lejanos de su provincial, que vivía entonces en Santa Fe, y con esperanza de conquista espiritual más cercana, los llamó allá, y les dio orden de entregar a otros misioneros las reducciones hechas en Guayana.

Emprendieron en efecto primero en Vichada, después en el Sinaruco, la conversión de los orinoquenses, pero siempre con la [60] pena de verse rechazados y obligados a volver a Santa Fe por los amenazadores caribes. Estos indios, nunca bien domados, aborreciendo la conversión de otras naciones dóciles, se les opusieron con saetas envenenadas en la mano, y dieron muerte en diversas ocasiones a los Padres Ignacio Fiol y Vicente Loverso.

No pareció esto impedimento capaz para haber de dejar de poner el pensamiento en el Orinoco. En el año 33 del corriente siglo Gumilla unido a Rotella recomenzó completamente de nuevo la empresa. Con esfuerzos increíbles, pero magnánimamente tolerados, primero ellos, después otros hermanos suyos, construyeron las poblaciones que he indicado más arriba. Para que mejor y más presto resultase la tan deseada conversión, Gumilla, con la aprobación del rey Felipe V, repartió toda la mies en tres partes. Tomó para sí y los suyos el alto Orinoco, a partir de la desembocadura del Cuchivero. Dio a los Observantes el medio entre este río y la Angostura. El resto del Orinoco inferior, hasta la desembocadura en el mar, quedó para los capuchinos.

No pudieron sino en estos últimos tiempos dedicarse a su parte los observantes. Los capuchinos en la parte baja, los jesuítas en la alta, ¿qué han hecho en tantos años? Han sudado, han trabajado y han sufrido inmensamente. Pero la gran cosecha imaginada por Gumilla y por otros, y que se extiende por libros y manuscritos, no existe. Aseguro, sin vacilar un momento, una cosa, en la cual, además de mi crédito, sea el que sea, y de mi palabra, puedo citar mi experiencia atenta de más de tres lustros. Cuando hable más al pormenor de las naciones orinoquenses y de su pequeño número, se verá evidentemente que no me aparto de la verdad.

Todavía insolentes y bárbaros además, los orinoquenses, a los jesuítas y a todos les parecieron infinitos. [61] Pero amansados en el día de hoy por la santa ley de Dios, y reducidos a ovejas, a cualquiera que tenga ojos deben parecerle poquísimos, como son en realidad. Pero esto debe entenderse en relación con el inmenso espacio que habitan. Hay ciertamente, y en otro lugar haré el cálculo, muchos millares, de cristianos y gentiles. Pero esto no es

nada en comparación con los inmensos desiertos no habitados más que por las fieras.

El bien que se aporta a las almas es sin duda grandísimo. Esto debe consolar a todo el que es católico. La ventaja temporal alcanzada para la corona de España no es menor. A buena cuenta, reducidos al cristianismo tantos millares de gente, se ha aumentado el dominio temporal. Los caribes, antes tan insolentes, han depuesto no sólo su ferocidad, sino que muchos de ellos se han hecho cristianos después de la venida a aquellos lugares de los Padres observantes. Un río donde antes no dominaba sino la barbarie y donde no se podía viajar más que con el fusil en la mano y el gatillo levantado, se recorre ahora por todos, indios y españoles, con seguridad.

Si antiguamente al virrey de Santa Fe se le ocurría algo atañedero al real servicio y tenía que expedir algún correo a Caracas, no podía hacer esto más que con exorbitante gasto y con un viaje de varios meses. Ahora por medio del Orinoco sometido se va y viene de una capital a la otra con gasto poquísimo y en tiempo con gran diferencia más breve.

Han proporcionado de modo semejante en estos últimos tiempos no pequeña ventaja al Orinoco los señores de la Real Expedición de Límites, formando, como queda dicho arriba, varias colonias españolas. Estuvieron estos señores en mi tiempo más de diez años en varias reducciones jesuíticas con la decisión en los comienzos de seguir su viaje hasta el Río Negro, y allí con los portu [62] gueses venidos de Portugal por orden de su soberano, fijar de acuerdo los límites de las respectivas coronas. No habiendo alcanzado el primer intento, hicieron después en su larga demora las indicadas colonias. Y he aquí con qué esfuerzos se ha hecho en muchos años lo mucho o poco que dejé en el Orinoco.

Capítulo XI

De las barcas de los orinoquenses, de sus remos y del modo de navegar.

He conducido a mis lectores por el Orinoco muchas veces, sin hacerles pensar en los pequeños barcos en que se navega. Pero estos son dignos también de nuestras miradas. Y para dar alguna muestra del modo con que las hacen debo decir que los orinoquenses, para hacer sus barcas, cortan un árbol de los más grandes. Después de quitar todas las ramas que estorban al tronco, cavan éste con azuela y hacha. Llegados a la profundidad de uno, y a lo más de dos palmos, comienza el trabajo por fuera, y se reduce por todas partes el tronco para hacerlo ligero y fácil de mover con los remos. El grueso, no menos en el fondo, donde se ponen los pies de los viajeros, que en los costados, donde se apoyan los remos, es a lo sumo de dos dedos. Lo excavado es de figura comunmente oval, y de la misma figura son también los costados de la barca.

Para surcar las aguas no tiene carena, pero siendo, según el uso común, no plana, sino de figura también oval por debajo, es fácil de ser movida con los remos. Entre la proa y la popa no hay otra diferencia que ser la primera un poco más sutil y aguda que la segunda. Apenas es sensible la diferencia, [63] y se podría también decir que el signo más verdadero de la proa es ser aquella parte que navegando surca las aguas la primera. Tanto es esto verdad, que si se diera la vuelta hacia la parte adonde se va a la supuesta popa, se navegaría casi igualmente bien.

Los guamos hacen sus barcas de un modo distinto que los otros. La parte excavada es de figura cuadrada, y el exterior, aunque tosco y deforme, es bastante grande, y plano por debajo. Parecen un ataúd y son objeto de la risa de los otros indios. Son también pesadas y difíciles de mover, pero adecuadísimas para la pesca del manatí y del cocodrilo. Los guamos, que usan remos más largos y más grandes y son forzudos por encima de todas las naciones, las mueven ligeramente y sin especial fatiga.

La anchura, no menos de éstas que de las barcas comunes del Orinoco, es ordinariamente de palmo y medio si son de pesca, y de tres o a lo más de cuatro si están destinadas a hacer viajes por el Orinoco. La parte excavada, que en su principio se hace

con hierro, apenas es de poco más de dos palmos de anchura, pero la hacen más grande de la siguiente manera. Levantan un palmo del suelo y colocan el tronco excavado sobre dos piedras por la proa y por la popa. Después lo llenan hasta arriba de agua, y hacen un fuego ligero debajo, o con paja seca, o con ramos de palma.

El agua por encima y el fuego por debajo hacen de tal manera, que sin peligro de que la barca se raje, fácilmente se amplía la abertura iniciada. Para que después el sol, violentísimo en el Orinoco, no haga volver la barca a su estado primitivo, y para que conserve siempre la anchura lograda del modo ya dicho, los indios le hacen agujeros en el borde, y con cortezas de árboles [64] atan enseguida encima toscos leños atravesados. Tenemos ya dispuesta, hecha con poquísimo gasto y en poco tiempo, una barca para surcar el Orinoco, la cual por lo común no excede en longitud de 24 ó 25 palmos.

Mucho más grandes y más hermosas son las barcas de los caribes, llamadas en su lengua piraguas. Su anchura tiene diez, doce y aún más palmos. Al tronco excavado añaden, uniéndolas con cortezas de árbol, tablas, que son toscas y hechas de cualquier modo con hacha, pero que son de alguna defensa contra la furia de las olas. En mar no demasiado agitado se puede viajar con estas barcas, como ellos hacen, a las colonias holandesas y a las islas Antillas.

Las barcas indias no se llaman en el Orinoco canoas, como las denominan en otros sitios, sino *curiara*, y por tres o cuatro pequeñas hachas se puede conseguir una de los orinoquenses. Son más caras y más difíciles de obtener las barcas de los caribes, y por ellas, en dinero o en cosas, no piden menos de diez escudos.

Se ve por mi relato que una barca se puede hacer sin clavos, y antiguamente, cuando aún eran desconocidos los europeos, las hacían sin usar hierro ninguno. El fuego entonces, para la excavación, y acaso para más, hacía las veces del hierro, de la misma manera que todavía hoy las cortezas de los árboles suplen la falta de clavos. El que quiere en aquellos países una barca más pronto y más acomodada a nuestro uso, puede tenerla, pero dificilmente y a caro precio de los carpinteros españoles, los cuales, a las curiaras susodichas, que sirven casi de fundamento y de base para formar una barca, añaden una o más tablas bien clavadas y unidas. Ponen también entre las rendijas, para que no entre el agua, cor-

tezas de árboles, y [65] las cierran con cierta resina fósil, que se encuentra en abundancia en la isla de Trinidad y allí se llama brea.

La madera de que se hacen las curiaras es abundantísima en el Orinoco. Otros las hacen de cedro, pero éste es traído de lejos por las inundaciones; otros de *salsafrasso*,[1] y otros de cierto árbol llamado *viz* o María, del que se saca el famoso bálsamo del mismo nombre. Los indios más hábiles para hacerlas son los sálivas, y los otomacos, y hacia las bocas del Orinoco los guaraúnos. No todas las maderas son durables y capaces de servir por largo tiempo en el agua. Las arriba citadas son las mejores y se prefieren a todas las demás.

El modo de remar y los remos de los orinoquenses tienen algo singular, pero acaso no son diferentes de otros americanos. El remo se llama canalete, y es a modo de una pala derecha de seis a siete palmos. Su anchura no llega a uno. Para remar ponen en el extremo del mango, excavado a modo de media luna, una mano, después, metiendo la pala derecha en el río empujan el agua hacia atrás. Apoyan ligeramente el canalete en el borde de la canoa para dar el impulso mejor y con más fuerza.

Acostumbrados desde la infancia a remar así, no hay entre ellos ninguno que no sea buen remero al modo de ellos, excepto los habitantes del interior. Pero estos, en cuanto vienen a habitar el Orinoco, se acostumbran en breve tiempo. Más difícil, porque requiere más robustez, les pareció el uso de los remos europeos. Pero muchos, viajando en barcos españoles, los adoptan facilmente.

Mas volvamos a su modo de remar, que no es desagradable. Comienza primero aquel que está [66] sentado en el primer banco vecino a la proa, y como los modos de varias naciones orinoquenses en remar son varios, así, bien por burla, bien por imitar a los otros, o por variar el aburrimiento, imita graciosamente, seguido de sus compañeros, sus usos. Todos los modos están ordenados de tal manera, que el remar parece un concierto.

Comienza por ejemplo el primero que se sienta en la proa[2] a imitar a los sálivas, y los vereis, y acordes con él a sus compañeros, rozar con el remo el borde de la barca una vez, y detenerse, mas por brevísimo tiempo. Los vereis enseguida, puesto gallarda-

---

1 [El P. Gilij italianiza simplemente el término *salsafrás*.]

2 Se llama en español canaguacil.

mente el remo en el agua, empujar por tres veces la barca, volver después al impulso y remar, alternando de esta manera, una o dos horas. Imitan luego, también por gana de descansar, a los otomacos y a los yaruros, cuyo modo de remar es sumamente torpe, pues no consiste más que en meter y sacar perezosamente del agua, y siempre de la misma manera, su remo. Más caro les cuesta imitar el modo de bogar de los guamos, pero si les da gana, lo imitan.

Siempre, y a gran distancia, por el ruido de los remos, se oye venir a una curiara. Los guamos son los únicos que viajan a boga sorda. Meten un remo en el agua y con un esfuerzo increíble empujan sus barcas cuadradas. No puede gobernarse esta boga sino de poquísimos. Pero cuando corre prisa huir, a todos les sale bien.

Los maderos puestos a través, o los bancos, si nos agrada decir así, están dispuestos de la siguiente manera: cuatro o seis están delante de una pequeña cabaña que suele hacerse para resguardo del misionero o de cualquier persona respetable [67] que viaje con ellos. En los susodichos bancos se sientan todos, a uno y otro lado, los remeros. Junto a la cabaña, y de la parte de delante, un muchacho tiene cuidado de acudir con media calabaza vacía y echar al río el agua que entra con el impulso de los remos.

Debajo de la choza, que dada la común anchura de las curiaras es estrechísima, queda a resguardo de las lluvias y del sol el misionero. Tiene que caber también dentro la comida necesaria para todos, y todos los bagajes que se llevan. Detrás de la cabaña en un banco van sentados del mismo modo otros dos indios, los cuales reman y en las corrientes, junto con el piloto, gobiernan la navecilla. El piloto, bien sentado en la popa, que siempre está más levantada del agua que las demás partes, bien en pie, con un canalete más grande, casi con timón, gobierna el curso de la curiara.

Capítulo XII

Del modo de navegar el Orinoco.

Distingamos, para entender mejor, dos tiempos. Uno es invernal y lluvioso, en el cual el Orinoco está quieto y tranquilo. Otro es estival y sereno, y en este, cuando vuelven los vientos acostumbrados, las olas se levantan muy temibles. En el tiempo lluvioso y comunmente tranquilo, excepto el caso de que se pase de una orilla a otra, siempre se navega rozando la orilla y pegando a la tierra. Allí no se encuentran más que raras veces las corrientes, que son frecuentísimas en el medio. Si se encuentra algún escollo o punta o pequeño promontorio, donde siempre el río se pone más violento, saltan algunos de los remeros a la orilla y con cuerdas atadas a la proa tiran [68] de la barca por esas corrientes, hasta que sean superadas.

Después de verano, cuando vuelven en octubre los vientos acostumbrados, para ahorrar la fatiga de remar, se sirven de alguna estera, colgada del tronco de un árbol atado a los bancos, y ésta hace las veces de vela. Si se hiciera caso de la pereza de los indios, cuando hay viento se viajaría siempre con esta especie de vela. Pero los peligros son muy grandes. He visto a muchos no temer menos que al mar al Orinoco airado. Y en efecto, es bastante de temer, o no queremos considerar los bancos ocultos que se hallan no raramente, o la facilidad con que se convierte en objeto de la furia de las ondas un pequeño barco que va por encima de ellas.

Los indios, como avezados a nadar, y hábiles, cuando su canoa se les llena de agua, en darle la vuelta facilmente y volver a subir encima con ligereza increíble, temen poco o nada a las olas. Pero quien tiene vestidos encima y no sabe el arte de nadar para librarse del naufragio, es necesario que tiemble. Fióse demasiado de sí, y del valor de los cáveres, estos años pasados, el P. Bucard, misionero en Uruana, y en la travesía del río como se enfurecieran las brisas,[1] dejó con pena de todos la vida, que era el objeto de las esperanzas comunes.

---

1 La palabra española corresponde al francés *la Mouson*, nombre de vientos periódicos.

Casi siempre, por las brisas en verano y por los huracanes en invierno se encuentran peligros de naufragar. En verano pueden preverse los vientos, como periódicos que son, y puede hacerse la travesía de una orilla a otra con el río quieto. ¡Pero de qué arte se puede uno servir para evitar una tempestad imprevista! Si estais junto a la orilla, y hay cerca un árbol para que os ateis a él, estais en seguridad. Pero si en lugar de una playa llana teneis encima un acantilado, entonces [69] el peligro de ahogaros es casi inevitable. Las olas que vienen furiosas del interior del río, rompen allí y se vuelven más furiosas con el choque.

El río, que dos o más millas más arriba de Uruana es anchísimo, les pareció una vez a mis tamanacos oportuno para pasar a la orilla opuesta, y me dijeron: — No hay señal alguna ni de olas en el medio del río, ni de nube que amenace tempestad. Yo, que veo poco de lejos, no pude distinguir si el río estaba tranquilo. Los indios, aunque de vista agudísima, tampoco supieron conocerlo. Tanta y tan extensa, como ya dije antes, es la anchura del Orinoco.

Nos dispusimos, pues, a pasar el río. Pero ¿qué ocurrió? No habíamos llegado todavía al medio, cuando hubimos de arrepentirnos de la travesía intentada. En aquella media hora, que tanto al menos necesitamos para llegar allá, creció el viento de tal manera, que hacía temer a todos. Pareciéndome ver cercana mi sepultura en el agua, rogué encarecidamente a mis indios que pusieran la proa a tierra para al menos desembarcar con vida. En esta ocasión remaron al modo de los guamos, es decir, con el mayor esfuerzo. Después de muchos afanes y miedo a quedar sumergidos en las olas, llegamos a la orilla. Pero en las cercanías no había más que un acantilado bien largo, es decir, un lugar muy peligroso de abordar. Quise de todas maneras que me llevaran allí, pues ni la paciencia ni el valor me consentían que llegáramos a la playa, que se veía más arriba.

Cuanto más se acercaba al acantilado la canoa, tanto más crecían y se levantaban las olas. En un abrir y cerrar de ojos la llenaron. Pero los tamanacos saltaron al agua, tanto para gobernarla como para librarme del temido peligro. También yo, viendo cerca la tierra, [70] me tiré asustado al río; y fue bueno para mí que en lo alto de la barranca había un gran árbol que enviaba abajo hacia el río una de sus ramas, con lo cual, gracias al favor de Dios, me sirvió de alivio. Lleno de inesperada compasión por mí Tomás

Queveicoto, el más bravo y ágil de los remeros, me tomó a sus espaldas y conmigo a cuestas comenzó a subir por la rama pendiente.

Era demasiado grande y demasiado inminente el riesgo. Pero un accidente imprevisto, madre no raras veces de buenos consejos y de desenlaces felices, y que da fuerza a los más débiles, me llevó a salvamento en lo más alto del acantilado a hombros del intrépido y robusto remero, el cual iba trapando por la rama y de vez en cuando hacía una breve parada para tomar aliento. Recompensé enseguida como pude a mi bienhechor, a quien quedé obligado, no menos que lleno de afecto por siempre. Tuve que quitarme de encima las ropas, en parte desgarradas por los espinos que allí había, en parte empapadas de agua, y cambiarlas con otras de un pasajero que supo salvarlas de las olas.

No se pudieron salvar así los víveres, que se llevó el río o se mojaron y quedaron inútiles para el viaje. Tuvimos entonces, sin el cazabe,[1] mísero pan de aquel rincón del mundo, que viajar tres días, hasta que encontramos a los sálivas de Carichana, los cuales a cambio de agujas, anzuelos y semejantes baratijas nos proveyeron de cazabe y pescado. De hechos semejantes a éste, como frecuentes que son allí, podría contar muchísimos. ¿Pero qué le importa a quien lee? Unicamente no debo callar, siendo este su lugar, el modo de viajar por el Orinoco.

En verano, a decir verdad, no puede desearse un río [71] más hermoso. La naturaleza brilla y ríe en él de modo particularísimo. Son hermosas y grandes sobremanera las playas, frescos y verdes los árboles de uno y otro lado, secas y buenas para dormir en ellas las selvas, llenas éstas y las playas de vistosísimos pájaros, abundante y rico de peces el río. En suma, Dios que lo hizo brilla en él, como en todas partes del mundo, maravillosamente. Pero en todo lo demás es un desierto; nada, o muy poco, como ya dije en otra parte, hay en tan bello río que sea producto del arte.

Mas todo lo hermoso que el Orinoco es en verano, es triste y melancólico en los tiempos lluviosos. Nunca se duerme en casas o cabañas sino cuando se llega a aquellas pocas aldeas que he descrito. Las cabañas y los sembrados que hay en las orillas del Orinoco quedan todos sumergidos. Poquísimos y casi contados son los sitios a los que se pueda poner proa y hacer fuego para comer

1 Se llama de otro modo *manioc*, o mandioca.

o cenar, o atar las hamacas para descansar. En estos trozos o de tierra desnuda o de selva que quedan libres de la inundación del río buscan alojamiento, diríamos, los viandantes, y son como las posadas comunes de aquellos países.[1]

Allí llega el que quiere, y a la hora que quiere, seguro de encontrar siempre lo mismo, esto es, sitio para atar las redes de dormir, leña en abundancia para guisar, y nada más. La comida hay que llevarla consigo. De noche en aquellos lugares, en los que hay peligro de enemigos, se duerme con centinela, y encendido siempre el fuego por temor a los tigres, que se dice tienen miedo a este elemento. No se encuentran por todas partes sitios donde alojarse, [72] y entonces debe cada uno contentarse con alguna cosa seca para comer, y a falta de un terreno limpio en que poner los pies, se atan las hamacas a los árboles que están por debajo inundados.

Para resguardarse de las lluvias casi cotidianas en invierno, los padres se servían bien de mantas de lana puestas encima de las hamacas, o de pequeñas tiendas hechas de tela de algodón de Santa Fe. Los indios se defienden de todo con su piel, o a lo más, si son cristianos, con algún pequeño cobertor de lana. Aunque, apenas comenzada la lluvia, aumentan el fuego y se están alrededor calentándose y enjugándose, hasta que termina. Si tienen de comer, bien carne salada, bien tortugas, bien pescado, aquel es su tiempo, y reemplazan con la comida lo que pierden de sueño.

Si este viajar les es agradable a los indios, y mucho menos aún a los europeos, se conocerá fácilmente por muchos lugares de esta historia. Digo sólo de paso que con agua por encima, extremada humedad o incluso agua debajo de las redes, la vida pesa y se sufre de extraño modo. Un poco de consuelo en tantos males es la lana, que no está demasiado sujeta a la humedad, y por esta ventaja, aunque da mucho calor, ninguno la rechaza. Pero las hamacas, tejidas de algodón, atraen tanta humedad, que parecen mojadas. Por consiguiente, allí se muere uno pronto, o se vive muriendo. Pero este no es el único mal de quien navega por el Orinoco.

A nosotros nos parece raro dormir a cielo descubierto. Y sin embargo allí se duerme siempre así. Confieso que en verano es

1 Los sitios donde se come o se duerme los españoles los llaman ranchería. De este nombre me sirvo muchas veces en mi historia.

de algún gusto dormir en la playa, movida la hamaca por viento agradable. Pero en invierno es un sufrimiento que no se puede llevar sino por el amor de la cruz. En Auvana, donde, como ya dije hice una excursión en marzo, [73] como se inundan las selvas vecinas al río, se come y se duerme por la noche en ciertos escollos llanos que de vez en cuando, como puestos a propósito, se encuentran en las orillas. Pero ¿cómo atar las redes? He aquí el modo: se toman tres gruesas varas, que se atan después con enredadera en lo más alto. Se levantan, se abren por la parte inferior, y se ponen sobre los escollos.

Bien se comprende por ésto que, abiertos como he dicho, los varales forman un triángulo, el cual, si se quiere, es capaz de sostener tres lechos. En este triángulo, llamémoslo así, dormí por la noche; también durmieron en estos los indios, y los soldados en los suyos, y a la mañana siguiente, como faltaban por todas partes lugares secos, me serví con acierto de ésto para hacer el altar, atando a través de aquellos tres palos varas para hacer un zarzo.

LIBRO SEGUNDO

De los animales y de los vegetales del río Orinoco

[74] LIBRO SEGUNDO

De los animales y de los vegetales del río Orinoco

Capítulo I

De los peces con escamas.

Es tiempo de mirar ahora más atentamente al Orinoco y de considerarlo por dentro. Aquí sí que no soy nada contrario a Gumilla, que tantos elogios hizo de él, y además, habiendo estado tan largo tiempo, puedo acaso decir más. En la longitud y en la abundancia de aguas está con todo el Orinoco por debajo del Marañón y de otros célebres ríos de América. En la abundancia de peces no le vence acaso ninguno.

No es que se encuentren por todas partes, siempre y por donde se quiere. Los ríos más ricos en peces, el mar mismo y los lagos, no tienen este privilegio de que los pescadores hallen en ellos los peces a su gusto. Basta que haya lugares en los que se encuentren, frecuentemente al menos, y sin demasiada fatiga. Y de este carácter es el Orinoco. Hay allí en ciertas épocas del año pasos de peces en los que se ve una abundancia [75] apenas creíble, causando no sólo molestia, sino náusea insufrible el olor que despiden por largo trecho del río. Fuera de los pasos, entran acaso en las canoas en que se navega, golpeados por los remeros con el remo. Entre los otomacos es uno de los modos de pescar, ir de noche a cualquier rincón del Orinoco, y allí, como si estuvieran locos, golpear con palos las aguas, y es indecible cuántos peces entran así asustados en las canoas. Pero de la multitud de peces del Orinoco habré de hablar más veces, especialmente donde se tratará del modo que tienen los orinoquenses de pescar.

No es inferior a la multitud el gusto de los peces y su grato sabor. Comparados con los mismos del mar son muy sabrosos, sea la causa el agua del Orinoco, que tiene mucho de salada, o los frutos que caen de los árboles y que son en invierno su alimento

preferido, o bien que en sus frecuentes viajes no raras veces se meten en el mar.

No es sin embargo notabilísima su variedad, y si son casi innumerables los indivíduos, no son demasiado numerosas las especies. Reduzcámolos todos, al menos los más conocidos, a la conocida división de peces con escamas y peces que tienen sólo la piel.

Entre los primeros es célebre la cachama, llamada por los maipures *catama*, y por los tamanacos, *ipi*. No tengo peces entre los conocidos por mí con que comparar este ni otros de que voy a hablar, ni querría que la diversidad de nombres aumentase la especie por descuido de algún naturalista. Dios sabe con qué palabra, portuguesa o india, son llamados éstos en el Marañón, con el cual el Orinoco tiene comunicación de aguas, y debe haberla también de peces. Puedo decir desde luego que el Orinoco tiene muchos que no se ven en otros ríos, [76] y son, por así decir, privativos suyos. Pero ¿quién nos dirá que algunos de los que hablo bajo diversos nombres orinoquenses no son conocidos en otra parte bajo otros nombres?

Por hablar de la cachama, es un pez, como he dicho, de escamas, de más de diez y seis libras de peso, y de sabor no despreciable. Su carne es un tantico estoposa, y las escamas son cenicientas. El morocoto, no muy distinto en el tamaño, pero más plano que la cachama, es de escamas más blancas, sabrosísimo, y uno de los peces buenos del Orinoco. Las selvas vecinas a este río, inundadas por las crecidas del invierno, están llenísimas de estas dos clases de peces.

También de escamas, agradabilísimas, pero con un poco de sabor a lodo, en el que acaso se revuelcan, son las payaras.[1] Los dientes de este pez son bastante largos y agudos. Come en ciertos tiempos del año una hierba lacustre que los españoles llaman altamisa,[2] que comida da un grato amargor a sus carnes. La payara abunda al fin del invierno en los lagos.

---

1 Los nombres *cachama, morocoto* y *payara*, de estos peces, son indios, pero en el Orinoco los españoles, quizá porque tales peces no se hallan en otra parte, los llaman de la misma manera.

2 Quizá artemisia. [Efectivamente la forma culta artemisia en todas partes, por etimología popular, es en español altamisa.]

Si nos atuviéramos al sabor, se preferiría la palometa[1] a todo otro pescado. Llámanla *pacu* los tamanacos, y no excede su peso de cinco libras. Es plana, y son menudísimas y blancas sus escamas. Cocida es desagradable, pero frita es de gusto incomparable. No se puede sin embargo hacer de ella sino un uso moderado, pues produce como efecto natural la fiebre. Al ir bajando el río, con cualquier red mal hecha, se sacan del agua en gran cantidad.

No es de mayor peso el pavón, llamado por los tama [77] nacos *akechí*. El primer nombre le fue dado por los españoles a causa de sus colores naturales, que parecen la cola de un pavo real. Fresco, y comido a la orilla de un lago, es agradabilísimo. Secado en zarzos, como allá se suele, al fuego, es duro, y su carne parece leñosa.

El dorado (así lo llaman los españoles) es del tamaño de dos cachamas, sabroso como los más agradables peces del mar, y acaso el mejor de todos los del Orinoco. Toma este nombre del oro, pues su color se asemeja mucho a este. Este pez habita en las cascadas.

Uno de los peces señalados del Orinoco es la curbinata,[2] de que habla también Gumilla.[3] Sus escamas son pequeñas y blancas. Su carne es naturalmente tierna, y si se quiere probar plenamente su sabor, se come a la orilla de los ríos y fresquísima. Pasadas algunas horas, se pone manida, de manera que aburre. Su peso es de dos a tres libras. Tiene en la cabeza dos huesecitos[4] del tamaño de almendras sin cáscara, trabajados bastante curiosamente por la naturaleza. El color de ellas es semejante al alabastro común, y se dice que sus raspaduras, bebidas con dosis justa en agua, son diuréticas.

Hasta aquí estamos de acuerdo con Gumilla. Pero que este pez sea confundido con la gran masa de los otros que allí mismo se indican como propios del solo Orinoco, lo dudo mucho; más bien, atendiendo a noticias que he tenido recientemente (Nota VI) lo creo común en otros muchos lugares, y fluvial y marino.

¿Cómo contar después la infinita muchedumbre de pececillos y sardinetas que se hallan por todas partes? A los indios de nada

---

1 Nombre español.

2 Palabra adoptada por los españoles del Orinoco, Meta, etc.

3 *Hist. de l'Orenoque*, parte II, cap. 21.

4 Los españoles los llaman piedras de curbinata.

les sirve su uso, sino en caso de necesidad y cuando les [78] faltan peces mayores. Acaso tampoco les importará nada a mis lectores saber por menor su figura y sus nombres.

Mas para terminar de una vez la relación de los peces de escamas, no debo callar el caribito.[1] Llámase así por los españoles por el extraño amor que tiene a la carne humana. Muerde sin dudar, hiere y se lleva un buen trozo de carne a cualquiera que entre en el río. El que quisiera tener en poco tiempo bien mondado un cadáver, bastaría con que lo pusiera unas pocas horas en el Orinoco. Tantos y tan famélicos le acudirían alrededor los caribitos, que alcanzaría seguramente su intento. Son planos, y del peso de una libra y mayores. En Auvana los hay del peso de cuatro y seis libras, y son sabrosísimos. Los caribitos atacan tan decididos a un trozo de carne o a las tripas de pescado que echan los viajeros al río, que enseguida se pelean. Un mozo mío, llamado Ignacio Uopí, a falta de anzuelo se sirvió con fortuna de las entrañas de pescado y de carne salada para sacar caribitos del Cochivero; y cogidos uno de una parte y otro de otra, los logró en abundancia.

Capítulo II

De los peces de piel.

Para pasar ahora a la descripción de los peces sin escamas, o de piel, demos principio por los redondos y largos. He dicho redondos y largos no porque pretenda darlos una figura en todas sus partes cilíndrica, que es en mucho o prominente o aplastada, sino para distinguirlos de los planos, de los que he de hablar enseguida. [79] En todo tiempo, pero mucho más en el seco y de verano abundan los bagres, que son de diversas especies y colores. Es celebradísimo el amarillo. No es desagradable el de manchas o pintado. También se estima mucho el listado. Los bagres todos son peces de tamaño, de diverso sabor y peso, y algunos grandísimos. Pero lo mejor de los bagres es que no tienen más que la

1 En maipure *umatí*.

espina dorsal, y aquellos a quienes les molestan las espinas (aunque no son tan sabrosos cocidos como lo son fritos), prefieren los bagres a cualquier otro pescado.

El rey de los bagres, si queremos decir así, es el valentón, llamado por los indios *lauláu*. Si no fuese por la cabeza larga que tiene el valentón, habría con él bastante para tener contenta con él la comida y la cena a una aldea entera. El menor que yo he visto es al menos de cuarenta libras de peso. Ordinariamente (porque nunca lo he puesto en la balanza) puedo decir que el valentón es traído del río por dos indios; y en mi tiempo cogieron uno en el raudal de Atures que, para traerlo a la aldea, requirió cuatro. Gumilla, en el lugar antes citado, le da el peso de 300 libras españolas.

Debo hablar en otra parte del modo de pescar de los orinoquenses. Pero como me ha venido a la pluma el valentón, parece tiempo de tratar al menos de éste. Habita cerca de los escollos y donde el río es más fuerte. Para cogerlo se sienta en uno de estos escollos el pescador, y tira hacia el medio con cebo un gran anzuelo, al que está atada una fuerte y larguísima cuerda. Cuando se traga, junto con el cebo preparado, el anzuelo, el valentón da un salto y una sacudida tan fuerte al pescador al huir, que no basta sino uno [80] o dos de los más robustos indios. Hay muchos que, sabedores de la fuerza con que el valentón sacude, una vez tragado el anzuelo, para no caer por tierra o para no ser arrastrados por el animal al río, en lugar de atar a su brazo la cuerda, la sujetan con dos o tres vueltas a algún peñasco o también a un árbol, y dejando al pez vagar y correr por el río, cuando quieren, y él está cansado y débil, lo sacan sin fatiga especial a la orilla.

Notemos además que algunos bagres tiene la cabeza armada de una punta, a modo de pequeño cuerno. Uno de éstos, en un viaje mío por el Orinoco, golpeado por los indios con el remo, saltó fuera del agua, hizo una ligera herida en el rostro al piloto, y se metió enseguida en el río. Del género de estos bagres con cuerno me parece que es el pez espada, que se dice tiene uno en la cabeza, largo, agudo y dentado por ambos lados. Pero bien sea que sus carnes no les gustan a los orinoquenses, bien que sea difícil de coger, y más sagaz que otros peces, o sean raros en el Orinoco, nunca los he visto.

No sé si se halla en el Orinoco, pero sí en los lagos donde hay las palmeras muriche existe cierto pez llamado vulgarmente tem-

blador. Los tamanacos lo llaman *arimna*, es decir, « el que priva de movimiento », y en efecto, al pescador que lo coge con anzuelo le deja insensible el brazo y le da una dolorosa sacudida que le ocasiona dolor. Estoy segurísimo de este efecto, y no puede dudarse nada. El temblador es una especie de gran anguila, todo lleno y erizado de pequeñas espinas. Su carne, aunque sepa un poquitín a lodo, es muy estimada en el Orinoco. Pero extraordinariamente sabrosa es la de su lomo, y no está tan llena de espinas como están las otras partes de [81] esta anguila. En los raros fenómenos que notamos en la anguila tembladora del Orinoco, la cual se encuentra también en Cayena, y según me es indicado por entendidos, en muchas otras partes de América, tenemos, según les parece a los físicos,[1] una máquina eléctrica en un ser acuático vivo, y en un sedal de algodón, o bien de caraguata,[2] un conductor (Nota VII).

Ya hemos dicho bastante de los peces redondos. Hablaremos después de los planos. Hay en abundancia una cierta especie de rayas llamadas en la lengua maipure *inaturi* y en la de los avaricotos *chipari*. Sus nombres son distintos en otras lenguas. Las rayas orinoquenses[3] son casi del sabor y de la misma figura que las nuestras. La mayor diferencia respecto de éstas es una punta a modo de cola que tienen las americanas. Esta punta es un hueso plano, agudo y dentado a modo de sierra de una y otra parte. Su carne, que allí, con tanta abundancia de peces mejores, no se estima por los españoles, es sabrosa y salubre. Es opinión común en el Orinoco que los huesos de raya si los comen los perros les hacen a éstos perder el pelo.

Si las toca un pie desprevenido, las rayas contestan enseguida con la cola, y hieren con tanto dolor, que a muchos he visto desmayarse. El lugar de estos peces, mónstruos del Orinoco, es cerca de la orilla, o a poca distancia de ella, y donde el agua es más baja.

---

1 Véase la disertación de M. Bajon, vol. V de los *Opúsculos interesantes*.

2 Hilo semejante a la pita. [La palabra caraguatá, que con esta acentuación la he oído en la Argentina, designa una bromeliácea con la que los indios hacen hilos para tejer o atar; parece designa plantas distintas según los países: bromeliáceas ornamentales en Colombia, agave o pita en Paraguay, el *cháguar* o *Bromelia serra* en Argentina, v. F. J. SANTAMARÍA, *Dicc. gen. de americanismos*, I, Méjico, 1942, p. 312.]

3 En tamanaco se llaman *pari*.

Hacia el medio, y en los lugares en que hay corriente, es supérfluo temerlas. En los lugares bajos, si acaso encalla la barca, bajan los orinoquenses al agua armados del remo, y con éste y alguna pértiga van tentando la arena. Si hay alguna raya y [82] la tocan con el remo, se venga inútilmente de éste con su cola, huye velozmente a otra parte, y deja libre el paso.

Si la herida de la raya se descuida, se inflama al principio, después se gangrena, y lleva infaliblemente a la muerte. Como no fue medicado a tiempo y rehusó todo remedio que se le ofreció, murió de esta manera un indio que poco antes había yo traído de río Avuana. Se cree que el aguijón de la raya es de cualidad venenosa y frigidísima. Pero si se cura enseguida la herida, se desvanece también enseguida el mal. Para quitarle el frío, unos ponen la semilla tierna de un ajo, otros aplican fuego y la cauterizan antes de vendarla bien, otros aplican otros remedios. Cuando está todavía manando sangre fresca la herida, si se pone polvo de azufre, es el más verdadero y eficaz remedio. Pero se requiere prontitud, porque la sangre enseguida casi se restaña, y entonces ya no es adecuado el azufre, y es preciso meterse en la cama, o andar cojeando más de dos meses, antes de curar con el lento remedio del fuego.

No omitamos en fin dar una pequeña muestra de los peces que se encuentran en los cauces que llevan agua, en los palmerales y en los lugares pantanosos. El *uaipú*, llamado por los habitantes españoles guavina, es un pez de cauce, con escamas negruzcas y un sabor no despreciable. Su tamaño es como el de las mayores truchas. Es igualmente de escamas, y también aficionado a los arroyos, un pequeño pez que por la dureza de sus escamas llámase en español conchudo. Este pez, aunque de pequeño tamaño, es muy sabroso. Sabrosa también, y semejante en mucho a las nuestras, es una especie de anguila que los tamanacos llaman *camavá*. Su peso ordinario no excede de cuatro onzas. Están bajo los escollos en el agua, de donde las sacan los prácticos.

[83] En los murichales hay agua, y suelen ser lagunosos. En estas aguas nunca faltan pequeños peces. Es célebre sobre todo los otros una especie de cangrejo que en tamanaco se llaman *ichurú*. Son del tamaño ordinario de los nuestros de río. Pero, aun cocidos, son de color blanco, y su hocico termina en punta. No es estimable el sabor de estos cangrejos, y sólo los indios los aprecian.

Capítulo III

De los animales anfibios del Orinoco.

El Orinoco, río celebérrimo por sus animales acuáticos, no está privado de aquellos que se llaman anfibios, y que bien se meten en el agua, bien se ven en las playas, como seres terrestres, gozando del aire más libre. No es que este natural instinto de alternar un elemento con el otro haga que todos los anfibios, lo mismo que aman el agua y la tierra, se encuentren igualmente en ambos lugares. Unos están menos en un sitio y otros están más. Están muchísimo en la tierra, y casi pueden vivir en ella, las iguanas. Está muy poco, y sólo para comer hierba fresca, el manatí. Están en medio de estos dos seres orinoquenses, y se mantienen en la orilla o en las peñas que dominan el río por largo tiempo, los cocodrilos, las tortugas, los perros de agua, y otros de los que hablaremos enseguida.

En tanta variedad de anfibios, dejando los demás para los capítulos siguientes, divido los primeros así: hay anfibios volátiles, los hay jabalíes y finalmente hay otros que algunos autores han llamado terneros o vacas [84] de río. Comenzamos por los primeros. En muchas partes, pero especialmente al pie del monte Pocopocori, llamado también el Capuchino, hay gran abundancia de una especie de gaviotas, llamadas por los españoles cotudas.[1] Parece que las cotudas, sumergiéndose contínuamente en los ríos, se entienden muy bien con el agua, sin la cual no sobrevivirían quizá sino con esfuerzo. Son de color negro y del tamaño de una gallina, pero poco agradables, y por eso poco estimadas de los navegantes. No les faltan a las cotudas, como a los peces, las espinas, que se encuentran entre la carne comiendo.

Están igualmente en las orillas, y se meten a menudo en el agua, los chigüiros, llamados en otras partes irabubes.[2] Su tamaño, pelaje y todo el resto se parece a un jabalí, pero el color de su pelo es rojizo. También los chigüiros son poquísimo sabrosos. Tienen un olor nada agradable y muy semejante al almizcle.

---

1 En tamanaco *cuttuá*.

2 En tamanaco *capivá*, en maipure *kiáto*.

Comiéndose al modo natural y con el solo condimento de la sal y del pimiento de aquellos lugares, no me extraño. Adobados al modo europeo serían quizá buenísimos, pero siempre de tal calidad como para no comerse en los días de ayuno, como son considerados en América.

Pez sin duda es el manatí,[1] o como otros dicen el ternero o vaca marina. El tamaño y peso de este ser orinoquense no es en nada diferente del de un corpulento novillo. He aquí su figura exacta: la cola es a modo de una gran pala redonda, y de ella, me parece, se sirve como de timón para gobernarse en el agua. Los remos son dos pequeños brazos, que tiene un poco más arriba de la barriga, [85] y son también en figura de pala redonda. La cabeza es grande y termina en hocico muy semejante al del buey.

Su piel es de medio dedo de grueso y de color ceniciento. La carne es de sabor tan semejante al puerco, que seguramente se podría engañar a los europeos de más olfato. Todavía fresco el manatí es sabrosísimo y bueno para hacer con él toda clase de manjares. El mismo timón y los remos son de maravillosa grosura, que les gusta mucho a los orinoquenses. Pero el manatí, si atendemos al común pensar de los pobladores españoles, no es tan saludable como sabroso, y es considerado nocivo para para las personas que tienen humores, especialmente gálicos. Los indios, que tienen mucho de goloso y nada de reflexivo, no se abstienen nada.

Volvamos a la descripción; además de los dos pequeños brazos, el manatí no tiene, como los otros animales, ninguna pata. El sexo se dice que es semejante al humano. Cría a sus pequeñuelos, como los animales terrestres, a sus pechos. En ocasiones adecuadas sale del río para comer la hierba fresca de las orillas, y no creo que use de ningún otro alimento. El manatí es muy sanguíneo, pero no es, como ha imaginado raramente alguno, animal que ponga huevos, ya que es sin duda vivíparo.

Por todos comunmente, tanto eclesiásticos como seculares, es tenido como pez. Lo cierto es que, salvo al tiempo de comer, según me parece, está siempre en el agua. Bien pueden ver todos por ésto que si en Europa hubiera peces semejantes, el ayuno cuaresmal no sería para muchos, como ahora sucede, dificultosísimo.

---

1 En tamanaco *apchia*, en otomaco *aviá*. Los maipures dicen *manatí*.

He dicho en Europa, donde hay tantos pescadores y otros que ponen asechanzas a la vida de los peces, y que [86] una vez que de ellos se apoderan saben y pueden arreglarlos a su gusto. No es lo mismo en América, y especialmente en los países recientemente descubiertos, a cuyo género pertenece el Orinoco.

Por muchas razones no hay refinamientos allí, mas sobre todo por la pereza de los indios. Contentos éstos con su cazabe[1] y su maíz y algunas otras cosas muy miserables, con tal de que nada sufra su innata tranquilidad y pereza, no se cuidan de tantos peces que contentos y sin cuidarse de las flechas de los indios, surcan perpetuamente el Orinoco. Es verdad que a veces se está allí bien, mas son bastante pocas, y sólo cuando les place pescar o ir de caza. Pero nos alejamos de nuestro propósito. Volvamos al discurso.

Sólo los guamos y los otomacos hacen la caza o pesca del manatí. De los otros indios pocos hay que en ella piensen, excepto aquellos que por algún tiempo con ellos han vivido. Quien tiene la suerte de matar al manatí, lo lleva a la aldea casi como en triunfo de su valor. Cada uno quiere una tajadita y la pide con mil ruegos, y por el extraordinario gusto que todos tienen en el manatí, de vez en cuando suelen llegar a aquellas aldeas guamos para matar y vendérselos a los orinoquenses.

Suele hacerse, y la hacía también yo, cuando ya llega la cuaresma, provisión de uno o de varios manatíes para el ayuno cuaresmal. Se salan a tal fin, y se secan al sol cortados en largas y finas tiras del grosor de un dedo. El manatí, que antes era tan sabroso, reducido a tiras y secado al sol, al cabo de pocos días pierde casi del todo su grato sabor primero, sea la causa el gran calor del sol, o la gran humedad [87] que hay allí incluso en tiempo de verano. Pero sirve para las necesidades diarias, y con cansancio y mérito se hace el ayuno de la manera dicha donde hay tantos y tan sabrosos peces.

De la piel del manatí se podría acaso hacer gran uso si se curtiese. Pero en aquellos lugares, nuevos aún e incultos, nadie piensa en ello. Los indios cuecen y comen con gusto también la piel, y el único uso que de ella hacen para otras cosas es convertirla en cuerdas, cortándola en largas tiras, que después retuercen un

---

1 Pan indio. [Véase la n. 1 a la p. 70 de Gilij, en p. 84 de esta edición.]

poco y secan al sol. Algunos entre los españoles hacen también bastones. Tan dura es y tan fácil de sostenerse por sí después de seca (Nota VIII).

No es anfibio, pero no es muy distinto del manatí un cierto animal del Orinoco que los españoles llaman tonina. En tamanaco se dice *orinucna*. Pero no imagine nadie que la tonina del Orinoco es nuestro atún confundiéndose con el nombre italiano de *tonno*. Muchas veces la he visto, pero nunca entera a la tonina. No se la ve más que en los tiempos tranquilos y de calma, y entonces es cuando contenta y de fiesta sale del agua hasta la mitad de su vasto cuerpo, quedando sumergida la otra mitad. Parece en la figura un puerco marino. Pero como no la he visto nunca de cerca, no puedo dar señas más particulares y menudas que las dichas. Por lo que he oído es buena de comer, y su sabor no es demasiado distinto del manatí. Sólo los guamos, y acaso a falta de manatí, se sirven de sus carnes.

[88]

Capítulo IV

De otros animales anfibios.

Son de modo semejante anfibios, y reputadas también peces, las iguanas.[1] Así son llamados en el Orinoco ciertos lagartos grandes o serpientes cuadrúpedas, que se encuentran comunmente en los árboles inmediatos a la orilla. En cuanto oyen el ruído de los navegantes, bajan presurosas y se esconden en el río. Estos lagartos son de la longitud de cuatro palmos o más, y de la parte del lomo y del vientre del grueso de un brazo. Cuando aún son pequeñas y del tamaño corriente de nuestros lagartos son verdes. Pero cuanto más crecen, tanto más cambian su primer color, convirtiéndose luego en cenicientas del todo.

Las iguanas tienen cuatro pequeñas patas, y cada una consta, como las de los lagartos, de varios dedos. La fuerza de esta serpiente, además de los dientes, con los cuales, si le ocurre, ataca

1 Para una descripción más detallada, véase M. Bomare, art. Leguane.

a los cazadores, consiste principalmente en la cola, con la cual, si no la atan bien enseguida, da golpes tremendos a quien se le acerca. La piel es áspera, y sería buena no menos para curtir que para pulimentar maderas. como hacen en Italia nuestros carpinteros con la piel del pez lija.

Según algunos viajeros, estaríamos obligados a decir que las iguanas son de sabor tan exquisito que parecen pollos. Así discurre quien, teniendo otras cosas para quitar el hambre, saborea por capricho o por ganas de contarlo después, al volver a Europa, muchas cosas de América. Yo, que a menudo no tuve otra cosa que [89] comer que iguanas, al principio me hice violencia y encontré alguna repugnancia en comer. Después me parecieron buenas o me las hizo parecer tales el hambre. Pero al fin, teniendo otros alimentos mejores, ni siquiera pensaba en ellas.

De esta serpiente se comen también los huevos. Están cubiertos de una membrana blanca y sutil; son alargados y blandos, y del tamaño de los huevos de paloma. A un francés le oí hacer de ellos elogios infinitos. Del todo malos no son. Pero son de serpiente, y ¿quién no dirá que son repugnantes para cualquiera que haya sido honradamente educado? Las iguanas pasan fuera del agua la mayor parte de su vida en las riberas sombrías, o en la vecindad de los ríos en pequeños arbustos. Hacen en tierra sus nidos, o madrigueras, donde habitan por algún tiempo. Si ponen allí mismo sus huevos, o en otra parte, no sabría yo decirlo. Los indios no van nunca en busca de los huevos, y cuando tienen gana de ellos, toman las iguanas grávidas, y comen los que encuentran en sus vientres. Ningún animal es agradable en la gravidez, y a veces es incluso nocivo, pero el caldo de las carnes de este cuadrúpedo es siempre bueno, y es alabado por todos.

De las iguanas, llamadas también *yamanari*,[1] pasemos a otro cuadrúpedo del Orinoco. En el Orinoco, lo mismo que en otros ríos que desembocan en él, y en otras varias partes de América, hay una gran serpiente llamada por los españoles caimán. Los tamanacos lo llaman *arué* y los maipures *amaná*. Por todas las señales este animal no es sino el cocodrilo, tan conocido en Egipto. Vive casi ciempre [90] en el agua, acechando a los peces, de que se alimenta. Despide un olor de almizcle insufrible, no siempre, pero

---

1 Voz maipure, en tamanaco se dice *iuana*.

muy a menudo. El cocodrilo o caimán sale frecuentemente del agua, y se pone al sol, sobre la orilla, o en cualquier árbol que la inundación haya llevado a la orilla. Si sobreviene entre tanto la lluvia, por pequeña y suave que sea, huyendo de un agua menor, busca refugio en la mayor, y se sumerge enseguida en el río. ¡Qué bello símbolo de la insensatez de los que, evitando con tanto cuidado los males terrenos, no se cuidan después de los eternos!

Se ven acaso muchas decenas de caimanes esparcidos por las orillas del Orinoco. Pueden examinarse entonces bien a gusto. Los he visto de varios tamaños y figuras. Los más grandes me parece que son de la longitud de doce a catorce palmos. Tienen cuatro patas como las iguanas. Su grueso hasta aquella parte en que comienza a afinarse la cola es como de una viga gorda. De cabeza a pies están todos llenos de escamas de color entre ceniciento y negro, y son tan duras y apretadas, que rechazan las balas de arcabuz. He visto más de una vez tirar a los caimanes con la escopeta cargada con bala, pero siempre inutilmente, pues no pueden ser heridos sino debajo de las axilas, o bien en la barriga, donde su piel es fina. Si se asesta el tiro en estas dos partes, mueren sin duda.

Sólo los guamos comen de esta serpiente, que es extremadamente aborrecida por los otros indios. Se tienen en mucha estima sus dientes, y son de maravillosa grandeza. Los cazadores, como en señal de valor, los cuelgan no menos del cuello de sus niños, que del suyo propio. Algunos españoles más curiosos de Ciudad Real hacen con ellos estatuitas o flores, que podrían gustar hasta en nuestro país, y se parecen mucho al marfil. Según [91] lo que todos dicen constantemente, estos dientes son uno de los mejores contravenenos llevándolos encima.

El caimán es golosísimo de la carne del hombre. Dios nos libre de que alguno en cualquier puerto de las aldeas del Orinoco la haya probado. Se está entonces escondido con solo el hocico fuera del agua y como en acecho para esperar la presa preferida. Cualquiera que se mete y se sumerge, con deseo de bañarse en el río, es cruelmente mordido por aquel. Pero no puede, acaso por la estrechez de su garganta, comer la presa sino fuera. Más de una vez en mi tiempo han ocurrido casos lacrimosos, y es milagro que pueda librarse de sus mandíbulas ni aun el más valiente. Y sin embargo alguno acaso queda vencedor en la lucha. ¡Pero qué raramente! Así en los años pasados le ocurrió a cierto Pedro Mapu

en Cabruta, el cual escapó de la pelea agitándose y gritando para asustar al animal. Pero no sanó de las heridas recibidas sino después de muchísimo tiempo.

El caimán no quiere atacar a los pasajeros en sus barcas, aunque sean planas. Pero es peligroso si se meten los brazos en el agua. No puede dar vuelta y hacer giros como los demás animales, y es providencia particular de Dios, porque quien sabe de ésto, si es perseguido por un caimán en una playa, puede huir haciendo giros diversos bien a una parte, bien a otra, para librarse de él. Como el mónstruo es tardo en moverse y hacer dar vuelta a su enorme mole, queda burlado. Quien huye en línea recta es alcanzado velocísimamente por él.

El que no conoce sino una pequeña parte de Europa, y quizá solo el país en que ha nacido, encuentra dificultad en creer ciertas cosas que se cuentan [92] de países lejanos y situados en clima diverso del nuestro. Pero si queremos que nos presten crédito cuando hablamos de nuestros países en otras regiones. ¿por qué negarla después con grosería a los relatos ajenos? Atiéndase a la cualidad de los hechos que se cuentan, recuerde cada uno que la naturaleza es no sólo admirable, sino varia, y no porque las cosas contadas sean distintas de las que vemos han de despreciarse como necias historias de viejas. He aquí una no sólo extranjera, sino extraña, y sin embargo verdadera. El caimán es un animal ovíparo. Sus huevos son del tamaño lo menos de tres huevos de gallina. Su cáscara es un poco espesa, dura, alargada, y casi de la misma manera que la de los huevos de las gallinas.

Estos huevos se comen, especialmente por los negros.[1] Quise, puesto que son comunísimos en el Orinoco, probarlos yo también. Hallé repugnancia, no ya por los huevos, que no son ciertamente malos, sino por la madre de que proceden. Los caimanes ponen sus huevos en las playas del río. Los recubren con la arena, y al fermentar al calor por algún tiempo, son abiertos por las crías, las cuales son entonces del tamaño del dedo pulgar. Aunque pequeños, ya entonces indican su futura ferocidad, teniendo siempre abierta la boca. Su madre les hace de centinela, y está siempre atenta a la defensa de sus crías. Cuando crecen un poco se meten en el agua, y la siguen.

---

1 Nombre que los españoles dan a los esclavos traídos de Africa.

No desemejantes en la figura de los caimanes, pero con mucho más pequeñas, nada feroces, y carnívoras, son la bavillas.[1] Están también cubiertas de escamas, [93] pero no tan apretadas ni duras como las de los caimanes. Su color es negro, mezclado con amarillo oscuro. Se vuelven locos por esta serpiente todos los indios, pero especialmente los habitantes del interior. Quiso a toda costa hacérmelo probar Felipe Monaíti, cacique de los tamanacos, ponderándome el sabor, según él, de lo más exquisito. No llegué sin embargo más que a probarlo un poco, tanto por su semejanza con los caimanes, como también como porque no hallé el sabor tan encarecido. La carne es blanquísima, y condimentada a la europea, y sin haber visto al mónstruo, a más de uno le gustaría.

Nunca vi los huevos de la bavilla, los cuales acaso pone en las orillas de los arroyos. Los indios mismos no se cuidan de ellos, y no los llevan a las reducciones. En las aguas del Orinoco o no existen en absoluto, o son muy raras las bavillas, y los indios las matan siempre en los arroyos o en los pequeños ríos. Estos animales (y de ellos soy testimonio de oídas) de noche hacen una voz lamentable, que parece humana, y es precisamente aquella con que los llaman los tamanacos.

En las aguas del Orinoco, pero también mucho más en los lagos y ríos a él vecinos hay ciertos animales muy semejantes al perro.[2] En efecto los españoles los llaman perros de agua. Son del tamaño de un perro, y a su modo ladran también como los perros. Su pelaje es de color entre rojizo y negro; es suavísimo al tacto, y estimado universalmente por todos. He visto a menudo esta especie de nutrias en las rocas que sobresalen del río, o bien sumergidas hasta medio cuerpo en el agua. Pero nunca he conseguido ni por medio de los indios, ni por medio de los negros, tener, como deseaba, una piel. Todos me daban por excusa la ligereza [94] con que, en cuanto ven al cazador, se sumergen enseguida en el río.

Excepto las tortugas, de las que trataremos en los siguientes capítulos, hemos terminado con los anfibios. Mas por no omitir nada de los varios seres vivos del Orinoco, demos por fin una ojeada a otros que también son orinoquenses, pero que se ven raras veces.

---

1 Nombre indio adoptado por los españoles. En tamanaco se llaman *kivó*.

2 En tamanaco se llaman *charo*, en maipure *nevi*.

El tiburón, animal o pez ferocísimo, y que no menos que los caribitos busca la carne humana, es grandísimo, pero no es comestible. Se encuentran poquísimos en el Orinoco. En mi ausencia de la aldea uno fue pescado con anzuelo por don Simeón Sedeño en el escollo Aravacoto, y de la grasa que sacó hizo tanto aceite, que con él me proveyó en abundancia para la lámpara del Santísimo, que entonces carecía de aceite de tortuga, usado en aquellos lugares. El aceite del tiburón es de un hedor intolerable, y no podría usarse en una pequeña habitación donde más facilmente se recoge y condensa el humo fétido que despide abundantemente. Pero en un gran espacio, como son las iglesias, no se nota el mal olor.

Añado por fin que entre los sálivas y los negros no faltan personas que dicen haber visto cerca de la desembocadura del Paruasi sentados en los escollos ciertos animales semejantes a hombres. Si esto es verdad podríamos llamarlos sirenas. Pero yo no puedo aducir sino débiles y poco veraces testimonios. Más creíble parece el cuento de otro animal, que está apoyado en el decir de muchos indios y de los españoles cabrutenses que lo vieron.

Me fue referido que una mañana al hacerse de día se vio, los años pasados, pasar por el Orinoco delante de Cabruta un animal de tan disforme mole, que parecía una pequeña casa. Dicen que estaba la mitad [95] dentro y la mitad fuera del agua, y que del alto Orinoco volvía al mar, de donde se creía venido. Se dijeron entonces cosas admirables sobre los seres vivos en las aguas del Orinoco, sobre su variedad y sobre sus extrañas figuras. Yo no presento más que cosas o vistas por mí o bien oídas a personas tales que, procediendo honradamente, no se pueden rechazar.

Capítulo V

De las tortugas del Orinoco.

La comida más grata, tanto para lo orinoquenses, como para los habitantes españoles, son las tortugas. Y henos aquí de acuerdo con el P. Gumilla, el cual tan maravillosas cosas escribió de ellas.[1] Las especies de las tortugas son varias, y si no damos de ellas una

1 *Hist. de l'Orenoque*, tomo II, cap. 22.

clara explicación, los lectores incurrirán en equivocaciones considerables. Yo, pues, para aclarar esta materia, poco conocida, dejando ahora las terrestres, divido las tortugas fluviales en dos clases. Unas se llaman terecayas, y no son desemejantes más que en la pequeñez de su tamaño, en la forma de los huevos y en alguna otra cosa poco notable de las tortugas mayores. Otras se comprenden bajo el nombre de tortugas[1] y son de una mole maravillosa. Hablaremos primero de las terecayas.

Las terecayas son de la altura de las nuestras más grandes, pero más aplastadas y de tamaño como de cuatro o cinco de ellas. Sus huevos son del tamaño de dos de paloma, de cáscara alargada, durita y blanca, de un sabor estimadísimo. Pocos se encuentran [96] a quienes no les guste estos huevos. Comienzan a poner en diciembre o bien en enero, y en sus cestas los orinoquenses sacan en abundancia de ellos, en el Orinoco y en los ríos que desembocan en él. También es observable una tercera especie de tortuga más pequeña, de caparazón áspera y deforme, llamada matamata. No se come comunmente, sino sólo por los indios, y la figura de la caparazón no es convexa como en las otras tortugas, sino plana.

Las tortugas mayores, objeto más digno de atención, son de un tamaño apenas creíble para quien no ha puesto el pie fuera de nuestra Italia. No puedo de manera más clara explicarlas que diciendo que su peso es al menos de cincuenta o sesenta libras españolas. Este enorme tamaño no es sino sólo de las hembras, pues entre las tortugas del Orinoco, al contrario de otros muchos animales, el macho es muy pequeño y no excede de seis libras. He visto varios en tantos años, pero son rarísimos, y se pretende allí que cada nido no tiene más que un solo macho. Es acaso diversa la cáscara del huevo de que nacen los machos, pero nunca hice ninguna observación. Los indios comen sólo hembras, y yo creo que nunca he comido machos. La caparazón de la tortuga es plana por abajo y convexa por arriba, como acaece comunmente en las otras especies. La carne es universalmente estimada, y bien condimentada se asemeja, como a muchos les parece, a la carne de los más sabrosos corderos capones.

No se guisa de modo común ni se come sino condimentada a la orinoquense, es decir, a la bárbara. Sin embargo aquellos sal-

---

1 En tamanaco *peye*, en maipure *arrau*, en tomaco *akkea*.

vajes han inventado modos para hacerla sabrosa. Separan así con la carne adherida la cáscara plana de debajo y la cortan [97] sobre la misma cáscara a manera de picadillo. La condimentan, además de con sal, con pimientos, y mezclan briznas de cazabe, míseros estímulos de su paladar. Para darle después el guiso justo ponen la caparazón sobre tres piedras, que hacen las veces de un trípode, y hacen fuego lento debajo. Esta carne picada de la manera susodicha es de un sabor entre el hervido y el asado, y no es desagradable si se cuenta con el gusto común de aquellos países.[1]

En mi relato se ve reducido a cacharro de cocina y recipiente de viandas un caparazón. Pero la cocción no se hace más que en ollas o de barro o de hierro, y es muy sabrosa. Pero es muy agradable el mondongo de esta tortuga, que se guisa y cocina al modo de callos de vaca o de otro animal. De la caparazón superior, que separada bien la carne es bastante capaz por dentro, y muy blanca, se sirven los orinoquenses para guardar sus pobres cosas, para lavar sus trapos, y para rallar encima la yuca, raíz de que hacen su pan. De tamaño bastante mayor, pero semejante a las del Orinoco son las tortugas de mar, de las que se cuentan las mismas cosas que de las del Orinoco. Las he comido en la Guaira[2] y son de sabor más agradable. Pero pasemos a la multitud de las tortugas orinoquenses, que puede deducirse de varias cosas que voy a decir.

I. – Sin notarse ninguna disminución de ellas, se comen continuamente por los españoles y por los indios. Como la tortuga es una comida que se conserva viva y sin gasto fuera del agua, de las apresadas en las playas o de las heridas con flechas pero no mor [98] talmente, se llevan muchas decenas a las reducciones. Da a veces compasión ver lo mal que son tratadas y que se aprecien en nada por aquellos bárbaros. En tiempo de la puesta de huevos, cuando toda la playa está llena de tortugas, una vez tomadas las que quieren, a otras les dan la vuelta, por bárbaro juego, y patas arriba, inhábiles comunmente para volverse, las dejan para presa de los tigres y de los pájaros voraces.

II. – Y he aquí otras cosas de donde se ve mejor la multitud de las tortugas. Pensemos en la época en que ponen los huevos.

---

1 Esta especie de comida se llama *carapacho*.

2 Puerto de Caracas.

A fines de febrero o comienzos de marzo, en el río a lo largo de la orilla, pero aún dentro del agua, comienza a verse una turba inmensa de tortugas. Pero entonces no se ve sino lo que podríamos decir la cabeza de ellas, y están las unas juntas a las otras, que se diría que toda la orilla está sembrada de cabezas. ¿Y qué es lo que hacen con sólo la cabeza a la vista, mirando hacia fuera del agua?

Están a punto de poner los huevos, y temerosas de encontrar gente que pase y se los robe, están esperando y como de centinela en la forma indicada. En aquellos días son tan fáciles de asustar ante cualquier ruido que oigan, que fácilmente mudan de orilla en que solían hacer sus nidos. Por eso los dueños de las playas ponen a alguien que cuando ve a los lejos una barca dé a los pasajeros el aviso de las tortugas que están allí, para que a fin de no espantarlas dirijan su curso o por el medio del río o por la orilla opuesta.

Pasados así algunos días, unas primero y otras después, comienzan a hacer sus nidos. Un animal, como la tortuga, timidísimo, luego no tiene miedo, cuando le aumentan los dolores del parto, de poner los huevos en presencia de nadie. En la playa amplísima que está más abajo de Uruana [99] vi una tarde con mis propios ojos tanta multitud de tortugas, las unas cavando con sus patas la arena, otras poniendo huevos, que quedé sumamente maravillado. Entonces no sólo se les puede poner el pie en su dorso, sino que se puede uno sentar como en un escabel. No se dan cuenta siquiera.

Pero, lo que nos interesa ahora, vi tanta multitud, que parecía la gran playa toda llena de tortugas. Pasé por encima o por entre ellas con increíble gusto, y no dudo asegurar que había muchos miles. No es esta la sola playa donde ponen huevos. Es también célebre la de Curucuruparu, de Apure, Caicara, Cuchivero, y otras que son vecinas a las aldeas de los caribes. Es sin embargo notable que más arriba de Mapara,[1] acaso por la impetuosa corriente de aquel raudal, no hay tortugas, y aquellos indios no conocen más que a las terecayas.

Los maipures, venidos del alto Orinoco, no acostumbrados a las tortugas, y por eso más deseosos y golosos que los otros del nuevo alimento, en estos tiempos hacían verdaderamente un gran

1 Raudal de Atures.

estrago. En realidad entonces, como adelgazadas y algunas parturientas y otras muy próximas al parto, no son salubres las tortugas. Pero aquellos bárbaros no se fijan en nada, y ni las enfermedades que les sobrevienen en aquellos días son motivo bastante para que al año siguiente hagan un uso más moderado. Vuelven a la comida preferida con aquella ansiedad con que volvería un muchacho, que no busca al alimentarse otra cosa que su gusto.

III. – La otra cosa por la que se puede y debe entender la casi increíble multitud de aquellas tortugas es el uso, o por hablar justamente, el abuso que se hace [100] de sus crías. Dejemos ahora el aceite que hacen de los huevos frescos, y consideremos sólo aquellos huevos que enterrados en las playas llegan felizmente a abrirse. Después de pocos días de fermentación, originada en partes por los contínuos calores, y en parte de una ligera lluvia que sobreviene periódicamente en aquella época y se llama por eso aguacero de las tortugas,[1] saben los indios que es llegado el tiempo de satisfacer su golosina. Parten de las aldeas cargados de ciertos canastillos hechos de hojas de palma llamados por ellos *mappíri* y *paccare*, se meten con las mujeres y los hijos en barca, y acompañados de muchas otras canoas, llenas también de gente, se trasladan en son de fiesta a las playas.

Allí, al sol, como hacen los otomacos, más duros y con menos cuidado de sí mismos, o bajo algún árbol a la sombra (como suelen los maipures y los tamanacos, más civilizados y menos avezados a semejantes fatigas y pruebas), atan los primeros a palos que plantan en tierra, y los segundos a los árboles bajo los que están, sus redes y hamacas. Mientras, repartidos los trabajos, las mujeres hacen con leña que buscan el fuego, los hombres y los chicos van a buscar por toda la playa tortugas pequeñas. Pero ¿cómo conocerlas, siendo igual y casi una la superficie de la playa, y cómo saber dónde están? Andan por encima, y donde con los pies y con los palos que llevan en la mano sienten la tierra más blanda y menos resistente al pie, excavan, seguros de hallar dentro la presa deseada. Sacan la arena que la tortuga madre ha puesto, y con poquísima fatiga dan con las crías.

Es un gusto para quien las excava, como me sucedió [101] algunas veces también a mí, verlas salir, quitado el estorbo de la

---

1 En tamanaco *peye-canepóri*.

arena, todas alegres y vivaces. Hace falta ligereza de mano para cogerlas. Si se las deja por algún tiempo, por breve que sea, desaparecen enseguida, y dirigen al río, como a punto cierto, su curso. Me he dado no raras veces el gusto de soltar, todavía a gran distancia del río, a alguna, pero con la cabeza dirigida a la parte opuesta, y con grata sorpresa he visto que daba la vuelta enseguida y huía presurosa para meterse en el río. Tanto puede el instinto de naturaleza incluso en estos animalejos a su primera salida a la luz. Pero volvamos a lo nuestro.

Cada nido (y hay muchisimos) contiene un gran número de tortugas pequeñas. Pudiendo los huevos perderse por muchas causas, y siendo creíble que las tortugas pongan unas más y otras menos, no quiero sentar una afirmación que parezca más admirable que verdadera. Pero si por el número de los huevos puede deducirse también el de las crías que los abren, puedo afirmar verazmente que yo, haviendo mis remeros cogido una vez una hermosísima tortuga cerca de Buenavista, encontré dentro hasta ciento veinte huevos. Ordinariamente no sobrepasan sesenta (Nota IX).

Volvamos a la ranchería, esto es, el lugar donde hemos dejado a las mujeres buscando leña y haciendo el fuego. Los hombres, que habiendo vuelto con los canastillos llenos de tortugas se ponen enseguida a reposar en las redes, se las entregan enseguida a las mujeres, y en poquísimo tiempo, unas cociéndolas, sin siquiera limpiarlas ni quitarles las entrañas, otras friéndolas en aceite, preparan a los cansados maridos, para sí y la familia, una buena comida. He dicho buena, porque tal me ha parecido muchas [102] veces, no sólo por lo tiernas que están estas tortugas, que se comen con su cáscara, que es también tierna y sabrosa, sino porque tanto hervidas como fritas, las he oído alabar comunmente a todos, y a todos les gustan.

Deberían, ciertamente, si hubiera entre bárbaros economía, salvaguardarse estos pobres animalitos. Pero tanto por la facilidad con que se encuentran, como por el sabor no vulgar, no se hacen allá tantas reflexiones. Las mías no son más que históricas, y es fácil por lo dicho deducir con evidencia el prodigioso número que contiene el Orinoco de grandes tortugas. Añádase al daño, diríamos, estival y que se hace en los tiempos de sequía, el que se hace también en invierno. Descargadas de los huevos, y vuelto al río a su lecho natural, engordan (no sé si con peces pequeños o con frutas

que caen de los árboles) las tortugas de maravilloso modo. Entonces son más sabrosas que nunca, y los indios las buscan y matan con flechas.

No les basta a las infelices ser buscadas por los hombres. Acuden a ellas, como a alimento de común jurisdiccion, las mismas fieras. De día, si lo consiguen, o por lo menos de noche, se apresuran a ir los tigres, tanto para excavar los huevos como para comerse las crías. En increíble después la inmensa cantidad que acude, de urracas y de varias clases de pájaros. Diré acaso, según juzguen los lectores, una hipérbole, pero soy de parecer, con otras personas tratadas por mí allá, que si no se hiciera tanto estrago por fieras y por hombres en las tortugas, apenas sería en algunas partes del río navegable por la multitud de ellas.

Se infiere, según me parece, de lo dicho, si bien lo advierto al fin más claramente, que las tortugas no ponen los huevos más que una vez al año. Los huevos, llegados a la perfección, son de la manera que [103] he dicho. Los que quedan, digásmoslo así, para el año o los años por venir son pequeños, sin membrana y de tamaño variado, como los de gallina. Estos huevos son muy agradables, y se encuentran en abundancia en las tortugas que se matan en invierno. Las tortugas son insanas y delgadas cuando están cerca del parto, buenas en los demás tiempos, pero cuando mejores y más gruesas en los de lluvia. Su grasa se funde fácilmente en sartenes, se conserva líquida, y puede considerarse una especie de aceite.

Capítulo VI

Del aceite que se extrae de los huevos de las tortugas.

Hénos aquí en un punto de la historia que cuanto es de agradable para los orinoquenses, es de exterminio para las tortugas. Nos parece, y también parece en América, que apenas se puede estar sin aceite. Es necesaria alguna luz de noche, es necesario algún condimento para los alimentos. Donde no hay olivos, ni puede haberlos por el calor del clima, Dios, que tiene providente cuidado de los hombres, ha puesto y ha producido por todas partes

cosas que lo suplan. En el Orinoco hacen las veces de los olivares las playas que se llenan cada año de los huevos de tortugas. He aquí el modo.

Enseguida que han puesto en las playas sus huevos las tortugas, y ya por ninguna parte aparecen más por la tarde, con una alternativa centinela de pocos indios para guardarlas, se emprende un casi común trabajo para excavar los huevos. Digo para excavarlos, no ya porque yo no sepa que no todos requieren de igual fatiga para sacarlos de la arena, sino para usar un término [104] adecuado a la materia y menos oscuro para los que están lejos. Por lo demás, de los huevos de las tortugas, unos están enterrados profundamente, otros en la superficie.

Si la tortuga tiene tiempo suficiente para su trabajo, y los dolores menos urgentes del parto o sus apresuradas compañeras sufren dilación, con las patas traseras excava una fosa de palmo y medio más o menos, pone allí los huevos, y los recubre cuidadosamente con arena. Estos huevos, según parece, quedan ordinariamente intactos, y sin aquellos de donde después nacen las tortugas Pero otros huevos, por la razón opuesta, son recubiertos superficialmente, y se sobreponen los unos a los otros en desorden. Estos son innumerables, y la abundancia misma, unida a la facilidad de excavarlos, atrae a los indios, los cuales acuden en grupos copiosísimos.

Los otomacos especialmente dejan en aquel tiempo casi todas sus cabañas, y con fiesta y danzas toda la nación se embarca y se traslada a la playa que está tres millas más abajo de Uruana. Allí, el trabajo en primer lugar, común a varones y hembras, es excavar los huevos. Si me preguntan después por su forma, diré que estos huevos son blancos, perfectamente redondos, cubiertos de gruesa membrana, y del tamaño de una bola de jugar al truco. Los indios son aficionadísimos a ellos. Pero cuántos rompen, o por capricho, o por juego, o por negligencia y descuido. De todas partes los traen en sus cestas, hacen montones prodigiosos, y acabados todos, o casi todos los huevos (porque siempre quedan muchos), se disponen los prácticos a la elaboración del aceite.

En las barcas en que vienen, y que, una vez llegados a la playa, sacan a la orilla, cascan los huevos que les alargan a porfía los chicos y las mujeres. Mas antes de cascarlos es necesario poner en las barcas [105] agua y llenarlas casi hasta el borde. Rotos los huevos en el agua, se va al fondo su yema, y sube arriba y nada

en la superficie del agua la parte más ligera de ellos. A esta parte ligera puede dársele el nombre de manteca líquida, o bien de aceite. Pero este último nombre, como se verá por mi relato, quizá le cuadra mejor.[1]

Flotando de la manera que he dicho este aceite, cógese con cucharones hechos de calabaza, y se pone en ciertas grandísimas ollas que hacen las mujeres otomacas. Es cuidado después, y tarea particular de estas mismas (porque crudo no se conservaría largamente), cocerlo con calma. Lo cuecen en efecto unos a una parte y otros a otra de la playa, unos para sí y para la provisión del año, y otros para vender, y contra su costumbre lo cuecen con diligencia y con prisa, porque con temor de las lluvias vecinas, que vuelven a empezar hacia fines de abril o comienzos de mayo, si algo cedieran a su pereza natural, perderían sin duda su trabajo.

No se pierde la labor del aceite, pero resulta más tarde y menos bien bajo cielo cubierto de nubes. Los ardientes rayos del sol son más a propósito. Ponen en movimiento la masa de los huevos rotos, separan de ella las partículas oleosas, que se ven en la superficie del agua a modo de gotas.

Quien quiere que este aceite salga bien y a tiempo, dirige la operación por sí, y se está en la playa hasta que haya terminado de cocer. Así hacían en mi tiempo los españoles que de la Guayana y de otros lugares venían a hacerlo con los otomacos y otros indios, y se lo lleva [106] ban en barca para comerciar con ello, o para sus necesidades en las respectivas aldeas.

Después de cocido, los españoles lo ponen en tinajas, y los habitantes del Orinoco en *taparos*, esto es, en ciertas calabazas que se encuentran en abundancia allá y que bien vaciadas son un recipiente para aquellos países no menos a propósito que las mejores tinajas. Si no se cuece el aceite de tortuga en debida forma, fácilmente toma color y se estropea. Mas además de una buena cocción, es necesario ponerle sal, echando una dosis adecuada para cada tinaja o *tapáro*. Si se toma este cuidado, es posible que dure bueno y saludable todo un año. Después de pasar este, aún es excelente, aunque racio, para las luces de la casa o de la iglesia; y fresco o viejo arde tan bien, que me parecía y me parece aún no diferente para este uso del aceite nuestro.

---

1 Los españoles lo llaman manteca de tortuga. En maip. *timí;* en tam. *carapá.*

Si se echa en un vaso, por el color y demás señales, se tomaría por los menos prácticos por aceite de oliva. Una vez a un español que vivía en los llanos de Caracas le hizo un regalo de este aceite el P. Rotella, y le pareció tan bueno que lo tomó por aceite de oliva, y sin darse cuenta, condimentó con él y comió una ensalada, que le pareció sabrosísima. Dio después a Rotella por el imaginado aceite cumplidísimas gracias, nueva que habiéndose esparcido enseguida entre los misioneros dio ocasión a muchos de probarlo.

Deseoso de tomar un alimento tan agradable para mí, como raro en aquellos países por falta de aceite, hice la prueba también yo. Pero si el deseo del desacostumbrado alimento me hizo tragar un poco, su grosura, sensible a quien lo come sabiéndolo, no me permitió seguir adelante.

[107] Es excelente por lo demás el aceite de tortuga, y quien se pica allá de médico lo reputa siempre salubre. Con él fríen huevos y todo lo demás que se quiere. Para los condimentos de vigilia, digamos fríjoles y otras legumbres, es buenísimo. Pero el mayor uso que de él se hace es para dar luz. No menos por la noche en casa, que de día y de noche delante del Santísimo Sacramento adopté constantemente este aceite. Un centenar de frascos (esta es la medida del Orinoco) basta comunmente para los usos de casa y de iglesia. Los neófitos lo suelen hacer para la lámpara del Santísimo. Para la casa se compra, y el precio de un frasco no es sino de sólo un real.[1] Los que hacen acopio y lo llevan después a la Guayana, a la isla de Trinidad y a otras partes, lo revenden por cierto más caro, y si no me equivoco, en aquellos lugares el precio de este aceite son cuatro reales el frasco.

¿Cuál es la comida de los indios mientras excavan los huevos? Ya debemos suponerlos a la orilla de un río muy rico en peces, y por consecuencia en condiciones de comer cuanto pescado quieren. Pero prescíndase de esto, que puede ocasionarles fatiga. Los restos de los huevos, que después de quitarles el aceite son tirados por los indios a la orilla, atraen gran cantidad de sardas, de caribitos y de otros peces pequeños, golosos de esta comida. Los sacan hacia sí con anzuelo, los pescan tranquilamente a flechazos, y los comen. Por las tardes, con la oscuridad, aparecen tortugas retrasadas a poner huevos. He aquí otra comida agradabilísima para muchos

1 Moneda española de plata, equivalente a un *paolo*.

indios. Los otomacos, que a menudo las comen gordas, las rehusan comunmente, delgadas como están entonces. Pero caen con infinita gula sobre los huevos. Los comen cocidos.

¿Son éstos buenos? Los indios todos, y algunos euro [108] peos los estiman bastante. Pero no merecen tantas alabanzas cuando están frescos. Su yema es granulosa, y su clara, que por mucho que se cueza no se cuaja, es refrescante. Algunos no chupan más que ésta, y les gusta perdidamente. Los fabricantes de aceite, además del susodicho alimento de los huevos, disecan otros al sol, sobre zarzos, después de una ligera cocción. Hacen comercio de estos huevos secos con otros indios, y los conservan en cestas de palma mucho tiempo para las necesidades diarias. Si puede tomarse en cuenta lo que me agradó en tiempo de hambre en aquellos lugares, son muy sabrosos, mantecosos, y estimados universalmente.

Capítulo VII

De las aves del Orinoco.

Pasando de los peces a las aves, no comprenderé en este capítulo sino aquellas que se ven por los navegantes en las orillas del Orinoco, o en las selvas vecinas al río. En los tiempos lluviosos, o si queremos decirlo a la americana, en invierno, no se ven más que las cotudas, de que hemos hablado más arriba, las raras y los paujíes. Digamos algo de las segundas, puesto que ya hemos hablado de las primeras.

Ahora son conocidísima de los italianos las raras, pero no es acaso conocido el país de donde se traen particularmente, ni sus variedades. El Orinoco, entre las comarcas americanas, es el lugar donde se encuentran en más número y más hermosas. Es verdaderamente un gozo verlas en los árboles que están a la orilla y en los prados vecinos al Orinoco, cuántas están allí graznando al retorno de las lluvias, y volando de rama en rama. Su alimento, en lo que pude observar, son ciertas pequeñas frutas que les su- [109] ministra una especie de árboles que los tamanacos llaman *cratakichí*. Deseosas de esta fruta, cuyo tiempo comienza hacia

fines de abril, se acumulan en tanta abundancia a comer de ella las raras, que aun el más torpe podría matar muchas, pero la pereza o del descuido de los indios hace que ellas coman y canten y se diviertan impunemente.

Bastante pocas, y sólo por deseo de hacer de sus hermosísimas plumas penachos para adornar su cabeza, matan los indios. El sabor de las raras no es desagradable, pero son de carne bastante dura. Manidas, y dejadas para este fin sin pelar una noche, no son desemejantes de nuestras gallinas. Los orinoquenses las cogen en los nidos y las crían en sus casas. Aprenden alguna palabra, pero con esfuerzo, y no tan bien como los papagayos. Creo que es del Orinoco, o bien de otra parte que se asemeje a los orinoquenses en el habla, de donde fueron por primera vez llevadas a Italia las raras, ya que allá los tamanacos, los caribes y otros muchos indios, que en ellas comercian con los franceses y otros europeos las llaman *ara*. Los españoles, con voz tomada de los peruanos, las llaman guacamayas.[1]

Pero pasemos a las variedades. Existen estas, que como en nuestros días es bien sabido, son de plumas unas rojas y otras turquí. La segunda especie es de tamaño más pequeño, y de la grandeza de un pollo. Su nombre en tamanaco es *urutú*, y son todas turquí. La tercera finalmente son otras, llamadas por los tamanacos *cacacá*, y como en el nombre en el resto poco apreciables. Son verdes. Cualquiera que sea la especie, todas son comestibles y buenas, manidas por un poco de tiempo.

Estimables no por el nombre, que es ciertamente bárbaro, [110] sino por su carne, son los paujíes. Su tamaño es como el de una buena gallina; son de buen sabor, y de color negro. Pero los paujíes[2] son varios, y no todos de las mismas hechuras y figura. Los más comunes, de los cuales abundan las selvas vecinas al

---

1 *Guacamaya*, voz de la lengua de los incas. [Aunque la palabra figura en los diccionarios quechuas, parece que el origen de esta voz es antillano, y así lo sostienen concordes las autoridades más seguras; alcanzó general difusión en toda la antigua América española, aunque más en la forma *guacamayo;* la forma en *-a*, usada por Herrera, Acosta y Garcilaso, se conserva en Colombia por ejemplo].

[En cuanto a la palabra *rara*, que no aparece en los diccionarios ni italianos ni españoles ni de americanismos, la dejamos como va en el original].

2 En maip. *suvitá*.

Orinoco, se llaman *unepotirí*, y éstos son del color y del tamaño que he dicho. Otros que ví en las orillas del Auvana, son grandes y negros como los *unepotirí*, pero de un negro más resplandeciente y más hermosos.

El distintivo más particular de los paujíes del Auvana son ciertas plumitas rizadas que a modo de moño o de cresta tienen en la cabeza. Esta cresta, si queremos llamarla así, es bellísima, y los europeos más civilizados, separándola junto con la piel de la cabeza del paují, y agujereándola en medio, se sirven de ella allí para lazo de los cabellos. Séame permitido salir por poco tiempo de los límites que me he señalado, y hablar de una tercera especie de estos pájaros que vi en la Guaira. Esta en la cabeza, en vez de cresta o rizo, tiene un hueso de color castaño: es muy alabada y muy sabrosa. Dios sabe, andando por las selvas, cuántas otras especies haya en América. No he conocido en el Orinoco, que yo me acuerde, cosa más agradable que el paují que para entendernos llamarenos del lazo. Su carne es blanquísima, tierna y propia para las mesas más lujosas.[1]

Las orillas del Orinoco, pero más especialmente los lagos, y los lugares encharcados a él próximos, abundan de ánades y de patos. Los más hermosos y más grandes son unos que los españoles llaman patos reales, y los tamanacos *creponó*. En el color, pero no ciertamente en su tamaño, que es mayor, son muy semejantes a los nuestros; pero [111] como habitan casi siempre en las aguas, saben demasiado a pescado, y son por eso menos agradables. Los ánades, llamadas por los tamanacos *uananá* tienen la carne mejor, y creo que puede ser causa de ello la larga morada que, en gran multitud, hacen en lugares húmedos que acaba de abandonar el río, o también los muchos insectos que comen.

Pasemos a los pájaros de verano. En los tiempos secos, y cuando habiéndose retirado el río, son grandes y secas las playas, se ven muchos lugares llenos de pájaros blancos. Llamémoslos picazas. Las he comido y no son de mal sabor. El rey, digámoslo así, de las picazas, es cierto ave, blanca también, llamada por los españoles el soldado, y creo que el nombre le conviene muy bien, tanto por el tamaño y altura de sus patas, como porque caminando despacio, pausado y como a compás, parece la marcha de los soldados.

---

1 Estos paujíes se llaman en español paujíes de copete.

Creo que el soldado pesará una treintena o cuarentena de libras, y si allá se tomara eso en cuenta, no es desagradable al gusto. Su largo cuello, no menos que la cabeza, está recubierto de una piel negra, de la cual (separándola, y rellenándola de paja para disecarla) se hace una bolsa lindísima para guardar el tabaco de fumar. Es por sí misma un poco áspera, pero sobada con calma con las manos, se vuelve suavísima.

Pero ¿dónde me dejo yo a los guanavanares,[1] pájaros hermosos y alegres y de sabor gratísimo? De estos la carne, los huevos y todo es buenísimo. Podrían llamarse los pichones del Orinoco. En el invierno no se [112] ven sino muy raramente, ni sabría decir adónde van. Pero en cuanto al bajar el río se descubren las playas, al modo de las golondrinas y otros pájaros en Italia, vuelven a los lugares favoritos. Revolotean primero por el río y por la playa, y sobre la cabeza misma de los navegantes, y dan casi señal de que ha vuelto el buen tiempo. En el mes siguiente a enero hacen en la arena y en diversas partes de las playas sus nidos. No los hacen éstos, como suelen los otros pájaros, con cuidado, sino que escavan ligeramente la arena, y allí deja cada uno de ellos dos huevos.

Llegamos al primer uso que se hace de estas palomas orinoquenses, porque de la misma manera que dije de las tortugas, enseguida van, cuando saben su tiempo, los indios en busca de estos huevos. Los huevos de las tortugas no son fáciles de condensar y unir en fritadas. Pero de los huevos de los guanavanares se puede hacer, y se hace en efecto, el uso que hacemos de los huevos de gallina. Son buenos, pero es un alimento, puedo decir, ligero y de poca sustancia.

Sabrosísimas, gordas, y del sabor de los pichones mejores, son sus crías. Todos, españoles e indios, son golosísimos de ellas, y no sin razón, porque estimo que en manos de nuestros cocineros harían uno de los manjares más delicados. En el Orinoco, mirando a la rudeza y la poca experiencia de aquellos habitantes, se comen ordinariamente de cualquier modo.

---

1 En español guananas o patos carreteros.

[113]

Capítulo VIII

De los árboles del Orinoco.

Hablemos sólo de aquellos que están en la orilla, o en los lugares que se inundan en los tiempos lluviosos. De los otros que están en seco, o en los países más alejados del Orinoco, hablaremos en su lugar. No hay aquí, ni en las otras partes que he recorrido de América, árbol ninguno que se parezca a los nuestros: no hay encinas, ni olmos, ni fresnos, ni otros de que abunda en diversas partes Italia.

Sé que de ésto se asombran algunos, y se maravillan más de lo debido, a quienes son poco conocidos los países extranjeros. Podrían sin embargo estos tales reflexionar que si aquí no nace por todas partes el enebro, ni todo lugar cría vides y olivos, y un fruto se encuentra en un país y otro en otro, no produciendo todo, como dice el poeta,[1] toda tierra, podrían, digo, reflexionar, que ésto debe ocurrir mucho más en el Orinoco, que estando no lejos de la línea equinoccial, está situado en zona distinta de la nuestra. Los árboles de nuestra zona no se deben buscar en el Orinoco, país situado bajo la tórrida, sino en la templada austral, semejante a ésta que habitamos. Pero hablemos ya de los árboles del Orinoco.

Son todos, como he dicho, del todo diversos de los nuestros, pero por lo demás no muy estimables, principalmente en aquella parte que del Cuchivero al Tipapu me fue dado ver y observar con más atención y más calma. He aquí los más célebres. El cedro (Nota X), tan abundante en otras partes, y madera casi ordinaria [114] en América, no existe en el Orinoco. Hay, es cierto, no muy distinta, otra especie de calidad bastante inferior, que se llama cedro dulce,[2] y es también bueno para mesas y para otros usos de casa. El verdadero cedro se ve también, y en los tiempos lluviosos bastante a menudo es traído por las riadas. Estos cedros vienen del Meta, o bien del Apure, ríos en cuyas orillas se encuentran. Viéndolos a lo lejos bajar, como naves, llevados todos

---

1 Virgilio. [El autor se refiere sin duda al verso: *Nec vero terrae ferre omnes omnia possunt*, de las *Geórgicas* II 109].

2 En tam. *cheuorí*.

enteros con las raíces y con ramas, los orinoquenses los sacan con cuerdas a cualquier ensenada para trabajarlos y hacer canoas.

Arbol propio del Orinoco, y del cual hay en abundancia más arriba de Uruana, es el salsafrías, conocido no menos por los varios usos que de él hacen los carpinteros, que por los que hacen de él los médicos. Es de olor demasiado penetrante y poco agradable. De olor más agradable y de color amarillento es cierto árbol que se halla en Arachuna, y en otras partes, y llamado *uappáru-uarayó* por los tamanacos.[1] De éste se hacen los bancos, las cuadernas, y todo el trabajo interior de un barco de los españoles. Podría también servir para hacer mesitas y otras cosas, pero sobre el agua no sirve, y es por eso inútil hacer de él canoas, para las cuales, como hemos dicho antes, es excelente el salsafrías, el cedro, o también el *maría*, árboles igualmente de las orillas.

Tampoco se conserva en la humedad, pero es bueno para varios usos cierto árbol fluvial que se llama lechero. Es recto, de color blanco por dentro, y casi una especie de álamo blanco. Su corteza es negra y áspera, y por incisión mana un licor lácteo al que debe su nombre. Hablemos también de la casia [115] orinoquense,[2] pues de la que se encuentra en los lugares secos hablaremos después. La fluvial, llamémosla así, son árboles de la altura de nogales. Su fruto es aplastado, de casi dos palmos de largo, de color entre el negro y el rojizo, y lleno todo por dentro de jugosa carne. No es ésta la mejor casia, si bien en aquellos países la comen los indios, pero hacen poco caso de ella los españoles.

De los árboles cuya fruta es digna de estima hay poquísimos en las orillas del Orinoco. El *uarúcre*, llamado por los españoles *merecúre* es uno de los más estimables. Su altura es mediana, pero se divide en muchas ramas. Las hojas son de un verde ceniciento, y agudas. El fruto es largo, aplastado y de color semejante a verde tirando a ceniciento. La corteza es dura, pero la pulpa, que está unida a un gordo hueso, es tierna, granulosa, de color amarillo, y muy estimada de los indios. Si se quiere plantar este árbol, crece fácilmente, y en poco tiempo, también en los prados, y como por sus muchas ramas es sobremanera frondoso, hace una forma muy hermosa.

---

1 En esp. laurel, por su semejanza con éste.

2 En esp. *cañafístola*.

Abundan a poca distancia de la orilla, pero son poco apreciables, las *tucurías*,[1] frutos amarillos también, pero muy insípidos. Son dañinos, y ocasionan al que las toma fiebre, ciertas ciruelas amarillas, llamadas *mepe* por los tamanacos.[2] Las hojas del árbol mepe, destrozadas un poco con los dedos, son de un olor muy maravilloso. Se percibe a gran distancia el olor de sus frutos. Pero no se toma en cuenta esta engañosa fragancia. Es sabroso y refrigerante el fruto de la granadilla,[3] que se enreda [116] a los árboles palustres y allí se desarrolla muy fácilmente (Nota XI).

Se estiman mucho ciertas pequeñas serbas que se producen en abundancia en las islas. Pero a decir verdad, estas y otras frutas silvestres del Orinoco, si quitamos el hambre, que nada rehusa, son universalmente malas. Un solo fruto, que produce cierto arbusto, llamado por los maipures *uarré*, de que hay abundancia en los tiempos lluviosos en las orillas del Auvana, es salubre y de sabor muy semejante a las almendras. Tampoco es desemejante en el tamaño, ni en la dureza de la cáscara.

De un tamaño al menos de dos libras, y de un gusto superior quizá a las almendras es cierto fruto que se encuentra en las aldeas de los guaipunaves. La corteza exterior, que se parece a la del coco, es tan dura, que hace falta una hacha para romperla. Pero lo merece la médula, dividida en tres ricos gajos bien grandes. He comido esta fruta sólo una vez en Cabruta, cuando fue llevada allí por soldados de la Real Expedición de Límites. Estos son los principales frutos que viajando por el Orinoco pueden comer los viajeros y que son de algún remedio para el hambre.

Pero se me podría al fin preguntar por mis lectores acerca de las hierbas de este río, y teniendo yo que tratar en otra parte de las que se hallan en los países interiores, no parece bien dejar de decir algo de éstas. Ya debemos suponer que en las playas, comunmente estériles y arenosas (aunque haya allí arbustos semejantes al sauce), no se producen muchas hierbas. Pero se encuentran en aquellas partes donde el río en invierno, por la corriente menos rápida que lleva, deja la tierra grasienta que arrastra. Allí, una vez que se ha retirado, conforme a su costumbre, el río, nacen muchas

---

1 Es voz tamanaca.

2 En esp. *jovos*, en maip. *kiléte*.

3 En avaricoto *percha*.

hierbas, las cuales duran [117] alegres y frescas gran parte de los tiempos veraniegos. Sería aburrido a mis lectores si las citara todas. Revisemos las más célebres.

La hierba de que se alimenta el manatí[1] crece a la altura de media vara; es de un verde hermosísimo, tierna, y muy semejante a la del arroz. La altamisa tiene el tallo alto, las hojas recortadas y no desemejantes de las del ajenjo. Esta hierba, según creen muchos, tiene alguna virtud singular. Pero son allí raros los ojos que penetren la naturaleza de los vegetales. Un extranjero que buscaba simples conocí yo que estaba empeñado en que en aquellas playas hubiera el díctamo real, como él decía. Lo buscó, pero que yo sepa, no supo encontrarlo. Los pasajeros comunmente no ponen la vista más que en las hierbas buenas para comer. De esta clase es el bledo silvestre. Crece allí a maravillosa altura, y sus hojas son muy buscadas para hacer de ellas ensaladas cocidas. (Nota XII).

1 En esp. gamelote.

LIBRO TERCERO

De los países interiores del Orinoco

[118] LIBRO TERCERO

De los países interiores del Orinoco

Capítulo I

Estado del país del interior,
y descubrimientos allí hechos hasta el año 1767.

Hemos hablado, viajando ora hacia arriba, ora hacia abajo, notando un poco a la izquierda y un poco a la derecha del Orinoco, enumerando los peces y los animales, hemos hablado, digo, bastante de este río. Pasemos ahora, saliendo finalmente de la barca y del agua, a los países más secos.

El gran continente que casi por todas partes está circundado por el Orinoco, antes del año 1733, en que allí llegó con sus compañeros Gumilla, era casi del todo ignorado. Antes de esta época teníase por comarca sólo de fieras, y si se sabía que había allí habitantes, era también a todos bien conocida su ferocidad. Nadie puso allí el pie sino fugazmente, y obligado por las flechas de los indios, lo retiró enseguida. Por lo cual era considerada empresa inútil, [119] además de peligrosa, llevar a tales gentes la fe.

Este era el hórrido aspecto de los países que están a la derecha del Orinoco, y que por gran trayecto se extienden hacia el Marañón. Más suave era el de la izquierda, conocido en parte a los españoles por algunas colonias establecidas allí. Pero aun allí eran muy fieros los otomacos, indios muy valerosos, que corriendo libremente por el Orinoco, lo habían hecho muy temible. ¡Qué campo no se abre con tan varias, tan extrañas, tan salvajes cosas, a nuestra historia! Pero no es mi intención dejar vagar ésta por espacios, diríamos, infinitos. Dejo intacta y tal cual la encontré la parte

izquierda, y me limito sólo, siéndome cosa más conocida, a la derecha del Orinoco.

Es muy célebre en los mapas la tierra que se llama Caribana, pero poco o nada se encuentra escrito de ella. Creo que la llaman así por sus habitantes caribes. Estos en realidad son los que, viniendo de la Cayena por tierra hasta el río Caura, se detienen en todos los países intermedios. Hay allí, es cierto, también otras naciones, esto es, los arauacos hacia el mar, y los guaraúnos, que son vecinos de las bocas del Orinoco. También hay, enfrente de la antigua Guayana, y tienen por misioneros a los capuchinos, otros indios. Pero todos, o casi todos, por los usos y por la lengua, como por alianzas variables, pueden llamarse caribes.

Este trozo de tierra donde tienen sus misiones los capuchinos, por las copiosas selvas, por los bellos montes y por los prados, lo creo lo mejor de toda la Caribana conocida. Por esta razón es el más habitado, y el menos insalubre, comparado con los demás. Los capuchinos, por lo que he sabido, tienen poblaciones bastante hermosas. Los países más estériles, menos salubres, y habitados por indios más [120] bárbaros son aquellos donde antaño estuvieron los jesuítas. Comenzaban éstos, como hemos dicho en otra parte, a partir del Cuchivero, y al menos antes del año 1764, tenían por límite todo el inmenso territorio que a la derecha y a la izquierda existe hasta el extremo del Orinoco. Cuando yo llegué allí en 1749, aunque se hubiera viajado mucho por los diversos ríos, de este territorio no era aún conocida más que una parte pequeñísima. Los misioneros que allí encontré habían formado algunas poblaciones sobre el Orinoco, a cuyas orillas, confinadas casi en fortines por los caribes dominantes, instruían en la fe a los sálivas, los maipures, los yaruros y algunas otras naciones, venidas recientemente de sus selvas.

A mí me fue asignada por mi superior la cura de almas de la nación de los tamanacos, para hacer de ellos otros tantos prosélitos de Cristo, algunos de los cuales habían venido, tres meses antes de mi llegada, a las orillas del Orinoco, para hacer allí sus chozas y dar principio a la Reducción de San Luis. Por el miedo que un país bárbaro y desconocido infunde naturalmente en todos, al principio apenas me atrevía a separarme de lo habitado sino poquísimos pasos. No sólo yo, sino los indios por mí instruídos, y algún mísero soldado que me hacía compañía, temíamos de día y estábamos llenos de espanto y de confusión por la noche. Mis

tamanacos siempre estaban con temor a los parecas y a los quaquas, con los cuales habían tenido luchas ferocísimas.

Cada noche les parecía que los veían y que con las flechas en la mano y las macanas volvían valientes a la vida. Mas las mujeres, cuya fantasía es más viva, y el corazón más débil, unas decían que los habían visto de noche donde se toma el agua, otras, en la selva cercana a las casas, otras, dando vueltas y espiando en la oscuridad, esparcidos acá y acullá por [121] las calles de la nueva población. Aumentó el temor con el aviso que hacia este tiempo me trajeron los tamanacos. Los caribes decían a boca llena y exagerando bárbaramente, que pasarían el Cuchivero y marcharían hacia mi reducción por tierra, pues querían librarse finalmente de los tamanacos, que se hacían cristianos contra su voluntad, y de mí, que les explicaba el evangelio. Vinieron, pues, jactanciosos y armados de fusiles, de macanas y de flechas, como es uso de esta nación. Pero como tenían que pasar por Avarima (lugar separado de mí unas cuatro horas, donde tenían sus sembrados los maipures de Cabruta, también cristianos), les pareció mejor comenzar la carnicería por estos indios. Pero ¿qué ocurrió? Un terror pánico, infundido en ellos, como debemos creer, por Dios, aunque ya estuvieran próximo a devorar la presa, y a pocos pasos de los maipures, que entonces dormían despreocupadamente, los rechazó al país de donde habían partido amenazando desastres. Respiraron los tamanacos y maipures, y respiré yo también con ellos, y en adelante, habiendo tomado mayor ánimo, resolví investigar los países circunvecinos.

No están acostumbrados los indios, o al menos no les gusta, a cortar las selvas para sembrar en ellas en las cercanías de la reducción. O por deseo de libertad, o para ser menos observados de los misioneros, o para dejar en los días festivos con la excusa de la distancia de sus tierras la misa, ordinariamente están lejos, o fingen estarlo. Cuando vueltos a casa eran reprendidos por mí de haber faltado a las misas, me decían: — ¿Qué piensas? El sitio donde sembramos está a dos jornadas de aquí. Parte en ir, parte en venir, parte en el trabajo necesario, necesitamos, como ves, bastante tiempo.

Yo veía bien que me engañaban, pero llegó fi [122] nalmente el tiempo de poner en claro con los ojos la pretendida distancia, y con el fin de estimularles al trabajo de sus tierras, comencé a ir con algún soldado, bien a un lugar, bien a otro. Conseguí ver

a los próximos. Vi también a los lejanos. Y acabados los alrededores, descubrí al mediodía Pavichima, Ivayeni y la Maita, antiguas moradas de los tamanacos, y hallé por experiencia que el lugar que antes me decían que distaba un día de viaje, estaba apenas a seis millas de distancia.

Pero sería yo demasiado extenso si quisiera repetir mis viajes o los ajenos. Baste a los lectores saber que hasta el año 1767 que dejé el Orinoco, por mí y por otros ya se había descubierto al mediodía un gran trecho. Hasta dos y tres jornadas era conocida la extensión de tierra que hay entre mi antigua reducción y Uruana. Parte yo y parte Forneri habíamos en diversas ocasiones, por agua y por tierra, descubierto los países de los parecas. Las tierras de los piaroas, que están enfrente de Carichana y Anaveni, fueron varias veces y con inmenso esfuerzo visitadas por el P. Francisco Olmo para sacar de allí a los indígenas hacia los poblados cristianos. Este mismo misionero, Forneri, Aranda, y otros, unas veces por agua y otras por tierra, han examinado todos los ríos que hay desde la cascada Mapara hasta el Venituari. No repetiré aquí inútilmente el viaje del P. Román, primer descubridor del Casiquiare y de la comunicación de éste con el Marañón. Entre tantos enemigos y contradicciones, en tiempo tan corto, ha sido un milagro, si atentamente se considera, llevar el nombre cristiano tan allá.

[123]

Capítulo II

Del viaje hecho al Venituari por tierra.

Para comprender mejor el estado del país interior del Orinoco, será muy útil el relato, que aquí añado, del viaje hecho por tierra al río Venituari. No por mí, u otros compañeros que tuve en los sacros ministerios en las orillas del Orinoco, sino por luces a mí pedidas y dadas por mí ciertamente, fue hecho este viaje en los años que estuvo en Orinoco el señor Iturriaga, jefe de la Real Expedición de Límites.

Es necesario para la inteligencia de cuanto voy a decir acordarse de la distancia que de la Encaramada hay por agua hasta este

celebradísimo río. Esta distancia era conocida por los viajes que había hecho hasta allí el P. Olmo, antes de la Expedición de Límites. Pero cuánta había por tierra no se sabía aún por nadie por experiencia: y mientras yo estaba en el Orinoco, a ninguno le habría venido la idea de ir a caballo o a pie al Venituari, y exponerse a una empresa tan peligrosa. El señor don José Iturriaga que acabo de citar, fue el que primero, por medio de algunos soldados e indios exploró el primero esta nueva región, mandando a través de sus selvas una cantidad adecuada de bueyes para uso de la ciudad de San Fernando, recién erigida a las orillas del Atabapo.

Además de los conocimientos geográficos, de los que no estaba ciertamente escaso, este señor quiso servirse de mí por su amabilidad, y por el concepto que tuvo de mi pericia, fuera esta la que fuera, sobre las comarcas orinoquenses. Me escribió, pues, cuando menos pensaba yo en ello, para oir acerca del viaje planeado mis débiles luces, y para [124] pedirme indios que de la aldea de la Encaramada llevaran el ganado a las orillas del Venituari.

¿Pero cómo responder a oscuras y con ignorancia de tan lejanos países? Me acordé oportunamente de haber oído, tanto a tamanacos como a maipures, hablar a menudo de los yavaranas. Llamé, pues, a uno de los tamanacos más prácticos, y supe por él que estos indios son amigos de los parecas, distantes entonces de la Encaramada tres o cuatro días. No supe por medio de los tamanacos más, pero lo que me dijeron fue luz bastante para juzgar justamente del resto; así que habiendo llamado después al maipure Veniamari, le pregunté dónde estaban los yavaranas, y como testigo no sólo de oídas, sino de vista (pues había viajado más de una vez por aquella parte con los caribes), me dijo que las moradas de los yavaranas no estaban demasiado alejadas del Maniapari. ¿Y dónde está — le dije — el Maniapari? Y me respondió que estaba al sur de la Encaramada, y que desembocaba en el Venituari.

De esta manera, con gusto mío, y con entera satisfacción y contento del indicado señor, que me dió después gracias cumplidísimas, fue planeado en breve tiempo el viaje. Con las luces que Veniamari me dió, describí el país intermedio bajo sus ojos lo mejor que pude, notando ríos y naciones y montañas, e incluído un relato por extenso en el que expliqué todo minuciosamente, lo trasmití enseguida al señor Iturriaga.

Por si mis lectores tuvieran deseo de oir un poco mejor este camino, hasta entonces desconocidísimo, he aquí señalado el recorrido, aunque casi en esbozo. De la Encaramada, lugar de mi antigua residencia, se va ora por prados, ora por pequeñas selvas al río Guainaíma, [125] perteneciente a los parecas. Desde allí en adelante las tierras que se encuentran pertenecen al oriente a los yavaranas, al poniente a los piaroas. El pequeño Manapiari, de que tuve noticia por el citado Veniamari, y que va después a desaguar en el Venituari, es el río en que tocan con el agua los yavaranas.

Pero digamos del éxito de esta expedición, el cual, en cuanto puedo acordarme después de muchos años, fue de la siguiente manera. Partieron conduciendo consigo un número de bestias adecuado a las necesidades de la ciudad de San Fernando varios indios y soldados, y como por todas partes se temían flechas enemigas, todos estaban provistos de armas de varias clases. En cinco días, según me acuerdo, llegaron al Guainaíma. Pasados a la orilla opuesta vieron delante de sí una selva infinita, y no sabiendo dónde dirigir sus pasos detuviéronse largo tiempo en un prado.

Veíase de vez en cuando, mas siempre a lo lejos, algún indio salvaje, y no se sabía de qué nación fuese. Pero como supe después, cuando fue hecha por mí cristiana esta nación, los susodichos indios eran los parecas. De estos salvajes, aunque bárbaros y fieros, ninguno se atrevió a acercarse a los extranjeros, no sólo por temor a los españoles, de los que acaso por el pequeño número se cuidaron muy poco, sino por insensato temor a los nuevos animales, nunca vistos antes, y por eso considerados, como me dijeron, una especie nueva de tigres.

Mas volviendo de nuevo a nuestros viajeros, resolvieron finalmente, después de reconocida mejor la espesura, a abrirse paso por ella contra todo obstáculo, y al cabo de diez días de viaje por esta espesísima selva, llegaron medio muertos de hambre y de fatiga al Manapiari. [126] En selva tan grande no encontraron sino poquísimas chozas de salvajes, y estas mismas, o por miedo a los extranjeros, o como más verosímil me parece, por temor a los animales de cuernos, vacías de todo habitante. Fueron sinembargo de no pequeño alivio a su hambre los víveres que hallaron en los cultivos o en las cabañas abandonadas de los indios.

Una vez llegados al Manapiari, empujaron a través del agua a los animales a la orilla opuesta. Ellos, con cortezas de grandes

árboles, hicieron al uso de los bárbaros barcas en las que pasaron. El curso del Manapiari llevó a unos y a otros, sin equivocar el camino, al Venituari. Y este también, siguiendo su corriente, les sirvió de compañía para llevar sus pasos al Orinoco. Sin alejarse, pues, de las orillas del Venituari, llegaron después de algunos días a la playa del Orinoco que está enfrente de la ciudad de San Fernando.

En tan largo y desastroso viaje muchos fueron los animales que perecieron. Los pocos que llegaron con los viajeros, empujados igualmente a la orilla frontera, sirvieron de grande alivio al hambre de aquellos ciudadanos. Se alegraron éstos. Pero con cuántos y qué esfuerzos de los conductores. De los largos trabajos contrajeron enfermedades grandes, y de éstas, entre otros, apenas vuelto a su casa, murió el señor don Miguel Sánchez, elegido por el señor Iturriaga jefe de esta expedición.

[127]

Capítulo III

Se describen las naciones del país interior del Orinoco y se cuenta el número de las almas que las componen.

Para alejar todo error a que están expuestos no raras veces los que están lejos, obsérvese con diligencia que no hablamos aquí de los indios que están bajo la dirección de los capuchinos, a la derecha del Orinoco, enfrente de la Guayana. Dejamos a quien propiamente pertenece el ocuparse de ellos; como tampoco de aquellas naciones que habitan al sur de los caribes, cuya conversión ha sido encomendada por los Reyes católicos a los religiosos observantes. Hablo, pues, de sólo las naciones que están a la espalda, digámoslo así, de los países en que estuvieron antaño los jesuítas, y que me son conocidísimas por mi larga residencia.

Comencemos por el oriente. Parte a la derecha y parte a la izquierda del Cuchivero están los quaquas, nación muchas veces llamada por los misioneros, y también a menudo rebelde al Evangelio. Sus vecinos son los aquerecotos, aún salvajes, y casi reducidos a la nada por sus vecinos caribes. No en el número, pero mucho

en el genio y las costumbres, son distintos de los sobredichos los payuros. La nación vecina a éstos, y que no ha dejado aún las selvas, se llama oye. La nación *aikeam-benanó*, compuesta de solas mujeres, las cuales pueden llamarse las amazonas del Cuchivero, es vecina de otra que consta de hombres y mujeres, que se llama voqueares. También esta es salvaje.

En medio, después de éstas, y parte más arriba y parte más abajo del camino al Venituari por tierra, pongo a [128] los parecas. Pero éstos, cristianizados por mí, están, me parece, en la Encaramada. Vecinos a los parecas habitan los potuaras, y otras dos naciones cuyo nombre, no pudiéndose traducir al italiano, los pondré en su lengua. La primera nación se dice *Uara-múcuru*, ésto es, los hijos de la palmera muriche. La segunda *Uaracá-pachilí*, que quiere decir la hermana del oso, por qué sueño absurdo o razón, ellos se la saben, porque no tuve nunca ocasión de tratarlas. Puedo decir que las naciones ahora citadas, salvo la quaqua, hablan todas, pero bajo diversos y difíciles dialectos, la lengua de los tamanacos.[1]

Al occidente, unos yendo derecho, otros volviendo de nuevo hacia el mediodía. están primeramente los mapoyes. Después los piaroas, semejantes en la lengua a los quaquas, pero más rebeldes que ellos. Siguen los maipures, los avanes y los quirrupas. Pero todas estas naciones, llevadas unas por mí y otras por mis antiguos compañeros, y conducidas a las orillas del bajo Orinoco, eran ya cristianas. Quedan sin embargo en muchos lugares, y especialmente en Auvana, no pocas espigas que recoger. Las naciones sobredichas ocuparon también el Venituari, de dónde el P. Olmo, como en otra parte decimos, Forneri y Aranda las sacaron.

El altísimo monte llamado Yavi está casi en el medio de este continente y se ve desde el camino por tierra al Venituari. Si desde la cima de éste, o de la del Yuyamari, no muy alejado del río Auvana, pudiésemos ver las naciones que están al mediodía, esta vista sería de infinito gusto no menos para quien lee, que para mí, que antaño la deseé sumamente. Hagamos lo que se puede hacer desde lejos. A la izquierda del Venituari, no conocida hasta entonces más que por las relaciones de algunos soldados que allá [129] fueron por asuntos de la Real Expedición, unos más alejados que otros de la orilla, se encuentran los areverianos. Más allá

---

1 [Se trata de palabras caribes, a las cuales el autor alude].

están los maquiritares, los puinaves y los massarinaves, y todos, con dialectos a cuál más difícil, son semitamanacos. Las naciones que he enumerado hasta aquí, aunque no reducidas a las poblaciones cristianas más que en parte, eran conocidísimas en mis días. Las otras que se encuentran más lejos son todavía desconocidas. Así que no puedo sino adivinando, lo que desdice de quien cuenta y escribe historia, decir más.

A cualquiera le vienen ganas, oído el nombre de tantas naciones, de saber un poco mejor y casi por menor su número. Los caribes, como se puede deducir de lo dicho, son ciertamente muchos, y contados todos llegan por ventura a cinco mil. Esta nación no ha tenido ningún freno sino desde el establecimiento de las misiones jesuíticas y después de la reducción de los cáveres y guaipunaves, habitantes valerosísimos del alto Orinoco, de su barbarie y del daño que hacía antes a las naciones dóciles. Consta de lo dicho, y constará muchas veces después, cuán grandes y qué males han ocasionado en el pasado los caribes a las otras naciones del Orinoco.

Pero callando todas las otras pruebas, contra su crueldad hablan los muchos esclavos orinoquenses vendidos por los caribes a las colonias de Holanda sobre el Atlántico. ¿Qué quiero decir? Que las naciones al sur del Orinoco son de número tan reducido, que parece apenas creíble. Y no podía ser de otra manera. Haciendo de ellas los caribes el uso que se ha oído, ¿qué podía quedar sino un mísero y escaso resto de su rabia, disperso en las selvas más espesas o retirado en los montes más altos?

[130] La nación de los quaquas sobrepasa apenas el número de 150 almas. Los aquerecotos son un puñado. Los payuros, poco más. Los voqueares, según me decían los tamanacos, apenas sesenta. Más por cierto, pero sin pasar cada nación de doscientos o trescientos, con los mapoyes, los yavaranas, los potuaras, los hijos y las hermanas de la palmera muriche y del oso. Alrededor de dos mil, incluídos quirrupas y avanes, eran los maipures. Generalmente las naciones todas del mediodía (digo las más vecinas) no sobrepasan el número de los habitantes de nuestros pueblos pequeños.

Si queremos hacer también una breve excursión a la orilla izquierda del Orinoco, al menos aquella a que se extendían las misiones de los jesuítas, muchísimos ciertamente, porque iguales y acaso superiores en fuerza a los caribes, son los otomacos. Se

cree que sean cuatro mil. De gran número también, por la ligereza en el correr, son los guaívos y los chiricoas. La pereza caribe no serviría para la caza de estos salvajes, puesto que no sólo los hombres y los mozos más grandes, sino las mujeres mismas, con dos hijos al cuello y en brazos, corren velocísimamente. Por consiguiente, no son, como todo el mundo ve, fáciles de subyugar.

Semejantes a los guahívos, como en los usos, en la agilidad de la persona y en el innato valor, son los yaruros, y sumadas todas las sobredichas tres naciones son quizá cinco mil. Es asombroso qué pocos son los guaipunaves, los parenes y los cáveres, también ellos habitantes de la izquierda, y antes de hacerse cristianos pobladores del Guaviare. Y sin embargo, así es, hayan sido la causa otros indios del alto Orinoco más valientes que ellos, o porque a falta de fieras que matar o de [131] otros indios que devorar, pues son antropófagos, se hayan matado y comido unos a otros. Creo que cáveres y guaipunaves y parenes todos juntos no sean más de doscientos o trescientos. De los marepizanas, habitantes de Río Negro, y valientes antropófagos, también poco numerosos, por no alejarnos demasiado hacia el mediodía, no diremos nada. Pasemos a otra cosa no menos curiosa que ésta, que hemos esbozado hasta aquí.

Capítulo IV

De otras noticias de tierras que están al mediodía del Orinoco.

Digamos primero de la vía caribe. No se imagine nadie que sea al antiguo modo romano, como fue antaño la de los incas. Los caminos orinoquenses son generalmente estrechísimos. Apenas caben en ellos dos pies, pero de los suyos, que de los míos no puedo decir lo mismo, pues más de una vez me he visto obligado, teniendo un pie en el camino, a poner el otro fuera. Pero la vía de que hablo es en parte por agua, en parte por tierra. Y es la que los caribes, según se pretende, comenzaron a recorrer los años pasados.

Desalojada del Orinoco, que antes perpetuamente infestaba, esta mal nacida raza de indios emprendió la conquista de las naciones salvajes secretísimamente por tierra. El P. Román, superior

entonces de las misiones, se quedaba, como entonces me dijo muchas veces, maravillado al oir que habían sido arrebatados por los caribes los maipures y otros indios, a cuya tierras, cuando nadie se les oponía, solían ir por el Orinoco. Con el tiempo vino a saber que iban por los [132] países del interior, pero jamás supo, que yo crea, la nueva vía. No se supo en realidad claramente sino en estos últimos tiempos, y yo, que la conocí por el joven Veniamari, la expondré tal cual él me la describió.

Se va, pues, por el Caura, río grande y situado en las regiones de los caribes. Más arriba del raudal de Mura, a la izquierda, como he dicho también, hay un pequeño río pero navegable, llamado Iniquiare. Llegados a su desembocadura, entran por ella los caribes, y después de algunos días de navegación por este río, cerca ya de la montaña Chamacu, dejaban allí las piraguas, y viajaban, pero sólo dos jornadas, por tierra. En el monte Chamacu hace gran frío. Pero ya hablaremos de él en su lugar. Terminado el pequeño viaje por tierra, se llega al Manapiare, y embarcados allí de nuevo los caribes en canoas improvisadas, se aprovechaban del curso del río y entraban en el Venituari, donde estaban entonces los maipures.

Aparecían allí, como los traidores acostumbran, bajo título de amigos y defensores. Pero pasados con ellos algunos días en borracheras y en bailes, cuando menos pensaban los descuidados, eran cruelmente atacados, sacrificados y convertidos en esclavos, y llevados por los huéspedes a sus aldeas; la vuelta, por temor a encontrar a soldados, era o por el camino que habían hecho, o por la parte izquierda del Orinoco, donde no hay poblaciones indias. Pero finalmente fueron sabidas sus astucias, y habiéndose puesto en adelante centinelas, los soldados hacían prisioneros a los caribes y les impidieron continuar sus inhumanas guerras.

[133] Diremos ahora del altísimo monte que es llamado por los caribes *Samacu*, y por los tamanacos, variando un poco el vocablo, *Chamacu*. Dije altísimo, porque a una distancia de acaso dos o tres grados de la línea[1] no puede, según creo, proceder sino de la gran altura el frío que allí hace. Me decía en efecto Veniamari que es propiamente un lugar donde todos se quedan tiesos

1 [Nuevo error de latitud, como el cometido en la p. XXXII del prólogo, ahora seguramente menor, pues las montañas a que un tanto imprecisamente se refiere, están a 4 grados del ecuador].

de frío. Para ir al Venituari se pasa este monte por la parte septentrional, y al pie de él tiene su origen, al principio escasísimo de agua, el Cuchivero. Partiendo de allí, el Manapiari va a precipitarse en el Venituari.

Si se hubiese prolongado por más años mi residencia en aquellos lugares Dios sabe cuán útil, no menos a las almas de otros que a mi salud quebrantada por los calores orinoquenses, habría sido el Chamacu. Pero está demasiado distante del Orinoco. Se deberían atravesar demasiadas naciones y superar demasiadas dificultades para hacer allí poblados, ni mi avanzada edad me habría quizá permitido ver, aunque hubiese estado allí hasta el fin, tan hermosos campos para la conquista cristiana.

Por último tengo que hablar de Parime. Detrás de los países caribes, y quizá tocando con ellos, hay un lago que lleva el nombre sobredicho, y es, por lo que oí decir, grandísimo. Allí ponen algunos el Dorado, de quien tan magníficas cosas cuenta Gumilla en su *Orinoco*. A escucharle a él y a otros, todo es allí oro; allí hay jardines y palacios al modo real. No he oído, en 18 años y más de residencia en el Orinoco, a ningún indio que hablando se refiriera a tales cosas.

Que haya en el Orinoco, como en otras partes del Nuevo Reino, oro y plata y piedras preciosas, no lo dudo. Pero que exista una región que en los relatos que [134] algunos hacen podría parangonarse con los lugares más civilizados de Europa, me parece una fábula. Los orinoquenses son generalmente gentes sin casas, sin orden y sin gobierno en sus míseras poblaciones. ¿Quién creerá que detrás de los caribes, gente a cuya espalda corresponde esta descripción, haya indios vecinos suyos tan pulidos y civilizados?

Sin embargo, del Dorado, aunque nada hablen de él los orinoquenses, hacen contínuos discursos los españoles que habitan en el Orinoco. Al sur, en los tiempos secos se ve de noche en el cielo cierta constelación que parece un trozo, por decirlo así, de la Vía láctea. ¿Lo creeríais? Dicen éstos que es el resplandor que hasta allá llega del Dorado.

Pero como ordinariamente agrada a todos que haya un país donde fácilmente se haga uno rico, el Dorado, nombre antiquísimo en las historias hispanas, ha sido el objeto de los viajes y de los deseos de muchos. Quien lo finge en las tierras del Guaviare, quien hacia el Río Negro, quien en el lago Parime, quien acaso en otra parte. Pero basta de sueños.

No era mi intención decir más de ésta, en cuanto me parece, novelesca materia, pero en gracia a personas a las que es grato saber más por extenso el origen, he aquí separadamente otro capítulo, porque no está demasiado lejos de mi asunto.

[135]

Capítulo V

Del Dorado.

Bajo el nombre de Dorado, si atendemos al sentido en que en las comarcas americanas se toma, es conocido un país más rico que cualquier otro descubierto en el Nuevo Reino. No se le puede comparar (así piensan los viajeros) ni el célebre Potosí, ni el Chocó, ni las minas de Méjico, ni tantos otros lugares de donde se sacan tan preciosos tesoros, sin encontrar nunca el fin. Si oímos las relaciones de aquellos, en esta feliz región son de oro las rocas, y de oro y de plata son también las arenas que llevadas por las aguas corren precipitadas en los ríos. De oro son también las arenas que brillan, como otras tantas menudas estrellas, en los lagos.

¿Qué diremos después de los habitantes de tan rica comarca? También ellos, como en país donde este metal es tan vil, están cubiertos de oro. Son de oro las vajillas, de oro las azadas y legones, de oro las armas y los arneses guerreros, de oro, para dar colmo a la maravilla, sus casas. Esta región por lo demás, tan rica como se ve por las descripción hecha, es tan imprecisa, que no ha sido hasta ahora conocida por experiencia por persona alguna. Hace más de dos siglos que se busca, y lo que debe asombrar aun a aquellos que menos reflexionan, no se sabe el lugar, después de tanto tiempo.

Algunos[1] la creyeron en la costa de Cartagena o de Santa Marta. No habiéndola encontrado allí, otros la quisieron [136] en Vélez, y después en Bogotá, antigua capital del Nuevo Reino. Allí mismo, donde ciertamente no estaba, corrió después la voz que se hallaba en el próximo valle fertilísimo de Sogamoso, y

1 En Gumilla, *Hist. de l'Oren.*, tomo II, cap. 25.

según me parece, pudo darle fundamento la costumbre del sacerdote indio que solía ungirse el rostro con resina mezclada con oro antes del sacrificio. Mas no estaba en Sogamoso, aunque allí hubiese oro, el tan buscado Dorado.

Otros, pues, llevando siempre más adelante sus infructuosas búsquedas, lo imaginaron en el Quito. Otros lo fingieron en la provincia de Venezuela, cerca de Caracas. Una vez buscado por todas partes, desapareció. Corrió después el rumor de que estaba detrás de los grandes montes que se hallan al oriente y al mediodía de Santa Fe del Nuevo Reino, y que pasados estos montes había praderías inmensas y pobladísimas, y en ellas el Dorado.

Quesada, deseoso de conquistarlo, resolvió trasladarse allí en compañía de doscientos soldados el año 1543, y habiendo pasado los hórridos montes que he citado, llegó felizmente a los Llanos. Pero no habiendo encontrado ni Dorado ni gente, fundó allí la ciudad de Santiago de las Atalayas, la cual existe aún, aunque de poca fama. Pasó después el Airico,[1] y habiendo perdido allí casi todos los soldados, llegó finalmente sin ningún fruto de su viaje y con infinitos trabajos a Timaná. Y he aquí fracasada una de las más célebres empresas en busca del Dorado.

Se metió por el mismo tiempo en el mismo empeño, para quitarle la palma a Quesada, Felipe Utre. Partió este de Coro, ciudad de la provincia de Venezuela, [137] con ciento veinte hombres, y ya se creía cerca de tragar tesoros inmensos. Pero habiendo sabido por un cacique del Airico el desgraciado fin del envidiado Quesada, tomó el camino a lo largo del Guaviare y llegó a la primera aldea de los omaguas,[2] donde como dice Piedrahita fue atacado por quince mil indios, que fueron mantenidos atrás, si queremos creerlo, por Pedro Limpias con treinta soldados. Pero lo cierto es que Utre quedó herido en una batalla, y que consternado por la multitud de los indios tornó a Coro, y allí terminó míseramente la vida en 1545.

El tirano Aguirre, cuyos viajes caen hacia el año 1559, podría también citarse entre estos aventureros. Pero le interesaron más

---

1 Selva grande.

2 Se llaman aún en esp. enaguas. [En realidad el autor se equivoca, ya que él mismo vuelve a hablar de los omaguas como de un pueblo legendario, los súbditos del rey del Dorado, véase *infra*, pp. 139 y 144; con el nombre de omaguas aún subsiste un grupo de indígenas de lengua guaraní, en el Ucayali, Perú].

sus imaginados dominios y los países que tenía en su ánimo conquistar, incluso a despecho de las más sagradas leyes, que la conquista del Dorado. Era compañero de Ursoa, enviado a tal fin desde el Perú por el Marqués de Cañete. Surgió la discordia entre los viajeros, y los soldados, después de haber quitado la vida a Ursoa, eligieron jefe de la expedición a don Fernando Guzmán. A éste también lo mató Aguirre, y una vez abandonado el pensamiento de descubrir el Dorado, y acaso viajando por el Río Negro y por el Orinoco, dirigió su curso hacia la isla Margarita, objeto deseado de sus soberbios pensamientos.

Reducidas a la nada estas empresas americanas, no cesó sin embargo el deseo de encontrar el Dorado, y a este efecto partieron otros conquistadores de España. Estos, de los cuales habla Torrubia,[1] fueron derechamente al Orinoco, donde entonces se decía que estaba, y estaban tan llenos los desgraciados del halagüeño pensamiento de [138] llegar cuanto antes al cabo de su empresa, y hacerse en breve dueños de las soñadas riquezas, que llevaron consigo no sólo a las mujeres, y los aperos todos de trabajar la tierra, sino a los niños más tiernos. Este memorable viaje fue el año 1596, y dice el citado autor, que eran cuatrocientas casas con sus mujeres e hijos, y con ellos catorce religiosos de San Francisco. Pero entonces era ferocísimo el Orinoco, y se les opusieron los caribes, que hicieron de mujeres y de niños una horrible carnicería.

Confortados sin embargo con los santos ejemplos y las fervientes exhortaciones de los religiosos enviados con ellos para convertir a la gente del Dorado, llegaron finalmente algunos con mil esfuerzos a Guayana. Respiraron allí entre los habitantes españoles algunos días, y habiendo dado los religiosos a los nuevos países a los que pensaban ir el nombre de Custodia del Dorado, se volvieron a poner en viaje, pero por tierra y a través de los bosques caribes. La infeliz suerte que tuvieron los desventurados viajando por agua, la hallaron también por tierra, y entre las envenenadas flechas de los caribes, y las enfermedades que les sobrevinieron, no fue posible llevar más adelante la empresa.

No hay, que yo sepa, después de este viaje que resultó desgraciado para tantos españoles, quienes hayan hecho otros en busca

---

1 Lib. I, cap. 34 de la *Chrónica de la seráfica Orden de San Francisco*, Roma 1756.

del Dorado. Pero son bien célebres hacia la misma parte, esto es, el Orinoco, y por el mismo fanático designio los viajes del caballero inglés Raleigh, a que en otra parte nos hemos referido. Pero estos también, por no gastar palabras en relatos de poco relieve, tuvieron el mismo fin que los otros, que primero y después se hicieron. No se sabe todavía, vuelvo a decir de nuevo, si el Dorado existe, y donde se debe colocar, supuesta su existencia.

[139] El P. Gumilla[1] está muy empeñado en sostener la existencia, y confieso ingenuamente que algunas de sus razones no me disgustan. El viaje de Utre en busca del Dorado es circunstanciado y minucioso, y los países que recorrió son en nuestros días conocidísimos. Han andado después en busca de los indios salvajes algunos jesuítas, y se saben por ellos muchos pormenores. Por ellos sabemos que los lugares de las empresas de Utre se llaman hoy con el nombre de Airico. Pero aunque ésto sea muy verdadero, allí, si debemos creer a los mismos, no hay señal ninguna del Dorado. Ni se encuentra tampoco la nación Omagua, que era creída dueña del Dorado. También he de decir que de los omaguas apenas si quedan algunos en la Quebradita en los Llanos de San Juan, y otros pocos sobre el Marañón, de los que habla M. la Condamine.[2]

No hago después mucha cuenta de algunas otras cosas que se aducen en favor de ellos por los partidarios del Dorado. El cacique de Macatoa, entre los brasileños, se ofreció, dicen ellos, a los españoles para ir con su gente en busca del Dorado, razón a su parecer muy convincente para inferir que él lo conocía, porque de otro modo, como dicen ellos también, no se habría ofrecido para aquella empresa. Así parece si atendemos a la corteza, por decirlo así, de este relato. Pero si lo desmenuzamos un poquito y entramos en el meollo, yo no sabría encontrar aquellas seguridad que otros encuentran, tanto porque la voz Dorado, que se pone en boca del susodicho cacique, no es india sino española, ¿y cómo podía él saberla?, como porque viéndose en Macatoa españoles amantes del oro, quiso quizá mostrarles, [140] a cambio del que buscaban, otro oro.

El nombre mismo de Macatoa, ¿quién nos asegura verdaderamente que sea nombre de una aldea, y no más bien de un indio?

---

1 En el lugar arriba citado [I, cap. 25].

2 *Voyage à l'Amér. merid.*

Yo por mi parte dudo, y sé que el año 1751 el misionero Roque Lubián encontró en el Airico a un cacique llamado Macatúa, el cual le dijo que había ido allí con sus betoas[1] por temor a los portugueses. Sé por otro lado la costumbre constante de los indios de repetir los nombres de sus antepasados poniéndoselos a sus hijos, y Dios sabe si este cacique no era descendiente de nuestro brasileño. Me parece sin embargo que en los relatos del Dorado hay muchos enredos procedentes del desconocimiento de las palabras indias, y por consiguiente poco o nada de sólido hay en ellos.

Pero apretemos finalmente las razones que aduce Gumilla en favor de su Dorado. La más fuerte es el relato del indio Agustín, muerto después de varias aventuras en la reducción de Guanapalo, sobre el Meta. Este indio se dice que fue hecho esclavo a la edad de quince años, y que pasó otros tantos en esclavitud en la ciudad de Manoa, capital de los omaguas. Huyó de allá después de tan largo tiempo con otros, y tuvo la suerte de unirse a los cristianos del Meta. Sus relatos, al uso de los de muchos aventureros, son maravillosos. Se dice que citaba con los nombres españoles los lugares en que dos siglos antes había estado Felipe Utre, esto es, el Hormiguero, el Almorzadero, etc.

¿Quién conservó en selvas tan deshabitadas, y por tiempo tan largo, tales nombres? Pues tales son, según veremos en otro lugar, las espesuras del Airico. Pero supongamos [141] allí habitantes. Aún hoy un indio para el que es nuevo, además de difícil, el español, haría esfuerzos para pronunciar medianamente las antedichas palabras. Pero sigamos a Gumilla, y oigamos el resto de los famosos relatos del indio Agustín: « Pintaba muy por menor — dice en el lugar citado — el palacio del rey, los palacios y huertas para su diversión en el campo, y tales individualidades, que un bozal no es capaz de fingir, ni tenía motivo para ello ». Este ingenuo modo de hablar del P. Gumilla me atrae, y descubro en los muertos papeles aquella agudeza que reconocí siempre en él cuando vivía. Pero el indio Agustín pudo mentir, y me duele extremadamente que en el tiempo en que traté a este escritor nada despreciable, aunque hubiese yo leído su *Orinoco ilustrado*, fuera yo tan novato en la historia de América. No le pregunté nada sobre este punto.

---

1 Nombre de nación, en español. [Hay noticias antiguas de una tribu en el Airico, que debía ser de lengua chibcha, y que se llama betoya.]

Y me parece falso o mal entendido el relato del indio. Mas puesto que no es tiempo de andar averiguando la verdad en los muertos, digamos finalmente lo que puede parecer más verosímil en la materia controvertida.

Aún hoy se pretende en Orinoco que existe el Dorado, y que está a la parte meridional de él el lago Parime. De la existencia de este lago en los países caribes, o en lugares vecinos a sus comarcas, no hay ninguna duda entre los orinoquenses. Pero el nombre sobredicho no indica oro, sino pez, y la palabra *Parime* significa « lugar de rayas ». Hemos dicho en otro lugar que en estos últimos tiempos buscó allí el Dorado el alemán de M. la Condamine. Pero no encontró allí sino miserias.

Por este hecho, creo yo, y por muchas otras razones que este insigne escritor recogió preguntando [142] a los indios, es muy contrario a los partidarios del Dorado. He aquí sus palabras: « En esta isla, la más grande del mundo conocido, formada por los ríos de las Amazonas y Orinoco, unidos entre sí por medio del Negro, y que se podría llamar la Mesopotamia del Nuevo Mundo, se ha buscado durante largo tiempo el pretendido lago de oro de Parima y la ciudad imaginaria de Manoa del Dorado, busca que ha costado la vida de tantos hombres, entre ellos Raleigh, famoso navegante, y uno de los más bellos espíritus de Inglaterra, cuya trágica historia es bastante conocida. Es fácil ver en las expresiones del P. Acuña que en su tiempo todo el mundo estaba desengañado de esta bella quimera ». Dejo de lado, aunque son hermosísimas, las razones con que confirma este sentimiento suyo.

Yo no puedo dejar de adherirme por muchas razones, siendo este sensato escritor no sólo posterior a Gumilla, sino muy buen conocedor de las razones de él, y las de otros más antiguos partidarios del Dorado, de las cuales no hizo ningún caso, ni quiso ponerse a patrocinar una novela. Y en realidad, ¿de qué peso no es, para creerlo tal, el sentimiento, diremos común, del Marañón y del Orinoco? Sin duda, si se debiera dar alguna existencia al Dorado, sería en esta gran isla, ceñida al norte, poniente y mediodía por éstos dos nobilísimos ríos. Y sin embargo no hay fundamento para creerla.

Mas en el Orinoco hablan de él los españoles. Sí, pero no todos, ni los más sensatos. Además de que nunca, siquiera una vez en tantos años, he oído hablar de él a ningún indio. El maipure Veniamari, práctico más que cualquier otro en los países del interior,

y más en condiciones de poder hablar de él (y no era escaso ni de ingenio ni de [143] palabras), sólo decía que en alto Caura había una ciudad de fugitivos europeos. Pero ésto mismo apenas me resulta ahora creíble, ya que los supuestos habitantes, en cuanto yo sé, no tienen comercio alguno ni con las colonias holandesas, ni con las francesas o españolas. Del Dorado sin embargo no decía siquiera una palabra. Por la cual cosa no dudo decir además que un país de tal nombre, colmado, como se pretende, de oro, lo creo una fábula. No ignoro que no faltan allí comarcas ricas, y acaso hay, pero sin aparato de reyes ni de civilizadas, naciones en el lago Parime. Pero que lleven el nombre susodicho, lo niego.

¿De dónde, pues, ha llegado un nombre del que todos los viajeros han tomado engaño? He aquí: de no entender el sentido español de la voz Dorado, la cual no significa por lo demás un lugar de oro, como se ha pretendido tantos años y por tantos autores, sino un hombre dorado o sobredorado. Para ver toda la verdad, ascendamos al origen. Léase la carta de Fernando Oviedo al Cardenal Bembo fecha a 20 de enero de 1543. Cuéntase en ella[1] el descubrimiento del Marañón hecho por el famoso Orellana, y después de muchas otras noticias que da Oviedo al eruditísimo cardenal, añade:

« No era tanto la canela lo que movió a Gonzalo Pizarro a buscarla, cuanto encontrar juntamente con esta especie un gran príncipe que se llama el Dorado, del cual se tiene mucha noticia en aquellas partes, y dicen que continuamente va cubierto de oro molido, y tan fino como la sal bien molida, porque le parece que no tiene otro vestido ni ornamento que éste, y que placas de oro labradas son cosa gruesa y común [144] y que otros señores pueden vestir, y se visten de ellas cuando les place, pero espolvorearse con oro es cosa muy singular, y de mucho gasto, porque cada día se cubre de nuevo con aquel polvo de oro, y por la noche se lava y lo deja, porque tal vestido no le da embarazo ni le ofende ni molesta su gentil disposición en parte alguna, y con cierta goma o licor odorífero se unge por la mañana, y sobre aquella untura echa aquel oro molido, y queda toda la persona cubierta de oro desde la planta del pie hasta la cabeza, tan resplandeciente como una figura de oro trabajada de mano de un excelente orive,[2] de modo

1 Ramusio, tomo III.

2 [Orífice].

que se comprende por ésto y por la fama que en aquel país hay minas de oro riquísimas. Así que, Reverendísimo Señor, este rey dorado es el que aquellos andaban buscando ». Hasta aquí Oviedo.

Los techos de oro, los muros de oro, los bellos jardines, los palacios, ¿dónde están? O éstos han sido inventados después. Nada se dice en la citada carta de qué nación fuese este bizarro cacique. Pero sin embargo, como se quería hacer de él un monarca respetable, en los tiempos posteriores por muchos se ha escrito que sus vasallos son los omaguas. Estuvo en boga esta fábula en el siglo pasado, y sin notar la gran paradoja la creyeron muchos. En el Gesú de Roma se ve en los corredores un mapa del Nuevo Reino, y en ella, al mediodía de los países caribes, pero más allá del ecuador, este epígrafe en español: El Dorado, gente del Inga Enaguas, esto es, el Dorado y los Enaguas, gente del Inca. Tan sutilmente se pensó para hacer verosímil esta novela, y como no había más que naciones salvajes e incultas en estos lugares, se pretendió que después de la destrucción del reino del Perú habían ido allá los omaguas para hacer como una colonia con sus restos. [145] Pero digámoslo de nuevo: son mentiras. Consta demasiado por la carta citada cuál fue al principio la significación de la voz Dorado, y que se le da un sentido violentado, que no tuvo nunca en boca de Orellana, el primero en dar nuevas de él. Otros han querido interpretar esta voz caprichosamente, pero son todos posteriores al viaje de Orellana, hecho en 1540.

Capítulo VI

De las Amazonas.

Gumilla, atento a recoger toda la verdad, pero no sólo ésta, sino también todo lo admirable de las comarcas orinoquenses, ha pasado por alto las amazonas, acaso porque no oyó hablar de ellas en su época. Con todo yo (aunque parezca éste un asunto alejado de mi intención y nada conexo con la historia de los orinoquenses) no podría omitirlo sin defraudar a mis lectores de las noticias particulares que tengo.

Primero es indudable que al mismo tiempo que el Dorado surgieron al mundo las amazonas. Quiero decir las americanas, pues ya desde hace mucho tiempo son conocidas las otras a los curiosos de la historia antigua. En la citada carta al Cardenal Bembo se hace mención de las que fueron halladas en el río Marañón por Orellana. Y estas mujeres guerreras fueron la ocasión de que este gran río, que lleva el nombre de su descubridor, se llamase de las Amazonas. He aquí el relato preciso.

« En cierta parte tuvieron (Orellana y sus compañeros) una batalla muy áspera y disputada. Los capitanes eran mujeres flecheras, que estaban allí de gobernadoras, y a las que nuestros españoles llamaron [146] amazonas, aunque no lo fueran, porque como Su Reverendísima sabe, este nombre, según quiere Justino,[1] se les daba porque carecían de un pecho . . . En el resto son poco diferentes, puesto que éstas viven todavía sin hombres y señorean muchas provincias y gentes, y en cierto tiempo del año hacen venir hombres a sus tierras, con los cuales se unen, y después que están grávidas, los echan, y si paren varón lo matan o lo envían al padre, y si hembras, las educan para aumento de su república . . . Todas estas mujeres dan obediencia a una reina riquísima, y ella y sus principales señoras usan vajillas de oro . . . según se sabe de oídas y por relaciones de indios ». Hasta aquí la citada carta.

Mas aunque como muy circunstanciado y dirigido a un cardenal eruditísimo, parezca no inverosímil este relato, sin embargo, entre las personas eruditas se han opuesto muchísimas. No merecería la pena que yo, recogiendo sus varios pareceres, entretuviese más de lo debido a mis lectores sobre un punto que puede verse en diversos autores. Pero no debo pasar por alto, porque es conformísimo al mío, el parecer del señor la Condamine. Démonos útilmente el gusto de oirlo por extenso en su viaje a la América meridional:

« Nosotros preguntamos por todas partes — son sus palabras — a los indios de diversas naciones y nos informamos de ellos con diligencia grande si era verdad que ellas (las amazonas) vivían alejadas del trato de los hombres, sin recibirlos cerca de sí sino una vez al año, como lo cuenta el P. Acuña en su relación, donde

1 [Este historiador latino cuenta la historia de las amazonas, libro II, cap. 4].

este artículo merece [147] ser leído por su singularidad. Todos nos dijeron que así les habían oído contar a sus antepasados, añadiendo mil particularidades demasiado largas de repetir, pero todas tendentes a confirmar que en el continente había una república de mujeres que vivían solas, sin tener hombres entre ellas, y que se habían retirado a la parte de tramontana tierra adentro o por el río Negro o por uno de aquellos que descienden del mismo lado hacia el Marañón.

« Un indio de San Joaquín, de los Omaguas nos dijo que habríamos encontrado quizá en Coari a un viejo cuyo padre había visto a las amazonas. Supimos en Coari que el indio indicado había muerto, pero hablamos con su hijo, hombre de buen sentido, que parecía de unos sesenta años y que mandaba a los otros indios de la aldea. Nos aseguró éste que su abuelo había visto en efecto a estas mujeres pasar a la entrada del río Cuchivara . .. ; que ellas venían del río Cayame, que desemboca en el Amazonas del lado de mediodía entre Tefe y Coari, que había hablado con cuatro de ellas, y que una llevaba una niña al pecho. Nos dijo el nombre de cada una, y añadió que partiendo del Cuchivara atravesaron el gran río y tomaron el camino del río Negro . . . Más abajo de Coari los indios nos dijeron por todas partes las mismas cosas con algunas variaciones en las circunstancias, pero estuvieron todos de acuerdo sobre el punto principal.

« Los de Topayos . . . [1] dicen (de ciertas piedrezuelas) que las han heredado de sus antepasados y que [148] las recibieron de las *cuñantainsecuima*,[2] esto, es, en su lengua, de las mujeres sin marido, entre las cuales, dicen ellos, se hallan en gran cantidad.

« Un indio, habitante de Mortigura, misión vecina al Pará, se ofreció a hacerme ver un río por el que se podía subir, según él, hasta poca distancia del país actualmente, como él decía, habitado por las amazonas. Este río se llama Iriyó, y yo pasé después por su desembocadura, entre Macapa y el cabo del Norte. Según la relación del mismo indio, en el lugar donde este río deja de ser navegable por causa de los rápidos, para penetrar en el país

---

1 Entre estos indios se hallan ciertas piedrezuelas verdes llamadas de las amazonas.

2 [La voz es guaraní, y en ella se reconocen, no sé si alterados o con variaciones dialectales, los términos *cuña* « mujer », *nda* « sin » y *cuimbae* « varón »].

de las amazonas es preciso marchar muchos días por los bosques del lado de poniente y atravesar un país de montañas.

« Un viejo soldado de la guarnición de Cayena, que vive hoy cerca de la catarata del Oyapoc, me ha asegurado que un destacamento en el cual él estaba, y que fue enviado al interior para reconocer el país en 1726, había penetrado hasta los Amicuanas, nación de largas orejas, que habita más allá de las fuentes del Oyapoc, y cerca de las de otro río que desagua en el Amazonas, y que allí había visto al cuello de las mujeres y de las hijas de aquellos las mismas piedras verdes de que ya he hablado, y que habiendo preguntado a estos indios de dónde las tenían, respondieron en su lengua que venían de los países de las mujeres que no tienen marido, y que las tierras de estas estaban siete u ocho días más allá, del lado del occidente.

« La nación de los amicuanas habita lejos del mar en países elevados, donde los ríos no son aún navegables, [149] y por eso no habían recibido verosímilmente esta tradición de los indios de Amazonas, con los cuales no tienen trato. No conocían más que a las naciones contiguas a sus tierras, entre las cuales los franceses del destacamento de Cayena habían tomado sus guías e intérpretes.

« Conviene desde el principio observar que todos los testimonios que he referido, y otros que callo, como aquellos de que se hace mención en las informaciones hechas en 1720 y después por dos gobernadores españoles de la provincia de Venezuela, están en sustancia de acuerdo sobre el hecho de las amazonas, pero lo que no merece menos atención es que, mientras estas diversas relaciones señalan el lugar de la retirada de las amazonas unas hacia oriente y hacia el septentrión las otras, y otras todavía hacia occidente, todas estas diferentes direcciones concurren a establecer el centro común donde ellas concluyen en los montes al centro de la Guayana, y en lugar donde ni los portugueses del Pará ni los franceses de Cayena han entrado. Esto no obstante confieso que tendría dificultad en creer que nuestras amazonas se hubieran realmente establecido allí, si no se tienen nuevas positivas de ellas, de boca en boca de los indios vecinos a las colonias europeas de las costas de la Guayana. Es verdad que es posible que estas mujeres hayan cambiado el lugar de su morada. Pero lo que me parece más verosímil que todo el resto es que hayan estado allí y las haya subyugado alguna otra nación, y que aburridas de su soledad al fin sus hijas hayan olvidado la aversión de sus ma-

dres por los hombres. Por eso, aun cuando no se encontrasen ya hoy vestigios reales de [150] esta república de mujeres, no sería bastante para afirmar que no haya existido nunca. »

No sólo ha existido, añado yo, sino que existe todavía. Es así. La nación femenil de que tantas y tan diversas naciones, y tan alejadas entre sí, hablaron a M. la Condamine tan claramente, existe todavía. Yo no soy testigo ocular de ello, pero es tal el relato que voy a hacer, que no se le puede negar fe, sino mediante sofismas.

Como preguntase yo pormenorizadamente a los quaquas, habitantes del Cuchivero, sobre las naciones que habitan en las orillas y en las cercanías de este río no sin renombre, una vez enumerados los aquerecotos, los payures y otros, me nombraron finalmente a una cuyo nombre es este: *Aikeam'-benanó*. Era yo, gracias al Señor, en estado de discernir no sólo los nombres compuestos de los simples, sino de entender el significado. ¿Cómo ?— dije al indio Vachá, que en un corro de quaquas lo contaba — ¿cómo una nación de solas mujeres? Esto quiere decir la palabra citada. Así es, dijo él. En el alto Cuchivero hay una nación que se compone de solas mujeres. Es sumamente belicosa, y en vez de hilar algodón como nuestras mujeres, fabrica de contínuo cerbatanas y otros pertrechos de guerra. Una vez al año — continuó él — admiten a hombres, y éstos con los voqueares, nación vecina suya y de la misma lengua que los tamanacos. Enseguida que están embarazadas, les dan en premio cerbatanas,[1] y los devuelven a sus países. En dando a luz matan a los varones y guardan las mujeres para perpetuar su nación. Hasta aquí Vachá, el cual [151] no sabía, al menos entonces, ni una palabra de español, para poder decir que había oído hablar de ellas a cualquier europeo y que introducía en la lengua de los tamanacos una fábula. Pero además de ésto, si se quisiera negar a este relato el crédito que a fe mía merece justamente, sería necesario decir que los quaquas no sólo son demasiado astutos, sino además mentirosos de modo ordenado y erudito. Añado que estas mujeres son de lenguaje semejante a los tamanacos, y si se quisiera negar con todo, lo dice la palabra *Aikeam'-benanó*, toda tamanaca.

Ténganse ahora en cuenta otras reflexiones. I) Lo voqueares son vecinos a los parecas, y de ellos yo oí hablar diariamente, y

1 En tam. *cratá*.

conocí a una muchacha voqueare llevada como esclava a mi aldea. II) Este relato oído por mí en América concuerda admirablemente con lo que leo en el viaje de M. la Condamine después de mi regreso de allá. El nombre Cuchivara, río por el que se dice que entraron fugitivas del Marañón las amazonas, no es nada desemejante del nombre Cuchivero, río donde habitan actualmente. III) Las amazonas del Marañón se dice que fueron por el Río Negro hacia el norte, y en realidad no están hoy sino al septentrión de este río. El río Iriyo, por el cual se dijo al señor la Condamine que se puede ir hacia las amazonas, aproximadamente está al oriente del Cuchivero, y por consecuencia ellas están a su occidente. Con poca diferencia el lugar disputado debe estar también al occidente del río Oyapoc. En suma, no ya verosimilitud, sino me parece ver en esto certeza. Que si a alguno le pareciera admirable, pero inverosímil mi relato, le rogaría que se tomara nuevamente no la pena, pero el placer de volver a escuchar a M. la Condamine:

[152] « Si para negar el hecho — dice él — se alega solamente la falta de verosimilitud y una especie de imposibilidad moral que hay de que semejante república de mujeres haya podido establecerse y subsistir, yo no insistiré más en el ejemplo de las antiguas amazonas asiáticas ni de las modernas de Africa, porque lo que leemos en los antiguos historiadores y en los modernos, al menos está mezclado con muchas fábulas y sujeto a dudas. Me contentaré con hacer observar que si han podido alguna vez existir amazonas en el mundo es ciertamente en América, donde la vida errante de las mujeres, que siguen a menudo a sus maridos a la guerra, y que no son ciertamente más felices en sus casas, ha debido, más que en otros sitios, hacerles concebir la idea y darles ocasión más frecuente de sustraerse al yugo de sus tiranos, buscando hacerse un establecimiento donde pudieran vivir en la independencia o al menos no estar reducidas a la condición de esclavas y de bestias de carga. Semejante resolución tomada y ejecutada, no debe parecer más singular ni más difícil de creer que lo que diariamente acaece en todas las colonias europeas de América, donde no es sino demasiado ordinario que los esclavos descontentos huyan en tropel a los bosques, y tal vez solos, cuando no encuentran persona que los acompañe, y que pasan allí años, y tal vez toda la vida en soledad.

« Haré finalmente observar que basta para la verdad del hecho que haya habido un tiempo en América un pueblo de mujeres que no hayan vivido en sociedad con los hombres. Sus demás costumbres, y aquella particularmente de cortarse un [153] pecho, que el P. Acuña les atribuye dando crédito a los indios, son circunstancias accesorias e independientes. Verosímilmente han sido alteradas, e incluso añadidas por los europeos, preocupados con los usos que se atribuyen a las antiguas amazonas de Asia, y el amor a lo maravilloso habrá hecho después que los indios las adopten en sus relatos. En efecto, si nos remontamos a las primeras nociones de las amazonas de América se hallará que el cacique Aparía, que advirtió a Orellana que se guardara de las amazonas, que él llamaba *conyapuyara*, es decir en su lengua, mujeres excelentes,[1] las describía guerreras y temibles, pero no hizo mención del pecho cortado, y nuestro indio de Coari en las historia de su abuelo que vio a cuatro amazonas, una de ellas amamantando a una niña, no nos habló de esta particularidad, tan propia de hacerse notar ».

Lo mismo digo yo también de las amazonas del Cuchivero, y del relato que el indio Vachá me hizo, no comprendí sino un pueblo de mujeres salvajes, en todo semejantes a las otras, excepto que no son débiles como las otras. Yo no les añado ni policía, ni riqueza, ni costumbres civilizadas. Pero en aquel mismo sentido las presento a mis lectores que me las describió el citado indio. Volvamos a nuestro autor, no sólo erudito, sino a la vez práctico a la par de los más valientes misioneros acerca de las costumbres indias:

« Sé que los indios de América meridional son mentirosos, crédulos y naturalmente atraído por lo maravilloso, pero estos pueblos nunca habían oído hablar de las amazonas de Diodoro de Sicilia[2] y de Justino. Y con todo hablaban ya de las amazonas los indios del centro de [154] América, antes que los españoles hubieran entrado allá, y al menos se ha hecho después mención de ellas entre pueblos que nunca habían visto a europeos ». (Tales son los quaquas y el indio Vachá, que no sabían, al menos en mi tiempo que existiese el Marañón en América, no siéndoles conocidos

---

1 [También parece que el primer elemento de esta palabra es el guar, *cuña* « mujer »; el segundo no consigo identificarlo; acaso, si es un híbrido, tenemos el quichua *apu* « excelso, grande »].

2 [Este historiador griego trata de las amazonas en el libro II, caps. 44-6].

sino pocos bosques sobre el Cuchivero y una parte bien pequeña del río Orinoco).

« Prueba esto mismo — continúa la Condamine — la advertencia hecha a Orellana dos siglos ha, haya él encontrado o no a las mujeres con que se le amenazaba, y siendo esta una cuestión aparte. Prueban lo mismo las tradiciones referidas por el P. Acuña y el P. Barazi. En fin, ¿puede creerse que salvajes de países lejanos entre sí se hayan puesto de acuerdo para imaginar sin ningún fundamento el mismo hecho? ¿y que esta pretendida fábula se haya extendido a más de 1.500 leguas de distancia, y que se haya adoptado tan uniformemente en Maynas, en el Pará, en Cayena, en Venezuela (y añado, entre los quaquas del Orinoco), entre tantas naciones que no se entienden entre sí y que no tienen comunicación alguna?

« Para concluir alguna cosa sobre ésto, digo que no veo punto de imposibilidad moral en suponer que pueda haber existido en tiempos una sociedad de mujeres que vivieron sin tener una comunicación habitual con hombres. (¿Y qué hubiera dicho la Condamine si hubiese sabido su actual existencia en las espesuras del Orinoco?). Que si esto ha sido posible alguna vez, sin duda es entre las naciones salvajes de América, donde la multiplicidad de testimonios no concertados hace el hecho verosímil, y donde hay en fin toda la apariencia de que esta sociedad no subsiste ya en nuestros días ». Hasta aquí la Condamine.

[155] Quedo no poco maravillado, después de tan bien fundadas premisas, de esta extraña consecuencia. Y sin embargo, atendidas las informaciones tomadas por él, quedaba todavía por ver si estaban, al menos en parte, en el lugar que tantas veces le fue indicado, y no estaban ya deshechas del todo las amazonas o por guerras tenidas con otros o por cansancio del celibato temporal. Yo soy de parecer que existen todavía, y como sin haber sabido antes lo que la Condamine escribió hallé casi casualmente que están cerca del Cuchivero, y aporto a esta historia una luz que antes no tuvo, así quizá alguno con el decurso de los años vendrá que diga sin mentiras haberlas visto y tratado. Pero hoy las creo bastante pocas, y en número que no excede el de las otras naciones del mediodía.

Capítulo VII

Perspectiva del país interior del Orinoco.

Libres ya de las cosas que más podían urgir a los literatos o más bien a aquellos que gustan de las novedades y lo maravilloso en la historia, demos, antes de meternos en la vasta materia de los vegetales y de los animales terrestres, demos, digo, una ligera ojeada, volviendo los ojos a todas partes, a varias cosas del continente.

Y para hablar primeramente de la tierra, hacia el Orinoco no es ordinariamente fértil ni buena. Es comunmente rojiza, y lo que es peor, arenosa. En el invierno por lo demás es óptima para sembrar en ella maíz, fréjoles y otras cosas propias de aquel clima. Pero en los tiempos secos es de poquísima utilidad. Los países alejados del Orinoco, particularmente en los matos, son [156] de terreno mejor. Mucho más fértil, también en la proximidad del Orinoco, sería aquella tierra, si no hubiera tantos insectos. Especialmente las hormigas hacen un daño lastimoso en los sembrados. En lo demás, los países al sur del Orinoco son como todos los demás del mundo. Se encuentran, andando por allí, ora montes, ora prados, ora lugares difíciles, ora fáciles para viajar.

Cuando se oye prados, se creerán acaso semejantes a los nuestros.[1] He aquí lo que son: algunos en tamaño son tan extensos, que sobrepasan las diez y las doce millas. En Casanare parecen un mar. Desde este río hasta el Meta se va por tres o cuatro días siempre a través de prados. Allí el sol, como sin el reparo de los árboles, que son bastante raros, es abrasador, y si no fuera por miedo a los guahívos salvajes, que se evitan más fácilmente en un prado, todos elegirían viajar mejor por las selvas.

Pero este viaje también es muy molesto. Además de la altura desmesurada de los árboles, y la oscuridad que consiguientemente hay, también en día claro, son tan apretadas, tan espinosas y tan enredadas las selvas, que no se puede entrar en ellas sin un rústico hierro en la mano para cortar los tallos y abrirse a cada momento

1 Los prados de los países salvajes de América son muy hermosos de ver, pero rústicos e incultos. Los españoles los llaman sabanas o pampas.

el camino. Los indios, que en los grandes matos tienen la facilidad de viajar que nosotros por las calles de nuestras ciudades, van burlando los estorbos y haciendo el camino a paso lento. Si deben después volver a recorrer el mismo camino, de cuando en cuando rompen o doblan un pequeño ramo de los árboles bajo los que pasan, y esta señal les sirve en los enredos de las selvas para no equivocar el camino.

[157] En estas selvas se goza por lo demás un gentil fresco, que inútilmente se buscaría en las casas o en las orillas más amenas del Orinoco. Pero de noche hay tal oscuridad, que si se une el graznar de los sapos y de melancólicos pájaros nocturnos, pone horror y espanto. No lejos de las orillas del pequeño Auvana fijé una vez mi ranchería en la selva, que en aquellos lugares es densa y altísima. Estuve siempre a oscuras, quiero decir, de noche, y con sorpresa mía, habiendo salido de allí a los pocos días, y habiendo vuelto al Orinoco, donde el horizonte es grandísimo, vi (en Auvana no pensé en ello) la luna de noche en su más bella claridad y altura.

Los montes son altos, mas no mucho, y quitado el Chamacu, el Yavi y el Yuyamari, que son de altura bastante sorprendente, los otros son como los nuestros. Es notable por lo demás que tanto a las orillas del Orinoco como en el interior, hay varios montes que son todos de roca. En las cercanías de Pararuma hay un monte de esta hechura, llamado el Castillo. No siendo todo sino roca viva, tiene en su cima una selva donde se puede sembrar, y en efecto los sálivas, que sembraban allí antes, recogían maíz y yuca.

Más admirable, pero en distinto género es, sobre el Auvana, el Carivirri. Este es un monte horadado en medio como con una ventana, de la altura de un elevado companario, cuadrado y llano en la cima, de modo que si el trabajo mereciera la pena, se le podría hacer un castillo. Se ve viajando por el Auvana, bien de una parte, bien de la otra, dado su tortuoso giro. Es cosa muy agradable en aquellos lugares, y [158] cuando oculto por los árboles se cree muy lejano o desaparecido, se ve que vuelve a presentarse como un enamorado.

Pasemos a los lagos y a los ríos. En las cercanías del Orinoco hay muchos lagos, muy ricos en peces, pero todos de tamaño mediano. Tal es, por callar de otros, el de Curiquima, el lago Rorotpe y la Guaya. En cada uno de estos lagos, además de los peces, hay serpientes grandísimas. Tierra adentro, que me sea conocido, no hay ningún lago, si quitamos el célebre de Parime.

Hay también de cuando en cuando, además de los ya citados, que de ellos se originan, riachuelos o canales. Pero en los tiempos secos o verano no conservan sus aguas sino estancadas y divididas en lagunitas. En estas, si viajando se tiene sed (y ordinariamente se tiene ardientísima) hay que beber, sin mirar, si no se quiere morir de sed, que estén llenas de insectos o de otras cosas sucias. Así, después de un largo e incómodo viaje, bebí sabrosamente en un riachuelo no lejos de Rimi-panó.

LIBRO CUARTO

De los vegetales de los países interiores del Orinoco

[159] LIBRO CUARTO

De los vegetales de los países interiores del Orinoco

Capítulo I

De los árboles.

Puesta así bajo los ojos, y esbozada como en perspectiva general la tierra que está al mediodía del Orinoco, en este libro, dando principio con los vegetales, hablemos particularmente del resto, pero siempre en lo físico y natural, sin tocar sino de paso a lo moral. Hemos dicho arriba acerca de los árboles vecinos del Orinoco y casi fluviales, diremos ahora de los terrestres.

No el más bello ciertamente, pero el más útil y estimado de todos es la márana. No nos confundamos con los nombres: márana se llama en el Orinoco aquel árbol que produce el famoso bálsamo y aceite llamado en nuestros países copaiba. Mas esta voz, convertida ya en la italiana *coppaibe,* no es orinoquesa, y está tomada de [160] otras comarcas americanas. En el Orinoco el nombre márana, que es de origen tamanaco, no es el único con que se llama este precioso licor como también el árbol de donde mana. Se llama también *curuqué* o *curucai,* tanto por los caribes como por los maipures y otros. Los españoles lo llaman aceite de palo. La voz *canime* con que lo designó Gumilla[1] ha caído en desuso.

Es muy conocido lo que de la márana escribió Gumilla, y no debo de repetir lo mismo sin ningún provecho. Me agrada hablar pasando por alto lo antiguo. Será mi cuidado contar con toda

---

1 *Hist. de l'Orenoque,* tomo II, cap. 20.

diligencia lo moderno, y lo que se ha descubierto después. Remitiéndome, pues, a su libro, a mis lectores que saben el valor y la estima en que todos tienen a la márana, no quiero hablarles sino de poquísimas cosas.

Buscada hoy y perseguida por los españoles y los indios la márana, se ha convertido en rarísima en el Orinoco. No se corta ciertamente el gran tronco, pero ¿qué importa? Se horada, para sacar el jugo, impunemente por todos. Recogida en la época seca es mejor. Si en invierno, o por malicia de los que la recogen entra agua, o se pone esta en los *taparos*, no tiene ya su natural virtud, o al menos es débil. La mejor es casi maciza y rojiza. No os fiéis de la blanca, que tiene agua.

Se vende en el Orinoco por los indios este precioso bálsamo a seis *paolos*[1] el frasco, por los españoles más escrupulosos en sus negocios, a doce. No todos los árboles producen igual porción de jugo. Uno en mi tiempo fue horadado en la Encaramada por un español, y como [161] fruto de su pequeño y breve trabajo le rindió diez y seis frascos. Pero estos son casos rarísimos. Diremos en su lugar de la utilidad que de la márana saca la medicina.

En los lugares donde nace el árbol márana se encuentra ordinariamente otro que se llama cabeza de negro. Se parece en la figura, más que cualquier otro árbol orinoquense, al castaño. Sobre todo se le parece en el fruto, el cual, sin ser de ninguna utilidad, es espinoso y redondo, como el del castaño nuestro. La ceniza de este árbol es excelente y se aprecia sobre toda otra para hacer jabón. El pardillo es de color castaño claro con venas negras, de olor agradabilísimo y muy a propósito para los usos de los carpinteros. El cartán[2] es amarillo, de olor semejante al del aceite de linaza, fácil de trabajar y bueno para todo uso doméstico. De color violáceo, pero demasiado resistente a la azuela y al hacha es el árbol llamado por los españoles carpintero. El *avicú* es una especie de álamo blanco, fácil de trabajar, casi del mismo color, y propio de los charcos y del agua.

El paraguatán es rojo, y una especie, en mi opinión, de palo de Brasil orinoqués. Si se ponen algunos trozos de esta madera

---

1 [Sabemos que el *paolo* era una moneda pontificia correspondiente al real de plata hispanoamericano (cf. p. 228).]

2 En tam. *pantáni*.

en un cuenco con agua, la vuelven bastante roja, y si se añade harina y se mezcla con ella, se hacen hostias rojas muy buenas para sellar las cartas.

Fuera del *avicú*, del *cartán*, del cedro dulce, del pardillo y del márano, no hay, al menos en las proximidades del Orinoco, otros árboles de que [162] se puedan hacer mesas. En el interior, donde los árboles son más altos, gruesísimos y de especies bastante raras, hay sin duda muchos. Es frecuente cierto árbol de infinita grandeza, llamado por los españoles cumaca.[1] Puede decirse que es una especie de cedro, aunque no es bueno para tablas. Se trabaja tan fácilmente, que en un abrir y cerrar de ojos se puede hacer, como cortando queso, una barca, pero dura en proporción a la fatiga que cuesta fabricarla, pues esta clase de madera no sirve en el agua. El tronco y los ramos son de un verde bastante agradable, pero de vez en cuando el uno y las otras están armados de puntas agudísimas, las cuales, cuando envejecen caen espontáneamente en tierra, y escondidas entre las hojas y los frutos marchitos, atraviesan los pies de los caminantes. Es grande, dura y con venas la múltiple raíz externa de la cumaca, y si aquellos fueran lugares de civilización, sería quizá de gran utilidad. De utilidad mayor podría ser una especie de algodón o de seda que se encuentra en el fruto de la cumaca. Se dice que es excelente para rellenar colchones. Pero si yo, nacido en Italia, o por descuido o por acomodarme al estilo de dormir de aquellos lugares de dormir en hamaca, no hice jamás uso, piénsese qué caso harán los indios, a los que la industria y el arte son nombres desconocidos aún. Cae de los árboles por sí misma y queda tirada por el suelo como cosa sin precio.

Arboles buenos para hacer vigas y construir las casas al modo orinoquense son el carimiri, el aravone, el camaracato, y muchos otros, que nacidos ordinariamente en las peñas y en los montes son también de maravillosa duración bajo tierra. Es también bueno para hacer casas [163] el árbol de que tanto escribió Gumilla y que se llama por los españoles árbol del burro. Los tamanacos lo llaman *arara*, y se encuentra en abundancia en la Encaramada.

---

1 O también ceiba, en tam. *macá*.

Capítulo II

De los árboles fructíferos.

No todos agradables y saludables, pero en abundancia ciertamente sorprendente se encuentran en las selvas del Orinoco muchos árboles que producen en toda estación frutos. Son estos para los orinoquenses, que perpetua y golosamente comen de ellos, ocasión de cuidarse poco o nada de los frutos que se pueden obtener con trabajo y arte. Los guahívos, contentos con raíces salvajes y fruta, no hacen más que andar por las selvas para coger las que quieren. Son aficionados al maíz, a la yuca y a otros frutos cuyo logro acarrea fatiga a los otros orinoquenses, pero poco, y comunmente estimulado por los misioneros.

A decir verdad, son en parte dignos de compasión. Tanta es, aunque trivial, poco saludable y no raras veces abreviadora de la vida, la abundancia de frutos que produce sin ningún trabajo de ellos la tierra. Son los frutos, si queremos hablar justamente, un suplemento al menos del hambre. En un país nuevo, donde, no habiéndose hecho los sembrados, nada se encuentra al principio, ¿qué comer, sino frutas silvestres? Así tuve mucho tiempo que pasar o arrastrar la vida lo mejor posible, no sólo yo, sino los tamanacos conmigo, de los que yo era entonces el misionero. Ellos, por la distancia de sus antiguas [164] moradas, que acababan de dejar para establecerse en las orillas del Orinoco, yo porque, como nuevo todavía en aquellos lugares, y alejado de las antiguas reducciones, vivíamos casi únicamente de frutos. Que no ocasione sorpresa que yo, que debo a las frutas la vida, hable de ellas con cuidado y por extenso.

Comencemos por las de invierno, porque precisamente en invierno, es decir, el primero de marzo de 1749, hacia fines del verano en Orinoco, llegué a la Encaramada. Ya hablé más arriba de las tucurías y del mepe, frutos míseros, febriles, pero con todo, alimento mío delicadísimo en aquellos principios. Me los traían en abundancia, pareciéndoles que me proporcionaban un paraíso, las mujeres tamanacas. Frutas malas y de sabor nauseabundo son los que produce cierto arbusto que se llama chirimoya. No son estas las cultivadas y de huerto. Estas aún hoy día, civilizados los habitantes aquellos, son rarísimas en Orinoco, y no es mi objeto, al

menos por ahora, hablar de frutos que sean producto de la industria o del arte.

Crece en gran abundancia en los prados vecinos al Orinoco y lejanos de él el *moromo* y el *canune*.[1] Estos arbustos se parecen unos al laurel y otros al mirto. Sus frutos son sabrosos cogidos a tiempo y antes de que las lluvias, a las que por poco tiempo preceden, los vuelvan insípidos. Se halla, también sabrosa y agradable, cierta especie, cerca de las selvas, que sobrepasando la naturaleza de un arbusto produce frutos más grandes y es de la altura de un manzano ordinario. El *yore*, fruto de un árbol del mismo nombre, verdoso en la corteza exterior [165] y de un lindo rojo por dentro, tiene la carne unida a un hueso, tan blanca, tan dulce y delicada, que parece semejante al azúcar.

El *rimi* es fruto de un árbol comunmente bajo, de hojas gruesas y blanquecinas, pero sabrosísimo. Es del tamaño de una buena naranja, de color café, de corteza gruesa pero tierna, y por dentro de una carne tan líquida, que se come con cuchara. Hay en invierno en abundancia extrema en la Maita, en el lugar que precisamente por esto se llama entre los tamanacos *Rimi-panó*, esto es, lugar de *rimi*. Pero no es preciso ir tan allá para buscarlos. Se encuentran casi por todas partes en las colinas y en los montes.

El fruto de la *guayavayá*,[2] que se parece a nuestras algarrobas, no es desagradable. Otro, cuyo nombre es *uari*, es del tamaño de una pera española, dulce y sabroso, pero tal que para comerlo requiere dentadura de joven. Pasemos a una fruta no muy desemejante de las nuestras.

Hay en aquellos lugares ciertos árboles, los cuales en la altura y en los frutos, pero no en las hojas, pueden llamarse castaños. Los tamanacos los llaman *charas*.[3] Su fruto no tiene la corteza externa gruesa que tienen las nuestras, sino sólo la membrana interior, de la que está cubierta sin zurrón ni ningún otro estorbo. Nunca he comido asadas las charas, ni se por qué no se me antojó esto, pero muchas veces y con gusto las he comido cocidas, y reconociendo que las nuestras son más tiernas y agradables, no son ciertamente desagradables las orinoquenses.

---

1 En esp. *guayavillas*.

2 En esp. *algarrobo*.

3 En esp. *charas* o *guaimaros*.

El *carimari*, que se halla en Auvana, y en las grandes sabanas, [166] es fruta más sabrosa que ninguna otra. Su tamaño es como el de una manzana. El interior no sólo es fácil y agradable de comer, sino que puede decirse que es potable. Tan fácilmente pasa al estómago.

Pero entre tantas frutas salvajes, daría yo la primacía a la que produce el *carimiri*,[1] que se da en verano, y además anuncia el buen tiempo. Dada la altura del carimiri y la pereza de los indios, estas frutas se recogen maduras y caídas al suelo desde el árbol. Son pequeñas, alargadas y de color turquí, pero de sabor tan agradable, que parece que en aquellos desiertos se come nada menos que a la uva pasa. Dejándolo arrugarse guardado, el carimiri se vuelve más agradable que cogido fresco en las ramas. No todas ordinariamente, pero sí muchas de estas frutas, tienen por fuera una lágrima, diríamos, que parece y es verdaderamente una especie de azúcar. Esta se forma del jugo interior, y sale al madurarse o secarse el fruto del carimiri, y una vez coagulada queda unida por fuera.

El *areive* es un fruto del árbol del mismo nombre. Este árbol, que no parece desemejante en mucho a nuestros perales, no se encuentra por todas partes. Su fruto es del tamaño de las almendras mayores, aplastado como ellas, pero con cáscara de color café, sutil y lisa. Es muy apreciado el fruto del areive porque es muy delicado y semejante en mucho a las peras.

Hablemos del *caruto*,[2] árbol frecuentísimo en las selvas del Orinoco. Su tronco es de color ceniciento; también son cenicientas sus hojas, y terminan [167] en punta. El fruto es del tamaño de una manzana y alargado, y llegado a su madurez no disgusta a muchos, especialmente a los orinoquenses. Si se machaca verde, suelta un jugo negro muy semejante a la tinta, y en efecto sustituye a esta cuando se viaja por las selvas.

De estos árboles que he enumerado en gracia a nuestros naturalistas, y de muchos otros, de que trataremos o separadamente o por incidencia después, puede con evidencia inferirse cuánto se diferencia en sus producciones naturales América de nuestro mundo, y si alguna vez se parece a alguna de las nuestras o en las hojas

---

1 En esp. *niñas*.

2 En tam. *carutí*, en esp. *jagua* o *carúto*.

o en los frutos o en otra cosa, su genio se muestra enseguida, y apareciendo bajo diverso e inesperado rostro, se aleja del todo de nuestros aspectos. Hela aquí magnífica en otra especie de vegetales (Nota XIII).

Capítulo III

De las palmeras.

El más hermoso árbol que se pueda ver en América, y en especial en los países del Orinoco, son sin duda las palmas. Pero no esperen mis lectores que yo vaya a hablar aquí del coco, rey, si así nos agrada hablar, de todas las palmeras. Es palmera el coco, pero cultivada, y que se planta para hacer un palmeral al modo de nuestros olivares. En Orinoco, país nuevo y habitado de gente que no trabaja, excepto en la Guayana, no hay aún cocos. Y luego que no es mi tema ahora hablar de los productos de la industria y del arte. Pasemos a las palmeras que sin el hombre ha puesto el Creador allí.

[168] La primera en presentársenos, porque es nativa no menos del interior que de las vecindades del Orinoco, es el muriche, llamado también el *quiteve*. Esta palmera es alta y bella y nace junto a las corrientes de agua y en lugares al menos húmedos y bajos. Si viajando no se encuentra agua, sin peligro de equivocarse se puede excavar la tierra en aquel lugar donde alguna de estas palmeras se alza como errante y separada de las otras. Mas de ordinario las palmeras muriche están en la llanuras y en compañía generalmente apretadísima de sus semejantes. Mucho escribió de esta palmera Gumilla. Yo no diré sino muy poco de ella.

Del fruto de la palmera muriche, que está cubierto de una cáscara que consta de pequeñas escamas, alargado y de carne amarillenta por dentro, hacen gran uso todos los orinoquenses universalmente. Pero son especialmente golosos de él los maipures, y no sólo lo comen, sino que como veremos en otra parte, hacen de él bebidas que son, a creerles, sabrosísimas. De las puntas tiernas, o digamos de los brotes de esta palmera, secadas al sol, hacen bramante o hilo, con el que están tejidas las redes de dormir.

Con las hojas colocadas como otras tantas tejas cubren los techos de las cabañas. Pero sobre esto volverá el discurso en lugar más apropiado.

Es palmera pequeña y espinosa, pero estimable por su fruto, que es del tamaño de la uva de parra y de un sabor algo semejante a la uva, el pequeño *píritu*. Del tronco de esta palmera, que es negro y sutil, se hacen comunmente las pipas. Semejante al *píritu*, pero de tronco más grueso y de espinas más largas, es cierta palmera llamada por los tamanacos *amacachí*. Esta [169] palabra significa peine, y en efecto la madera del *amacachí*, aunque burdamente dispuesta, les sirvió en los tiempos antiguos de peine. Palmera también espinosa y aficionada a los peñascos y las selvas, es el corozo, llamado por los tamanacos *avará*. Su fruto es durísimo y no se puede romper sin una piedra. Lo cuecen en abundancia los tamanacos; con la poca carne que tiene bajo corteza amarillenta, no es desagradable. La almendra interior es sabrosa, pero bastante estoposa y dificilísima de masticar.

Por muchos, especialmente negros e indios, se tiene en gran estima el jugo de esta palma, que abusando de los nombres llaman vino. Para hacerlo cortan la palmera, hacen en ella de arriba abajo un canal, y el jugo interior va poco a poco a caer en un vaso que ponen para recogerlo. Lentamente y después de algunos días, una vez salido todo el licor y fermentado al sol, como también podrido por la parte interior del árbol, se torna de un sabor que puede ciertamente embriagar, pero no puede nunca llamarse vino. Se dice es útil para las parturientas y para los tísicos.

Hablemos de palmeras mejores. No es demasiado agradable, porque parece que sabe rancio, pero tampoco es desagradable el fruto de la palmera *uachai*.[1] Esta extiende en abundancia largas ramas, que verdes al principio cuando están maduras y buenas, se vuelven después amarillentas. El fruto del *uachai* es estimado muchísimo por los indios. Por ellos y por todos debe ser estimado el renuevo. Sin abrir todavía, y sin separarse las hojas, digamos así, es de un sabor agradabilísimo, y nada desemejante al sabor de nuestras almendras. Comí de éste en las aldeas de los parecas, donde se halla en abundancia, y creo que no he comido [170] cosa mejor en aquellos desiertos. Los renuevos de las palmas son todos

1 En esp. *cucurito*.

de buen sabor, y son buscados aun por los más exigentes, pero el sobredicho es el más sabroso de todos.

Otra palmera no desemejante en la figura, en las hojas y en la altura del cucurito, es llamada por los tamanacos *coróva*. Y esta sí que merece ser comida por todos. Hay abundancia sorprendente en un sitio llamado por los tamanacos *Chaparacá*. A los principios de establecimiento de estos indios en las orillas del Orinoco, estaban tan entuasiasmados y golosos, que no pasaba ordinariamente año en que, para coger su fruto, no quisieran detenerse por lo menos un mes en este lugar. Estas eran sus vacaciones. Hacían allí, colgados de redes bajo sus ramas, una estancia gratísima. Comían contínuamente y con gula, y no se si les sería más agradable a los africanos y romanos el celebradísimo loto.[1]

El fruto de la corova se come crudo, y es de una carne de dulce agradable, amarilla, tierna, y ligeramente unida a un hueso duro, dentro del cual hay también una almendra muy buena. Pero los tamanacos hacen propiamente la anatomía de este fruto, y no contentos con el uso antes dicho, las mujeres la machacan en morteros de madera para hacer también pan. He aquí el modo: puestos dentro del mortero enteros los frutos de la corova, los machacan un poco, para separarles la corteza con largos palos. Sale machacándolos así toda la pulpa, la cual, cuando el fruto está maduro, es morbidísima. La echan después en un colador ralo de palmas, para limpiarlas de los huesos y de las cáscaras, y uniéndola bien junta, hacen hogazas, las cuales, [171] como diremos en otro lugar, se cuecen en lajas con fuego, levantadas de tierra medio palmo. Este pan, aunque parezca una especie de dulce, no es cansado, y les gusta mucho no menos a los indios que a los europeos. Las tamanacas llenaban sus canastos, y muy contentas, como trayéndome una comida agradabilísima, me hacían partícipe de él al volver a sus casas.

Pero internémonos ahora, dejadas las selvas más próximas al Orinoco, en los matorrales más espesos. La palmera allí más célebre, alta y de hojas más bellas, es la que los españoles llaman seye. Merece saberse su nombre en las lenguas indias. Es de dos

---

1 [El P. Gilij alude al loto de que habla Homero en la *Odisea* IX 84 ss., el « manjar de flores » que hacía olvidar el pasado y que el que lo probaba no quisiera ya abandonar el país; los autores romanos aluden repetidas veces a este árbol legendario, y también aplicaron su nombre a diferentes especies vegetales.]

especies. La una se llama por los tamanacos *quanamári*, y esta es de fruto más grueso. Otra, llamada por los maipures *pupérri*, y por los tamanacos *kimú*, es de fruto más chico. Pero los pequeños y los grandes, no exceden los frutos de estas palmeras el tamaño de las aceitunas. Pero el del *quanamári* se parece más a las españolas; mientras que se asemeja más a las nuestras el del *pupérri*. Y verdaderamente parece el seye el olivo de estos países, y si no fuese por la cáscara, que aunque semejante a las aceitunas es sin embargo más dura, sus frutos serían tomados en cambio y se creerían frutos del olivo. Su tamaño, el color y el aceite que del pequeño seye se hace es en todo semejante al nuestro. Están muy lejos del Orinoco estas palmeras, y yo no las he visto más que una sola vez en el río Auvana. Del aceite, igualmente, no tuve más que una pequeña garrafa que me mandó de regalo el P. Olmo. Pero puedo decir que el color es semejantísimo a nuestro mejor aceite. Los maipures y otros indios de los países del interior lo usan para untarse. No sabría decir si es también bueno para otros usos.

[172] Además de la ventaja del aceite que se extrae del fruto del seye menor, los maipures usan de este fruto también para bebidas. Para hacer esta bebida, se pone a calentar agua, y enseguida que esté tibia (digámoslo a la maipure) se echan los *puperri*. Apenas metidos estos, están tiernos y cocidos, y se sacan inmediatamente. Si están más tiempo y empieza el agua a hervir, se ponen durísimos. Después de esta ligera cocción se ponen en un vaso en el que haya agua fresca, y macerados en ella bien, sale una bebida blanca muy semejante a la leche. Colada por un colador o *manare*, y limpia así de las cáscaras, es muy estimada por los maipures. Pero siendo, como se cree, frigidísima, no se debe hacer sino un uso moderado de ella. Los maipures, con los que yo viajaba, nunca se sacian de ella, y como la corova es el loto de los tamanacos, así el ídolo más propio de estos indios es el puperri.

El timiti es una palma de la que se hace en el bajo Orinoco gran uso para cubrir las casas. Tiene las hojas y las ramas más largas que cualquier otra palmera, siendo su longitud al menos de dos varas. Pero como vi pocas veces y sólo de paso el timiti, no sabría decir de su fruto. El *avatá*[1] es la palmera más bella, quizá

1 En esp. palma real.

también la más alta de todas, y su fruto, tanto en la figura como en el tamaño, no es demasiado diverso del de la corova. Tampoco es ingrato al paladar, Pero no tal que se pueda asemejar en el sabor al fruto de la sobredicha palmera.

En Auvana, y en otras partes, no lejos de las orillas del río, hay cierta palmera baja, que casi sin tronco se expande en muchas ramas. Los maipures la llaman [173] *cutí*. Su fruto es del tamaño de una nuez. De su carne no se hace ningún caso por los indios, pero el alma que se saca, una vez roto por la fuerza el hueso, y que se come ligeramente asada, es sabrosísima, y no se diferencia mucho de nuestras nueces. Muy semejante al cutí, como en el nombre también en lo demás, es el sicutí. Hay que notar también cierta especie de muriche pequeña, cuyo nombre he olvidado. Se ve de vez en cuando en las orillas del Auvana, pero en Orinoco no se halla.

Palma también de grandes sabanas y de madera negra y dura como el guayacán es el *arácu*. La *cratá*, de cuyo tronco vaciado se hacen los indios las cerbatanas, se encuentra en lugares elevados y alpestres, y es del grueso de las cañas comunes.

Para evitar el aburrimiento de volver a hablar luego de las palmeras, digamos finalmente de una palmera cultivada. Los indios del alto Orinoco, y en especial los maipures, en cuya lengua se llama *uepi*, la tienen en infinita estimación y la plantan en abundancia en sus campos. Yo no vi nunca esta especie de palmeras, y para dar alguna noticia a mis lectores repito el relato que me transmitió un famoso misionero español: « Lo que más abunda, dijo él, en los países de Macatúa en el Airico, y lo que mayor socorro fue para nuestra hambre, fueron las frutas de esta palmera, llamada por los indios *pipirri* o *pipigi* (en maipure *uepi*). Como había en abundancia de estas hermosas frutas, se cocieron muchas en varias ollas. No se comen crudas, saben a castaña, y su hueso circundado de una pulpa abundante, sustanciosa y sabrosa, es pequeñísimo ». He aquí otra especie de loto para los pobres habitantes.

[174]

Capítulo IV

De la canela, del cacao, de la vainilla y de otros vegetales singulares de las selvas del interior del Orinoco.

No hablamos aquí de la canela asiática, que se trae a Europa de las Molucas, de Ceilán y otras partes. Esta especie de canela no existe, que yo sepa, en América. La asiática de que hacen uso en aquellos lugares, es llevada por mercaderes europeos, y después de tantas vueltas por el mar, vale allí muchísimo.

Hay sin embargo en el Río Negro, y la he visto traída por los indios, y por otros, varias veces, cierta especie de canela americana. Es más sutil que la asiática, y de color más apagado. Se vende barata, y porque de poco precio, era usada por los misioneros. Pero su sabor es áspero, y no es tan olorosa como la que viene de Asia. Además, hecha alguna experiencia por los misioneros, se halló que era útil, hervida a modo de te, para curar las fiebres.

La canela orinoquense no fue descubierta sino después del año 46 o 47 de este siglo. Hallóla el primero en las aldeas de los piaroas el P. Francisco Olmo. Ha sido después encontrada por otros, en diversas ocasiones, en las excursiones que se solían hacer tierra adentro por los misioneros en busca de bárbaros. La corteza de esta canela, que se llama entre los tamanacos *uarimácu*, es áspera y tosca al tacto, del grueso de las de nuez, y de un color entre el castaño y el rojizo.

El fruto no es desemejante de las nueces que llamamos moscadas, y Dios sabe si no son acaso aquellas mismas, porque como estaba muy alejado de mí el guarimaco, [175] no pude hacer ninguna prueba. Las hojas, también olorosas, son de color verde, tirando a blanquecino. Se encuentra también este árbol en los países de los parecas, que se han hecho cristianos en los últimos años. Era mi deseo hacer una excursión allá cuando tuviera tiempo, y si la hubiera logrado hacer, daría más noticias, que ahora, como me faltó el tiempo para explorarlo, estoy obligado a dejar.

El árbol que con nombre extranjero llamamos en Italia cacao se halla también en el Orinoco. Ha sido descubierto y se han conocido más particularidades en estos últimos tiempos. Traían primero el cacao, aunque raras veces, los habitantes del alto Orinoco. Pero no se tenía de él más que una noticia general y confusa.

El sargento don Francisco Bobadilla, y algunos otros soldados, enviados al alto Orinoco por el cabo de escuadra señor don José Iturriaga encontraron pocos años antes de mi partida el país donde nace. El mismo, Bobadilla, me contó después lo que brevemente añado.

El país del cacao son las tierras de los maquiritares, los cuales, como he dicho, están en el Orinoco más remoto. Estos indios, dueños de su buen fruto, no hacen otro uso de él que chupar cuando está madura la externa y muy sabrosa carne. La almendra, de que ellos nada se cuidaban, estaba tirada, dijo él, por el suelo, como juguete y alimento de topos y de variadísimos insectos que allí se encuentran en abundancia. El uso que aquí se hace de él para el chocolate era completamente ignorado por aquellos bárbaros.

¿En qué abundancia existe? le pregunté yo. — No hay, repuso, sino poquísimos árboles, y estos mismos no agrupados, sino dispersos acá y allá por la selva. — Hasta aquí Bobadilla. Sin embargo en el interior (si no en las cercanías del río, del cual acaso se [176] alejó poco Bobadilla) creo que puede existir en abundancia. El sabor de este cacao es poco agradable, y es bastante más áspero que el del Marañón. No hacían comunmente gran uso de él, y a él acudían sólo cuando faltaba otra clase. Domesticado y haciendo plantaciones en terreno oportuno, como en otras partes se suele, quizá sería buenísimo.

No se usaba los años pasados sino llevada del río Casanare, esto es, de país lejanísimo del Orinoco, la vainilla, tan celebrada en Italia. En mis días también fué descubierta esta en el Orinoco. Se encuentra, pero rara, en la Encaramada, y me pareció, en lo que entendí, una especie de hiedra gruesa, que se enreda en los árboles para sostenerse. Las bayas de esta hiedra americana, cogidas maduras, secadas al aire en una habitación, y después vueltos de verdes en negruzcas, son la famosísima vainilla. En los países de los parecas la hay en maravillosa abundancia.

¿Qué uso se hace de ella en Orinoco? Ninguno por los indios, excepto los parecas que acabamos de citar, los cuales ensartan juntas las bayas y hacen, no se por qué capricho suyo, collares para adornar el cuello. Los españoles la juzgan poco sana, bastante cálida, y propensa a llevar a la tisis a quien la usa, y al menos allá no la usan en modo alguno en el chocolate. Los más grandes señores con los que tuve trato en aquellos países hacen también lo mismo. El olor sin embargo, que allí, como en su propio clima,

es muy penetrante, les parece a propósito para poner perfumada la ropa blanca, y a tal efecto ponen entre ellas alguna bayas.

Pocos meses antes de mi regreso a Italia me dieron los parecas noticia de cierta caña que nace en sus sabanas, la cual, por el relato que me [177] hicieron tomé por la que llamamos caña de las Indias. Además, de estas los sálivas hacen bastones de diversos y agradables colores naturales, que se apreciarían mucho en Europa. Vi a un señor español que hizo de ellas una abundante colección para llevar a España.

Por todas partes en el Nuevo Reino, como también en el Orinoco, hay ciertas cañas silvestres que los españoles llaman guaduas.[1] Son de la altura y grueso de un árbol, y se expanden en muchos ramos, armados de espinas agudísimas y duras. Aunque sean inapropiadas por su grueso para hacer de ellas bastones, son sin embargo excelentes para otros usos. Abiertas y divididas en dos partes por el medio son canales para el agua. Si se dividen en cuatro o más, sirven para hacer travesaños a los que se atan las ramas de palma para cubrir las casas. Cortadas cerca de los nudos, son vasos para guardar el tabaco de fumar y el rapé y lo que a cada uno le plazca. Son si se quiere vasos para alcanzar agua en los viajes, y para llevar dentro sin romperlas las velas de sebo. Diré en otro lugar acerca de cierta superstición que sobre estas cañas tenían los tamanacos. Como en selvas donde todo es diverso de nuestro mundo, se hallan también otras cañas. La *carapacá* es del grueso de las nuestras. La *rue* es más pequeña, pero las dos son a propósito para hacer, aunque a la bárbara, instrumentos de viento.

La quina, tan célebre para frenar las fiebres, se encuentra en el Orinoco en los países donde están los capuchinos. Así he oído a muchos. Por lo demás yo no la he visto nunca, ni de la nacida allí, ni de la llevada de otra parte se hace uso en Orinoco, existiendo febrífugos que [178] si se usaran bien no hacen echar de menos la quina.

El café se planta allí por los españoles de Guayana. Pero los indios no se cuidan de semejantes bebidas. Te no hay, que yo sepa. Se encuentra en cambio cierta hierba, no desemejante del te verde, que los españoles llaman escobilla. A falta de cacao,

---

1 En tam. *uruche*.

que no siempre se encuentra, se les ocurrió a los misioneros que se podía hacer uso de esta hierba como de un te americano. Hay quien alaba su uso y hay quien lo vitupera. Pero acaso, si naciese aquí entre nosotros encontraría más juiciosos y más experimentados estimadores.

Ya hemos hablado arriba de la casia fluvial. Hablemos aquí finalmente, como en propio lugar suyo, de la terrestre. Este árbol estimabilísimo nace especialmente en la Encaramada. Es de altura mediana, pero extiende sus ramos bellos y numerosos. Las frondas, a lo que me parece, no son muy desemejantes a las del serbal. El fruto es de la longitud de un palmo, y no plano como el fluvial, sino redondo. Los tamanacos lo llaman *uarimári*. Es cosa verdaderamente agradable ver, como si los hubieran colgado a propósito, lleno el *uarimari* de frutos. Pero se pasan fácilmente. No se conservan poniéndolos en casa o en otro lugar donde se suelan tener las cosas más preciosas. Deben tirarse, como si nada se cuidaran, en un rincón de casa, o debajo de la cama, y allí duran buenos cuanto se quiere. Los orinoquenses, que los usan para comer su carne, los cogen en el mes de marzo.

[179]

Capítulo V

De las gomas de los árboles.

No sería yo exacto, como el buen gusto exige, en la descripción de los árboles, si dejase la enumeración de las gomas, que bien como humor sobrante y supérfluo salen de sus poros espontáneamente, bien como a la fuerza y sólo con incisiones. Se halla de ellas en Orinoco una abundancia sorprendente. Y para hablar de algunas, daremos principio por aquella que se produce del árbol que da un fruto semejante a las algarrobas y es llamado por los tamanacos *vayavayá-yepucúru*. Esta especie de goma, que en maravillosa abundancia se condensa en las ramas y en el tronco del árbol citado, es de raro espesor, blanca, diáfana, y de extrañas y muy agradables figuras.

Machacada en un mortero hace, y aun mucho mejor, las veces de incienso. Es agradable su olor, y no produce en aquellos lugares

los extraños efectos que produce el incienso quemado en Italia. Si se le aplica el fuego por medio de una vela o tizón encendido, no sólo toma la llama, sino que la conserva hermosa durante largo rato.

Del *yore*, que otros llaman *anîme*, mana una goma blanca y menuda de agradable olor y no menos apreciada que el fruto. No tan agradable, y de olor muy penetrante, es la goma del *uaramitpe*, la cual se encuentra en la *Uaccára-yotta* y otras partes. Si se coge fresca, es tierna y mórbida y pegante como la de la *caraña*. Pero si se descuida la hora oportuna de recogerla, secada por los soles ardientes, se vuelve durísima. De la fresca usan los tamanacos [180] en sus bailes para sujetarse las plumas de los pájaros a su persona.

De mayor utilidad, y siempre líquida y hermosa, es la *caraña*.[1] Nace en los países de los guahívos, demasiado alejados del lugar de mi antigua residencia, y no vi nunca el árbol de donde viene esta especie de goma. Pero por todos se estima muchísimo, y los guahívos hacen gran comercio de ella no sólo con los otros indios, sino con los mismos españoles, que son muy ávidos de ella. Los guahívos, después que la han recogido la ponen en hojas de *cachipo*,[2] y atándolas por ambos lados forman curiosos envoltorios, que venden después carísimos. Pero los indios no la usan más que para aplicársela ligeramente a la piel con plumas de varios colores, y para ponerse perfumados en sus bailes. Los españoles la usan para cerotes, y en los grandes dolores de cabeza, si se aplica a las sienes, es de gran alivio. La *caraña* con el andar del tiempo no se endurece, y tanto por el olor, que no es ciertamente ingrato, como porque mezclada con otras cosas acaso es buena para sujetar las pelucas, sería a mi parecer grandemente estimada en Italia. ¡Pero cuántos otros usos le hallarían enseguida los curiosos!

La goma que los tamanacos llaman *vuchiaracá-yuru*[3] mana de un árbol que produce flores turquíes. Es de color rojizo, y al coagularse hace figuras varias y muy graciosas.

La goma más célebre que se halla en las selvas del Orinoco, y quizá la más preciosa es el *peramán*.[4] Nunca vi el árbol. Se dice

1 En tam. *chipe*.

2 En esp. *cachipo* o *bijado*.

3 Esto es, pan de los loros.

4 En las lenguas indias se llama *mani*.

que está en las grandes [181] sabanas. Pero su goma (que es de color negro y después de derretirla al fuego es pegante) se ve contínuamente entre los indios. Cada pieza, que está dispuesta en figura cilíndrica, pesa ordinariamente una libra, y los españoles, que conocen mejor el valor, hacen muchos usos. Los indios la usan para poner pez en las flechas y para hacer emplastos para consolidar las fracturas de huesos.

Vi en Auvana la goma *pequi*, pero no supe qué árbol la produce. Es muy olorosa y no demasiado desemejante del *uaramitpe* de los tamanacos. Con esta goma los maipures, y junto con ellos los piaroas, llenan largas cortezas de árbol envueltas en forma cilíndrica. Las encienden a modo de velas, y arden tan bien, que parecen una antorcha de viento. De ellas se sirven para pescar de noche. En mi excursión al Auvana me regalaron dos. Las hice plantar en tierra y las encendí. La luz que dan es hermosa, y si no otra cosa, no se cenó, al menos aquella noche, a la sola luz de la hoguera, como otras veces.

El jugo del *carimári* no se concentra en goma. Es siempre líquido y blanco, y según lo que los soldados, mis compañeros en el Auvana, me dijeron, de sabor bastante agradable. Se hacen en el carimari varias incisiones en el tronco y sale un licor semejante a la leche. En mi presencia, quizá no siendo aún su tiempo, no salió sino poquísimo.

Muchas veces, y aun continuamente, porque no es raro, vi el árbol que los españoles llaman sangre de drago.[1] De este árbol, cortado en modo semejante en la [182] corteza escurre un licor semejante a la sangre. Se la usa para limpiar los dientes. Pero es ya demasiado conocida en Italia la sangre de drago, y no merece la pena hablar más de ella.

1 En tam. *aravalá-panári*, esto es, oreja de mono.

Capítulo VI

De las flores, de los árboles, de los arbustos, de las enredaderas y de las fosforescencias.

Hablemos todavía de las flores orinoquenses. Pero no se esperen flores curiosas y raras. Hay ciertamente en los prados y en la sabana muchas, pero no son, que yo haya visto, de aquella rareza y belleza que tanto se celebra en otras partes. Las hay azules, y tales son las flores del *uacharacá-yuru*, de las que hemos hablado más arriba. La flor del aravon es de un amarillo bastante agradable.

Entre amarilla y rojiza es la flor del *anocó*.[1] Es toda amarilla la flor de la *uanaruca*.[2] Pero lo más admirable y raro es que de estas flores se llenan las sabanas. Cuando nacen, los árboles están desnudos de hojas, y no se ve en todas aquellas selvas sino amarillo. Esto es una señal de que se acerca el invierno, como diremos en su lugar.

El papayo macho (pero este es cultivado) tiene flores blancas bastante agradables. La flor de la casia menuda, o *uarimari*, es amarillo oscuro. Se coge esta flor, y como se dice es de cualidad fresca, la usan para sudoríficos. No sabría decir después de tanto tiempo que falto de allí acerca de otras flores del Orinoco, ni [183] otras que estas, junto con las hojas olorosas de la *guayabilla*, se solían llevar en las solemnidades para esparcirlas en la iglesia.

Qué gusto para mis lectores y para mí si yo pudiera poner en fila delante de sus ojos, deducidas de la naturaleza de sus flores, las varias clases de vegetales orinoquenses. ¡Si yo pudiera decir sin equivocarme: aquel es de corona monopétala, aquel de pluripétala! Con pocos rasgos de pluma podría explicar las más abstrusas naturalezas de estos vegetales exóticos, y traería, estoy por decir a América a nuestro continente y la haría sensible a mis lectores. Pero no me es permitido tanto. Yo, como ya señalé en el prefacio de esta obra, estuve de misionero en el Orinoco, no de botánico. Más prisa tuve por los frutos útiles para saciar mi hambre, que no puse estudio en la indagación de las flores, alimento

---

1 Arbol que suele intercalarse en las plantaciones de cacao.

2 En esp. *carnestoliendo*.

gentil de la inteligencia. Y después ¿dónde estaban los libros oportunos en aquellos lugares para hacer estas observaciones? Pero al menos abro un camino no recorrido antes sino superficialmente, y con estas fatigas, sean cual sean, doy a los venideros una luz con la que podrán perfeccionar sus historias, mientras yo no hago sino un ligero esbozo de las cosas vistas por mí. Pasemos a los arbustos.

Hemos hablado muy por acaso de los arbustos en esta obra. Diremos ahora de alguno más especialmente. Es frecuentísimo en el Orinoco el arbusto que los tamanacos llaman *vetúi*, y nuestros botánicos la sensitiva. En español unos lo llaman la vergonzosa, otros la dormidera, y a este último sentido alude la voz tamanaca *vetúi*. El vetúi tiene las hojas menudísimas, y tocadas al pasar con los vestidos o un bastón, o con la mano, [184] se bajan enseguida y languidecen, pero después de breve tiempo vuelven al estado y vigor de antes. Hay en las selvas de la Encaramada otro arbusto que se llama orégano. En efecto, en las hojas pequeñas, y lo que más importa, en el sabor de estas, se asemeja a la hierba orégano, y se estima mucho para condimentar la comida.

No sé si se ha de contar entre los arbustos (hierba ciertamente no es, y árbol no parece) la cucuísa, llamada de otro modo maguey.[1] Se halla en abundancia tanto cerca como lejos del Orinoco. Sus hojas son de largas ordinariamente una vara, y de un verde que tira al ceniciento, terminando en punta y espesas a manera de tejuelos. Quien ha visto el áloe, no raro en Italia, tiene una idea justa de la cucuísa, salvo que en medio de las hojas de la cucuísa despunta a su tiempo y se levanta a la altura por lo menos de un hombre un bastón del grueso ordinario de un puño. Este vástago o bastón se divide en la parte más alta en varias ramas pequeñas que tienen también hojas pequeñísimas. El fruto de la cucuísa es alargado, siempre verde, y coronado de hojas pequeñas a la manera del ananá. Caído en tierra, se agarra a ella con las raíces que echa, y en poco tiempo se vuelve semejante a su madre. Con las fibras de la cucuísa se hace un hermoso hilo. De sus hojas ligeramente tostadas se saca un jugo abstersivo que es muy a propósito tanto para limpiar las úlceras comp para sanarlas. (Nota XIV).

---

1 En tam. *caruatá*.

La naturaleza de los árboles y de los arbustos lleva consigo un vigor por el cual, sin el concurso de causas externas, se gobiernan por sí y se levantan arrogantes y [185] llegan felizmente al estado de consistencia. Pero no son así todas las plantas. Hay otras que se llaman parásitas porque se unen de tal manera a los árboles, que sacan de ellos un jugo vivificante y viven, por decirlo así, de lo ajeno. Hay otras que, ricas de su humor, del que están provistas en abundancia, pero débiles, si queremos decir así, de piernas, no quieren a los árboles sino para enlazarse a ellos. Nunca puse los ojos en las plantas parásitas orinoquenses. Pero la abundancia de las plantas a las que otras sirven de apoyo es tal y tan sorprendente, que no pude menos de fijarme en ellas, y aun atentamente. He aquí mis observaciones sobre esta especie de plantas.

Las selvas, lo mismo próximas que alejadas del Orinoco, están todas enredadas con ciertos bejucos[1] que en nuestra lengua podríamos llamar enredaderas. De estas, como diremos en otra parte, se hace gran uso en América. Con ellas atan los cercados, ellas hacen las veces de clavos para atar un madero con otro, son la fuerza de los tejados y de las paredes. Por eso no desagradará a los curiosos de la historia natural que yo trate separadamente de ellas.

Las trepadoras orinoquenses son unas sutiles y otras gruesas, y de grosor a veces maravilloso, pero todas bastante largas y de color comunmente ceniciento. Digamos algunas especies. La más común y menos estimada es llamada *chinate.*[2] Más estimable es la que llaman del murciélago.[3] De esta enredadera no se hace uso sino del interior. Se abre con las [186] manos (pues es muy fácil de rajarse por el medio) y dentro se encuentra un alma, por decirlo así, que es a modo de una cuerdecita suave, fácil de manejar, flexible y excelente para los trabajos menudos. Todo el resto de este bejuco, excepto la médula ya dicha, es muy frágil e inadecuado para servir de atadura.

---

1 De ellos habla extensamente M. Bomare en el artículo « liane ». Ramusio en la traducción italiana de la historia natural de Fernández de Oviedo llama *besucco* a estas trepadoras.

2 En esp. *bejuco común.*

3 En tam. *rere-chinaterí.*

Mas por bueno que sea el bejuco del murciélago, la especie mejor de todas, la más flexible y fuerte es el *mamure*, llamado *nepi* por los maipures, en cuyas selvas nace en gran abundancia. El mamure es también de duración increíble, y en las cabañas cuyas maderas están atadas con él, se puede estar tranquilamente. Tan bien resisten a la furia de los vientos. En las selvas cercanas al Orinoco no se encuentra este bejuco, que es sólo propio de las grandes sabanas. Pero el que puede disponer de él, lo prefiere a todos los demás. Los otros bejucos se rompen fácilmente y no se usan sino después de torcerlos, como hacen con los sauces nuestros campesinos.

No quiero callar otra especie de bejucos que, aunque de ninguna utilidad, es maravillosa en su género. Los españoles lo llaman bejuco de cadena. Los tamanacos, *yapituári-uanucutpe*,[1] y de los árboles, a los que se enlaza y trepa hasta arriba y vuelve luego abajo, pende en gran abundancia en la Maita. Este bejuco dispuesto a modo de cadena o de escalera, a diferencia de todos los otros, es plano, negruzco y de una anchura al menos de cuatro dedos. Su fruto es bien gordo, pero de ninguna utilidad. Contaré después en su lugar la fabulilla que sobre este bejuco inventan las viejas tamanacas.

Es indudable que tenemos resplandores fosforescentes [187] en las hojas de los vegetales, y por callar de los nuestros, que a mí no me tocan, entrando en las sabanas del Orinoco parece a veces, en tiempo especialmente lluvioso, que se encuentra fuego encendido. Tanta es la luz que se ve. Pero esto no son más que hojas y palos podridos debajo de los árboles. Y si queremos decir de los vivientes, en el Orinoco hay varios insectos lucientes de noche, pero ninguno, en lo que me acuerdo, semejante a nuestras luciérnagas. El cocuyo, llamado *curbatái* por los tamanacos, es una especie de escarabajo, y es tan luciente en la oscuridad, y conserva tan constantemente la luz, que se puede con él leer cómodamente una carta.

1 Escala de Yapituari, nombre de una falsa deidad.

Capítulo VII

De las hierbas y de las raíces.

Fijemos los ojos, bajándolos finalmente a tierra, en los más pequeños vegetales, y porque nada quede sin tocar, consideremos todavía las hierbas. Debemos distinguir en ellas dos clases. Algunas nacen en los prados y en las selvas por sí mismas, naturalmente y sin ayuda externa del hombre. Algunas brotan no sé cómo, después de formadas las casas en algún prado y después de pisada la tierra por allí por los hombres y las bestias. Hablemos ahora de las primeras.

La ortiga nuestra no existe. Pero sería deseable en lugar de la que nace naturalmente en los lugares deshabitados. Se llama pringamoza, y tuve la desgracia de ver una planta de ella en el monte Capuchino. Fue bueno para mí que me dijera enseguida un indio que me apartase. En las hojas, aunque más alta es muy semejante a la nuestra, tan erizadas de pequeñas espinas, tan ásperas [188] y tan ardientes, que quien la toca, si tiene la suerte de que no le venga inmediatamente la fiebre, debe tener espasmos y quejarse por largo tiempo.

Las hierbas de los prados son ásperas, separadas entre sí casi en tantas matas, y de la altura de medio hombre; después densas de manera que se pasa entre ellas con increíble esfuerzo. En verano se queman los prados, y renace enseguida (acaso por el mucho rocío nocturno) una hierba bastante tierna, agradabilísima para el ganado mayor. Cuando las hierbas son tiernas y renacidas frescas en los prados, son todas buenas para los pastos. Pero cuando son altas, como sucede en invierno, los prácticos de aquellos lugares distinguen dos clases, unas buenas, y estas son sin pelo, y otras con pelo y malas.

Los prados vecinos al Orinoco se inundan todos en invierno. Allí, junto con las otras hierbas, a las primeras lluvias nace el arroz silvestre, y crece junto con ellas. Pero las deja muy pronto podrirse dentro del agua. El solo, por encima de la superficie del nuevo lago, hace caprichosa pompa de sus verdes hojas y produce espigas en gran abundancia. Pero sus granitos, que son de color entre el negro y el rojizo, no igualan en el tamaño a los del arroz cultivado. Los españoles no hacen ningún caso de este arroz. Entre los indios, sólo los tamanacos lo usan.

Viajando por los prados se hallan hierbas cortantes, espinas y cardos, pero desemejantes en todo de los nuestros. De vez en cuando, porque no están limpios todos los prados, hay ciertos árboles semejantes a nuestras encinas llamadas por los habitantes chaparros. Se encuentra también en los lugares lagunosos la *scarsica*.[1] Es rarísimo el junco. Junto a los charcos y a los bosques hay cierta hierba cuyas [189] hojas son semejantes a las de la banana.[2] Da flores rojas, y su fruto son ciertos glóbulos negros de los que se sirven para los rosarios. Son también americanos otros globulitos de color blanquecino y con vetas, que se ven también en nuestros jardines. Se encuentran en el Orinoco, pero son fruto de huerto y doméstico.

La hierba cebolleta,[3] que se encuentra en mucha abundancia entre las silvestres del Orinoco, merece ser conocida. Sus hojas son alargadas y ásperas como las de las palmeras. No sobrepasa la altura de palmo y medio, y tiene un tallo verdoso y liso, del grueso de un dedo pulgar. Este fuste, cortado en uno o varios trozos, se conserva mucho tiempo bueno, y es lo mejor de esta planta. Se raspa horizontalmente según se necesita, y estas raspaduras son un esmalte tan tenaz, que dos maderas, por ejemplo, unidas con cebolleta, se separan con sumo esfuerzo. Algunos se sirven de ella para sellar las cartas. La raspadura de que he hablado es pegante y de olor molesto, aunque no tanto como la cebolla, de la que tiene su nombre.

El *chiviúru*[4] puede decirse una clase de hierba, y debe contarse entre las silvestres. Sus hojas son ásperas y pilosas. Del tallo, que también es peludo, se saca un jugo refrigerante y emético. Hay en los prados una hierba baja de hojas blanquecinas y pequeñas. Los tamanacos la llaman *akkére-panári*, esto es, oreja de

---

1 [Ninguno de los diccionarios italianos que he visto (el de la Crusca, Tommaseo, los etimológicos de Battisti-Alessio, Pianigiani, Olivieri, etc.), traen esta palabra; en catalán, según hallo en Corominas, existe la voz *escarsí*, referida al *Viscum laxum*, especie de liga o muérdago: acaso, como otras veces, el autor italianiza una forma hispanoamericana, que por lo demás tampoco hallo en los diccionarios de americanismos que he consultado.]

2 En esp. *platanillo*, en tam. *paracáru*.

3 Voz española, en tam. *machá*.

4 En esp. *caña agria*.

tigre, y se dice útil para las enfermedades venéreas. La hierba *akéi-maracari*,[1] esto es, cascabel de serpiente, es también un poquito peluda, pero de un olor aromático, [190] y agradable para todos. En otro lugar diremos de sus virtudes.

Cierta hierba blanquecina que nace junto a los charcos y se llama en tamanaco *accuri-matirí*[2] es excelente para la ictericia. La menta silvestre se encuentra en los lugares húmedos. La menta que llamamos romana no existe allí sino llevada de los países españoles, y en huerto. Es muy olorosa, y se encuentra por las sabanas la hierba coriandro cuyas hojas se asemejan mucho a las del perejil. De otras hierbas que ahora no recuerdo se hablará cuando expongamos las medicinales. Hablemos ya de la clase segunda.

De la hierba verdolaga no se ve allí en los prados más que un simple esbozo en una plantita de hojas redondas, a manera de euforbio, que se llama en tamanaco *akkei-yemhitpe*, y puede decirse por nosotros piel de serpiente o verdolaga orinoquense. Pero apenas pisado y habitado, aunque recientemente, un terreno, nace enseguida alrededor la verdolaga nuestra. A falta de toda hierba buena para hacer ensaladas, los misioneros se sirven de esta verdolaga. Al lado de ella nace una hierba que los españoles llaman bledos, y puede decirse una especie de estos, pero americana. Tanto se les asemeja, al menos en el sabor. Nace de modo semejante aquella especie de te americano de que hemos hablado más arriba. De este, atado en haces, hacen uso las mujeres para barrer las cabañas. Otra hierba, llamada *pata-metepó*, esto es, escoba, es de hojas más grandes y silvestre.

Entre las hierbas que nacen después de pisado por los [191] animales el terreno hay una llamada por los españoles cadillo. Siendo fresca y todavía baja esta hierba es tan buena para el ganado, que ninguna lo es más, y es muy semejante a la hierba fresca de los cereales. Pero después que ha dado su fruto es muy dañosa a todos, ya que el fruto no es más que una pequeña bardana armada de varias agudísimas puntas. Hay otra cuya saeta es bífida y penetrante, pero esta es salvaje y se halla en los prados.

---

1 En esp. *espadilla*.

2 Quiere decir « teta de picure » o conejo silvestre.

Entre tantas hierbas, unas inútiles y otras ciertamente útiles, pero poco, nace en gran abundancia aquella que, descuidada en el Orinoco por los indios, llamamos en Italia índigo.[1] En la altura y en las hojas y casi en todo es muy semejante a la ruda cabruna. De sus hojas, que se abren naturalmente a su tiempo, sale en abundancia simiente que una vez caída en tierra renace enseguida a las primeras lluvias y la llena toda de esta planta. Pero me volvería inacabable si quisiera contar todas las hierbas. Contentémonos con alguna muestra de ellas.

Pasando ahora a las raíces, se halla, pero no por todas partes, la escorzonera.[2] Esta planta es baja y no excede la altura de dos palmos y medio. Su tallo es áspero y se divide enseguida en varias ramitas. Las hojas son más bien gruesas y de un verde claro. Tiene espinas retorcidas, muy semejantes a un pequeño anzuelo. En suma, como se puede ver fácilmente, la escorzonera es de un aspecto despreciable para el que la mira, pero ¿eso qué importa? Su raíz es estimabilísima. En el Orinoco, donde vi muchas, son amarillentas, y del grueso y longitud de los rábanos comunes. Los indios apenas hacen caso de otras raíces [192] que de las que encuentran buenas de comer. He aquí algunas por las que tienen pasión.

El guapo, alimento extremadamente preferido de los guahívos, de los otomacos y todos, es una raíz blanca producida por cierta hierba que se encuentra en los lugares bajos. Es gruesa como una nuez, y cogida en su debido tiempo, y cocida, como la usan los orinoquenses, no es desagradable.

Más agradable es la moyová, llamada también cumapána. Pero esta raíz mejor se diría « como pan ». Tanto se le asemeja en la figura, así que por escasez de pan hace muy a menudo las veces de él. La cumapana puede decirse que es un rábano silvestre, y cocida y asada es de muy grato sabor. Su planta sale de la tierra a modo de un bastoncillo, sin dividirse en hojas. Pero llegado a la altura de una vara, echa algunas arriba. Mas basta de selvas, y vayamos a los campos.

---

1 [La palabra italiana es *indaco*.] En esp. *añil*.

2 En tam. *camáre-captepó*.

Capítulo VIII

De las plantas cultivadas del Orinoco, y primeramente de las que son estimables por sus semillas.

A la vista de los raros vegetales salvajes del Orinoco, viene la gana naturalmente de saber también de los cultivados, y si además de los enumerados, producidos por la tierra sin trabajo ninguno de aquellos salvajes, hay también otros al cultivo de los cuales se extienda la industria de ellos. ¿Quién puede dudarlo? Los indios son perezosos, es verdad, y para poco, y no se puede, ni se debe, esperar de ellos más que un amor débil a la fatiga. Mas con todo, o [193] no se hallan siempre frutas salvajes, o como de común recolección y expuestas, por decirlo así, a la rapiña, terminan pronto.

El hambre despierta ingeniosos inventos en las bestias más fieras, que no ya en los hombres. En tantos centenares de años desde que los indios son poseedores de un terreno a juicio de todos feracísimo, sería bien raro que ninguno entre ellos, despierto al cabo después de un largo y nocivo letargo, se hubiera movido a conocer el valor de él y a experimentar las ventajas con cualquier pequeño trabajo.

Demasiado se pretende del hombre si se mantiene siempre limitado a bellotas, o para explicarme a la orinoquense, entre *carutos* y entre *carimiri*. Llegará un día en que, abandonado este inútil pensamiento del siglo de oro, el hambre o el ingenio lo estimularán a encontrar alimentos más adecuados y a saborear el gusto que lleva consigo la posesión de un bien que no es común a los individuos de toda una nación.

Sea como quiera de otros salvajes americanos, que no creo ciertamente carezcan de todo derecho de propiedad, los orinoquenses tienen raíces cultivadas y comestibles, tienen semillas y frutos, tienen vegetales de donde sacar a su manera el vestido, tienen finalmente con que adornar la persona, y que les sirve para presentarse decentemente entre sus connacionales. Diremos por sus partes de todo, y comenzamos con las semillas.

Entre los orinoquenses hay en primer lugar los fréjoles. Semejantes éstos a los nuestros en las hojas y en las flores, son muy

diversos en el fruto que producen. Algunos son redondos, pequeños como un garbanzo y de color de tabaco. Los tamanacos, en cuya tierra existen éstos, los llaman [194] *kiki*. Los fréjoles de los maipures[1] son de grandes como las habas mayores, planos y de color negro. En otras naciones se encuentran los llamados *tappirámo* y son rojos. Baste esta muestra para entender las muchas especies, que propias o recibidas de los españoles o de otros indios, se encuentran en el Orinoco.

Es maravilloso un arbusto de muchas ramas sutiles y de color entre verde y ceniciento llamado por los españoles fréjol arbóreo.[2] Se llena esta planta de bayas pequeñas semejantes a las de la retama, y dentro de ellas se encuentran tres o cuatro semillas redondas, de pequeñas como los guisantes. Imitan muy bien su blandura, pero saben más a almorta que a guisante. Se comen frescos y cocidos al modo de fréjoles y son de un sabor exquisito. Esta semilla se cree llevada al continente americano por los negros.

Se dice que de modo semejante ha venido de los negros el maní. En tamanaco se llama *acnepi*, y acaso en otras lenguas es diferentísimo su nombre del sobredicho. Se encuentra en naciones que no han conocido forasteros hasta ahora, y no podría creerlo de origen negro, como algunos piensan.[3] Mas sea como sea, el maní es una semilla del tamaño de una avellana, y no tiene el sabor demasiado distinto. Su cáscara es asperita y frágil, se come tostado. A cada raíz de esta planta, la cual es baja, y de hojas de verde oscuro, están unidas muchas de estas avellanitas.

La semilla más común entre los orinoquenses y que [195] por todas partes se encuentra, es el maíz. Me gusta llamar en italiano *granturco* a cosa muy conocida en nuestro tiempo. Los primeros descubridores de América dieron a esta semilla el nombre de maíz, el cual está tomado de los indios de Santo Domingo. No puedo inducirme a pensar que antes de los descubrimientos americanos existiese en Europa el maíz. Gomara, Pedro Mártir, Oviedo, y con él los otros que fueron contemporáneos de Colón, hacen des-

---

1 En maip. *urrúta curikiní*.

2 *Frijoles de palo* o *quinchoncho*.

3 Garcilaso el Inca en su historia del Perú, lib. VIII, cap. 9 y 10, cuenta entre los frutos propios de aquella región también el maní. Por consiguiente no es del continente negro, sino americano.

cripciones tan cuidadas y minuciosas, como de cosa nueva y antes no conocida, poniendo figuras incluso para hacerlo entender mejor, que pensando así no creo alejarme de la verdad. En los diccionarios hispano-latinos, que han sido compilados por personas que pueden servirnos en este particular de buen criterio, se llama constantemente *millium Indicum*. Los franceses mismos, y no sólo los españoles, lo llaman con nombre indio maíz.

Por lo demás esta semilla es natural, no menos que usada y común, en todas las naciones de América. Se encuentra en los países cálidos, y se halla igualmente en los fríos. La planta del maíz en aquellos lugares, asemejándose en todo lo demás a las nuestras, es de alta como las cañas mayores, y cuando se ve un lugar sembrado de maíz parece que se ve un cañaveral. No produce por lo demás, al menos sazonadas y perfectas, sino dos o tres panochas, o como nosotros decimos *cartocci*. Como el nuestro se cría en cuatro meses, pero hay especie que da el fruto más pronto.

Son de dos clases los maíces orinoquenses. El uno es, como se dice, *yucatano*,[1] el otro *cariaco*. Es duro, y se machaca o muele con esfuerzo el primero, cede pronto, a pocos y moderados golpes, el segundo. Conozco [196] dos especies del yucatano. La una es blanca, la otra amarilla, y no sólo la envoltura, sino el mismo interior, cocido y crudo, es muy amarillo. ¿Pero cómo enumerar las varias especies del maíz cariaco? Lo hay blanco, rojo, amarillo, con fajas de diversos colores, y negro.[2] Es mala e insípida una hogaza[3] que se hace con este último maíz. Mas para hacer bebida se estima más que ningún otro. El amarillo de los yaruros es de un sabor agradabilísimo para hogazas. De los otros, rojos o de color variado, pero sin embargo blancos por dentro, se hacen de modo semejante hogazas, pero no tan buenas como del amarillo de los yaruros.

Es de color entre el rojo y el celeste el maíz que en verano se siembra en los lugares recién dejado por el río. La planta de este maíz, que los españoles llaman *mapito*,[4] no excede de tres palmos de altura. Es de medio palmo de largo y del diámetro de tres onzas

1 En tam. *quatá*.

2 En tam. *curuáti*.

3 Los españoles de aquellas partes la llaman *arépa*.

4 En tam. *acmapi*.

su fruto. Pero tan lleno de granos largos, que su número compensa abundantemente la grandeza de la penocha de los otros maíces. El mapito, contra la costumbre de los demás, se da en solos dos meses. También se hacen de este buenas hogazas. Pero los indios, para ahorrarse la fatiga, comunmente lo comen chamuscado dentro de sus hojas. El maíz, de cualquier especie que sea, rinde de modo distinto, según los terrenos varios en los que es sembrado. En las tierras cercanas al Orinoco, que son, como dije, arenosas, de un almud de semilla se recogen diez fanegas de fruto. En Cumaná y en las selvas más [197] fértiles del Orinoco llega el fruto también a veinte fanegas.[1] (Nota XV).

Capítulo IX

De los frutos producidos por semilla.

Las semillas no sólo son estimulantes por sí mismas, sirviendo al hombre de sustancioso alimento, sino que producen a veces un fruto distinto de ellas mismas que se aprecia sumamente. De las frutas que proceden, como ahora he dicho, de semillas, nosotros tenemos muchas en nuestras tierras, pero también vemos mucha en América. Aquellas de que me dispongo a hablar son verdaderamente americanas, y no llevadas de otra parte a aquellos lugares. Pero se parecen tanto, aunque como falsificándolas, a las nuestras, que parecen estas mismas. Por lo cual el presente relato servirá maravillosamente no sólo para conocer aquellas plantas que son propias del Orinoco, sino para ver cuánto de las nuestras, a las que son muy semejantes en algún modo, se distinguen por otra parte.

He aquí entre las primeras plantas las calabazas, de las cuales en cada nación hay en abundancia sorprendente. Por lo común son largas, aunque se encuentren, si bien no tan frecuentemente, también redondas. La más grande por lo demás no sobrepasa el

1 La fanega española es una medida grande en la que caben otras doce medidas pequeñas llamadas almudes, y por consiguiente el maíz rinde 120 por uno.

peso de cinco a seis libras, y todas, al menos por dentro, son amarillas, algunas dulces y sabrosísimas. Para abrirlas cuando están [198] maduras no basta ordinariamente el cuchillo, y dada la dureza de su cáscara, es necesario más de una vez usar el hacha.

Estas calabazas se llaman *auyamas*.[1] Se extienden mucho por medio de los largos tallos que echan, y si sus hojas son golpeadas con una vara, y casi diríamos, machacadas, producen una abundancia increíble de frutos. En el verano, que allí no sólo es seco, sino ardentísimo, los tallos de la auyama, unidos por todas partes por medio de las raíces, no se mueren, pero apenas vueltas las lluvias, se llenan de hojas nuevas, de flores, y al poco tiempo, de de frutos. No menos de estas calabazas que de la planta de pimiento y algunas otras, que son de corta duración en Italia, puede decirse que en Orinoco son semejantes a los árboles por la larga duración.

Además de la auyama hay otra especie de calabazas redondas, blanquecinas, del peso de treinta y cuarenta libras, llamadas por los españoles taparos.[2] Su carne es amarga ordinariamente, y nociva. Pero las vacían para tener dentro agua, aceite de tortuga y otros licores. He visto algunas en las que caben más de diez y seis *boccali*[3] de agua. Por lo demás, no todos los taparos son de sabor ingrato y nocivos. Algunos vi, llevados de los poblados españoles, que son sabrosísimos y sanos.

Los calores excesivos del Orinoco exigen frutas refrescantes. He aquí para tal necesidad los cohombros, de los cuales, para refrigerio de los grandes calores, ha provisto el Señor a aquellos lugares. Mas no se crea que son como los italianos. El mayor de todos no pesará quizá más de ocho libras. [199] La carne en algunos es roja, y más frecuentemente en los otros blanca. Estos cohombros[4] se producen facilmente no sólo en los lugares fértiles y labrados, sino en los países más estériles, y como viajando por el Orinoco se comen a menudo en sus orillas, al volver en los tiempos lluviosos se encuentran muchísimos nacidos de las simientes que se cayeron

---

1 En tam. *cauyamá*, en maip. *aviamá*.

2 En tam. *murutucú*.

3 [Corominas cita un pasaje de Torres Naharro por el que vemos que el *boccale* de Italia corresponde al azumbre de España.]

4 En tam. y en maip. *patía*, en esp. *patilla*, en otom. *girivía*.

Entre las cosas que nacen de semilla no olvidemos el pimiento. En el Orinoco no sólo de éstos, sino que como en clima diferentísimo del nuestro en todo, se encuentran especies rarísimas y no conocidas hasta ahora en nuestros países. A todos los indios les gustan mucho, y no hay día en que el pimiento, o frotado en su cazabe,[1] o junto con los alimentos, no aparezca en sus mesas. Si falta fresco, uno de sus principales cuidados es tener en su tiempo el seco. Pero sus pimientos ordinariamente son pequeños, y ninguno llega al tamaño de los que se ven en Europa. Son de dos colores, esto es, unos rojos, y otros amarillos, y además hay algunos que tiran a violado. La planta del pimiento en los calores de verano, excepto algunas ramitas, no se seca nunca. Crece a manera de un arbusto, y si es regada algunas veces, da fruto perpetuamente.

En tanta variedad de pimientos[2] es muy singular aquel que llaman ají de pajarito.[3] Es sumamente picante, alargadito su fruto y pequeño, y es muy estimado para condimentar los alimentos. Pero aún se aprecia más para los usos médicos, como [200] veremos en otra parte. Se estima también mucho el pimiento redondo, cuyo tamaño es como la pimienta de Jamaica, y lo buscan, como cosa que les es grata, los franceses.

Pero hablemos finalmente de un pimiento que si bien de poca estima para las personas civilizadas, es sin embargo muy estimado de los maipures. Este pimiento, que es amarillo y de figura semejante al cuerno es llamado *vasúri-ainé*, es decir, pimiento del diablo. El nombre no puede ser más justo. Al comerlo deja un ardor tan grande en la boca, que parece propiamente que se tiene fuego en ella. En mi excursión al río Auvana, por mucho que se me reprenda, lo busqué y quise probar un poco. Pero a costa mía fui testigo del increíble ardor. Creí poner algún remedio enjuagándome la boca con agua fresca. Pero me expuse a la risa de mis compañeros. No es este el remedio, me dijo un entendido, y tomando en las manos un tizón ardiendo, y haciéndome sacar la lengua, me lo arrimó muy cerca. Aunque yo no creía en virtud ninguna para semejante efecto, desapareció el dolor en un instante. Que discurra sobre ello filosófica o médicamente el que quiera.

---

1 Pan relleno con la raíz de yuca.

2 En esp. *ají*, en tam. *poméi*, en maip. *aí*.

3 En tam. *toronó pomeíri*.

Paso a otro fruto que procede también de semilla, del que me acuerdo ahora. En los campos de los maipures hay ciertas frutas de una planta llamada *María*, semejantísima a las berenjenas. En ellas se mezcla el dulce con el agrio, y cocidas y crudas las comen ávidamente los maipures.

No olvidan los orinoquenses el cultivo del tabaco, y en todas las naciones descubiertas se siembra. Por alejada del trato con las otras que esté una nación, tres cosas se encuentran constantemente en todas, esto es, maíz, tabaco y caña de azúcar, [201] y como no es allí extraño el maíz, tampoco creo que hayan llevado de otra parte el tabaco (Nota XVI).

Los orinoquenses no sorben comunmente el tabaco por las narices. Pero del cortado en trocitos y envuelto en hojas de maíz para aspirar el humo, son todos muy golosos. En el Orinoco se da fácilmente el tabaco, y se halla bastante bueno entre los quaquas, los tamanacos y otros indios montañess. Pero no lo usan más que para fumar. Les gusta sin embargo pedir a los extranjeros el tabaco en polvo. Demuestran agradecerlo infinitamente, y al saborearlo con calma dan evidentemente a entender que no es más que por contentar a su pereza por lo que se privan de él. No exagero. Hay una especie de árbol salvaje de cuyo fruto los otomacos, los yaruros y algunos otros, hacen una especie de tabaco en polvo. Y este, como es muy fácil de hacer, no falta nunca. Veo que de este tabaco de árbol se desea por mis lectores una exposición más extensa. Hablemos, pues, más por menor.

En los montes, en las llanuras y en otras partes, se encuentra un árbol de tronco áspero y de hojas menudas y recortadas, llamado por los otomacos *curúba*.[1] Parece semejante al serbal. Pero las bayas que son su fruto son alargadas, de gruesa corteza y de color semejante al cobre. Dentro de estas bayas se encierran varias semillas redondas, de color verde, planas y de la circunferencia de un medio *paolo*.[2] Visto el fruto, pasemos a explicar el modo de manipularlo para su uso como tabaco.

Se toma de la cantidad que se quiere de estas [202] bayas, y uniéndolas juntas se hacen uno o más ramitos. A poco, apretados los unos contra los otros, se calientan entre sí, y bien fermentados,

---

1 En esp. *ñopa*, en maip. *ñupa*, en tam. *acúlpa*.

2 Como ya hemos indicado, el *paolo* es un real de plata española.

se convierten en negros, tiernos y manejables. Se trabajan con las dos manos y se hacen pequeños panes, los cuales luego se cuecen en ciertos zarzos de madera. Pero en estos pequeños panes debe haber, como ingrediente necesario, almidón de yuca y polvo de limacos calcinados, cosas todas raras y de una fuerza increíble.

Cuando se cuecen los dichos panes dan un olor hasta tal punto agradable, que dan ganas de probarlos a cualquiera. Mas acaso tragaría uno un veneno. Al menos el tabaco que hacen de ellos con machacarlos hasta reducirlos a polvo, muy semejante a la *sevilla*,[1] es tan extraordinario que no hay cosa que más lo sea. No lo absorben a pequeñas tomas, como nosotros hacemos. Pero una vez machacado, cuando les viene en gana, uno de estos panes, que después de cocidos en el zarzo son duros como el bizcocho, y de reducidos a polvo, lo ponen en un platito de madera para sober con ciertas tenacillas de patas de pájaros, que adaptan a las narices. Qué bellos sueños tienen, embriagados y aturdidos con el largo sorber de la curuba. Pero trataremos de esto en mejor lugar.

[203]

Capítulo X

De las plantas célebres por sus raíces.

De las semillas comestibles y de los frutos que provienen de semilla, pasemos a las raíces. Mas para hablar con precisión, dividámoslas en dos clases. Algunas son raíces de hierbas domésticas, otras de arbustos, plantados también en los campos y cultivados. De la primera clase son las batatas, el ñame y los ocumos. De la segunda la yuca, tanto la que se llama dulce, como aquella a que se da el nombre de amarga. Y hablando de cada una particularmente, la batata[2] es una hierba que no se alza nada de la tierra en que es plantada, sino que a manera de una hiedra terrestre se

1 [La palabra italiana *Siviglia* no la encuentro en ningún diccionario, y sin duda que se refiere a una variedad de rapé.]

2 En esp. *batatas* o *chacos*, en tam. *ichácu*.

extiende por todas partes con sus tallos y ocupa en breve tiempo un gran campo. Los tallos, una vez extendidos por toda la superficie, se unen con las raíces, como queda ya dicho de la auyama. Estas raíces, de diversa especie y de tamaño también vario (aunque todas o casi todas alargadas) son lo que se estima más de esta planta. Algunas son amarillas, otras rojas, otras blancas, otras incluso violadas.

Hay que distinguirlas de las papas o patatas, las cuales, aunque útiles para muchas cosas, como puede verse en los naturalistas,[1] son sin embargo insípidas de por sí, sólo de países fríos, de forma redonda y del sabor del rábano.

La raíz de la batata es dulce, y de tan grato sabor, que a todos les gusta. También es muy útil para las familias pobres. Un campo sembrado de batatas, por [204] muchas que se saquen, no se agota nunca, y creciendo perpetuamente sus frutos bajo la tierra, da a sus amos una utilidad indecible. Se comen asadas y son sabrosísimas. Se comen hervidas, y se las quiere remojar en agua al modo de los orinoquenses, se hace una bebida no despreciable. Las batatas no dan ningún fruto en sus tallos. Tampoco pude observar sus flores, como tampoco las del ocumo ni las del ñame. Pero ¿quién puede negarlas si no sabe nada de botánica?

El ocumo puede decirse una col americana. Sus hojas grandes y cenicientas, como las de nuestra coles, son sabrosas, pero mucho más agradables y pastosa es su raíz. Hay de especies diversas entre los tamanacos. Una, llamada *tutcá*, cuyas raíces se parecen a las del gengibre, es sabrosísima. El *veróro-yavakíri* se estima más por sus hojas.

Mas sobre todas las raíces distintas de las hierbas tienen el primer premio los ñames.[2] El ñame es una especie de trepadora y por lo que hace a sus hojas, es muy semejante a la hiedra, sino que las del ñame son más grandes, mórbidas y de color entre amarillo y verde. Si no se le pone algún apoyo serpea por tierra siempre, pero no arraiga nunca ni se extiende sino por poco espacio.

Da dos clases de fruto. Unos nacen por fuera y en el tallo, y estos son pequeños como una nuez y reunidos. Otros nacen en las raíces, y hasta que no los saquen están siempre debajo de tierra,

1 M. Bomare.

2 En tam. *nati*, en maip. *aíu*.

como las batatas y los ocumos. Estos frutos, digámoslo así, subterráneos, son de maravilloso tamaño. Pero son varios según las varias especies, y de modo semejante es vario el color.

[205] Se encuentran en el Orinoco blancos, y se encuentran también violados. Los hay redondos, aplastados y largos. Algunos tienen los tallos espinosos, otros lisos y suaves. Todos los ñames son buenos y sabrosos, pero ninguno dulce como las batatas. Son preferidos los ñames que llaman mapoyes, los cuales son pequeñitos, tiernos y de color de sangre. Los indios los comen cocidos y asados. Los españoles, además de ésto, los guisan con la carne y estiman mucho el sabor.

Para hacer plantaciones de estas raíces cultivadas, se cortan en trozos pequeños, los cuales, puestos debajo de la tierra, germinan y producen al poco tiempo nuevos frutos. Es bastante también para tal fin la sola corteza. Si se echa ésta en los lugares donde se amontona la basura, apenas vienen las primeras lluvias, renace. No queda olvidada en este lugar la enumeración del ñame que en Orinoco se llama de Guinea, de donde se cree que haya venido. También se corta éste en tiras, y puestas debajo de la tierra echan un tallo que se enreda en un palo que se coloca al lado para tal fin. Esta planta no hace debajo de tierra ninguna raíz, pero el tallo se llena todo de ciertas frutas aplastadas de color ceniciento por fuera y amarillento por dentro, que son muy sabrosas. Se comen cocidas con carne o pescado, y aunque semejantes al ñame del Orinoco, son más agradables, más tiernas y de más amable sabor.

La planta del gengibre es estimable también por la raíz. En el Orinoco, además del gengibre cultivado, se [206] encuentra también el silvestre, y del uno y del otro hacen uso los indios para condimentar los alimentos. No hay entre las dos clases de gengibre sensible diferencia. Pero el tamaño de la raíz del cultivado es mayor.

La raíz de mayor utilidad, y la mejor sin duda de todas, es la yuca. Bajo este nombre, llevado al continente americano de la isla de Santo Domingo, se llama un arbusto cuyas hojas son semejantes a las del cáñamo. Algunos escritores, por capricho de usar nombres extranjeros, lo llaman *manioc*, otros dicen mandioca, y Dios sabe cuántos otros nombres se encuentran en historias que yo no he visto. En mi opinión es buena y santamente conservado su nombre para no aumentar confusión en quien lee. El nombre

de yuca fue el primero con que se conoció en Italia, como puede verse en Ramusio, mas oyéndose otros ahora, un lector, como cualquiera ve, es confundido, no instruído.

La yuca echa retoños nudosos, pero tan tiernos y delicados, que fácilmente y sin fatiga ninguna se rompen. Algunas yucas, sin ramificar, echan sus retoños a manera de varas o bastones. Otras, una vez crecidas cuatro o cinco palmos sobre la tierra, se dividen después, como los otros arbustos, en varias ramas.

Entre las yucas hay la variedad que se ve en nuestros países en los granos, y son tantas sus especies, que es maravilla. Cada especie tiene su nombre, y para percibir los diversos sabores, todos tienen el capricho de tener de varias especies. De nada serviría aquí hacer una ensalada de tantas voces orinoquenses. Sin embargo es muy importante saber al menos dos especies. [207] Hay, pues, la yuca dulce o mansa, y hay la agria o brava.

La yuca dulce se subdivide también en otras dos especies. Hay la de raíz blanca, y hay aquella cuyas raíces son amarillas. Lo mismo las unas que las otras raíces se parecen en el sabor a nuestras castañas. Son ambas sabrosísimas asadas sobre brasas. Pero la amarilla, que es más pastosa que la blanca, es mejor para cocer.

El tallo de las yucas dulces ordinariamente es blancuzco. Pero se hallan también agrias que lo tienen también blanquísimo. Es necesario, pues, para no equivocarse, usar de cautela, ya que se puede tomar un veneno si se come de la agria. He aquí, pues, la razón por la que algunas otras yucas se llaman agrias. El jugo de sus raíces, del cual diremos en otro lugar, es un veneno potentísimo. Pero si se raspan tales raíces y se exprime su jugo con cestillos elásticos,[1] no sólo son buenas para el uso orinoqués del pan, sino que los entendidos las prefieren aun a las dulces.

Debo aquí esclarecer tres cosas. I) Con la yuca dulce, cuyo jugo no es dañoso, y se come, como hemos dicho, asada o cocida, no se hace ordinariamente el pan, y el que a veces se hace no pasa de ser insípido. II) Pero la yuca agria, la cual, una vez exprimido el jugo, ya no es venenosa, parece nacida precisamente para este fin. No es que yo haga de este pan de Indias aquellas alabanzas inmoderadas con que es exaltado por algún viajero, pero al menos

---

1 Están tejidos a manera de saquitos largos, y los españoles los llama *sibucán*.

malo no es. Malísima y venenosa sería la yuca agria comida [208] asada como la dulce, o cocida. III) La yuca que llamaremos de pan no se llama agria por el sabor, como tampoco por este motivo se llama dulce la otra. ¿Por qué entonces? Porque así agradó a quien con las voces antedichas la nombró el primero en lengua española.

Es de vista bellísima, porque es de un verde muy agradable, un campo plantado de yuca. He dicho plantado, porque esta planta ni viene de semilla, como las plantas cultivadas de la primera clase, ni de raíces cortadas en trozos, como las que acabamos de nombrar, sino de las varas de la misma yuca, plantadas y puestas bajo tierra hasta la mitad. Estas varas, cortadas en trozos de la longitud de un palmo, deben estar maduras y bien hechas, y apenas recomienzan las lluvias, germinan.

La raíz de la yuca, especialmente la agria, llega ordinariamente a su perfección en un año. Otras se dan más deprisa; la planta da un fruto redondo y áspero, pero no es de ninguna utilidad.

Debe distinguirse esta planta de otra a la cual (no sé por qué) le dan el mismo nombre los botánicos. Cuando no se dan a cosas en sí diversas nombres diversos también, resultan grandes confusiones. La planta a la que en Roma se da el nombre de yuca no se parece en nada a la verdadera; ni de ella, como han pensado algunos, se hace el cazabe, o sea pan de Indias. Fue traída de los países templados de América, esto es de Méjico y de los lugares vecinos a esta ciudad, y por eso se da bien en nuestro clima. Tiene las hojas grandes, a distinción de la del Orinoco. Son negros y comestibles, pero no muy agradables, sus frutos. Compárese con la verdadera yuca y se verá que hay entre las dos plantas una diversidad enormísima.

Y no se me diga que la planta que aquí llaman yuca [209] queda bastante distinguida de la yuca de pan con el añadido de mejicana. Porque si en Méjico se pidiera yuca mejicana no se mostraría ninguna otra planta que la que, no sólo allí, sino en toda la América española se llama con tal nombre, esto es, la que hemos denominado de pan. Mas nosotros aquí le damos este nombre. Es verdad, pero no es el suyo. ¿Y no sería mejor, hablándose de una planta exótica, que le diéramos el nombre con que la llaman los mejicanos? Yo en gracia a la verdad he preguntado con cuidado

a estos señores. Me fue dicho que se llama *hixote,*[1] y dando de ella noticia a mis lectores, me alabo de ir en contra del natural de éstos.

Capítulo XI

De las plantas de fruto doméstico.

Entre las plantas de los orinoquenses deben contarse también aquellas que producen frutos estimables por su sabor. Merece el primer lugar aquella que llamamos con nombre extranjero *ananá.* Desconocida antes en las comarcas itálicas esta planta, merced al industrioso cultivo que la templa en clima contrario mediante estufas de calor natural, se ha convertido en nuestros días en muy conocida. No creo sin embargo que sea igualmente agradable y oloroso su fruto que en América. En el Orinoco, país en que son nativas, se dan hermosísimas. Son también de diversas especies, unas piramidales, [210] otras de figura cónica. Los orinoquenses las llaman *menúre, nana* o bien ananá. Este último nombre está también en uso en el Brasil. Se llaman igualmente así en Asia.

El autor del diccionario portatil[2] piensa que el ananá haya sido llevado de las Indias orientales a las occidentales. ¿Pero en que año? ¿Quién lo dice? Todo se calla. Creo que este autor, cuidadoso en lo demás, ha acogido un gran error. El P. Maffei,[3] entre los demás frutos singulares del Brasil, enumera también el ananá, y nadie mejor que él, como escritor casi contemporáneo de los descubrimientos del Nuevo Mundo, pudo dar cuenta. Yo mismo puedo asegurar, que además de los ananás cultivados, los hay en el Orinoco salvajes también. Tan natural es este singularísimo fruto de aquel clima. A los ananás salvajes los llaman los tamanacos *anacurúa,* y muchas veces he comido de éstos, traídos de la *Uaccara-yotta,* lugar vecino a ellos.

---

1 Esta voz, adoptada por los españoles, está tomada de la mejicana *hizotl.*

2 *Diccionaire portatif comprenant la geographie,* etc.

3 *Hist. Indic.,* lib. II. [Es la obra *Historiarum Indicarum,* libri XVI, Florencia 1588, obra del latinista italiano Juan Pedro Maffei, de la Compañía de Jesús.]

No se estima menos que el ananá la papaya,[1] árbol que se encuentra por todas partes en los campos de los indios. Si miramos las hojas se puede llamar una especie de higuera, y puede llamarse, si comemos el fruto, un melón, y más que higuera o papaya, se podría llamar un melón arbóreo. Produce frutos en gran cantidad, y unidos los unos a los otros en lo más alto del tronco, antes de que se divida en hojas. He dicho antes de que se divida en hojas, porque el papayo, especialmente joven, fuera del tronco, no tiene más que hojas en la copa. Mas a medida que envejece echa también ramas.

[211] Las frutas de la papaya son comunmente del peso de cuatro o cinco libras. No es áspera como en nuestros melones, su cáscara, sino muy sutil y lisa, y cuando el fruto está maduro tira mucho al amarillento. En la cavidad interior del fruto hay semillas redondas, pequeñas, negras, asperillas y que pican un poco a modo de mostaza. La carne es amarilla y dulce, y sabe tánto a melón, que parece exactamente lo mismo. Dícese es de cualidad fría, pero comiendo la pulpa con las semillas, que se creen calientes, no hace daño alguno. Se cree también muy provechosa para las ensaladas cocidas. Pero para este fin no se usan más que las frutas inmaduras.

Se distinguen en los papayos dos clases. Unos tienen flores de corona monopétala campaniforme. Se llaman hembras, y éstos solos dan fruto. El papayo macho no produce más que flores. Son blancas, olorosas, y de la forma de los junquillos.

Aunque se opongan a ello las observaciones cuidadosas acostumbradas de los más célebres botánicos, es fabuloso el relato de los autores que han dicho que el papayo hembra no produce los frutos si no está cerca del papayo macho. Es tan falso, que los indios, para no criarlos inútilmente, los arrancan de raíz enseguida que se dan cuenta. En la reducción de Uruana fue conocidísimo de todos un papayo hembra que, sin que hubiera en los alrededores machos, producía contínuamente frutos. Estaban vacíos y sin semillas por dentro, lo que sucede acaso también en los demás frutos, y se cuenta por gracia que cierto extranjero, sorprendido de la novedad, pidió inmediatamente semilla. ¿Quién nos podrá decir al cabo por qué de semillas (de tales viene el papayo) que no

---

1 En tam. y maip. *mapáya*, en otom. *papái*.

son en apariencia distintas [212] unos nacen hembras y otros, como allá se dice, machos? (Nota XVII).

El papayo no es árbol de gran duración; es de frágil tronco, y fácil de cortar. De mayor consistencia es el *meréy*, llamado en otras partes *caracolí*.[1] Parece una especie de manzano, y los hay de dos clases. Unas plantas dan frutos amarillos, algunas los dan rojos. Pero todos son de figura cónica y sumamente jugosos. Su jugo es mezclado de agrio y dulce, pero asperillo y astringente. Estas frutas tienen en su extremidad un hueso negro que, cuando se las quiere multiplicar, sirve luego de simiente. Se dice que es un cáustico de los más eficaces, pero su alma, tostada sobre brasas, es muy agradable al paladar.

No parece haya de ponerse en la clase de los árboles la banana, o como otros dicen *musa*.[2] Sin ninguna semejanza con el verdadero plátano, como el mismo Oviedo confiesa,[3] los españoles dieron a la banana el sobredicho nombre, que no es el suyo. Los orinoquenses la llaman comunmente *páru* o *perúru*. Otros lo llaman *aráta* o *parataná*.

La banana es un vegetal cuyo tronco está compuesto todo de cortezas, y si se corta perpendicularmente, se deshace todo en corteza. Sus hojas son de maravillosa grandeza, y de un verde que tira a amarillento. No produce más que un solo ramo de frutos, y cuando éste llega a madurez se corta la planta, o muere después de un poco de tiempo por sí misma, y no da ningún fruto más.

Mas para hablar más especialmente de la banana, es necesario enumerar las especies. La banana a la que se da [213] el nombre de guineo o *cambure*[4] tiene el fruto ordinariamente de la longitud de medio palmo. Es muy sabroso, pero no igualmente sano. De los guineos hay una especie tan pequeña que no es más larga que el dedo pulgar y puede decirse que cada uno de ellos es un bocado. En América, donde se encuentra una cantidad sorprendente de esta especie de bananas, no se come más que el fruto, siendo desconocido el uso que en Italia, como me es indicado, se hace de sus flores para fritos dorados.

---

1 En tam. *uorói*, en maip. *urái*.

2 En esp. *plátano* o *plantano*.

3 *Hist. Nat. de las Ind.*, lib. VIII, cap. 1.

4 En tam. *venémi*, en maip. *currúm aráte*.

Cada gajo de guineos, en los terrenos fértiles, contiene al menos 120 frutos. Para producir una abundancia tan grande no hay necesidad del gran calor que requieren las otras bananas. Los hay de esta especie, siendo el terreno inadecuado para las otras todas, en las Islas Canarias. En las villas de Roma, para lograr el codiciado fruto, se las aclimata con estufas de calor. No sé si resultaría igualmente lograr de esta misma manera las otras.

De los *hartones* (ésta es la segunda especie) vi una planta en Sevilla, y sin calor artificial tanto el tronco como las hojas eran hermosísimas. Pero me aseguraron que nunca dan fruto. En América misma, quiero decir en la zona tórrida, su país nativo, no se dan por todas partes. En los países, como allí se dice, templados, esto es, los que están en medio entre los calientes y los fríos, no crece sino el guineo. El hartón prefiere los grandes calores.

Pero en producir un solo gajo es semejante a las otras bananas, aunque distinto en muchas cosas. Su tronco es más alto y más grueso, y sus hojas son, con mucho, más grandes. Son del mismo modo más grandes [214] sus frutos, y de figura cilíndrica terminando en punta; son gruesos como las cidras mayores, y de un sabor que tira a manzana. Esta banana es la más sana de todas, de un dulce no empalagoso, y buena de comer de varias maneras. Es buena cruda, es mejor asada, pero a manera de nuestros higos, es sabrosísima seca. Los habitantes la secan poniéndola sobre zarzos, y se usa de la misma manera que los higos secos en Italia.

El dominico[1] es la tercera especie; es un fruto intermedio entre el hartón y el guineo, fuera de que el dominico es de forma casi triangular, un poco curvo, y de una longitud mayor que el guineo, e inferior al hartón. Se come crudo y es de un dulce bastante agradable.

No es comunmente conocida sino una especie de dominico, y se distingue de todas las demás, como ahora decía, por solo el fruto. Pero yo entre los tamanacos, aficionadísimos a bananas, vi una cuarta especie. Distínguese ésta de los dominicos comunes, no menos por el fruto, que es ciertamente muy agradable, que por el tronco, manchado de vez en cuando de negro, como el de los guineos. Los tamanacos la llaman *uachái kine itépi*.

Un campo plantado de bananas con un arroyo al lado o en medio, que fecunde con su humedad las plantas, es la más linda

1 En tam. *uachái*.

vista del mundo. Es muy agradable y saludabilísima la sombra, y, lo que es más importante, produce contínuamente frutos. Es verdad que en los tiempos de sequía hay mayor abundancia, pero no faltan tampoco en los lluviosos, y en cuanto se corta una planta por haber dado fruto, crecen enseguida las otras, y llegadas al crecimiento debido, [215] producen de modo semejante su fruto. Quien los prefiere verdes, les quita la corteza, y cociéndolos sobre las brasas se sirve de ellos como de pan. Quien los quiere maduros, entre las plantas halla siempre alguna.

Las bananas producen raíces subterráneas de nuevos retoños o hijos, y para propagar la especie se trasplantan en hoyos de un palmo de hondo, y una vez puesto allí el retoño, al cabo de seis meses, o a lo más de ocho o diez, se convierte en madre y produce también frutos.

Y he aquí esbozados los principales frutos de los campos orinoquenses. No ignoro las otras, no menos variadas que gratas especies, que se encuentran en las comarcas cultivadas y habitadas por los españoles. Son sabrosísimos en Cartagena del Nuevo Reino los nísperos, grandes como manzanas medianas, y no son alimento sólo de mujeres, como en Italia. Célebres son los anones, los riñones, las guanabanas, y semejantes frutas. Pero dedicado a otra cosa, dejo el cuidado a otros que lo saben mejor que yo (Nota XVIII).

Capítulo XII

De las plantas útiles para hacer telas y cuerdas y para sacar de ellas colores.

Llegamos a la última clase de las plantas cultivadas en el Orinoco, esto es, aquellas que sirven para vestirse y embellecerse. El caraguate,[1] uno de los vegetales [216] de la primera clase, es muy semejante al ananá, pero de hojas más largas. Produce en lo más alto de su tallo un fruto semejante también, pero pequeño

1 En tam. *cravá*. [Ya se trató de esta planta y su nombre, v. p. 81 de Gilij. Véase en esta edición, p. 94, nota 2.]

y no de sabor agradable.[1] Los orinoquenses estiman sobre todo las hojas, de las que extraen las fibras para hacer cuerdas.

No he visto nunca un cáñamo ni más flexible ni más blanco que el caraguate, y si en vez de dos o tres plantas que los indios tienen en sus campos, hicieran plantaciones abundantes, sería una cosa utilísima no menos para cuerdas que para hacer incluso telas. De la corteza de cierta vara (no recuerdo el nombre) que no se expande a modo de arbusto en varios ramos, los tamanacos sacan de modo semejante hilo para uso de cuerdas. Esta planta es salvaje. ¿Pero de qué utilidad no sería cultivada y trasplantada de los bosques a los campos cultivados?

Pero de ninguna cosa hacen tanto uso los orinoquenses como del algodón, planta conocidísima de todos. Se encuentra en muchas partes, y yo sería quizá demasiado minucioso si me pusiera a hacer una descripción. Digamos, pues, unas pocas particularidades. Los orinoquenses lo tienen todos, y ciertamente que poco, pero todos los años siembran de él en sus pequeñas tierras. Crece allí hasta la altura de dos o tres varas, y su tronco se derrama en muchas ramitas, de las cuales unas en los veranos subsiguientes se secan, y otras permanecen verdes.

No hay peligro de que un indio se tome la fatiga de limpiar las plantas de las ramas secas, o de regarlas cuando es necesario. Sufriría por ello demasiado su querida pereza. De plantas abundantes por sí mismas en muchos frutos [217] sacan por consiguiente poco, mas tanto cuanto les basta para sus necesidades de sedal para pescar, para las redes de dormir y para las pequeñas telas que usan para cubrirse. Pero si hubiera entre ellos algo de estímulo por la fatiga, o si el deseo de tener no fuera en ellos tan débil ¿qué utilidad no podrían sacar del cultivo de esta planta? Baste decir que allí las plantitas de seis o ocho meses están cargadas de algodón, y cuanto más crecen, más fruto dan, con tal de que se les cuide.

Pero el cuidado que los indios tienen, mísero para plantas de donde proveer el vestirse, es sumo para aquellas de que sacan colores para embellecerse. He aquí entre sus primeros arbustos preferidos el *anoto*, conocido bajo el nombre de achiote[2] en otras

1 Esta fruta es llamada por los españoles *piñuela*, para distinguirlas del fruto del ananá, que llaman *piña*.

2 En tam. *anóto*, en maip. *mayapá*. [La forma achiote es de origen nahuatl.]

partes de América. El anoto es un arbusto de hojas no grandes y de un verde que tira al amarillo y rojizo. Da un fruto del tamaño de las almendras, de corteza áspera, y que se abre fácilmente al modo del fruto del algodón.

Hay dos especies de anoto entre los orinoquenses, las cuales no siendo entre sí notablemente diferentes en muchas cosas, lo son sin embargo en los granos de su fruto. En algunas plantas son rojos, en algunas otras son amarillos. Los españoles usan de los amarillos en lugar de azafrán para condimentar los alimentos, y no es droga desagradable. Pero los orinoquenses gustan sólo del rojo para pintarse los miembros y para usarlo en sus bailes, y como no pueden siempre tener a su placer fresco, han encontrado el medio de conservarlo, machacando en un cacharrito lleno de agua los granos que hemos citado.

[218] Se aísla de esta manera todo el rojo, el cual se separa finalmente del agua con que estaba antes mezclado, y va todo a posarse en el fondo del cacharrito. Entonces las mujeres, de las cuales es propio este trabajo, vierten el agua poco a poco, y tomando en la mano el rojo indicado, lo empastan con aceite de tortuga, y hacen bolas como de alrededor de cuatro onzas, para servirse de ellas después en sus pinturas. Estas bolas de anoto, si bien muy estimadas de los indios, no son muy apreciables, dado el olor del aceite en que están empapadas. Pero si se formasen con anoto solo, que se dice es de cualidad fresca, serían quizá estimables para las varias necesidades de la vida.

De cualidad igualmente fresca es la chica,[1] uno de los arbustos preciosos de los orinoquenses. Sus hojas son alargaditas y con venas rojas. De estas hojas, y no del fruto, como en la formación del anoto, se sirven para sacar un hermoso color, oloroso sin fastidio, saludable para la cabeza, y que traído a Italia, agradaría sin duda a todos. Para obtener este color se frotan las hojas en agua, y sale de ellas, por decirlo así, un almidón de color de sangre, y se une todo en el fondo del cacharrito. Lo recogen cuidadosamente las mujeres, y sin unión, que yo sepa, de ningún aceite, hacen panecillos, cuya figura y tamaño se parece a nuestros panes. Sus fabricantes son los guaipunaves, los cáveres, los piaroas y otras naciones del alto Orinoco. Son muy ligeros, y se buscan para varios usos, no menos por los pintores, que por otras personas.

1 En tam. *cráviri*, en maip. *kirráviri*.

Los españoles de Santa Fe tienen en gran estima a la chica, y se encuentra allí también, llevada por los indios. [219] Pero aquella chica, mezclada quizá con otras cosas, no es tan linda, ni tan olorosa, como la del Orinoco. Con todo eso, la ponen en el rapé, y se cree muy provechosa para la jaqueca.

Además de la chica cultivada, se halla también la silvestre. En el Orinoco, y especialmente en la Uacara-yotta hay una especie que, frotada como la cultivada, no es roja y de color sangre, sino violada. Los tamanacos la llaman *aravatá-cravirírí*, esto es, chica de la mona. Estos indios tiñen tal vez con esta chica sus pampanillas, o sea aquellas piezas de tela con que se cubren, y el colorido no puede ser más hermoso, sino que como no ponen en él vitriolo, el color es de poca duración.

La *purúma*, la cual se saca machacando en el agua las hojas de un arbusto del mismo nombre, es amarilla, olorosa y agradable como la chica, y quizá aún más. Los maipures, en cuyas tierras se halla, son los dueños de ella, y hacen panecillos pequeños, de una y de dos onzas. Son allá estimables, pero serían entre nosotros buscadísimos si acá llegaran. A mi parecer, cualquier otro amarillo, de aquellos países y de los nuestros, desaparece, puesto en comparación con la puruma.

En la reducción de San Luis, en el cual lugar estuvieron conmigo los maipures, no se encuentra este arbusto, ni lo llevaron allí nunca. En vez de él, de las flores amarillas de la *uanarúca* solían sacar un panecillo semejante, pero inferor con mucho a su puruma.

Entre los vegetales que se creen a propósito para los colores no se ha de pasar por alto cierta hierba que los españoles llaman mora. La hierba mora crece por sí misma y sin ayuda del hombre en los campos ya labrados, o en terrenos no infecundos. Llega a la altura de un palmo y medio más o menos, y se expande en ramitas cargadas de [220] frutillas redondas, semejantes a las bayas del enebro. Son dulces y llenas de un jugo violado que se estima mucho por los pintores americanos.

Capítulo XIII

Si en el Orinoco arraigan bien y dan fruto vegetales extranjeros.

No hay duda ninguna de que en los campos orinoquenses no sólo nacen y crecen a la perfección, sino que también producen frutos sazonados todas aquellas plantas que son en otras partes comunes en la zona tórrida. Y en efecto había ya anones, ciruelos americanos, y plantas semejantes, antes desconocidas de los orinoquenses.

Pero aquí se me pregunta enseguida si se darían allí bien las cosas de nuestros países. Para responder no menos bien que brevemente, debemos distinguir dos clases entre nuestros vegetales. Unos no tienen necesidad, para llegar a la debida perfección, sino de poco tiempo, por ejemplo, un mes, dos o cuatro. Otros tienen necesidad a este efecto de un año. Por consiguiente los de la primera especie se producen sin duda, al menos medianamente, si requieren para dar fruto del verano.

Infiero por consiguiente que cualquier cosa que en verano se siembre en nuestros campos, hallando en el Orinoco un clima perpetuamente de verano, arraigaría y daría ciertamente frutos. He recogido por consecuencia berenjenas, tomates, lechuga [221] y cualquier otra especie de verduras que no rehusan el verano para llegar a sazón.

Además de las calabazas orinoquenses, sembré también españolas, cuya semilla, junto con la de lechugas, me fue dada por el asistente boloñés del teniente coronel Señor don Ignacio Madariaga, y en efecto el primer año nacieron tan hermosas, que una con otra llegaron al peso de treinta y cinco libras españolas. Quedamos satisfechos no menos yo que los indios, entre los cuales, repartida enseguida la simiente para el invierno siguiente, cambió ésta de naturaleza de manera que no llegó la mayor al peso de cinco o seis libras, es decir, que se volvió orinoquesa o convirtió en auyama.

Hay que notar aquí para instrucción de los menos expertos que los que quieren en América nuestras verduras, instruídos por la experiencia de semejante cambio, hacen venir cada año de España la semilla fresca. No ocurre así con las berenjenas. Estas, si son regadas, dan siempre el fruto a la manera de los pimientos

americanos. Los ajos y las cebollas nacen también, pero su cabeza no engorda nunca. En suma, aunque miserablemente, pero de una manera tolerable, se dan los frutos de los meses de verano. Es verdad que si no les es enemigo el clima, lo son los insectos. Si se quieren malvas para los enfermos, las ensaladas, etc., es necesario llenar de buena tierra una canoa y levantarla sobre cuatro horquillas bien altas para garantizarla contra las hormigas.

Los limones, las naranjas y semejantes frutos agrios se dan a maravilla. Son ordinariamente pequeños y redondos los limones. Pero también los hay igualmente largos y de gruesa corteza, llamados en el Orinoco franceses. De estos últimos puedo decir como testimonio de vista [222] que una plantita recién nacida, y llevada por mí con diligencia a mi reducción de Carichana en el mes de agosto, e injertada en los meses de verano, me dio fruto al cabo de seis meses. Por esta prueba se puede comprender con evidencia la verdad de mi proposición.

Para resolver la otra ahora digo que las cosas que necesitan para sazonar de frío o fresco, o al menos en nuestros países de un año, no se dan en absoluto. Sería por eso fatiga no menos inútil que ridícula plantar en aquellos lugares manzanas, peras y otros semejantes vegetales nuestros, no dándose más que aquellas cosas nuestras que no necesitan más que de los cuatro meses de verano para sazonar.

Se sigue igualmente de lo dicho que de los vegetales americanos de las tierras calientes de la zona tórrida, se darían felizmente en nuestros países sólo aquellos a los que basta para llegar a sazón con un verano. Quizá en los países nuestros menos fríos, en la campiña romana, por ejemplo, se darían el ñame y la batata, sembrados en su debido tiempo, el cual a mi parecer sería el mes de abril, y acaso producirían buenos frutos en seis meses. En España hay batatas magníficas en los campos de Málaga.

Pero si requieren más tiempo, como pide la banana, el ananá y semejantes, no pueden arraigar o al menos no pueden dar fruto, sino acomodándolos a nuestro clima por medio de estufas, de modo que el invierno resulte en beneficio de ellos un poco verano.

Es también una consecuencia de lo dicho que los frutos de las zonas templadas de América y de los altos montes y ríos de la zona tórrida, si encuentran aquí un terreno adecuado para ellos, se producirían sin duda feliz [223] mente. Así tenemos las papas, las tunas, llamadas vulgarmente higos de Indias, etc.

Por falta de esta distinción entre los vegetales americanos, Oviedo, autor antiquísimo de una historia natural de América, cometió un error imperdonable. Cuenta[1] los varios medios por él empleados para trasplantar a España el ananá. Dice que le resultaron sin el fin deseado por ser España un país frío y no propio para esta especie de vegetales. Hasta aquí muy bien.

Pero no tiene ninguna coherencia con lo dicho lo que sigue: « Verdad es que el mahiz, que es el pan destas partes (esto es, de Santo Domingo, donde él vivía entonces), yo lo he visto en mi tierra, en Madrid, muy bueno en un heredamiento del comendador Hernán Ramírez Galindo aparte de aquella devota hermita de Nuestra Señora de Atocha. (He aquí que el maíz vino, al menos a España, de América) . . . Pero en el Andalucía en muchas partes se ha hecho el mahiz, e por esso soy de opinión que se harían estas piñas *trayendo los cardos plantados y prendidos* de tres o cuatro meses ».

Este último sentido está mal traducido del español. Digámoslo más claro: « que se harían estas piñas o cardos, llevando los cogollos que he dicho puestos y de tres o cuatro meses presos acá, en estas partes ».

No sé qué afinidad de cultivo pudo nunca Oviedo imaginar entre el maíz y el ananá. El maíz nos viene a Europa traído de las tierras calientes de Santo Domingo. Sería, pues, según Oviedo, lo mismo con los ananás. Lo niego; bastando [224] al primero para dar fruto los cuatro meses más templados de nuestro año, y reclamando los segundos más largo número de meses cálidos que los que tienen nuestros climas. Podría yo también decir que el maíz se halla también en los países fríos, o digamos, templados de América. Mas basta de ello.

---

1 *Hist. Nat. de las Ind.*, lib. VII, cap. 14.

LIBRO QUINTO

De los animales de los países interiores del Orinoco

[225] LIBRO QUINTO

De los animales de los países interiores del Orinoco

Capítulo I

De los pájaros comestibles.

De un asunto muy agradable, como es el de los vegetales, pasamos a otro que debe excitar en nosotros maravilla. Tal es, en mi opinión, la historia de los animales que emprendo ahora tratar. ¡Dios mío! ¡Cuántos, y de qué no imaginables especies ha puesto El en la superficie de nuestro globo! Unos son domésticos, otros de bosque o de prado. Unos buscan al hombre y lo siguen. Otros lo odian mortalmente. ¿Qué diremos de los de carne mala? ¿Y qué de aquellos que casi sabiendo que la tienen buena, escondiéndola del hombre, la llevan huída por los montes? De los animales, unos los vemos inermes y expuestos a las asechanzas del hombre, otros armados de cuernos y de garras y de dientes horribles, que no [226] sólo no lo temen, sino que le salen soberbios al encuentro. ¡Oh, asunto maravilloso!

Pero nos extendemos demasiado. Comencemos por los pájaros terrestres, y alejemos por un poco de tiempo de nuestros ojos los animales más espantosos. Está fuera de duda entre todos los historiadores que América es el país predilecto donde se hallan las aves más raras. Pero si yo fuese de parecer que le está bien esta fama, no ya por todas sus comarcas, sino por el Orinoco especialmente, si yo fuese, digo, de esta opinión, ¿podría decírseme que yo engrandezco demasiado la gloria de este río? Acaso no. Pero enumeremos las varias especies y que decidan a su gusto los lectores.

La guacharaca[1] es del tamaño de un pollo grande, de color castaño, y si se guisa bien, de sabor agradabilísimo. Su canto es poco agradable, pero no nos importa. En invierno especialmente

1 En tam. *uacharacá.*

las guacharacas se reúnen en multitud en los montes vecinos a los poblados. Detrás de mi casa, o por decir verdad, cabaña, sin ser molestadas por nadie, a las comienzos, cuando más me molestaba el hambre, hacían ruído en tal abundancia, que no creyéndolas comestibles se me habían convertido en algo fastidioso.

En aquellos días, casualmente o por deseo de remediar mi hambre, o por capricho que se le puso en la cabeza, mató una un jovenzuelo sirviente mío. La creí gallina. Tanto me agradó, y tanto por aquella que entonces comí, como por otras que comí después, hago los justos elogios que merecen.

Hay también las tortolitas,[1] que si no se parecen demasiado a las nuestras, no son diferentes al menos demasiado, tanto [227] en el color como en el sabor. El corocoro es negro, del tamaño de un pollo mediano, y también sabrosísimo. Se encuentran aves llamadas por los tamanacos *chekiri* y por los españoles, no se la razón, perdices. Lo cierto es que si yo tuviese que darles un nombre adecuado las llamaría codornices de América. Tanto sé les parecen en el tamaño y en el sabor. Pero el color es castaño como el de la perdiz, y si tales queremos llamarlas, digamos que han decaído de su antigua grandeza en aquellos lugares.

No vi nunca, porque es de matorrales más espesos, el pájaro *memi*.[2] Pero si por el huevo, que es de cáscara verde y de sabor bastante bueno, puede juzgarse del resto, lo creo bastante agradable de comer. En las sabanas interiores se hallan varias especies de paujíes, y todas son deliciosas.

Son igualmente comestibles, pero de carne bastante dura, los papagayos. Es en realidad increíble la multitud y variedad que se ve de estos pájaros en Orinoco. No hablaré más que de las especies comunes. El papagayo, que los tamanacos llaman *roro*,[3] es todo verde, salvo las alas y la cola, que son rojas, pero entreveradas de verde. El más célebre entre los papagayos es el *cori*. Tiene en lo más alto de la cabeza, como distintivo de los otros, un grupo de plumas rojas muy bonitas. Todos por cierto, pero por encima de todos los demás el cori, aprenden muy bien a hablar, y es un placer oirlos parlotear en las diversas lenguas de los indios.

---

1 En tam. *mare*.

2 El pájaro *memi* se halla en Auvana.

3 En esp. *loro* [que, como se ve, es una palabra caribe], en maip. *uréva*.

El periquito[1] es conocido en Europa en nuestros días; es una especie de loro, pero no aprende nunca a hablar. [228] Es agradable por lo demás tanto por el bonito verde y por su pequeñez, como porque es más manso que ningún otro pájaro. Les interesa mucho en la Martinica, y se los llevan del Orinoco con increíble avidez los viajeros franceses.

A mí no me interesaba nada de los periquitos, y quedé sorprendido de que cierto francés casado en la isla Margarita con una española, y venido a mi reducción para sus negocios, los hallase en gran abundancia. Dio una breve vuelta por las chozas, y volvió a mí contentísimo, diciendo que había encontrado una veintena o treinta, y que las había pagado a medio real[2] cada uno, o por usar sus palabras, *à demi Royal.* Si como me dijo los llevó a la Martinica, se ganó otros tantos escudos. Tuve no poco que reir con mi huésped francés, que tuvo en una habitación mía hasta su partida los periquitos, sobre mi descuido, porque visitando yo para saber de los enfermos casi diariamente las chozas de mis neófitos, nunca me había dado cuenta de sus periquitos.

Cuando son aún pequeños los periquitos y no han echado aún plumas, pían contínuamente, y casi lloran, intercalando *chacaracá,* y de ahí viene el nombre que les dan los tamanacos. De la multitud, tanto de estos pájaros, como de los papagayos, si contara lo que vi, sería quizá creído hiperbólico en el hablar. Pero puedo decir sin ninguna exageración que estando delante de mi casa rezando a sus horas el oficio, veía pasar por encima de mí, por la mañana hacia el río, y por la tarde de vuelta a las selvas, un tropel numerosísimo de periquitos. De sus plumas usan los orinoquenses para adornarse a su modo, [229] y cuando les viene en gana se comen con gusto la carne.

De los pequeños pájaros comestibles de que tanto caso se hace en Italia, y poquísimo en aquellos lugares, los hay por todas partes. A la vida de estos animales no ponen asechanzas comunmente entre los orinoquenses sino sólo los niños para adiestrarse en las flechas. Los mayores sin embargo agradecen mucho que se los den en sus enfermedades.

---

1 En tam. *chacaracá.*

2 [En el original « mezzo paolo », donde vemos la equivalencia de esta moneda.]

Capítulo II

De algunos pájaros singulares del Orinoco.

Entre los volátiles singulares del Orinoco debo dar la preferencia a un pájaro del tamaño de las guacharacas, que en tamanaco se llama *itotocó*. No es, que yo sepa, comestible este pájaro. Pero es particular su grito, pues le parece a quien lo oye que siente precisamente al oído la voz sobredicha, y tan clara y nítida se oye, que parece propiamente que se oye no voz de pájaros, sino de hombres.

Esperaba yo en Auvana, donde sin saberlo antes, ni haberlo oído nunca, se hallan itotocos, esperaba, digo, incomodado por la fiebre, a cierto indio por mí enviado a los maipures gentiles. Todos mis pensamientos estaban fijos en este mensajero y sobre el bueno o mal éxito de la expedición. Cuando he aquí que siento de improviso poco distante de mí que me entonan a numerosísimas voces el itotocó. A la voz, al piar, a la furia y rabia con que me pareció entonado, creía yo que se me había venido encima, y también encima de mis compañeros, una tropa inmensa de bárbaros: me quedé helado, pero como no [230] veía en los míos, con estupor, ningún movimiento, vuelto en mí, me tranquilicé lo mejor que pude, y enseguida que supe que este grito era de pájaros, se convirtió en una carcajada el imprevisto miedo.

Los maipures llaman a este pájaro *raurrau*, no sé por qué. Fuera de que repitiendo los itotocos a porfía sus voces, les parecerá a los maipures que oyen al oído confusamente el *raurrau*.

Es célebre también en las regiones orinoquenses, y grande también como el itotoco, el *uacavá*. Se llama en español *barcová*, esto es *va la barca*. Aquellos habitantes son de la opinión de que cuando este pájaro ve extranjeros, o por agua o por tierra, anuncia con el canto su venida a las poblaciones. En realidad la adivinan muchas veces, pero a veces no llega ni se ve a nadie, así que cantarán por juego o porque ven gente de la que se creen congéneres.

No debe omitirse entre los volátiles singulares del Orinoco el pájaro vaca. Yo oí su canto varias veces, pero no lo vi nunca. Habita en lugares inundados por los ríos, y produce una voz tan semejante al mugir de los bueyes, que sin poderlo dudar se lo parece a los más entendidos. Quedé sorprendido al oirla la primera vez, no pareciéndome que en lugares pantanosos pudiera haber

bueyes, y oí con maravilla mayor que me dijeran que era la voz de un pájaro de pequeño tamaño.

Es muy frecuente en las selvas de los quaquas, pero bastante raro en las cercanías del Orinoco el célebre pájaro quiapocó.[1] De este pájaro es agradable y lindo el color, pero se celebra sobre todo lo demás su pico, porque no excediendo el quiapoco el tamaño ordinario [231] de un tordo, su pico sin embargo es extraordinariamente grueso y no corresponde nada al resto del cuerpo. El pico sobredicho, o bien la lengua del quiapocó (que no me acuerdo bien) se cree útil a la medicina.

El tucuchí es el más pequeño entre los pájaros que he visto en América. Es de color verde y lo creo nada desemejante del más pequeño de los nuestros, llamado aguzanieves.

De un canto armoniosísimo, y no muy diverso del del ruiseñor, es cierto pajarito amarillo del tamaño de un tordo, de cuyo nombre no me acuerdo. El llamado cardenal, porque parece exactamente que lleva el capelo en la cabeza, es semejantemente de un canto muy agradable. El turpial merecería por su canto y por la singular belleza ser llevado a Italia. A disgusto mío debo dejar aquí otros pájaros que vi u oí de paso en las sabanas interiores del Orinoco, y no pude en tan breve tiempo observarlos, ni si lo pregunté me acuerdo ahora de su nombre (Nota XIX).

Capítulo III

De los pájaros nocturnos.

Esta parte de escenario se requiere aún para comprender bien el Orinoco. Sería deseable después de las inquietudes y trabajos del día, reposar tranquilamente por la noche. Pero allá no es posible. El primero en turbar el sueño es cierto pajarraco del cual no sé decir el [232] color ni el tamaño, pero sé decir bien el canto y el nombre.

Los tamanacos lo llaman *taváru*, y los españoles *tujudío*, y este último es el nombre que a mi parecer le cuadra mejor. En realidad el tavaru dice, cantando, o por mejor decir, llorando contínuamente, la antedicha palabra, y es tan aburrido y tan melancólico y mo-

1 O también *aviapóco*.

lesto su canto, que en las enfermedades, allá frecuentísimas, no es posible reposar.

Tujudío dice el tavaru. Otro aborto de pájaro llamado en español pereza, es insufrible por los lamentos que de contínuo emite por la noche. Este infeliz pájaro muchos creen que es una especie de fiera cuadrúpeda. Pero los tamanacos, a los que pregunté muchas veces, me aseguraron que se debe en absoluto contar entre los pájaros. Está también en los grandes matorrales la célebre pereza de la que tanto se ha escrito en los libros, pero yo en mis viajes no la he visto nunca.

Esta pereza se llama en tamanaco *proto*, y por lo que me decía Yucumare,[1] que la había visto en el Cuchivero, hace infinito esfuerzo para subir a los árboles, y sube, como él me decía, no vuelta la cara hacia el árbol, sino de espalda, y sujetándose a las ramas con las manos vueltas hacia atrás. Si esta no es la célebre pereza de que se habla en los libros es por cierto otra especie de ellas, no conocida hasta ahora (Nota XX).

El *cabruccucú* es también pájaro nocturno y de canto desagradable, pero no tanto como los ya dichos. Pájaro también nocturno, o topo, o lo uno y lo otro, es el murciélago. Sería aquí supérfluo que como de cosa [233] desconocida dijera de él lo físico y natural. Digamos lo histórico.

En Orinoco han de ellos una abundancia ciertamente increíble. Puedo decir, no sólo como testigo de vista, sino como el que por más de diez y ocho años tuve que sufrir sus incomodidades, que mi casa o choza estaba llenísima de ellos. Creo que entre las palmas de que estaba cubierta habría al menos un millar. Los murciélagos viven de buena gana en casas cubiertas de hojas de palma, y en ellas hacen, para no irse ya, en abundancia sus nidos. Como allí es nombre extranjero el de techo, y se está siempre y se duerme bajo tejado de palma sin reparo ninguno, no podría decir sino con náusea del lector, las inmundicias que dejan caer continuamente los murciélagos en sus necesidades naturales. Si se tiene allí para protección cualquier manta o sábana, dadla por perdida. Tan tenaz es la mancha que de los inmundos orines queda.

Los cabellos, los vestidos y cuanto se lleva encima, todo es manchado por aquellos orines. Termínese al menos aquí. Añadid el intolerable hedor que por causa de tan fétidos animales se siente

1 Persona célebre entre los tamanacos.

en las chozas. Añadid (cosa quizá novísima para mis lectores) que en el Orinoco los murciélagos se mantienen, como de alimento natural, de sangre humana. Muerden mientras se duerme la extremidad de los dedos de los pies, y con sus sutiles dientes arrancan un trocito de carne, y chupan a su gusto toda la sangre que sale. Lo bonito es que muy pocos sienten la mordedura, sea, como dicen algunos que al morder mueva suavemente las alas y como con un abanico de fresco al durmiente, sea que su diente no es demasiado sensible o doloroso.

Nunca tuve, entre tantas desgracias y trabajos, también [234] ésta de ser mordido por murciélagos. Dicen que no toda sangre les agrada. De un criado mío habían hecho una verdadera carnicería. Para defenderse contra la mordedura del murciélago es conveniente dormir con luz; también es conveniente taparse bien. Pero ¿cómo aun durmiendo resistir a los grandes calores de manera que se esté siempre bien tapado? Lo peor después es que algunos son mordidos tantas veces por los murciélagos, que al sacarles de las venas en abundancia la sangre, se vuelven casi cadáveres. A veces muerden también en la frente, y producen al durmiente tal pérdida de sangre, que le quitan sin que él lo sepa la vida. Pero no es infrecuente el caso de que muerdan también a los perros, los caballos y otros animales.

Pasando a las especies de los murciélagos, yo los conocí de dos clases, unos semejantes a los de nuestros países, y son aquellos de que ahora hablábamos, otros de tamaño mucho más grande, llamados en aquellos lugares murciélagos de monte, y los dos son atraídos malamente por la sangre. Vi una vez los dientes de delante de un murciélago de monte, y sin exagerar nada, eran casi del largo de una aguja. El tamaño de sus alas me dio además gana de medirla con una vara española,[1] y con sorpresa de los presentes, para cubrirla toda le faltaban sólo dos dedos. Dios nos guarde de que todos los murciélagos fueran así.

Para desalojarlos de las chozas no vale ninguna industria. Cerrando bien las ventanas se quema allí azufre. A falta de azufre algunos encienden estiércol de buey. Pero si alguno se va, vuelve bien pronto. El mayor remedio a este fatalísimo mal [235] son los gatos, golosos, como si fueran otros tantos topos, de los murciélagos.

---

1 Vara, medida de cuatro palmos.

Capítulo IV

De los pájaros carnívoros.

No tuve nunca cuidado de observar si los pájaros que allá se llaman halcones[1] son semejantes a los nuestros. Pero los hay por todas partes, y el alimento que les gusta son los pollos, si los encuentran. El cuervo no parece propio de aquellas comarcas. Pero hacen sus veces ciertos fetidísimos pájaros que se llaman gallinazos.[2] Este es el nombre con que son llamados en el Nuevo Reino. En otras partes tienen otros nombres. Se parecen mucho a las hembras de los pavos, pero no hacen como ellos la rueda en sus amores ni vuelan tan bajo como ellos. También su vuelo sobrepasa al de otro cualquier volátil, y aunque se les vea a menudo en tierra y sobre los arbustos o matas, si les da gana de vagar por el aire, suben tanto, que se pierden de vista en pocos momentos. Se dice que son de vista agudísima, y que por eso precisamente suben tan alto, para ver desde allí la presa y acudir en bandadas a devorarla.

No hay peligro de que toquen nunca a animales vivos. Su alimento son los bueyes, los caballos, y otros animales cualesquiera, que yacen muertos por las campañas. En los lugares donde se encuentran rebaños, o vacunos o de caballos, se ven muchos. En los despoblados [236] y soledades apenas hay alguno por maravilla. Pero si se mata un buey, vienen en abundancia a comerse los interiores. Tan de lejos los huelen.

No están, se dice, en lugares de aire insalubre, y se cree que un país está purificado de influjos malignos en cuanto vienen a estar en él los gallinazos. Pero yo creería que en los nuevos lugares (éstos son estimados insalubres) no se ven por falta de animales bovinos y porque encuentran mejor en otra parte su alimento. No niego sin embargo que limpiando la campaña de carroña proporcionan grandes ventajas a las poblaciones.

Van ordinariamente en bandadas, grandes o pequeñas, como los cuervos. Pero si no encuentran nada de comer, se dividen entre

---

1 En esp. *milano* o *gavilán.*

2 Y también *zamuros, guaraguados, zopilotes,* etc., En tam. *kirimú, caricari,* etc. En maip. *currúm.*

sí y van solitarios en busca de alimento. Cuando se viaja por los ríos siempre hay alguno, que con la esperanza de devorar los restos de la comida de los pasajeros les va acompañando contínuamente. Mi viaje por el río de la Magdalena, que hice con Gumilla, desde la Barranca, hasta Honda, fue de veintiún días, y otros tantos nos acompañó un gallinazo para hacer una visita a nuestra ranchería y para gozar de lo que encontraba, y saltando de rama en rama y siguiendo el curso de nuestra barca, no nos dejó nunca hasta que no nos vio llegados al puerto de Honda.

Los gallinazos ponen los huevos en las cavidades de las rocas, y son deformes, ahumados y negruzcos, como sus madres. Pero las crías tiernas (¿quién lo creería?) son blancas. Pero poco les dura esta efímera blancura, y a los pocos días se vuelven negros como sus padres. En suma, los gallinazos propiamente son negros. Pero el [237] frailejón, que también es una especie de gallinazo, tira al castaño.

Es cosa admirable en estos pájaros que siendo, como he dicho, todos negros, su rey (así se llama allá) es blanquísimo,[1] y tan querido de sus súbditos, que lo ponen en medio y le hacen a porfía grandes fiestas. Si el rey interviene en la comida junto con los gallinazos, éstos no pican nada del animal muerto si no lo prueba primero su rey.

Del rey de gallinazos no se sabe la genealogía. Yo me atendría al parecer de los que pretenden que este rey sea uno de los gallinazos viejísimos, y en efecto, cuanto más envejecen, más blancos se ponen. Los gallinazos son muy malolientes, y el hedor que despiden es tal, que dan asco a todos. Hacen también hediondo lo que tocan con sus garras, y por eso me parecía allí, y me parece todavía, que no son desemejantes de las famosas arpías de Virgilio.[2] Tanto es su parecido en el hedor y en la gula.

Se puede al fin preguntar si en el Orinoco hay pasos de pájaros, como vemos a menudo ocurrir en Italia con las palomas, las golondrinas y otros volátiles semejantes. Parece que sí, pero

---

1 En esp. *rey de gallinazos*.

2 [Una nueva alusión clásica del autor: de las arpías habla Virgilio en la *Eneida* III 211 ss., y cuenta que atacan a los troyanos y manchan la comida de éstos; Celeno, la principal de las arpías, da a Eneas indicaciones proféticas sobre la llegada a Italia.]

pocos son los que se cuiden de ello, dada la rudeza de aquellos nuevos países. Y para enumerar algunos pájaros que están entre los otros que me son más conocidos, las guacharacas son de invierno, también son de invierno las raras, y algunos otros. En el verano, o sea en los tiempos secos, o no se ven o son por cierto muy raros.

Mas otros pájaros, por el contrario, son de verano. De tal [238] género son los guanavanares y otros que habitan en las playas secas de los ríos. A los gallinazos ningún lugar, con tal de que sea abundante de carne mortecina, les es dañoso, y es para ellos juntamente más conveniente y más agradable, donde encuentran más carnaza para devorar. Las gaviotas mismas (¿quién lo creería?) no están siempre en un lugar, y la abundancia que dije hay de ellas en el monte Capuchino es invernal, y cesa enteramente en verano.

¿Dónde van en los diversos tiempos señalados los pájaros? Yo no lo supe nunca por experiencia, pero por decir lo que me parece más verosímil, y para salir más expeditamente de la pregunta, digo que van a un clima que les conviene. Si todo lo dijera en este primer tomo, entraría en una materia que guardo para el cuarto tomo de mi historia, en el que dando una muestra de las provincias españolas de Tierra Firme, estoy persuadido de que aquellos que entienden la uniformidad de los varios climas de América, de los productos naturales y de las costumbres mismas de los indios, lo recibirán como una explicación justa de toda junta América.

Ahora, diciendo en poco lo que entonces diremos más particularmente, no hay en nuestros días nadie que no sepa al menos confusamente que en la zona tórrida, especialmente española, se encuentran muchos lugares aquí y acullá que son contínuamente calientes, son templados y suaves, y son (lo que negaron los antiguos) aun fríos. Tiene allí cada uno a mano, sin cambiar las estaciones, un lugar donde rehacerse del calor buscando el frío si le conviene, donde sudar perpetuamente como en una estufa, donde gozar, si más le agrada, de una eterna primavera amable.

[239] Después de este esbozo de los varios climas de América española puede cada uno tocar ligeramente con la mano que los pasos de los pájaros a clima que les sea conveniente no son sino muy fáciles. Pero yo no mando a mis orinoquenses demasiado lejos. Envío a las guacharacas y las raras a las sabanas espesas del interior, que son muy frescas. Y he aquí que les hemos dado un

clima proporcionado a sus necesidades. A los guanavanares, amantes de las orillas secas, los alejo más, y los confino allá por algún tiempo, donde cuando llueve en Orinoco comienzan los tiempos de verano y son anchas al igual de las del Orinoco las playas. ¿Dónde irán las gaviotas? A lugares lluviosos, a rios, a lagos donde retumben los truenos y donde las tormentas por las contínuas lluvias sean muchas.

Capítulo V

De los monos.

Están en los árboles, y a menudo imitan a los pájaros, y no a los otros animales, las varias especies de monos del Orinoco, y no es extraño que después de haber visto a los volátiles contemplemos todavía a los cuadrúpedos. Pero siendo tan varias las especies, deberemos hablar por separado. He aquí los micos[1] de los que, omitiendo aquí la descripción, que sería en nuestros días supérflua, diremos solamente lo histórico.

En el Orinoco los hay en tanta abundancia, que a veces se ven los árboles llenos de ellos. Juegan encima, se comen los frutos, y como saciados después de largo comer, enredándose en las ramas con la cola, se quedan [240] colgados graciosamente. Es el mico, como todos saben, un animal inmundísimo, y se encuentra en ellos una especie de lujuria no conocida de los otros brutos. Un animalejo graciosísimo de por sí me disgustó por esto, y me deshice de él inmediatamente, como también de las raras, que me molestaban con su contínuo graznar. La carne de los micos no es desagradable, y hacen gran uso de ella los orinoquenses.

Agradable, y más sabrosa que otra alguna es la carne del mono araguato.[2] El araguato es del tamaño de un perro ordinario, pero de larga barba, de color rojizo y de cola larga. Su cabeza cortada da horror, pues parece la de un hombre con barba. Se tiene en

---

1 En tam. *yuarácaru*, en maip. *uavári*.

2 En tam. *aravatá*, en maip. *maravé*.

gran estima su piel, y los tamanacos la creen conveniente para que los niños duerman encima sin peligro de enfermedades.

Atendiendo al sabor de sus carnes, el araguato se estima mucho, tanto por los orinoquenses como por los españoles. He comido de él varias veces, pero sobre todo me pareció sabrosísimo uno que comí en la región de los parecas. Quise que le cortaran y alejaran de mi vista la cabeza y los pies. Pero estos (si quitamos la náusea que naturalmente dan), como muy grasos, son tenidos por los indios como el bocado mejor. Me contenté, sin cuidarme de las alabanzas de los bárbaros, con sólo la carne. La encontré tierna, jugosa y de un sabor bastante delicado. Es verdad que no había otra cosa con que quitar el hambre, pero creo que el araguato bien guisado sería estimado de los glotones.

Pero el más hermoso mono del Nuevo Mundo es, a lo que me parece, el caparro. Ha sido descubierto en estos últimos tiempos, y que yo sepa no se encuentra más [241] que en el río Guaviare, y quizá también en el alto Orinoco. En diez y ocho años y más, que yo estuve allá, no vi más que uno, traído a Cabruta, no sabría yo decir si por los españoles o los indios. Es casi del tamaño del araguato. No sé si es buena de comer su carne, pero la piel es magnífica. Pelos variados, unos blancos y otros negros, mezclados graciosamente, forman toda su gracia. Son cortísimos, y tocando la piel de este mono parece tocarse terciopelo propiamente. Creo que si trajeran a nuestros países el caparro, tanto porque es muy manso, como porque tiene el pelo tan lindo y suave, sería agradabilísimo para todos.

Hay allí sin duda en los grandes sabanas otros monos, pero yo no vi sino a éstos. Los hay también pequeños, pero raros, y no estimados sino de las mujeres, a las cuales les gustan, como aquí a las nuestras los perritos.

De los monos, y particularmente de los micos, de su industria y astucia habla largamente Gumilla,[1] el cual en diversas partes del Nuevo Mundo tuvo ocasión de oir a españoles cuentos muy graciosos. A nosotros nos basta lo dicho. Pasemos a otros animales.

---

1 *Hist. de l'Oren.*, III, cap. 44.

Capítulo VI

De los animales feroces.

Los micos y los monos no son todos feroces, sino sólo contra las personas que se arriman a ellos o que les hacen daño. Su ferocidad es defensiva, [242] digámoslo así, no ofensiva. Pero de este laudable carácter no son todos los animales. El tigre, de que hablaremos ahora, no se defiende sólo de quien le ataca, sino que ataca sin ser irritado, y busca cruelmente personas a quienes devorar.

Existe en el Orinoco cerca del río y lejos, por todas partes en abundancia increíble. En la reducción donde estuve, se les oía por la noche aullar desde varios prados. En mis viajes me han pasado algunas veces a distancia a penas de un débil tiro de piedra. Los he visto, sin cuidarse nada del ruído y griterío de los remeros, sentados muy tranquilos en cualquier escollo que dominaba la orilla. Los he visto con asombro atravesar nadando el río Orinoco. En suma, el tigre en aquellos lugares es un animal tan frecuente, que no creo haya en Italia país en que se vean tan frecuentemente los lobos.

¿Qué diré de su poder? No es ciertamente el tigre un animal de los más grandes, y el mayor acaso no sobrepasa la longitud de diez palmos. Sin embargo, si mata, por ejemplo, a un caballo, no sabría decir cómo se lo lleva sin ninguna duda y lo esconde en su madriguera. Imaginaos si tendrá que hacer esfuerzos para llevarse los terneros, en los cuales los tigres hacen allá el estrago que aquí hacen los lobos en los corderos.

Dios nos guarde de que los tigres, como no raras veces sucede, se ceben de hombres. He oído en mi tiempo casos de muertes, y he visto también hombres mortalmente heridos. He oído muchas veces decir que el tigre no mata con los dientes, sino con las uñas, las cuales son, a lo que se dice, muy venenosas. Su herida se encona al poco tiempo, y si no se cura prontamente, se gangrena. He visto a negros e indios, escapados [243] después de alguna lucha de las garras del tigre, míseramente despedazados. Estos sin embargo, puestos a alguna dieta y curados de la mejor manera con el jugo de la cucuísa o maguey, se salvaron todos.

No parece creíble que yendo de caza se atreva ningún hombre a medírselas con un tigre. Y sin embargo, además de matarlos con el fusil desde cualquier puesto seguro (lo que sucede frecuentemente), algunos los atacan con flechas en descubierto. Así en mi tiempo, con estupor de todos, mató uno bien grande al pie del monte Paurari Felipe Monaíti, cacique entonces de los tamanacos. Lo vio subido a una palmera, le disparó una flecha envenenada, y le cayó tendido y helado a sus pies. No repito las jactancias bien justas que del extraño valor de su jefe hicieron los tamanacos.

Es más de hombre, pero también sumamente bárbara, la caza de los negros. Estos van de propósito siguiendo las huellas del tigre, y poniéndose alrededor del árbol en que han visto que ha subido (para librarse de los cazadores, o para lanzarse desde allí contra ellos con salto más violento los tigres trepan a los árboles frecuentemente), poniéndose, digo, alrededor del árbol en que ven ha subido, lo esperan con lanzas larguísimas y agudísimas en la mano. Uno de los cazadores, dando principio a la lucha, dispara encima de él la escopeta. Pero si el tiro no es muy afortunado y si el tigre no queda herido en la parte más vital, desciende convertido en fuego y embiste furiosamente al primero que se le presenta del corro. Pero como estando las lanzas apretadas y dirigidas contra él no puede llegar a los cazadores sino abriéndose paso por las lanzas, por sí mismo se clava en ellas para llegar al cazador y matarlo. Pero apenas se ha clavado, los compañeros se le echan encima [244] en gran cantidad, e hiriéndolo quien en una parte del cuerpo, quien en otra, a porfía le quitan la vida.

Es ciertamente fortuna que aunque de manera tan bárbara se encuentren allá personas que, prestando a la humanidad tan relevante servicio, den muerte a estos feroces animales. De esta manera se hace finalmente habitable un país que al principio, siendo un cubil de fieras, infunde terror en los hombres. Cuando se comienza una reducción, no resulta en los tigres insólito meterse dentro de las mismas chozas de los indios y llevarse de noche lo que encuentran, y como estas chozas o no tienen puerta, o si la tienen no es sino de ramas, entran en ellas y roban bien los perros, bien las tortugas, bien otros animales destinados a la mesa o al servicio de los habitantes. Estas son las primeras cosas que se llevan, pero si se les antoja, no dudan en llevarse también a los amos. Muchas veces en mi tiempo, en días lluviosos, hicieron esta caza en las chozas.

No sé si me será creído, pero los habitantes del Orinoco son de parecer que el tigre, cuando viene de noche a alguna ranchería donde hay muchos durmiendo, escoge entre los durmientes para presa el más débil. Si hay, pues, españoles, negros e indios, se lleva a estos últimos, que son considerados de poco espíritu. Si no hay más que los primeros, le toca al negro la fiesta. Al español, como al más valiente, es el último al que ataca el tigre. Se cuentan casos graciosísimos. Pero no creo deber entretener más tiempo sobre este punto a mis lectores.

El *uayapári* es otra especie de tigre. No es a pintas como los antedichos, sino de color entre el castaño y el [245] rojizo. Los españoles lo llaman león.[1] No es ciertamente el africano, ni se le asemeja en nada. No tiene crines, no es muy valiente, ni de ningún terror a las selvas. En un viaje mío al monte Capanaima los tamanacos, mis compañeros, mataron uno. Se dice que es bueno de comer. Pero en cuanto lo vi de cerca abandoné el pensamiento de probar la carne. Tan semejante es al tigre y tanto horror infunde a quien lo mira.

Para matar al *uayapári* no se andan buscando las minuciosas diligencias de que he hablado más arriba. Dos tamanacos solos vieron al uayapari subido en una palmera, le dispararon las flechas, y en un abrir y cerrar de ojos lo mataron, sin hacer jactancia de su valor, como suelen en la caza de los animales más feroces.

El año 1766 fue descubierta en el Cuchivero una nueva especie de tigres, y a lo que entendí, era toda negra, aunque del tamaño y hechuras de la otra.

El tigrito[2] debe contarse también entre los animales de esta clase, no ya por la ferocidad, de que no hace uso sino para defenderse, sino por su semejanza con los tigres. Es con pintas, como los de la primera clase, y no excede el tamaño de un perro ordinario. Pone asechanzas a la vida de los pollos (Nota XXI).

---

1 *Uayapari* es voz tamanaca.

2 En tam. *macá-yapalí.*

[246] ## Capítulo VII

De los animales raros del Orinoco.

Aunque irritándolos sean también feroces algunos animales cuya enumeración emprendemos ahora, son sin embargo tan extravagantes sus formas, que he creído debía distinguirlos por estas y no por su ferocidad. El *avaré,*[1] uno de los animales de esta clase, es de grande como conejo, de pelo castaño y de un olor ingratísimo. La hembra, desde el pecho hasta el bajo vientre, tiene una abertura, o digámoslo así, camisola, dentro de la cual tiene agarradas a las mamas a las crías. Pero machos y hembras tienen la cola de cerca de palmo y medio de largo sin pelo ninguno. Habitan entre las rocas y no salen a comer los frutos, de que se dice se alimentan, sino de noche. En el monte Avaré-ima,[2] donde tienen sus sembrados los cabrutenses, se hallan en abundancia. Vi uno, traído de allí por los tamanacos. Pero como me pareció asquerosísimo, no me cuidé más de verlo.

El *yuorocó* no merecería acaso ser enumerado entre los animales raros del Orinoco. Es de color rojizo, de orejas tiesas, y muy semejante al perro. Los españoles lo llaman zorra, y no dudo que el nombre le vaya bien. Pero lo llamo raro, no por su extraña forma, sino por su tamaño, mayor sin duda que el de nuestras zorras. Ahora bien, este tamaño en animales semejantes a los de nuestro continente, [247] según lo que reflexionaremos en lugar más oportuno, debe notarse atentamente por los lectores.

Pero hablemos ya de un animal bípedo sobre cuya rareza no tendré que disputar nada con quien se digne conceder alguna atención a mis relatos. No soy el primero en presentarlo. El excelente M. Bomare habla también difusamente de él,[3] y pueden verse en su diccionario lindas noticias de este bípedo. He aquí ahora las mías.

Se encuentran en las grandes sabanas del Orinoco, como todos discuten en aquellos lugares, ciertas fieras que, salvo pequeñas

---

1 En esp. *jara* o rabo-pelado.

2 Lugar de faras.

3 En el artículo « Homme sauvage », tomo III del *Dictionnaire d'Histoire naturelle.*

cosas, se parecen al hombre. Estos animales, que nosotros llamaremos el salvaje, se llaman en tamanaco *achi*.[1] De figura en todo lo restante humana, el salvaje no se diferencia más que en los pies, cuyas puntas están naturalmente vueltas hacia atrás, como por astuto artificio de Caco lo fueron antaño las huellas de los bueyes por él robados.[2] Parece por eso que el salvaje se aleja cuando viene más bien hacia los viajeros. Es todo peludo de cabeza a pies, sumamente libidinoso, y rapta si se le antoja a las mujeres.

El señor don Juan Ignacio Sánchez, persona honradísima, y uno de los señores principales de la tierra de San Carlos en los llanos de Caracas, me contó una vez de cierta mujer (no sé aún en que parte) raptada por el salvaje, y llevada, sin poderlo remediar, a las sabanas. La tuvo consigo largo tiempo, y obligada por la fuerza, allí habría estado acaso hasta el fin de su vida, si no hubiera pasado por allí un cazador, perdido de sus compañeros, el cual la sacó al fin de fatigas.

Lo vio, ausente el celoso salvaje, desde la alta cima de un [248] árbol la pobre mujer, y puesta a llamarlo con toda su voz, le manifestó desde la altura en que estaba su mísero destino. De buena gana hubiera bajado y hubiera vuelto con él a las casas españolas. Pero por preocupación de que no lo viera el salvaje y no lo despedazase por celos, le dijo que no se acercara más, que hacía tanto años (y le dijo el número) que estaba viviendo en aquel lugar, que tenía dos hijos del salvaje, y que aquella bestia no le daba permiso de bajar de la choza que le había edificado en lo alto del árbol, que nada le faltaba para la comida, de la que era proveída abundantemente por el salvaje suyo robando gallinas, terneras o lo demás que a él le gustaba, pero que le disgustaba estar a modo de fiera sin sacramentos y sin humano trato habitando en aquel sitio. Rogóle en fin qua a tal hora del día (y la señaló) en que solía irse de caza el salvaje, viniera con gente armada a sacarla de tantas penas.

---

1 En esp. salvaje, en maip. *Vasúri*, nombre que dan también al demonio.

2 [Alusión clásica: en el libro VIII de la *Eneida* de Virgilio se cuenta que Caco, hijo de Vulcano, robó cuatro toros y cuatro novillas de los rebaños que Hércules se llevaba de España, y para que no se pudiera descubrir el robo por las huellas se los llevó tirando de la cola de ellos, de modo que las pezuñas indicaban la dirección contraria, versos 193 ss.]

Habiéndola compadecido, como era obligación, el cazador dio parte de ello a los parientes y amigos, y reunido un grupo de hombres valerosos, se dirigió a la selva a la hora fijada, y en ausencia del salvaje, una vez que la bajaron del árbol, se la llevaban todos contentos a la casa paterna. Cerca ya de la casa, llega con los dos hijos en brazos el salvaje, y llamando a su modo gimiendo (porque no tiene voz articulada) a la mujer amada, le mostraba para enternecerla o moverla a volver con él los frutos de la larga estadía hecha con ella en los matorrales. Pero como los españoles le apuntaron con las bocas de fuego para matarlo, despedazó a la vista de la mujer a las crías, y huyó velozmente a las selvas.

[249] Este relato, apoyado en la autoridad de tan honorable señor, no halló ninguna persona, entre tantas que estaban entonces presentes, que dejara de creerlo. Tan conocido de los orinoquenses es el salvaje.

El salvaje habita en los montes más altos. En los países de los mapoyes, cerca del río Paruasi, hay una alta montaña en la que los tamanacos me dijeron que existe. Por eso la llaman *achi-tipuíri*, que quiere decir montaña de los salvajes; cerca de la Guayana hay de modo semejante un monte que se llama Achi.[1] Sin embargo no conocí a ningún indio que me dijese lo había visto con sus propios ojos. Aunque esto mismo no es para mí argumento valedero para contradecir la voz de todas las naciones del Orinoco. Todos temen al salvaje, y como habita en lugares inaccesibles, nadie se atreve a acercarse a ellos por temer por su vida. Pero todos dicen las mismas cosas y narran de él hechos sucedidos a sus antepasados (Nota XXII).

Capítulo VIII

De los animales buenos para comer.

A quien no tiene sino conocimientos restringidos a los países solos en que ha nacido, debe producirle asombro sin duda, por no decir incluso asco, que yo ponga delante para comer incluso a los osos, por no hablar de otros animales extravagantes y desacostum-

1 De modo corrompido se llama monte de las hachas o hacha.

brados para nosotros. ¿Pero qué puedo yo decir? Los animales que yo de vez en cuando probé son muchos y de especies varias. ¿Habré de callarlos porque no se han visto en nuestras mesas? [250] Pero la verdad de la historia no lo sufre. Demos comienzo con el oso.

Oso se llama en Orinoco, y en cierta manera se le asemeja, a un animal que los tamanacos llaman *uaracá*. Es del largo y casi del grueso de un lebrel, de larga y hermosa cola, de color ceniciento, y de boca tan estrecha, que parece un pequeño agujero. Con esta no puede ser dañoso a los hombres, pero cuando los ve venir hacia él, se levanta con ligereza increíble, y con las patas y con las uñas les hace el daño que no puede con los dientes.

Viajaba yo una vez por un prado no lejos de la Maita. Me mostraron el osito (así lo llamaremos en adelante), yo y, con ganas de observarlo y de verlo de cerca, dirigía hacia él mis pasos, y Dios sabe, si no hubiera sido advertido a tiempo por mi sirviente Kevó, lo que habría sido de mí, porque levantado en dos pies, como suele, ponía valientemente en orden sus garras para asaltarme. Pero huyó hacia la selva espantado de los gritos de mis compañeros indios.

El alimento más grato del osito son las hormigas bachacos, de las cuales diremos no poco en su lugar. En estos hormigueros mete su larga lengua el osito, y sin preocuparse de las picaduras recibidas, se traga golosamente cuantas a ella se han adherido. Metiendo también la lengua en las colmenas silvestres, allá frecuentísimas, sin miedo a las picaduras de las abejas, saca golosamente su miel. Las carnes del osito,[1] que yo he comido más de una vez, son sabrosas, y no saben a monte, como las de otras fieras.

Pero he aquí un alimento mejor en los jabalíes. En Orinoco se hallan en tanta cantidad, que cuando la oye quien [251] no ha estado allá, puede parecer increíble. Por todas partes, en las sabanas y en los prados, se hallan senderos que vistos por los forasteros se toman por caminos hechos por los hombres andando. Y sin embargo son senderos de puercos de monte. Mas para calcular mejor su abundancia, he aquí un breve relato.

Una tarde, según la costumbre en aquellos calidísimos lugares, estaba yo delante de la iglesia enseñando la doctrina cristiana a

1 En esp. oso hormiguero o melero.

los niños. Cuando he aquí que como al anuncio de la llegada de enemigos amenazadores, desaparecen todos de delante. Quedé sorprendido de la imprevista fuga, pero supe pronto el motivo. Pues pasaban a pocos pasos de distancia los jabalíes. Los mayores se dieron cuenta, cogieron las flechas, y corrían velozmente en dirección al puerto, por donde pasaban los susodichos animales. Quisieron llamarse a la parte los muchachos, y con ganas del codiciado alimento se unieron enseguida a sus padres. Lo bonito es que tampoco sufrieron quedar privadas de él las mujeres mismas. Estas, los muchachos y muchachas, mientras los adultos cazaban a flechazos a los puercos grandes, cogieron a porfía con sus manos a los pequeños, y todos y todas se llevaron a sus casas una comida con que quitarse el hambre a su gusto por unos días.

No creo que se haría los mismo con nuestros jabalíes en Italia. Pero allá, lo mismo que los osos son ositos, son pequeños los jabalíes. En realidad no son más que del tamaño de los puercos nuestros caseros que no pasan de seis meses. Son negros como ellos y me causó siempre maravilla que haya tanta abundancia en aquellos lugares de puercos casi comésticos, y si yo no supiera por otra fuente que son anteriores a las conquistas de los españoles, como ciertamente son, me daría gana de pensar que fueran hijos degenerados de los que trajeron. El sabor de estos [252] puercos de monte[1] es bueno, pero no como el de nuestros jabalíes. La carne es más bien seca, poco jugosa y sabe no poco a montuno.

Semejantes a estos pequeños cerdos, excepto en los pies, que son blancos, y alguna que otra mancha también blanca, son las baquiras o paquiras.[2] Tienen en el lomo una pequeña prominencia, que algunos escritores creen que es su ombligo. M. Bomare la llama una bolsita. Y no me meto a decidir en favor de ninguna de las partes. Muchas veces he observado ciertamente que tienen la susodicha prominencia. Pero no se más de ella. Esta se suele abrir enseguida, para que con el olor al almizcle que tiene no infecte la carne del animal.

La danta,[3] animal frecuente en el Orinoco, se cree que es el que otros llaman la gran bestia. Los tamanacos lo llaman *uariári*.

---

1 En tam. *painke*, en maip. *apiá*.

2 En tam. *pakirá*, en esp. *baquira*.

3 Danta es el nombre que le dan los españoles. [Se trata del tapir.]

El uariari o danta es del pelo y casi del tamaño de un asno. Habita en las selvas y no se ve sino raras veces en las sabanas. Carece de cuernos y de otra cosa con que librarse del hombre, y se dice que tiene todo su poder en las patas y el pecho. De las patas se pretende que rompe los árboles para abrirse camino por las selvas más espesas. Creo, y parece que lo dice el buen sentido, que el camino que se abre por las selvas la danta no puede ser estorbado sino por árboles débiles, puesto que no basta ni siquiera el hacha para derribar por tierra los robustos. La carne de la danta es sabrosa, como la de los animales domésticos, y si se quiere prestar fe a mi afirmación, [253] no es distinta de la carne de vaca.

Tuve el capricho de tener para mi diversión una danta pequeña, y habiéndola cogido los tamanacos, me la trajeron viva a casa. Me informé sobre su alimento y supe que eran las hojas de cierto árbol, y habiéndola encerrado en una pequeña choza, los niños indios me las traían en abundancia. Se volvió mansa en pocos días, y la hice salir suelta, con un cascabel al cuello para volverla a encontrar si se perdía. Se fue a sus queridos bosques, y habiendo estado allí todo el día, la vi reaparecer toda mansa hacia la tarde. La cebé, para que se acostumbrara a volver, con frutos de banana. Los comió, y en adelante venía en busca de ellos todas las tardes, hasta que, habiendo perdido tal vez la esquilla, y tomada por error como animal silvestre, fue muerta en mi ausencia por los niños de la doctrina, que se la comieron alegremente.

La uña de la danta es bífida como la del buey. Si además es como este rumiante y se debe contar entre los animales limpios de los que les era permitido comer a los hebreos, no sabré decirlo. Es además muy estimada esta uña y se juzga remedio oportuno para el mal caduco. No vi nunca persona alguna entre los indios sujeta a semejante mal, y ellos no saben que sea remedio para él. Algunos se sirven de las dantas para llevar cargas, como muchas veces le oí al ya citado señor don Juan Ignacio Sánchez. En realidad, aunque de patas cortas y nada proporcionadas a su cuerpo, las dantas son bastantes robustas, y como él me decía llevan atadas a la albarda dos grandes tinajas españolas llenas de agua.

Más que las dantas abundan en el Orinoco los ciervos, aunque no tan grandes como los nuestros. Existen [254] dos clases. Unos se llaman *yama*,[1] y tienen como los nuestros los cuernos rami-

1 En esp. venado.

ficados. Otros se llaman *yaca*,[1] y tanto en el pelaje como en todo lo demás, excepto los cuernos, que son de la longitud de medio dedo y peludos, son muy semejantes a los otros.

El tamaño de estos ciervos es como el de los cabritos. El sabor es agradable, pero no demasiado. En los tiempos lluviosos es mejor, pues comen entonces el fruto del guamache[2] con el cual engordan maravillosamente. Los yamas van a menudo a los prados. Los yacas son más aficionados a las selvas.

Si se estuviera entre gente a quienes los gustara la fatiga, se podría comer a menudo de estos animales. Pero excepto alguna rarísima casualidad o fortuna, los ciervos están allí tan descuidados de los cazadores como lo están aquí nuestros cuervos. A la orilla izquierda del río Apure me dijo un español que en un pequeño trozo de tierra no anegada halló una vez hasta quince ciervos. Pero no tuvieron entonces que vérselas con los indios, naturalmente indolentes y para poco, porque los viajeros, puestos a matarlos con la escopeta, se hartaron a su gusto. El cuerno de los yamas calcinado es un poderoso contraveneno. La longitud de los cuernos no excede de palmo y medio.

[255]

Capítulo IX

De los animales pequeños comestibles y de las tortugas terrestres.

Entre los animales pequeños comestibles demos el primer lugar al *arúru*.[3] Este animal es una especie de puercoespín. Sus espinas, que no exceden demasiado de la longitud de las espinas de nuestros erizos, son entreveradas de blanco y negro, como las de los puercoespines. Pesa cinco o seis libras y su carne es tierna y sabrosa, aunque sabe demasiado al almizcle.

---

1 En esp. venado de cuerno peludo.

2 Fruto refrigerante, en tam. se llama *pachikiá*.

3 Voz tamanaca.

El *cachicamo*,[1] cubierto todo de cabeza a pies de escamas apretadas y durísimas, no es, como los animales ya dichos, frecuente en el Orinoco. Pero en las llanuras del Meta se encuentran muchos. Si se le mira el hocico parece un lechón. Pero su largo lomo, de figura convexa, daría gana de alistarlo entre las tortugas, si no se opusiera el sabor de su carne, no desagradable, ni tan semejante al de las tortugas que se pueda decir que es comida de vigilia. Vive comunmente en los prados, y en ellos hace agujeros en que habitar.

En los prados de Cachichana, y quizá también en otras partes, hay conejos salvajes. Son de color café, y de buen sabor, pero pequeños. El *accuri*, que los españoles llaman picure, puede decirse también una especie de conejo, sino que es más grande y acaso más sabroso [256] que estos mismos. Los hay por todas partes y los estiman mucho los propios europeos.

En los topos del Orinoco hallo una tercera especie de conejos, pero no les gustan más que a los indios. Lo mismo si hay chozas en que estar que si faltan, hay ciertamente topos por todas partes. Hay una especie que llamaremos común. Son notablemente pequeños, pero semejantes a los nuestros. Los indios se vuelven locos por este topo, y van a buscarlo para dárselo como juguete a sus hijos. Son más grandes, y habitan en madrigueras que excavan en los palmerales, los topos de la segunda especie, y estos son comestibles, y a lo que me parece, una especie de conejos. No los he comido nunca, pero sé de las alabanzas de los indios. He visto la tercera especie de topos en los árboles de las selvas inundadas. Son de tamaño extraordinario, pero no sé otras particularidades de ellos. Pasemos a las tortugas terrestres.

La más célebre entre todas las tortugas de tierra es el morrocoy,[2] que no es muy distinto de las tortugas nuestras. Las escamas de sus patas son rojas, y bien cocidas estas son tiernas y sabrosas. Su carne es mejor que la de cualquier otra tortuga. Se alaba sobre todo el hígado, por su terneza y sabor.

Las diversas piezas o tejos de que está compuesta la cáscara del morrocoy son bastante lindas de ver. Si se puede hacer de ellos el uso, para tabaqueras y otras cosas, que se hace de la célebre tortuga carey, que se pesca en la costa de Santa Marta, no sabría

---

1 Se llama también armadillo. En tam. *cachicamo*, en maip. *see*.

2 Voz adoptada por los españoles. En tam. *cani*, en maip. *curíta*.

yo decirlo. Se dice, y es voz comunísima en Orinoco, [257] que en la vejiga de algunos morrocoyes se halla una pedrezuela redonda utilísima para los dolores de cólico. Creo sin embargo rumor vulgar, y nada fundado en buena razón, que tenga la sobredicha piedra aquel morrocoy que tiene en el lomo, en vez de doce, trece piezas o tejuelos. En tantos que comí, jamás logré adquirirla.

Se halla en la Encaramada gran abundancia de morrocoyes. Pero célebre sobre todos los demás en este género es un monte al poniente de dicha reducción que se llama Capanaima. En los viajes por tierra la comida que se encuentra, y que sin llevar nada de las poblaciones la hay por todos partes, es el morrocoy. Más grande que dos morrocoyes, pero de la misma forma, es el *timutú*, también sabroso, y estimado de los quaquas, que son los que me han informado.

Estas dos especies de tortugas son perfectamente terrestres, y no se sirven acaso del agua sino para beber alguna rarísima vez. En verano, estando bajo la cavidad de las rocas, no beben nunca. Pero lo que me produce más maravilla es que tampoco comen en todo aquel tiempo. Pero una vez que vuelven las lluvias acostumbradas, salen de la gruta y se sacian de las frutas de los árboles que han caído por tierra.

Son un poco diferentes los *tayelu*, que los españoles llaman terecayas. Pero los tayelos, aunque sean poco diferentes de las terecayas en la figura, son sin embargo distintos en su tamaño, que es notablemente pequeño, y no excede acaso el peso de tres o cuatro libras. El sabor, como de tortugas que, como diremos, están buena parte del año fuera del agua, es con mucho más agradable.

[258] Los tayelos, desprovistos en los tiempos de verano de agua, donde yo creo que se esconden en los lluviosos, para defenderse de los calores, hacen grandes hoyos a las orillas de los canales, para vivir en ellos. De uno de estos hoyos Luis Uáite, hijo de Machacoto, primer cacique de los tamanacos, sacó al menos veinte tayelos, y fueron de no pequeño socorro en el viaje que yo hacía entonces para visitar los antiguos lugares de los tamanacos. Es bastante peligroso sacar con las manos a los tayelos de sus madrigueras, pues no raras veces se encuentran junto con ellos las serpientes. Sin embargo, con bárbaro valor, y sin hacer ningún caso de mis advertencias, los sacó muy contento de la madriguera, y tuvo la rarísima suerte de no encontrar a aquellas.

Hablemos finalmente de los limacos. Se encuentran por todas partes, pero no se utilizan ni aun por los indios. El más célebre entre los limacos es uno de al menos libra y media de peso, que los tamanacos llaman *nemu*. Tampoco este lo come nadie, ni yo, si no era precedido de otros, y bien visto antes de comerlo, he probado jamás comida alguna de los indios. De este gran limaco, cortando con paciencia y lentitud infinita en trocitos redondos su cáscara, hacen los otomacos largas sartas para el embellecimiento del sexo femenil.

Los cangrejos de aquellos lugares son acaso buenos para comer, pero no los toca nadie. Es notable su pequeñez, y fuera de las garras, el tamaño de su cuerpo no sobrepasa el diámetro de un *paolo* romano.[1]

[259]

Capítulo X

De las hormigas bachacos.

Por algún tiempo, dejando en sus cubiles a los tigres, hemos recreado la vista con animales más mansos, y hemos oído por extenso las variadas cazas del Orinoco. Pero henos llamados a contemplar insectos en los cuales encontraremos, si no tanta ferocidad como en los tigres, mucho al menos para maravillarnos, y también mucho que temer y sufrir. Sería tolerable estar en el Orinoco si no hubiera más que los tigres. Estos o están lejos de poblados o si con codicia de perros y hombres vienen de noche a las reducciones, el misionero al menos, que más fácilmente consigue proveerse de alguna puerta rústica, puede librarse de ellos. ¿Pero con qué arte defenderse además contra los insectos, contra las serpientes, contra los sapos, y otros pequeños animales que, como el misionero, creen tener derecho a las casas? No hay remedio. Es preciso convivir con ellos. Diremos minuciosamente de estos desagradables compañeros, comenzando por las hormigas.

---

1 [Ya hemos señalado que el paolo romano correspondía al real de plata español.]

Sea la primera entre todas, como mayor que las demás, el bachaco.[1] Los hormigueros de los bachacos, que por todas partes se encuentran en abundancia casi infinita, mirando a la tierra que excavando debajo sacan, son casi montecillos pequeños. ¿Quién puede prever lo que hacen bajo tierra? Las chozas, en cuanto se puede, se edifican en prados limpios, lejanos de los hormigueros. Pero lindamente, en cuanto huelen el maíz, de que son [260] muy golosas, haciéndose camino casi por otras tantas catacumbas, penetran los bachacos y hacen prestamente sus guaridas. Se barre por encima la tierra que sacan de noche, y no viendo nada en las casas sino los simples agujeros, se vive allí incautamente. Pero entre tanto los golosos y diligentes bachacos trabajan contínuamente para ampliar sus habitaciones subterráneas, en las cuales, mientras duermen los amos de la casa, meten a porfía el maíz. Excavada de este modo una casa, y vaciada así por debajo del piso, no raras veces acaece que al venir después las grandes lluvias y ablandado el terreno, la casa, los amos y las cosas queden sumergidos en la fosa hecha por los bachacos.

No termina aquí todo el mal de los bachacos. Mayor sin duda es el que causan en los sembrados de los indios, los cuales, como diremos en otra parte, son hechos por ellos en las selvas cortadas a propósito para sembrar. Estas selvas están comunmente llenas de hormigueros, y ya se ve que los bachacos tienen el maíz no sólo cercano, sino encima de sus cuevas. No lo tocan, y allí crece hermoso y arrogante. Mas no por eso deben fiarse los agricultores, porque los bachacos son tan astutos y llenos de malicia, que seguros de la comida cercana, la dejan comunmente para lo último.

Van entretanto en busca de los maíces lejanos, y aunque estén por medio los prados y las selvas, perciben enseguida el olor. Van por la selva arriba y abajo, caminando de noche, por larguísimos caminos, llevando sin detenerse nunca el maíz. Verdad es que el fruto de esta planta, como es difícil de separar de la panocha, y recubierto todo de ásperas [261] hojas, no está expuesto a los dientes mordaces de los bachacos como en las casas, donde encuentran los granos ya solos. Para nada les apura. Les gustan igualmente las hojas, y en una noche, mientras duerme descuidado el amo, tienen la habilidad de llevarse a sus hormigueras casi todas las hojas. Si el maíz está maduro y llegado a perfección, nada le

1 En tam. *kiaucó*, en maip. *cuki*.

perjudica despojarlo de las hojas, pero si no ha echado el fruto, o si es tierno aún, al quitarle las hojas son sus dientes venenosos, no vuelve a echarlas y la cosecha está perdida indudablemente.

El mismo daño hacen los bachacos en las hojas de los naranjos y de los limoneros y de otros arbolitos cultivados, los cuales después, perjudicados por el diente venenoso, o se sacan del todo o no recuperan sino tarde su prístino vigor. Si cualquier alimento, de maíz y de hojas de naranjo y de otros arbolitos delicados les falta a los bachacos, comen a porfía y se llevan las hojas de cualquier árbol. Lo curioso es que mientras nuestras hormigas cosechan en verano y gozan de sus fatigas en el invierno, los bachacos por el contrario hacen en invierno abundantes provisiones y durante los grandes calores del verano se están al fresco bajo tierra y comen entonces su cosecha.

Dije que hacen sus provisiones en invierno, y quiere decir en los tiempos lluviosos, que son la estación llamada invierno en aquellos lugares. Llegadas, pues, las lluvias acostumbradas, los bachacos salen de sus hormigueros adornados de alas, y cada uno de ellos, después de una breve vuelta que da como nuevo pájaro por el aire, cae en tierra y se convierte en madre fecunda de un hormiguero. Los orinoquenses, que saben bien el tiempo de esta metamorfosis anual de los bachacos, apenas los ven volar, van todos alegres a sus hormigueros, y poniéndose alrededor de ellos, cogen a porfía cuantos más pueden [262] para ponerlos en canastillos, hechos a propósito para este fin.

Salen todos los bachacos, uno tras otro, de sus hormigueros, dejando dentro sólo los huevos, y salen con un aspecto desagradable para cualquiera, excepto para los indios. Son grandes y agudos sus dientes. Pero nada se preocupan de su mordisco los orinoquenses, y con las manos ensangrentadas siguen cogiendo hasta la última hormiga. ¿Y por qué tan bárbaro juego? ¿Tendré que decirlo? Por gula. Cortan la cabeza de las que logran coger, las asan sobre losas de piedra puestas al fuego y se las comen. ¿Con qué placer? Dígannoslo ellos. Alaban especialmente el vientre, el cual, cuando salen de los agujeros es del tamaño de un garbanzo blanco y lleno de una materia mantecosa. También a mí me las trajeron el primer año, como don escogidísimo, en un canastillo. La curiosidad me indujo a probarlas. Pero pronto me di cuenta de que era un alimento para bárbaros, y demasiado repugnante a la naturaleza de un europeo.

Capítulo XI

De otras especies de hormigas.

Son casi del tamaño de los bachacos, pero negras y de dientes con mucha diferencia más agudos y cortantes ciertas hormigas cuyo nombre se quedó con ellas en América. Cuando eran gentiles aún los tamanacos se servían de estas hormigas para experimentar el valor de los jovencitos, aplicándoselas a las carnes. Quien de ellos sufría con paciencia las mordeduras y mostraba menor señal de dolor, por sentencia del bárbaro reyezuelo era reputado [263] el más valeroso. La hormiga *irake,*[1] que se encuentra en las grandes sabanas, es la peor de todas. Es tan sensible su mordedura, y tanto dolor causa, que produce sin duda la fiebre. Escondidas entre hojas que hay allí en suma abundancia por tierra, aunque alargaditas y de tamaño no pequeño, son muy difíciles de observar. Cuando se quieren evitar sus picaduras, no se puede estar más que colgado en redes de los árboles.

Casualmente, como se suele en todo, se descubrió el remedio en 1766. En mi viaje al río Túriva, al cual lugar habían venido para verse conmigo los areverianos, fueron mordidos por las *irake* muchos de mis compañeros indios, que descalzos como suelen, están más expuestos a semejantes incomodidades. Lamentándose, como era natural, los que habían sido atravesados por el venenoso diente, solo Luis Uáite, también herido, no sentía de ninguna manera el dolor, y tanto él como sus compañeros juzgaron que la causa no podía ser más que la carne seca y salada[2] que había comido poco antes. En efecto, habiéndose puesto a comer de ella todos los heridos, quedó mitigado el dolor.

Las hormigas de que vamos a hablar están ordinariamente en las chozas, y aunque también se encuentren en otras partes, las chozas son sin embargo su morada preferida. El *cramáru*[3] es una hormiga tan pequeña, que a no unirse en compañía de otras de su

---

1 Voz pareca. En tam. se dice *rake*. Mis compañeros españoles no supieron su nombre.

2 En esp. tasajo.

3 Voz tamanaca.

especie, sería apenas visible. Es de color rojizo y de una fecundidad tan prodigiosa, que poquísimas de estas hormigas son bastantes para llenar en poco tiempo una casa. Tan voraces además y tan golosas, que nada [264] comestible escapa a su diente. Es necesario, si se quiere conservar una cosa, tenerla colgada con cuerdas del techo de las chozas. ¡Pero cuántas veces no basta!

Así colgado tenía yo antaño el azúcar roja de que tenía provisión hecha para mis necesidades y las ajenas. Pero no sabiendo aún la maldad de las *cremáru*, até la cuerda cerca del suelo a un palo clavado en el muro. Subieron las cramaru primero por la pared, después por la cuerda, y se apoderaron de ello. Colgué entonces del mismo techo el azúcar, para bajarlo después, al necesitarlo, con una escalera. Pero tampoco bastó ésto. Se abrieron camino por dentro del muro, y sin ser vistas, subieron otra vez de nuevo en busca de la agradable comida.

No parece que se deban usar los exorcismos sino en casos de extraordinario mal. Los cramaru, como muchos otros insectos, son en el Orinoco una plaga ordinaria. Pero crecieron un año hasta tal punto, que haviéndose convertido casi toda mi casa en hormigas, pensé no ser temeridad ni prohibido por las costumbres eclesiásticas, servirme de tal medio. De él se siguió en efecto si no una liberación total, al menos un alivio bastante grande, pues se fueron o murieron muchas de las molestas hormigas cramaru.

La hormiga *painke*, esto es, en la lengua de los tamanacos, el jabalí, es también doméstica, y de dientes tan agudos y mordaces, que no se llama sin razón con tal nombre; y nosotros podríamos, volviendo italiano el vocablo extranjero, llamarla *cinghialetta*. Por lo demás, suele estar dando vueltas por la casa, y no muerde sino a quien se le acerca.

Hormiga también puede decirse cierto pequeño insecto que los tamanacos llaman *nuke*.[1] Es del tamaño [265] de las jabalíes, de color blanquecino, y de un diente voraz por encima de cualquier otro insecto. No se ve sino raras veces de día, y, como diré más abajo, sale a hacer daño en las horas de tinieblas. Señal indudable de las *nuke* son ciertas bóvedas pequeñas y alargadas, que no pasan del grueso de un dedo, y que hacen por la noche en la superficie del pavimento o en la de las paredes. Están debajo en

1 En esp. comején.

gran número, y como ya señalé arriba, sólo de noche van en busca de alimento.

Alimento que les es muy grato son los libros. Les gustan igualmente las telas y los paños, y en una sola noche, en un sitio horadando con los dientes, y en otro manchando con su tenaz baba mezclada con tierra, son capaces de echar en mal hora todos los libros que el misionero tiene consigo.

Quien quiere de alguna manera conservar sus libros, es necesario que tenga paredes y suelo limpísimos, no dejando nunca día sin barrer o hacer barrer a otros. Es conveniente sacudir a menudo y quitar todo el polvo, al que las *nuke* son muy aficionadas. Enseguida que en el pavimento se ven las mencionadas bovedillas, es preciso aplastarlas con los pies, y no permitir que en toda la casa, por alejadas que estén de los libros, hagan las nuke sus nidos. Si este remedio no se aplica cuidadosamente, los libros son destruídos, y papeles, cartas y archivos desaparecen.

Este insecto se halla también en la campaña, y en los prados, además de las susodichas bovedillas, hacen ciertos hormigueros que parecen columnitas o mojones, puestos de vez en cuando. Pero en las selvas, donde también se encuentran, arriman sus nidos a los árboles y ocupan el tronco en pocos días. La tierra de que están formados los nidos de las nuke puede decirse la flor de la tierra por su bondad, y los guamos, mezclándola con greda, se sirven de ella para hacer sus cacharros de barro.

[266]

Capítulo XII

De algunos insectos notables.

A las nuke hemos de añadir las arañas. En el Orinoco, aunque esté apartado de Europa tantos centenares de millas, no se está nada alejado de las arañas. Las hay semejantes a las nuestras. Pero éstas son conocidas de todos. Hablemos, pues, de las otras. No mucho antes de mi partida del Orinoco apareció una nueva y molestísima raza. Son pequeñas y rojas, pero tan venenosas al morder, que los heridos tuvieron mucho que sufrir.

Usé para librarlos las raspaduras de la frutilla de San Ignacio, dadas a beber en aguardiente de miel de caña, y fue remedio oportuno y rapidísimo. Nunca he visto las coyas, arañas conocidísimas de los habitantes de los países vecinos a Popayán, de las cuales habla extensamente el P. Gumilla. Pero creo que son muy semejantes a éstas, siendo como ellas venenosas, pequeñas y rojas.

La araña llamada *araya* por los tamanacos es de tamaño bastante portentoso, esto es, del de la cabeza de un hombre, toda peluda, y si creemos a los parecas, en cuyos países se halla, sabrosa de comer. Dicen que es del sabor de los cangrejos. En mi viaje a los parecas quise, no comerlo, que a tanto no me habría atrevido, pero al menos verlo. Pero los jóvenes que se dedicaron a buscarlo en las cercanías de mi ranchería no consiguieron encontrar ninguno. No puedo por eso dar otras noticias [267] que las que he dicho y he oído comunmente en boca de todos.

La palmera corozo, abierta para extraer su vino, cuando se pudre su tronco, produce cierto gusano del grueso del pulgar y de color blancuzco. Este gusano, que al cabo de pocos días se transforma en una especie de escarabajo, es la delicia de muchos. Dicen que es agradable al paladar, del sabor de la manteca, y le conceden infinitas alabanzas al modo bárbaro.

Está entre el maíz, agarrado ordinariamente a las hojas, otro gusano, armado de pelos tiesísimos, o digamos la verdad, de espinas. Es sensible en extremo la picadura de estos pelos, y causa sin duda la fiebre.

No la fiebre, pero ciertamente un dolor agudísimo produce la picadura del escorpión llamado por los tamanacos *accayavacá*. Oí decir que los escorpiones son absolutamente mortíferos en la isla de Trinidad. No es así en el Orinoco, aunque sea dolorosísima su picadura. Entre las palmas de los techos hay muchísimos, y de noche especialmente caen al suelo o en las redes y hamacas de los que duermen. Yo fuí picado por uno de ellos, y el dolor fue tal, que creí haber sido mordido por alguna serpiente que hubiera caído en mi hamaca. Pero cuando trajeron luz me dí cuenta del escorpión, bebí, como me sugirieron, un poco de agua, y cesó inmediatamente el dolor. Tan pronto y eficaz es el remedio.

El *kerepé*[1] habita también entre las palmas de los tejados. En el tamaño y longitud, como también en las patas, es muy semejante

1 Voz tamanaca, en esp. cienpiés.

al camarón, La picadura del kerepé todos la creen mortal. Pero aunque sean frecuentes [268] en las chozas y yo los haya visto muchas veces caídos al suelo desde el techo, no supe nunca sin embargo que hirieran a ninguno, en tantos años que allá viví.

Capítulo XIII

De los insectos interiores.

Insectos interiores llamo a los que penetrando en las carnes de aquellos a que muerden, viven después dentro, como en su propia casa. Los insectos molestos, que en Europa son tan golosos de la sangre del hombre, se hallan también allá. Pero esto no basta, siendo el Orinoco un país en el que los grandes males que les han sido echados encima a los mortales todos se reúnen como en el centro.

Hay entre las pulgas una raza que siendo más pequeña que todas es también molesta más que todas. Estas pulgas las llaman los españoles niguas,[1] y como otras tantas sanguijuelas se agarran tenazmente al cuerpo. Pero Dios quisiera que fueran las niguas como las sanguijuelas. Estas son visibles, y todos pueden guardarse, pero no es así con las niguas. Como son tan pequeñas atraviesan los calcetines, entran por las aberturas de los zapatos, y buscan golosamente la carne. El bocado más agradable para las niguas son los pies, sean los humanos, sean de los animales, pero especialmente les gustan los dedos. No perdonan a los mismos dedos de las manos, y aunque buscan especialmente estos miembros, no es caso muy raro que busquen también su asiento en otros.

[269] Una vez entrada entre la carne la nigua, se viste casi enseguida de piel blanquecina. Está allí dos o tres días, y se transforma en un gusano redondo, blanco, y del tamaño de un garbanzo. Entonces está toda llena de huevos, que se convierten a su vez en otras tantas niguas. Es fácil de aquí inferir, además del dolor de la picadura, qué exterminio producen las niguas en las carnes.

---

1 En tam. *chike*, en maip. *mapakini*.

Diremos más abajo de los remedios. Continuemos hablando de los males.

Si se descuida sacar pronto la nigua, hecha dueña de los miembros humanos, los convierte en verdaderas madrigueras de gusanos. Algunos, porque no se las han sacado pronto, y día y noche devoran enteramente la carne, se quedan cojos. Otros se vuelven del todo inútiles, y reducidos a este mísero estado, están todo el día sentados como estatuas. Los indios, como tienen más habilidad para sacárselas, no llegan comunmente tan lejos. Pero de los negros, gente obligada a servir por fuerza a sus amos, y deseosa de evitar el trabajo, aun a costa de la propia vida, no es caso rarísimo. Qué fea figura hacen manos y pies de estos negros, desfigurados, ásperos, gruesos, y semejantes a panales de abejas por las muchas niguas que en ellos se esconden.

Pasemos a los remedios. El mejor de todos es sacárselas enseguida. Pero no siempre, o por distracción de la mente, o porque el dolor que producen se toma por efecto de la sangre que hierve, o por aburrimiento de estar siempre vigilando a las niguas, no siempre, digo, se consigue librarse enseguida. Por lo demás, si dándose cuenta del mordisco de la nigua se quita pronto de los pies todo estorbo, un indiecito con una espina en la mano, como ellos suelen, o bien con aguja al uso de los europeos, basta para sacarla fuera sin mucha fatiga.

[270] Aprietan, pues, primero la carne vecina a la nigua, y si ha entrado hace poco y no está bien metida, apretada así con los dedos, salta fuera en un instante. Si esto no basta para sacarla, como no basta ciertamente si por el contrario es vieja la nigua, y está ya varios días entre las carnes cebándose, utilizan la espina o la aguja y separando (imagínese con qué dolor) la carne inmediata, la sacan fuera por fuerza.

Dios nos libre de que una vez crecida, y unida fuertemente a la carne, no se saque la nigua toda entera con su piel, la cual es una membrana sutilísima y tierna. La parte de la piel que se queda dentro, se hincha después, y encona sumamente la llaga. Es necesario, si se quiere curar, dejarse atormentar buenamente hasta que todo, huevos y piel, haya salido. Acaece sin embargo (tanta es la pericia de los indiecitos) que aunque las niguas sean muy blandas, ordinariamente las cojan bien enteras.

Una vez sacadas estas niguas no se tiran al suelo, ni las dejan incautamente en las chozas, sino que las plastan enseguida con

sus huevos o las echan enseguida en el fuego. Porque si se dejan sin aplastar o quemar, los huevos se abren en corto tiempo, y en vez de una que se saca resurgen a muchas decenas de los huevos. En los negros que abandonan en poder de estos insectos sus carnes, imagino yo de las niguas una continua transformación de niguas en gusanos, de gusanos en niguas, salvo las que saltan fuera. Si penetran fecundadas en la carne, si entran sólo las hembras o también los machos, o si son todas hermafroditas, ¿quién podrá decirlo? Pero sigamos adelante.

[271] Sáquense de la carne las niguas enteras o en piezas, se pone después dentro de la madriguera abandonada, para que no se hinche la parte, ceniza de tabaco de pipa, y esta especie de ceniza es un remedio eficacísimo. Por el dolor que se siente al sacarlas, no todos se deciden a usar la aguja. Algunos aplican a los pies agujereados por las niguas una pieza sobre la que han extendido goma caraña. Después de algunos días se levanta la pieza, y se van junto con ella las niguas. El remedio descubierto no hace mucho tiempo por el P. Román es el jabón orinoqués, del que hablaremos en su lugar. Esta especie de jabón atonta a las niguas, y en breve tiempo las mata. Es verdad que se quedan dentro de la carne como estaban antes de poner el jabón, pero se separan fácilmente, a modo de callos mórbidos.

Son raras las niguas en los países fríos, pero en los calientes y aún no habitados, son sumamente frecuentes. En la Encaramada, reducción fundada por mí, tuve que sufrir infinitamente de ellas, y para librarme, huyendo de Escila, vine a dar en Caribdis. Con paciencia suya y mía me las sacaba una vez un muchacho indio. Parecióle a un soldado demasiado lento el remedio orinoquense y también le pareció bárbaro, y habiéndose ofrecido a sacármelas con cortaplumas me tuvo en el potro, para sacar treinta y cinco que había, casi dos días.

Insecto también amigo de carne humana es cierto gusano que los españoles llaman peludo. Se dice que es producto de la picadura de cierto moscón cuyo nombre no sé. Crece dentro de la carne, y de ella se alimenta noche y día. No los hay, que yo sepa, en el el Orinoco. Pero en mi viaje de la Vega a Santa Fe vi a un amigo que, atravesado por el dicho moscón algunos días, [272] tenía en las espaldas un gusano peludo bastante grande. Le fue sacado, apretando alrededor la carne, y saltando todo entero, dejó libre al paciente.

A tantos males se añaden las garrapatas, las cuales, si no entran del todo en la carne, al sacarlas con fuerza, dejan dentro la cabeza. Abunda en estas de modo particular la Maita. Si hubiera allí ganado caballar, se atribuiría a este la causa. Pero en las grandes sabanas, como es la Maita, no lo hay, a no ser que queramos decir que sean garrapatas de dantas o de otros animales salvajes, como algunos creen. Están llenos de ellas en algunas partes los ramos bajos de los árboles, y estando unidas juntas, como en un enjambre de abejas, caen encima del que pasa y producen en la carne el dolor que puede fácilmente imaginarse. Estas garrapatas son rojizas y pequeñísimas, y untándose con hoja de tabaco masticada se separan fácilmente.

Capítulo XIV

De los mosquitos.

Los más amables entre los insectos que vuelan, y más vivos y vistosos, son las mariposas. De ellas hay una multitud y variedad casi increíble. Pero estos son los únicos agradables a la vista, entre tantos insectos. La humedad grande de aquel clima, unida al sumo calor que hace, produce, con las mariposas, numerosos enjambres de otros molestísimos insectos. Son muchas en las casas las moscas, y como en sitio que les es caro, duran todo el año. No son tantas cuando se viaja por los prados, las selvas o los ríos. Pero también las hay allí. En algunas partes las he visto de color ceniciento.

[273] Este molesto insecto sería de alguna manera tolerable si fuese el solo en molestar a los habitantes del Orinoco. Pero esto no es nada. Se siguen, para nunca partir, los mosquitos, que son de varias especies. El zancudo[1] se conoce allí por todas partes, excepto en los países fríos, donde no hay. En el Orinoco abundan hasta tal punto, que produce asombro a los que no tienen experiencia. Es verdad que en las reducciones habitadas ya de largo

1 En tam. *macháke*, en maip. *aníu*.

tiempo y todas limpias alrededor, como entre las orinoquenses era Cabruta, no los hay en tanta abundancia. Pero están llenos de ellos los lugares vecinos.

Cuando se funda una nueva reducción es necesario prepararse enseguida para las picaduras de los zancudos, y aunque no vengan de noche a las chozas, entran tantos en ella que reposar es sumamente difícil. Se van con la llegada del día, pero vuelven pronto por la tarde, y esta ingrata alternativa dura hasta que no haya sido cultivada durante muchos años una reducción. Pero están siempre, excepto este palmo de tierra, infestadas de zancudos las playas de los ríos y las selvas y los prados.

Para atenuar un poco las picaduras de los zancudos sirven los vientos periódicos de los tiempos secos, en los cuales no son tan numerosos como en invierno. Pero excepto los vientos, no se encuentra remedio alguno duradero. Los habitantes españoles se los espantan con pañuelos que tienen continuamente en la mano, pero vuelven enseguida. Los indios se dan continuamente palmadas para matarlos, y están tan acostumbrados a estos casi continuos golpes, que de noche, cuando les pican los zancudos, hacen también durmiendo lo mismo. Podría, dirá acaso el lector, ponerse remedio con un mosquitero. ¿Pero quién? ¿Los [274] indios? No lo tienen, y se aguantan, dándose golpes tranquilamente, su miseria. ¿Los misioneros? ¿Pero de qué lugar hablamos? Nos hemos olvidado de la zona tórrida, donde se suda perpetuamente y donde no se busca con igual ansiedad librarse de las picaduras de los mosquitos que del afanosísimo calor.

Yo he usado (porque ¿qué cosa no se usa para evitar un trabajo?) el mosquitero. Los otomacos mismos, aunque bárbaros, lo usan, haciendo con las hojas tiernas de la palmera muriche pabellones bajo los cuales duermen en las playas de los ríos. Pero son remedios bien flojos para los mosquitos, que entran fácilmente por cualquier agujero. Mas admitamos que no penetre ni siquiera un mosquito. Parecen los mosquiteros propiamente una estufa, y difícilmente se soporta quieto el gran calor, y es necesario, para respirar al menos, descubrirse y dar lugar a que entren los mosquitos. Esta molestia de espantarlos perpetuamente me hizo con el tiempo dejar todo estorbo alrededor de mi hamaca, y aunque atravesado de picaduras, dormí al menos más reposadamente.

Algunos hacen humo para alejarlos. Pero es de poquísima utilidad. A otros he visto pasear gran parte de la noche para evitar las picaduras, y este remedio es mejor, con tal de que se tenga el aguante de estar sin dormir por algún tiempo. Yo cambié a este fin, especialmente en los principios, varias piezas, para descansar al menos en alguna, y una vez no rehusé dormir en una despensa, donde tenía pescado y carne salada. Pero todos son remedios ineficaces, y no reduce los mosquitos sino el tiempo solo.

Los mosquitos de que he hablado hasta ahora son nocturnos. Para aumento de penas, los hay también diurnos. Son de dos especies. Unos son de matorrales, y se llaman [275] en tamanaco *riváu*. Estos también son negros pero parecen más pequeños. Otros son de prado, y su color es verdoso. Pero aunque distintos en esto, su picadura es igualísima. Estos verdosos se ven en el invierno cuando florece la hierba silvestre de los prados. No sé qué simpatía hay en ellos por las flores del maíz, y cuando estas salen crece inmensamente toda clase de mosquitos.

Entre los mosquitos más pequeños que los zancudos los hay también nocturnos y diurnos. Diurno es el rodador.[1] Pica muy agudamente, y de la mañana a la noche este molestísimo mosquito, y no se va de las chozas sino cuando ha concluído la luz del día. ¿Quién puede además decir la abundancia, y cuán golosamente se adhieren al rostro, a las manos y a cualquier parte descubierta del cuerpo? Dejan ampollitas, y las manos y el rostro de los habitantes están llenos de ellas continuamente. Si se espanta al rodador, no tarda un momento en volver, y no hay esperanza de que jamás se aleje si no es lleno de sangre. Entonces cesa y cae abajo rodando, cuando ya no puede sacar más. Sería supérfluo en clima tan caliente usar guantes. Pero si lo permitiera el calor debería usarse además la máscara, y Dios sabe si bastaría aun esta carnavalesca defensa. Por antigua que sea una reducción, con las ventanas abiertas siempre hay en las casas estos mosquitos.

Nocturnos, o al menos matutinos y del atardecer son ciertos mosquitos que en tamanaco se llaman *puchiké*.[2] Hay una raza de estos insectos también en la campiña romana, [276] y los llaman

1 ¿No podríamos decir en italiano *il rotolante*? En tam. *nuruake* o *mapíri*, en maip. *mapíni*.

2 En esp. jejenes.

sarapíche. Los jejenes orinoquenses hacen con seguridad a los habitantes de aquel río dos visitas al día, esto es, por la mañana y por la tarde. No son bocado agradable para ellos todos los miembros, y atacan sólo a lo más alto de la frente. Son pequeñísimos y negros, pero su picadura es sumamente sensible. En las casas no entran.

El *tenbiguay* no pica y es muy semejante a los mosquitos que se hallan alrededor de los botos. En el Orinoco, donde no hay vino, se posan en cualquier cosa, y en los lugares húmedos, especialmente en los prados inundados, los hay en abundancia increíble, cubriendo acaso todo el cuerpo de los que pasan por allí.

Más molesto que el *tenbiguay*[1] es el mosquito que los españoles llaman melero. Es negro y del tamaño de los tenbiguay. El blanco de este mosquito son los ojos. No parece que haya en todo el hombre otro miembro a que apunte. Es fortuna no pequeña que no se halle por todas partes el melero. En el río Auvana hay sitios en los que no se puede estar tranquilo, y como entran a porfía en los ojos, es preciso o tener en perpetuo movimiento las manos para espantarlos, o sufrir que se metan en ellos. Como se me metieron algunos, me faltó la paciencia al fin, y me eché por la cara una redecilla que tenía casualmente en la cabeza; como los mosquitos no podían pasar por los agujeros por lo que diré, comí tranquilamente.

Este mosquito que, como he dicho, se llama en español melero, podría llamarse en nuestro italiano el *mellífero*. Lleva en efecto consigo una especie de materia viscosa que allí comunmente creen que es miel. [277] Más adelante se hablará de ciertos mosquitos negros que hacen miel, y acaso son estos mismos. Por razón de esto, sea miel, o cualquier otra materia viscosa, no les es fácil penetrar por las redecillas.

1 En esp. mosquitos bobos.

Capítulo XV

De otros insectos volantes.

Parecerían bastante para ejercicio de la humana paciencia los insectos de que hemos hablado. Y sin embargo, no son todos. He aquí otra raza, más molesta quizá que las otras. Chinches como los nuestros no hay, salvo, como ocurre alguna vez, que sean traídos en los baúles de los viajeros. Hacen sus veces ciertos insectos fetidísimos que podríamos llamar chinches volantes. Tanto se les asemejan en la forma y en el hedor. No me acuerdo de su nombre en orinoqués.

Las chinches volantes no se ven más que al principio del invierno. Entonces, casi pronosticando la próxima lluvia, unidas (y no exagero) en abundancia apenas creíble, hacen por el aire un ruido que de noche, cuando se suelen oír, produce terror. Y ojalá se quedasen en hacer ruido por el aire. Son amantes apasionados de la luz, como las mariposas. Entran por eso en las casas, y dedicándose a buscar la luz y revolotear alrededor de las luces, caen en las mesas, dejando el hedor que cada uno puede imaginar por sí. Aquí el mal olor, pero en las cocinas, volando alrededor del fuego y cayendo dentro de las ollas, que están sin tapadera, ya sabeis, lectores, sin que os lo diga, lo que dejan. Alejemos los ojos de esta calamidad para pasar a otra.

[278] En Orinoco las casas están llenas de cierto insecto cuyo nombre es cucaracha.[1] Las cucarachas son de color de café, del tamaño de los grillos mayores y de vuelo cortísimo. Sus patas están armadas de puntas a modo de sierra. Son fecundísimas, y de vez en cuando, no sabría decir en qué tiempo, como si fueran limacos se pelean, y de rojizas se convierten en blancas. Es de insufrible náusea para los que las ven su natural mal olor.

En las casas, que como he dicho, están llenas de ellas, nada está libre de las cucarachas. Entran en los cajoncitos de las mesas y manchan y se comen los papeles y otras cosas que encuentran. Dejé casualmente una tarde en la mesa una tabaquera de cartulina y a la mañana siguiente la vi roída en gran parte y comida por las

---

1 En tam. *arópe*, en maip. *capaterruó*.

cucarachas. Quise darme el gusto de ver el fin, y vuelta a dejar de nuevo en la mesilla varias noches, no quedaron contentas hasta que no la dejaron del todo inútil. Después, con las patas, pasando y repasando por la noche por el cuerpo de los que duermen, hacen arañazos muy dolorosos, pareciendo a la mañana que uno ha estado peleando con los gatos. ¿Qué les parece a mis lectores de una casa en la que sin ningún remedio es necesario convivir con estos insectos? Y sin embargo, ojalá terminara aquí.

Es necesario, si se quiere ser misionero, estar bajo el mismo techo también con las avispas. Quien ha estado en la zona tórrida sabe que toda es un nido de avispas. No sólo se ven allí sus nidos colgados a modo de saquitos de las ramas de los árboles, sino que muchas veces, si no siempre, del techo de las mismas chozas. Dios guarde de estar cerca de ellas. Su picadura [279] es extremadamente dolorosa y hay que sufrir de espasmo un largo tiempo. En mi época, en la Guayana, dispuesto ya con los ornamentos sacerdotales, fue picado en la frente por una avispa un pobre capuchino, cuyo nombre no sé. Pero sé muy bien que, habiendo invocado devotamente al Señor, hubo de expirar en pocos momentos. Estos casos son rarísimos. Pero no es raro ciertamente el dolor que causan. Los mismos orinoquenses, que nada se cuidan de las serpientes, son miedosísimos de las avispas, y las huyen con todas sus fuerzas. Que vaya delante por vía solitaria un indio. Al decir avispa vuelven atrás todos los compañeros, y desaparecido el peligro, siguen su viaje por otras partes.

Las avispas son de diversas clases. La más horrible es la cachicaméra. En otra parte hablaré de una cuya miel es sabrosísima. Vienen a las chozas, pero no tan a menudo, los tábanos.[1] Pero en las selvas no son tan escasos, y pasando por allí es necesario disponerse para las picaduras. Son de color amarillento y pequeños. La mancha[2] es un insecto extraordinario, que no se ve sino raras veces en el Orinoco. Es una especie de grillo mayor, de color verde.

---

1 En tam. *maparavá.*

2 [El P. Gilij sin duda ha creído que la denominación venezolana de la nube de langostas, *mancha,* es el nombre del insecto mismo; mancha de langosta, por manga de langosta, se dice en Venezuela, v. SANTA MARÍA, *Dicc. de Americanismos.*]

Estos insectos llueven sobre las hojas verdes de la yuca y en poco tiempo las devoran todas. Me decía Luis Uáite que en la Maita se ven a veces nubes de ellos. Sería capaz este insecto de causar una carestía, pero, como he dicho, es rarísimo.

[280]

Capítulo XVI

De las abejas.

No hablamos aquí de las domésticas y semejantes a las que se encuentran aquí en las colmenas entre nosotros. ¿Quién las buscaría en el Orinoco? Hacen las veces de ellas las abejas que hay en las selvas en abundancia ciertamente grande. Entre las fluviales, digámoslo así, porque hacen su miel junto al Orinoco en las cavidades de los árboles, es muy célebre la guanota. Su miel la sacan los indios en invierno, y después de haber comido a su gusto, sin saciarse nunca, al pie de los árboles, se llevan el resto a sus casas.

No es demasiado salubre esta clase de miel, y los indios, por lo mucho que de ella comen, con ella absorben, si no la muerte, al menos la fiebre para muchos días. Usada parcamente, y sólo para vehículo del agua, que se bebe siempre en lugar de vino en aquellos lugares, no es desagradable. Para conservarla sin corrupción y hacer el uso que he dicho los europeos la cuecen y la ponen bien cerrada en los frascos, para que no entren las cucarachas.

Miel más agradable y más sana, y de color más bonito, es la que los tamanacos llaman *aravatá-uanéri*, esto es, miel del araguato. Se halla esta miel en las selvas alejadas del Orinoco, especialmente en la Maita.

Allí también se encuentra cierta especie de miel negruzca, ingrata por su sabor amargo, pero muy estimada por los médicos. Por lo demás no sé qué uso se pueda hacer de ella. Las abejas que hacen esta miel son bastante pequeñas, negras, y no demasiado desemejantes de los mosquitos ordinarios. Los tamanacos las llaman *piachi* y forman sus colmenas [281] al pie de los árboles, con la tierra. Paso por alto otras especies.

La avispa que los tamanacos llaman *parake*,[1] como ya dije más arriba, hace una miel muy agradable, y semejante a la nuestra, tanto en la dulzura como en el color. Esta miel se encuentra en los árboles de los prados inundados. A los orinoquenses les gusta mucho. Pero como las *parake* tienen un picotazo muy doloroso, no se acercan a sus colmenas sino provistos de un ramo encendido de palma para aturdirlas. Los panales son planos y llenos de agujeros, pero secos a manera de yesca, y quizá ineptos para todo uso.

Todas las abejas del Orinoco, y especialmente las guanotas, no depositan su miel en panales planos y colocados perpendicularmente, como nuestras abejas, sino que sus panales son una complicación, podríamos decir, de varias bolsitas de cera, las unas unidas a las otras, dentro de algunas de las cuales hay miel siempre líquida como el aceite, y en otras cierta materia amarilla y granulosa, como huevas de pescado. Los tamanacos la llaman *uane-veti*, esto es, excrementos de las abejas.

No es menos digno de notarse que, no sólo las guanotas, sino toda suerte de abejas orinoquenses o no tienen picadura, o si la tienen no es dolorosa. En la miel que los indios traen de las selvas siempre se ven algunas. Son tranquilas, y nadie las teme. Oían con asombro la ferocidad de las nuestras, semejante a la de sus *parake*.

Toda la cera de estas abejas silvestres es negra, y por muchas diligencias que se usen para blanquearla, es rarísimo el que llega, después de mucho aplicarse, a obtener una tolerable mediocridad. Lo más que se [282] obtiene es ponerla un poco amarillenta, y de este estilo es la cera de los guaraúnos, de que hacen gran comercio con los guayanenses.

Hasta aquí ha llegado el arte de los orinoquenses, y en mi tiempo era tenido por milagro del arte cierto hombre, que vivía en el río Cravo, que después de larga espera la volvía algo mejor. Usan por eso los misioneros, al menos corrientemente, la cera de Europa para el servicio de la iglesia. Pero les cuesta caro.

Se descubrió no hace mucho en la isla de Trinidad, si no me equivoco, o bien en las bocas del Orinoco, cierta goma de que se

---

1 En caribe *parácu*.

hacían velas. Me dio informes de ello, pasando por las bocas del Orinoco, un soldado de la guarnición de la Guayana. Me añadió que él mismo la había visto, que eran de excelente luz, y no diversas de las candelas transparentes llamadas allí venecianas (Nota XXIII).

Capítulo XVII

De las serpientes y de los sapos.

He aquí los más horrible entre los vivientes del Orinoco, y he aquí otros compañeros inseparables de los misioneros. Sería ciertamente bastante encontrar las serpientes y verlas casi por todas partes en las selvas y en los prados. Pero allí, como en país deshabitado, y cubil propio de fieras, las serpientes penetran, y no basta, hasta se instalan en las casas, y hallarlas en casa es como si aquí se vieran ratones. Junto con los murciélagos anidan entre las hojas de palma de que están cubiertos los techos. Se encuentran frecuentemente en los rincones, acaso en las camas, y más a menudo junto a las tinajas donde se tiene el agua para beber.

[283] No poco me horrorizó la primera serpiente que vi. Pero volví a tomar aliento cuando vi llegar a un jovencito indio, que se le echó encima lleno de espíritu. Apenas vio este a la serpiente, cuando tomó muy contento una varita, y sin ningún socorro, aplastándole la cabeza, me libró de temor. No es esto lo mejor. Un indiecito, a quien le dan tanto terror las avispas, no tiene miedo ninguno a las serpientes más espantosas. Ordinariamente, por temor al misionero, cuyas reprensiones temen, se contentan con machacarles la cabeza y matarlas listamente.

Pero matando al modo orinoqués una serpiente, se la agarra por la cola, la hacen dar vuelta en el aire, y realizando a gusto este bárbaro juego, la tiran atontada por tierra. Son muy cuidadosos de hacer una pequeña fosa donde meterla. Pero antes de enterrarla le parten la cabeza. Los huesos, como se dice, son venenosos como sus dientes, y temen caminando descalzos, como es su costumbre, herirse con ellos.

Sería quizá agradable a mis lectores que hablase particularmente de las varias serpientes del Orinoco. Pero siendo, estoy por decir, infinitas en número y en especies, ¿quién podrá contarlas todas? Hablaré, pues, de las más raras. La maracá, llamada por los españoles la serpiente de cascabel, excede en su potente veneno a toda otra raza de serpiente. Es con manchas de negro y de rojo, del grueso de un brazo, y de la longitud al menos de siete palmos. Tiene en la extremidad de la cola varias sonajas, de donde tiene el nombre. Se dice que cada año echa una, y tantos años tiene la maracá como sonajas en la cola. La susodicha sonaja es un [284] febrífugo estimadísimo por los médicos, pero más estimado es aún por quien está obligado a vivir allá, puesto que la maracá no muerde nunca sin sacudir antes, como en señal de batalla campal, el cascabel. Quien oye el sonido huye y se libra del peligro.

Singular es también la serpiente *kiaucó-imu*, esto es, el padre de las hormigas bachacos, con las cuales convive. Los españoles la llaman la culebra de dos cabezas, pues a algunos les parece que ven otra en la cola del kiaucó-imu. No creo haberla observado con negligencia, y si he de decir lo que siento, me pareció más bien que su extremidad era a manera de una cola cortada, entrando un poco hacia adentro, y no terminada en punta, como otras serpientes.

Viene aquí oportuno un relato maravilloso, pero verdadero. El *kiaucó-imu* se dice que es un remedio eficaz para las hernias y es muy buscado por los boticarios. El difunto Hermano Juan Artigas, boticario del colegio de Santa Fe, hombre ciertamente de bien, y muy práctico en su oficio, pedía a menudo estas serpientes a los misioneros del Orinoco. Pero las quería no sólo perfectamente matadas, sino bien ahumadas, y mantenidas por largo tiempo en lugar muy seco, antes de mandarlas a Santa Fe, porque de otro modo, si no se hace así, escribía él, llevadas allá arriba, vuelven enseguida a la vida con la humedad.

El *kiaucó-imu* es de color ceniciento, y del tamaño y longitud de un palo grueso. No se contenta con este tamaño mediano el buío.[1] Puede decirse esta gran serpiente, si no por longitud, por lo grueso, semejante a una viga. Es de color [285] verde bastante oscuro, y habita en lugares húmedos en la proximidad de charcos.

---

1 En tam. *uyi*.

Los españoles la llaman tragavenados, y si creemos lo que se dice, devora hasta terneros. El buío es muy perezoso, y no se mueve sino con esfuerzos. Si, lo mismo que para las fieras, es también mortal para el hombre con el aliento que se dice exhala, no sabría decirlo justamente, porque nunca he oído a los indios hablar de ello.

Hablemos más brevemente de los sapos. Están llenos los prados de ciertos sapos pequeños, de los cuales sé bien las hórridas voces, pero no sé decir el color. Croan toda la noche, tan molestamente, que parece que se oyen personas que se quejen amargamente. Bastante grandes, y de color como en Italia, son los sapos domésticos. Apenas venido el invierno, entran estos en gran abundancia en las casas, y para no estar con huéspedes tan molestos, es preciso tener persona que contínuamente los espante. Me alojé una tarde en casa de cierto español en Pore de Casanare, y tantos había en su casa, que cansados todos de la muchedumbre, no se preocupaban más de echarlos. En verano no se ven sapos, pues les gusta la humedad. Pero apenas vuelven las lluvias, se vuelve a empezar (Nota XXIV).

Capítulo XVIII

De los animales domésticos.

Fuera del perro no se ve entre los gentiles del Orinoco a ninguno de los animales domésticos. No es de raza distinta de los nuestros, y propia sólo de aquel clima, sino de los traídos por los primeros conquistadores y [286] propagados inmensamente en América. Pero dado el escaso alimento, los perros de los orinoquenses son pequeños y esmirriados. Todas las naciones, por alejadas que estén de los cristianos, tienen perros por medio del comercio de unos con otros, y hacen suma estima de ellos, tanto para la caza como para la centinela de noche.

Estos perros, de noche en especial, aúllan de manera espantosa, bastante más frecuentemente que en nuestros países. Son bastante feroces, y o por naturaleza o porque sean así educados por sus

amos, ligeros se lanzan sobre el cuerpo de los que se dirigen a las cabañas. Mas por crueles que sean, nunca oí decir de ningún perro rabioso.

Aunque no haya entre los orinoquenses animales domésticos, los hay sin embargo domesticados, a los cuales toda nación salvaje da un nombre particular para distinguirlos de las fieras no amansadas.[1] De estos animales convertidos en domésticos hay siempre entre los indios, que los sogen en las selvas o para juguete de sus hijos o para hacer comercio con otras naciones. Ya hablamos de los periquitos. Añadamos las raras, los papagayos, los quiapocoros y otros pájaros que cogen en sus nidos para criarlos. Añádanse también los cerditos, los ciervos y las dantas pequeñas.

Estos animales, amansados por los indios, es increíble qué mansos y manejables se vuelven. Y aunque tenga siempre delante sus antiguas selvas, no vuelven de modo que abandonen el amor a sus amos. Ya hablé de mi pequeña danta. Pero aún son más cariñosos los ciervos, y no es raro el caso de que, habiéndose juntado en su excursión por las selvas con otros de [287] su especie, vuelvan después a la casa conocida, y tranquilamente allí dan a luz a sus hijos.

Los monos son más feroces, y nunca se amansan hasta tal punto que si les sueltan de sus ataduras no se vuelven enseguida a la selva. Pero estando cerca de sus amos, son muy mansos, especialmente los micos, que parece que hasta comprenden los pensamientos.

Estos animalejos no se pueden coger en sus madrigueras para amansarlos. Quizá no las tienen, pero aunque las tuvieran, como las otras fieras, los micos, los araguatos y toda otra raza de monos, en cuanto ven al hombre huyen enseguida a los árboles, llevando a la espalda a sus hijos. No hay peligro de que se caiga ninguno de allí, tan tenazmente se agarran. Pero este es el tiempo oportuno para el cazador. Dirige un disparo de flecha envenenada a la madre, y cae rodando abajo, con los hijos sujetos fuertemente al dorso, como cuando estaba viva. Son ya fierecillas desde entonces, pero no para temerlos de modo que no se los lleven para criarlos.

Pero ¿quién podrá decir de la rarísima habilidad de los indios para amansar a las fieras de modo que sea creído bastante por

---

1 Animal salvaje: en tam. *anekiamgotó*, en maip. *cueti*. Animal manso: en tam. *yakíni*, en maip. *nupía*.

quien nunca ha estado en el Orinoco? Yo me explicaré en pocas, pero verdaderas palabras. Los animales domesticados por los indios se convierten en ovejas. Tomemos el ejemplo de los caballos, que en los países libres, como es el Orinoco, son sumamente briosos, e impacientes al freno como los tigres. Pero si cae un caballo de este estilo en manos de un indio, le quita enseguida los humos. Monta a pelo, y agarrándose más fuerte que un araguato, le hace dar vueltas variadas a su gusto. El mónstruo se sacude, da saltos terribles y corre furioso por el prado.

Pero el valiente, el paciente, el diestro domador orinoqués no desiste del empeño iniciado, y dejando en [288] reposo por algunos días el caballo vagando por los prados, vuelve a coger de nuevo la cuerda para enlazarlo, y sin freno y sin silla, y con un mísero cabestro en la mano, monta nuevamente y lo conduce a nuevas pruebas. ¿Adónde? A las selvas, a los montes, y a lugares más peligrosos. Y aunque no haya caminos para cabalgar, nada le importa a nuestro indio, aunque reventase el caballo, y arriba y abajo, entre asperezas y despeñaderos cabalga de tal manera, que el pobre caballo, para que no le vaya peor, se convierte como dije en una oveja. Anda tranquilo con su indio, y se detiene donde y cuando a éste le agrada. Se emborracha el amo, y él lo espera, se olvida del caballo, y vuelve solo a casa, y el caballo como un perrito le sigue, y se lo encuentra, sin necesidad de pensar en él, en la cuadra.

NOTAS Y ACLARACIONES

del Tomo I

I. No he pretendido hacer un cálculo exacto de las millas que hay entre San Juan de los Llanos y la ciudad de Popayán. Si nosotros, como es obligación, nos atenemos al relato de algunas personas que han estado por largo tiempo en el Nuevo Reino, oiremos que universalmente se nos dice que de Santa Fe a Popayán hay por lo menos veintidós días de camino, y de esta capital a San Juan arriba citado, otras cinco, distancias, como cualquiera ve, enormísimas. Yo sé muy bien que los caminos del Nuevo Reino no son cómodos como los nuestros. Son desastrosos y abruptos. Pero el camino de Popayán no es un camino caribe. La recorren muchas personas, y es frecuentada casi diariamente; es la que une el comercio del Nuevo Reino con Quito. No se viaja comunmente a pie, sino en mulas excelentes y prácticas en todo paso. Si no damos más que diez leguas a cada jornada, tenemos enseguida 250 leguas de distancia de Popayán a San Juan de los Llanos. Pero quitadas las varias vueltas necesarias, son lo menos ciento.

[290] II. El río Blanco es diversamente dibujado por dos insignes modernos. M. la Condamine[1] le da el origen a medio grado aproximadamente de latitud boreal. Robertson[2] parece que le da comienzo en el grado Parime, a un grado de latitud boreal. En tanta diversidad de pareceres, no extraña ciertamente en personas que por sí mismas no han explorado nunca, ni medido aquellos lugares, me atendré a la opinión de los orinoquenses, y hasta que

---

1 *Voyage à l'Amér' merid.*

2 En el mapa de América.

no haya luces más ciertas, diré que el Blanco viene del Orinoco. He aquí mi razón.

Aunque no se conociera por los orinoquenses el curso del Blanco en los años pasados, pues mejor se supo después por el alemán Hortsman, nadie dudaba sin embargo de que saliera del Orinoco y de que fuera un pequeño brazo en sus principios. Pero este parecer mío es también confirmado por un comisario mío[1] que también estuvo muchos años en el Orinoco. « Es cierto — dice él — en fecha 10 de noviembre de 1779, que mucho más arriba del Casiquiare, el río Orinoco se derrama en un brazo que se llama Río-Blanco, el cual entra después en el Negro ».

Esta persuasión universal me hace pensar fundamentalmente que es verdad cuanto dije del Río Blanco en mi historia. El alemán antes citado se encontró, como yo creo, con el alto Orinoco, y no debió creerlo tal por su estrechez en aquel lugar. Después, aburrido de sus fatigas, se fue río abajo por donde llegase a salvarse entre los portugueses, y por ventura no supo el nombre hasta que no llegó allá.

El río que Robertson hace salir del Orinoco y que llama Catabuca es quizá el Blanco de que hablamos. En tanta oscuridad de lugares no medidos, y acaso ni vistos por europeos, son pruebas justas hasta las conjeturas.

[291] III. Artículo XII del tratado preliminar de paz y de límites del 1° de octubre de 1777: « Continuará la frontera subiendo desde la dicha boca más occidental del Yupura y del Negro, como también la comunicación o sea canal de que se servían los mismos portugueses entre estos dos ríos en el tiempo en que se celebraba el tratado de límites de 13 de enero de 1750 según el sentido literal del mismo y de su artículo IX, que enteramente se ejecutará según el estado en que estaban entonces las cosas, sin perjudicar a las posesiones españolas ni a sus respectivos dominios y comunicaciones con ellos y con el río Orinoco, de manera que ni los españoles puedan introducirse en los referidos establecimientos y comunicación portuguesa ni pasar más abajo de la dicha boca occidental del Yupura, ni del punto de la línea que se formará en el río Negro y en los otros que entran en él; ni los portugueses subirán más allá de los mismos ni de otros ríos que a ellos dan

1 Señor don Antonio Salillas.

para pasar del referido punto de la línea a los establecimientos españoles y a sus comunicaciones, ni subir por el río Orinoco, ni extenderse hacia las provincias pobladas por España ni hacia los lugares no poblados que le deben pertenecer según los presentes artículos; al cual efecto las personas que serán nombradas para la ejecución de este tratado asignarán aquellos límites, buscando las lagunas y los ríos que se unan al Yupurá y al Negro y que más se avecinan al norte, y en ellas fijarán el punto más allá del cual no habrá de pasar la navegación y el uso de la una y de la otra nación, cuando apartándose de los ríos deba continuar la frontera por los montes que separan el Orinoco y el Maranhao o las Amazonas, dirigiendo también la [292] línea de los límites cuanto se pueda a la parte del norte, sin fijarse en el poco o mucho de terreno que le quede a la una o a la otra Corona, con tal de que se obtengan los límites ya explicados, hasta determinar la dicha línea donde confinan los dominios de ambas monarquías. »

IV. Estoy persuadido de que ningún americano, con tal de que esté un poco acostumbrado a la campaña, donde el canto de los pájaros se oye mejor y más comodamente, tomará a mal lo que he dicho. Digo que el canto de los pájaros americanos, esto es, los de la zona tórrida, de los que hablo, es comunmente malo. Y para no alejarme del Nuevo Reino, los cuclíes de Santa Fe no hacen más que ruido. Lo mismo, pero mucho peor, la bandada innumerable de los zamuros, de los frailejones y de otros semejantes a ellos. ¿Qué diremos después de los paujíes del Orinoco, de las guacharacas, de las raras, de los itotocos, y de otros cien rarísimos pájaros? Todos, sin exceptuar uno, al menos los grandes, son de voz bien adocenada y poco o nada agradable al oído.

Fuera de que, si en los pájaros americanos de la zona tórrida no encuentro aquella melodía que se halla muy frecuentemente en los nuestros, no debo empero callar que muchos de ellos, marcando claramente la voz, superan a los nuestros en este particular, y pueden llamarse parlantes. Los itotocos, los tujudíos, los barcová, etc., como veremos también en otro lugar, repiten perpetuamente estas palabras, de donde les viene el nombre. El pájaro vaca muge como un buey, etc. Hay que alabar infinitamente al autor de todo en esta singularísima variedad que observamos en las criaturas.

Si queremos ponernos a investigar la causa por la que son menos melodiosos que los nuestros los pájaros americanos, yo [293] adoptaría con los naturalistas no otra que la de su tamaño. La naturaleza, que parece en muchas cosas decaer en los vivientes de América, en los volátiles no decae nada, sino que crece. Pero esta grandeza hace que la voz de los pájaros (que por sí misma considerada es melodiosa y supera con mucho a la de los demás animales) se torne menos agradable, y hace igualmente que haya entre nosotros algunas especies, y en América muchas « dont à la verité[1] — como dice un docto naturalista — la voix pariot insupportable, sur tout en la comparant à celle des autres, mais çes especes sont en assez petit nombre (en Europa), et ce sont le plus gros oiseaux que la nature semble avoir traités comme les quadrupedes, en ne leur donnant pour voix qu'un seul ou plusieurs cris ». En efecto todos los pájaros por mí citados arriba son bastante grandes.

Pero no puede decirse lo mismo de los pequeños, al menos en general. Algunos entre estos, por ejemplo los turpiales, los cardenales, etc., además de las lindas plumas, en las que van envueltos, y por las cuales los pájaros americanos, grandes o no grandes, exceden infinitamente la belleza de los europeos, son de voces estimabilísimas. Pero no todos los pájaros pequeños cantan bien en América, y la mayoría son de voz ingrata, lo mismo que los grandes, y para explicar este fenómeno de alguna manera, yo recurriría a aquellas razones que aduce muy eruditamente M. Buffon.

V. Los geógrafos de hoy bajo el nombre de Caribana no conocen sino aquella gran extensión de tierra que comenzando desde el Puruay, y quizá aún más arriba, se extiende hasta Cayena. El nombre es nuevo, mas le cuadra muy bien, porque todos, o casi todos aquellos lugares son poseídos por los caribes. Pero antiguamente el nombre de Caribana fue propio de otro lugar de la provincia de Urabá [294] en la América septentrional. Me agrada para esclarecer este punto, que podría traer confusión a los estudiosos de historia de América, referir aquí las palabras de Pedro Mártir.[2] Habla de un viaje de Alonso de Ojeda y después de otras

---

1 M. Buffon, *Hist. naturelle des Oiseaux*, tomo I, p. 8 y 12 de la edición de París, 1772.

2 En Ramusio, tomo III, p. 16 de la edición de Junta.

cosas dice: « Llegó a la provincia de Urabá a un lugar llamado Caribana, de donde es opinión que proceden los caribes, o caníbales, que habitan en las islas ».

VI. El nombre de corvina o corbina para aquellos que tienen un barniz de español no es muy distinto del de curbinata. Me asegura el señor abate Antonio Mariano Poveda, de la Habana, que el pez corvina que se encuentra en la sonda de Campeche, en el mar de Méjico, es tal como yo he descrito la curbinata del Orinoco, sin exceptuar siquiera los conocidos orificios de su cabeza. Allí la curbinata es marina. En otras partes es fluvial, como en el Orinoco. En la provincia de los Mojos, una de las del Perú, la curbinata es conocida bajo el nombre de corbina, y no falta tampoco en los ríos con las mismas cualidades que el Orinoco. Así me lo asegura el señor abate Manuel Iraizos, que ha sido misionero allí varios años.

VII. En el viaje de Lord Anson[1] se cuenta un efecto semejante que ocasiona a quien lo toca el pez torpedo. Pero este pez, aunque semejante en esto al temblador orinoqués, es de figura distinta, y de mar. He aquí sus precisas palabras. « Peut-etre — dice — qu'on m'entendra mieux si je dis que la torpille est un poisson plat, qui resemble beaucoup à la raye. C'est un poisson des plus singuliers, et qui produit sur le corps [295] humain s'étranges effects. Pour peu qu'on le touche, ou si par hazard on vient à marcher dessus, on se sent saisi d'un engourdissement par tout le corps, mais surtout dans la partie qui a touché inmediatement la torpille. On remarque le meme effet quand on touche ce poisson avec quelque chose qu'on tient à la main; j'ai moi-meme resenti un assez grande engourdissement dans le bras droit, pour avoir appuyé pendant quelque temps ma canne sur le corps de ce poisson, et je ne doute pas que l'effet n'en eut été plus violent si l'animal n'avoit déjá été pres d'expirer, car il produit cet effet à mésure qu'il est plus vigoureux, et il cesse d'en produire dès qu'il est mort. On peut en manger sans aucun inconvenient. J'ajouterai encore que l'engourdissiment ne passe pas aussi vite que certains naturalistes le disent; le mien diminua insensiblement, et le lendemain j'en sentois encore quelques restes ».

---

1 Lib. 2, cap. 12.

VIII. El manatí no sólo se encuentra en el Orinoco, sino también en el Marañón, y otras partes de la América meridional más caliente. Fue hallado la primera vez en las islas Antillas, también cálidas. Esto supuesto, no parecía que hubiera de vivir además en los mares fríos. Y sin embargo lo encontraron, y comieron en abundancia de él los rusos en la isla de Bering en el mar glacial el año 1742. No se puede dudar de ésto. Tan clara y bien circunstanciada es la descripción que de ello hace Muller. « Enfin — dice, tomo I, p. 314 de *Découvertes des russes*, impreso en Amsterdam 1766 — ils eurent aussi de tems en tems de la chair de l'animal appellé en russe, comme en anglois et en hollandois, la vache-marine (*koroba morskaya*), par les espagnols *manati* et par les françois *lamentin*. On pourroit croire que sa ressemblance avec une vache doit etre frappante, puisqu' [296] elle a été saisie au premier aspect, lorsqu'il s'agissoit de donner un nom à un animal inconnu par diverses nations et par divers voyageurs qui certainement n'avoient point connoissance les uns des autres. Mais tout ce que celui-ci a de commun avec la vache, c'est le muffle, que l'on a sans doute vu le premier, et peut-etre n'a t'on aperçu d'abord que cette partie. Car du reste il n'a ni cornes, ni oreilles externes, ni pieds, ni rien enfin de la vache. C'est un animal semblable au chien de mer, mais beaucoup plus grand. Sur le devant il a deux nageoires, entre lesquelles on voit aux femelles deux mamelles. Cette disposition des parties, qui a quelque chose de semblant o la figure humaine, surtout lorsque les mères se servent de leurs nageoires pour tenir leurs petits o la mamelle, est cause du nom espagnol manati, qui veut dire *pourvu de mains*. Le nom françois *lamentin* vient du cri de cet animal, qui ressemble plus o un gemissement qu'à un cri... Il y en a non seulement dans ces mers là, mais encore dans toutes celles qui environnent l'Asie, l'Afrique et l'Amérique ».

No será me parece desagradable para este erudito señor que yo le diga que el nombre de manatí no es español sino indio, como diré en mi apéndice de las más célebres lenguas americanas. De donde en nada alude a las manos con las que el manatí se aprieta contra el pecho a sus crías. El francés *lamentin* es un nombre corrompido y derivado del primero. No se si este animal tiene el nombre de manatí por onomatopeya tomada de sus gritos. Puede que sí, puede que no. Sus nombres son varios: *apcha, aviá, manatí,*

buso, etc. ¿Quién sabrá decirnos cuál de ellos tiene semejanza con el sonido de su voz?

[297] IX. No se de qué manera creer que las tortugas, que llegado el tiempo de poner los huevos están enloquecidas y fuera de sí por los dolores, deban después, si se les impide ponerlos, esperar tranquilamente otro año para librarse de ellos. Yo, si se les impide ponerlos en las playas, las creería capaces de ponerlos también en un espinar, si no queremos decir en el borde mismo del río. Y sin embargo no es de esta opinión el P. Gumilla: « entre estas terecayas salen a poner también todas aquellas tortugas que el año antecedente no hallaron playa para esconder su nidada, o no les dieron lugar las otras tortugas, por su multitud ».

Así dice él.

Y no sirve decir que algunas tortugas salen del río a poner con las terecayas. Lo sé, pero son bien pocas. Además de ¿a quién no le es conocido que como en los frutos de los vegetales, también en los de los animales, los hay tempranos y los hay tardíos? Las tortugas ponen en el mes de marzo. Pero yo he visto a algunas poner hasta finales de abril, en mayo y acaso aun en junio, en aquellas pocas playas que quedan entonces.

Sobre la grandeza del huevo macho, de la que dice en el lugar citado: « en cada nidada de estas se halla un huevo mayor que los otros, y de él sale el macho », estaré de acuerdo con él hasta que algún escritor más cuidadoso nos dé mayor seguridad. Se pretende que los huevos redondos contienen hembra, los alargados macho. Pero los de tortuga son todos redondos, los de las terecayas, alargados, según parece.

X. Nosotros los italianos, en cuanto oímos la palabra *cedro* estamos naturalmente tentados a creerle el nombre de la planta que produce aquella suerte de frutos agrios que llamamos citrón. Pero seamos comprensivos. En nuestros países no hay otros árboles [298] que lleven este nombre. Pero además de este significado italiano del nombre cedro (o citrón) hay muchos vegetales extraños a los que se le da un nombre semejante, tanto por los naturalistas como en el consenso común de varios pueblos. M. Bomare en el artículo *Cedre* enumera algunas especies, y dice que es propio no menos de los países fríos que de los calientes.

Debemos suponer que a esta clase de árboles se les da el nombre de cedro por alguna semejanza con los del Líbano, puesto que tales

como ellos, al menos en todo, no son. Me saldría de mi camino, y en vez de luz daría confusión a mi historia, si hablando difusamente de los cedros tratase también de aquellos que se ven en las varias comarcas de América. Quien los ha visto sabrá dar de ellos detalles que sean interesantes a la historia. Yo no hablo más que de los del Orinoco, esto es, de aquellos que lleva en las grandes crecidas el río Orinoco.

Ahora bien, estos, como los he visto secos, no sé decir justamente ni las hojas ni la flor ni el fruto, pero son árboles altos y derechos, gruesos, pero no demasiado, y cuando el corte está reciente o son cortados y trabajados para hacer tablas, dan un olor no desagradable. El color de esta madera, que se emplea para varios usos en aquellos países, es como el de la canela. Su sabor es un poco amargo, y a diferencia del dulce, que los tamanacos llaman *cheuorí*, los españoles lo llaman cedro amargo. Es de una duración maravillosa; fácil de trabajar; recibe los efectos de la humedad sin alteración notable; y no está sometido a la carcoma, como las más de las maderas. Son varios sus nombres entre los indios. Los tamanacos lo llaman *capo*.

Del cedro amargo ligeramente hervido en agua se hace una cocción muy adecuada para las contusiones internas, y bebido algunos días preserva a los dolientes de las postemas que podrían producirles. Este remedio no sólo es cierto, sino usado constantemente y con feliz éxito en América.

[299] XI. La granadilla es aquella especie de vegetales que bajo otro nombre se llaman flores de la pasión. Haciendo ya mucho tiempo de que fue traída a Italia, donde felizmente aún se da y produce frutos, sería inútil, y aun enojosa su descripción. Pero si esta, como de cosa conocida, se omite, no es conveniente dejar de decir otras cosas no desagradables para los literatos. Aquella de que he hablado en mi historia es un vegetal sarmentoso, diríamos, y muy sutil. Está arrogante y hermoso en los tiempos lluviosos, en los cuales, bien que sumergido en gran parte en el agua, produce y lleva a perfección su fruto. Pero en los de estío soy de parecer que su tallo, en todo, o al menos en parte se seca, como otras muchas trepadoras, las cuales entre las aguas brotan vigorosas, y cuando estas cesan o el río se retira, se mueren. Si esto es verdad, como me parece, la granadilla fluvial podría decirse una especie de hierba.

De mayor consistencia es la terrestre, que también se encuentra en los lugares secos del Orinoco. Su tallo es bastante grueso; da flores pero nunca frutos, al menos que me sea conocido.

He indicado arriba el fruto de la granadilla fluvial, que he comido varias veces, viajando en invierno por el río Orinoco. No excede del tamaño de una nuez, pero su carne líquida, llena toda de semillas, y que se sorbe a modo de un huevo, es muy agradable y refrescante.

Muy agradables, si se me permite esta digresión, son en otras partes de América las granadillas. En Santa Fe del Nuevo Reino, donde se llevan de aquellos contornos por los indios, son del tamaño de una buena naranja, y aun las gentes más educadas las estiman sumamente. De igual belleza y tamaño, por lo que oigo de personas entendidas, son en Méjico, en Quito, en el Perú, y en todas partes donde se piensa en el cultivo de esta planta. [300] Arrimadas a los árboles, como allí hacen, suben para arriba, y extendiendo por todas partes, a modo de vides, sus tallos, producen frutos en gran abundancia. El tronco principal engorda mucho y no es de la mísera duración de la granadilla orinoquense.

La flor de la granadilla, por decir esto también, es distinta según las varias especies de esta planta: pero la diversidad no es nunca tan grande que las flores de una planta dejen de asemejarse mucho a las de otra. La de Lima, que a distinción de las otras se llama *ñorbo*, es de tronco bastante delgado, de hojas pequeñas, de flor y fruto pequeños también. Es desagradable el fruto, y se parece en la figura a las ciruelas largas más pequeñas. No se le da ninguna importancia a este fruto, pero el olor que muy penetrante exhala la flor es muy estimado en aquella comarca, y no ocasiona los tristes efectos que produciría quizá en nuestro clima. Todos los patios de las casas de Lima, por no hablar de los jardines y quintas, están adornados con esta planta.

Las granadillas cuyo fruto es grande producen flores bastante grandes y del diámetro al menos de tres pulgadas. Pero su olor apenas se nota.

XII. No será inoportuno hacer aquí algunas reflexiones sobre las dos orillas del Orinoco. La pequeña distancia de unas tres millas que hay de una a otra, no hace por lo demás que sean semejantes entre sí. En primer lugar, la derecha se inunda, sí, pero la inun-

dación no tiene a lo más que una, dos o tres millas de anchura. En muchas partes apenas salta la orilla. Pero la izquierda, por mucho tiempo y por muchas millas, al menos en varios lugares, queda sumergida en el agua. La parte que está enfrente de las antiguas misiones de los jesuítas es tan baja y tan expuesta a las inundaciones, que no se pudo nunca fundar allí una reducción estable. Segundo: las lluvias de una parte no se juntan ordinariamente [301] con las de la otra, y mientras en una diluvia, se goza en la otra de un cielo seco. Las contínuas y más estrepitosas, empujadas por los vientos, se unen. Tercero: la derecha es montañosa, y a las mismas orillas del Orinoco hay muchos montes, En el interior, aunque interrumpidos por praderías, se hallan de contínuo. La izquierda es plana y apenas encuentra la vista algún estorbo. Diré una cosa singular pero verdadera. De la boca del Meta hasta el mar, es decir, en 810 millas de navegación, no se ven más que tres solos montes. El primero, no grande, está en la boca misma del río Meta. El otro es el monte Cabruta. Y el último finalmente el Inaparima, que se eleva a gran altura, según me parece, junto a la antigua Guayana.

XIII. No puedo dejar de decir a mis lectores algunas palabras sobre una cualidad bien rara de los árboles orinoquenses. Me refiero a su dureza. No niego que los haya también tiernos. Tal es la cumáca que he citado, tal la uanarúca y algún otro. Pero los más son durísimos, densos, nada porosos, y semejantes al hierro, de tal manera que los españoles, que les dan diversos nombres antes de trabajarlos, enseguida que los han hecho trozos y los han reducido por ejemplo a batón o maza, los llaman guayacán, madera conocidísima por su dureza, como puede verse en Oviedo.[1]

Se corta un árbol, pero con qué esfuerzos. Empréndase trabajarlo. Después de la corteza, ora sutil, ora gruesa, como ocurre también en nuestros árboles, sigue una materia leñosa de color, bien blanco, bien amarillento, comunmente tierna y no demasiado fatigosa de quitar. Pero todo el resto, esto es el alma, es macizo, apretado y durísimo.

XIV. He sabido después que la cucuísa orinoquense es llamada por nuestros botánicos áloe vulgar, y he visto muchas plantas

1 *Sumario de las Indias Occidentales*, cap. 76.

de él [302] muy semejantes a las americanas. No creo sea inconveniente que no haya descrito el fruto, el cual (quizá por falta del terreno nativo) termina sólo en flores en Italia. He aquí otras dos anécdotas no despreciables.

Primero: me es asegurado por personas de mérito[1] que en la Guaira se comen escabechadas las flores de la cucuísa, y que son muy sabrosas.

Segundo: en Méjico se hacen plantaciones de maguey (así llaman allí a la cucuísa), de la misma manera que nosotros aquí las hacemos de alcachofas y semejantes vegetales. Pero los mejicanos plantan muchos millares para una bebida que llaman pulque. Los terrenos grasos no son a propósito para estas plantaciones, pero sí los montuosos y peñascosos y los secos, en los que se dan magníficas. Podrían hacerse estas plantaciones con el fruto indicado por mí en esta historia. Pero el uso de Méjico es que se quiten los plantones pequeños que nacen al pie de los magueyes y se trasplanten.

Una vez que el maguey ha llegado a cierta consistencia o madurez (la cual los expertos conocen fácilmente, y es cuando el maguey está próximo a echar su tallo), les cortan la extremidad del brote en medio de la planta, y sacándole fuera el meollo, le hacen una cavidad grande o pequeña, según la capacidad de la planta. Limpian bien esta cavidad, quitándole todo lo viscoso, y cubriendo el agujero con una losa, lo dejan así cubierto por espacio de veinticuatro horas, y vuelven una sola vez al cabo de ocho o diez horas para limpiarlo de nuevo con una cuchara de latón de toda materia viscosa.

Después de veinticuatro horas vuelven de nuevo y encuentran la cavidad susodicha llena de un jugo dulce como la miel,[2] el cual retiran en cacharro destinado a ello, y vueltas a limpiar de toda suciedad las paredes del hueco, para [303] que estén los poros abiertos y siga fluyendo el humor, se van contentos del primer fruto de su trabajo.

Digo el primero, porque no se agota con el licor sacado la virtud del maguey. Con tal de que se tenga limpio de la manera indicada,

---

1 El señor abate don Santiago Torres.

2 En español se llama aguamiel.

el jugo sigue escurriendo por mucho tiempo, hasta tal punto que de allí en adelante es preciso vaciar el agujero dos y tres veces al día, durante esta lucrativa tarea hasta dos, tres, cuatro y seis meses contínuos, según la calidad de las plantas, y no termina nunca de correr el licor y volverse a llenar la cavidad, mientras dure gota de humedad en las hojas del maguey, las cuales después, privadas de toda virtud, se bajan a tierra y se marchitan. Este licor no mana desde la raíz o del tronco, sino, como decía, de las hojas del maguey, y escurre como al centro a la concavidad hecha.

Hablemos ahora más particularmente del jugo. Después que lo han sacado del maguey lo ponen en odres o en tinas, y allí fermenta en breve tiempo sin ningún ingrediente, por sí mismo. Después de esta pequeña fermentación toma un color de leche, se hace picante y agradable, y es uno de los mejores ramos del comercio de Méjico, y lo buscan todos apasionadamente. Por persona entendida que lo ha visto, se dice que es apto para este fin nuestro áloe vulgar. Pero Dios sabe si les agradaría a los italianos, acostumbrados al buen vino.

XV. Sobre el fruto copiosísimo que rinde en Orinoco el maíz debo añadir que yo mismo hice la prueba en un almud de yucatano, hecho sembrar por mí en la Uaccára-yotta, sitio vecino a la Encaramada. La panocha de este maíz es la más grande de todas, y las otras especies de maíz acaso no rinden tanto, aunque yo crea que siempre rinden muchísimo. Segundo: además de las especies varias de maíz que he enumerado, hay otra que los españoles, del Orinoco [304] llaman millo.[1] No da panochas como los otros maíces, sino una especie de racimos, privados de hojas y llenos de granitos, unidos por un pecíolo, semejante a los del mijo de caña.

El millo es de dos clases. La que los tamanacos llaman *quatá-imu*, esto es, padre del yucatano, de granos blancos. La otra, que los mismos llaman *acnaché-imu*, padre del cariaco, los da rojizos. Oí decir que en otros sitios, lejos del Orinoco, los españoles se sirven de este millo para criar palomos.

Las dos plantas son muy semejantes al maíz común en todo, salvo el fruto y el tallo, que es más grueso y hasta tal punto alto,

---

1 Así lo pronuncian, y no mijo.

que supera o dos o tres palmos al común, allí altísimo, como dijimos. La descripción que hace Plinio del mijo, traído a Italia en su tiempo, le conviene toda perfectamente: « El mijo en los últimos diez años — dice — ha sido traído de la India a Italia; es de color negro, de grano grueso, tallo de caña. Crece hasta la altura de siete pies, con caña muy larga. La llaman *phoba*, y es el más fértil de todos los cereales. De un grano salen tres sextarios. Se debe sembrar en sitios húmedos ».[1]

¿No podremos decir que sea este el mismo orinoqués? ¿Que fuera traído de cualquier comarca oriental de clima semejante, y que pereciera después en Italia, hasta que con el maíz nos fue vuelta a traer una nueva especie de mijo más grueso, o de América, o de otra parte del mundo? Ni tiene importancia que Plinio lo llame negro. El rojizo está cerca del negro. Y luego no es nuevo en los vegetales que sean negros en un lugar y blancos en otro. Pero yo leyendo en Plinio aquello de *amplum grano*, no adaptable del todo al millo del Orinoco, voy más bien pensando que no habla de otra cosa que del maíz.

[305] XVI. De la historia natural de las Indias de Gonzalo de Oviedo[2] se ve evidentemente que la caña de azúcar no es un vegetal antiguo en las islas Antillas, sino que fue llevado allí por los españoles desde las islas Canarias. Otros dicen que de Sicilia, y no parece que puede dudarse de que de estas cañas, llevadas allí entonces por la primera vez, hayan procedido después las que hasta hoy se han hecho comunes en toda América.

Se lo mucho que suelen desfigurarse en todas las naciones los nombres de las mercancías, vegetales y animales que se oyen en boca de los mercaderes, hasta tal punto que si uno no tiene algún barniz de lenguas extranjeras, parecen a primera vista tan diversos, que podrían tomarse por primitivas. Pero también una razón tomada de las palabras, para aprobar o desaparobar una cosa de que se dude, no es despreciable. Ahora bien, yo en confirmación de lo que Oviedo escribe en su historia digo que las voces indias que conozco indican abiertamente esta verdad.

---

1 Lib. XVIII, cap. 7.

2 Lib. IV, cap. 8 y lib. VIII, cap. 1.

La voz *caña* adoptada por los avaricotos es española.[1] *Caraná* se dice en tamanaco, y quizá también en caribe. Pero ¿quién no ve que viene de la anterior? De solución más difícil en apariencia es la palabra maipure *mapa*, pero esta significa ordinariamente la miel, y por la semejanza del sabor la han extendido a las cañas de azúcar.

XVII. Si entre el papayo hembra y el macho hubiera sólo aquella diferencia que descubrimos en las plantas distintas del cáñamo, y que un individuo produjera sólo los estambres, que son el signo viril de las plantas, y el otro el pistilo, que indica el sexo femenino, yo no podría reconocer nunca que el papayo hembra produjera frutos sin el concurso del macho. La comunicación [306] del polen apto para hacer fecunda a una planta está fundada en aseveraciones de los antiguos,[2] y ha sido probada con muchos experiencias de los modernos botánicos. Véase M. Dubourg.[3]

Pero yo soy de opinión que aunque entre los papayos haya individuos que no dan fruto y que con toda propiedad se llaman machos, puede sin embargo ser, y sea en efecto hermafrodita la flor del papayo hembra, teniendo un solo pistilo con los estambres, y por eso, aun desarraigado el papayo de flores puramente machos, continúe dando fruto, fecundado por los estambres del mismo individuo. De esta clase es la malva y algunas otras flores, y doy por indudable que si se hace el análisis de las flores del papayo llamado hembra se hallarán los signos de ambos sexos. El almez, llamado por los franceses *micocoulier*, en el mismo individuo, según la relación del mismo escritor, produce flores machos y flores hermafroditas. Léase en la p. 17. ¿Por qué no podrá el papayo producirlas en diversos ejemplares?

Los papayos, sean machos o hembras, todos son cultivados, y provienen de las mismas semillas, como el cáñamo. Por las sabanas, no los hay salvajes, al menos en el Orinoco. El papayo macho, trasplántese o no, no produce nunca fruto, ni grande ni pequeño. Pero el papayo hembra da fruto al cabo de ocho o diez meses, y sigue dándolo cada año hasta que muere. La apariencia exterior es la misma en ambos, y no hay otra diferencia sino que el uno

1 En español se dice caña o caña dulce.

2 PLIN., *Hist. nat.*, lib. XIII, cap. IV.

3 *Botaniste François*, tomo I, lib. 8, cap. XIV.

da fruto y el otro no. Estas noticias son algo distintas de las que nos comunica el señor de Bomare en el artículo *Papayer;* pero son verdaderas y ciertas en el Orinoco.

[307] XVIII. *Plátano* o *plantano* es la palabra con que los españoles llaman la banana; y siendo perfectamente español, parece al principio que esta planta fuese traída de otra parte a América después de las primeras conquistas. En efecto, el P. Acosta[1] no reprueba la opinión de los que dicen que fue llevado a América desde Etiopía. No de Etiopía, sino de las Canarias lo dice llevado a Santo Domingo Gonzalo de Oviedo. El Inca Garcilaso, nativo del Perú, y escritor también de mucha valía, parece de opinión contraria,[2] porque enumerando los frutos propios del Perú y del reino de los Incas, cita entre ellos el plátano, que dice nace en los lugares cálidos de los Andes.

Para separar lo dudoso de lo cierto, y para aportar alguna luz a esta controversia, hemos de suponer varias cosas:

1° El plátano, o como decimos, la banana, no es tan propia de América que sea un fruto privativo de aquella parte del mundo y no se encuentre también en otras comarcas. En la época en que fue descubierta América había bananas en Calicut, en Egipto y en otros lugares. En nuestros días las hay en Africa, en las islas Filipinas y quizá en todos los países que están bajo la zona tórrida, quizá las hubo también antiguamente.

2° La banana no se da en todas partes de América. También allí, además de los gélidos montes de la zona tórrida, totalmente impropios para esta especie de plantas, hay regiones frías, por ejemplo, en la zona templada opuesta a la nuestra, y hay también regiones templadas que confinan con las dos zonas que hemos nombrado. Estas regiones son igualmente inapropiadas que las nuestras para tales plantaciones, al menos para todas las clases de bananas. No debería por tanto producir maravilla que antes de las conquistas de los españoles aquellos habitantes no supieran ni siquiera el nombre.

[308] 3° Dije que los climas templados, esto es, los intermedios entre las dos zonas, tórrida y templada, son inadecuados para

---

1 *Hist. natural de las Indias,* cap. XI.

2 *Historia de los Incas,* tomo I, lib. 8, cap. 14.

semejantes plantaciones, al menos de toda clase de bananas, para exceptuar el guineo, que se da muy bien en Lima y en otras comarcas de clima semejante. Pero no se busquen allí los hartones y los dominicos, que no los hay.

4º Los incas tuvieron las bananas, especialmente en los países de conquista. Lo dice Garcilaso. Las naciones de la zona tórrida que se van descubriendo casi todas tienen la banana, como consta de los viajes de los misioneros al interior. Sería demasiado que tan portentosa cantidad de bananas fuera reciente en América, y parece que deban decirse anteriores a las conquistas de los españoles.

Pero se podrá oponer que en Santo Domingo no había bananas y que Oviedo dice que las trajeron de las islas Canarias. Lo sé, pero tampoco acaso hubo papayas, que él no cita nunca en su historia. ¿Diremos por esto que el árbol papayo no sea originario de América? Ciertamente que no, porque entre Santo Domingo y el continente hay grandísima diferencia de clima, de fecundidad de la tierra, y de plantas distintas, que no fueron eencontradas en aquella isla.

Digo, pues, que aunque en Santo Domingo no hubiera bananas, pudieron sin embargo existir en el continente, como en clima más cálido y más a propósito para tales plantas. Pero se dirá que al continente fueron llevadas de Santo Domingo. He aquí las palabras de Oviedo, de las que consta evidentemente. Después de haber dado la descripción de los plátanos dice: « mas aqueso que es, segund he oydo a muchos, fue traydo este linage de planta de la isla de Gran Canaria, el año de mill e quinientos y diez y seys años, por el reverendo padre fray Thomás de Berlanga, de la Orden de los Predicadores, a esta cibdad de Santo Domingo, e desde aquí se han extendido en las otras poblaciones de esta isla y en todas las otras islas pobladas de chrisptianos, e los han llevado a la Tierra Firme ». Y más abajo: « Truxéronse los primeros, segund he dicho, de la Gran Canaria, e yo los ví allí en la misma cibdad en el monesterio de Sanct Francisco el año de mill e quinientos e veynte, e assí los hay en las otras islas Fortunadas o de Canaria ».

Concedo de buena gana que cuanto Oviedo dice sea verdad. Pero lo concedo en el sentido en que él habla, y no en otro. Quiero decir que si se penetran bien sus palabras, no se deduce de ellas

otra cosa sino que de las Canarias a Santo Domingo, y de esta isla al continente fue llevada una sola especie de bananas. Léanse las líneas siguientes: « Escribe Ludovico de Vartema, boloñés, en su *Itinerario,* que en Calicut hay aquesta fructa, e diçe que allí la llaman *malapolanda*; pero diçe que no son más altas estas plantas que un hombre o poco más, y en lo otro todo que tengo dicho las describe segund lo he yo fecho; y también dice que es de tres suertes esta fructa: la una *ciancapalon,* e la segunda e mejor llama *gadelapalon,* e la tercera suerte diçe que no es tal. También digo yo que en esta isla esta fructa no es toda de una bondad, porque unos fructos destos hay mejores y más sabrosos que otros de la mesma fructa; mas aquesto puede yr en el terreno e dispusición de la tierra, como acaesçe en todas las otras fructas en España y en otras partes. E la tierra estéril e flaca e la gruesa demasiadamente reçia haçen bastardear los fructos ».

¿Quién no ve claramente de este relato, aunque Oviedo se afane en celebrar sus bananas y compararlas con aquellas que Vartema describe en su itinerario, quién no ve, digo, que son muy distintas? Una cosa es decir que las frutas sean de bondad diversa y de un sabor más o menos exquisito, y otra llamarlas, como Vartema hace, de tres maneras (que sería lo mismo que de tres especies), y darles nombres distintos para distinguirlas. En varios terrenos vemos sin variación de especie el sabor más o menos agradable de la fruta. Pero trasplántese cuanto se quiera un vegetal, la variación será accidental, nunca sustancial. El hartón será siempre hartón, y siempre tal el dominico, y también siempre tal el guineo.

[310] Concluyamos. A Santo Domingo, y de esta isla al continente, no fue llevada desde las Canarias más que una especie sola de bananas. ¿Cuáles fueron éstas? ¿Las otras de dónde vinieron? ¿Son americanas o extranjeras? Lo diré todo con brevedad. Yo tengo la opinión de que la banana llevada a Santo Domingo de las Canarias debió ser aquella llamada comunmente guineo. Primero, siempre he oído decir en América que en las Canarias no hay otra clase de bananas de ésta. Segundo, personas conocidas mías que han llegado a Canarias sólo han comido de éstas, y sólo éstos hay allí. Tercero: A España no sé que lleven otros. Cuarto: de persona despierta que estuvo viviendo por algún tiempo en Gran Canaria he oído un análisis cuidadoso de aquellos plátanos. Son de dos especies, dice él: esto es, plátanos y dominicanos. El primero es de dos dedos de largo, y apenas de uno el segundo, y se

comen crudos. Quien es entendido en guineos americanos se da cuenta con evidencia, tanto por la figura de estas bananas, como del modo de comerlas, que no son los guineos, de los cuales ya he dicho en mi historia las varias especies.

Pero se podría oponer que de las bananas que llevaban a Santo Domingo se hacían varios usos: secándolas como higos, o poniéndolas a cocer con la carne al modo de los españoles. ¿Y qué? ¿Dejarían por esto de ser guineos? En algunas partes de América hacen el mismo uso de los Guineos que dije se hace en el Orinoco de los hartones y los dominicos.

Quinto. El nombre mismo de guineo denota que esta banana ha venido de Africa. Concuerda también la voz *curúmu-aráte*[1] con que la designan los maipures. No dijo esto porque yo crea que toda especie de guineos sea extranjera en América y venida de otra parte. No, porque la voz tamanaca *venémi*, y quizá otras no sabidas por mí [311] no tienen ninguna alusión a la supuesta transmigración. De donde a lo más puede decirse que algunas especies de guineos pudieron ser traídas de Africa.

Pero si el guineo es africano, las otras bananas deben entonces decirse nativas de América, y no se podrá nunca afirmar que fueran llevadas de Calicut, donde escribe Vartema que las había; o dígase al menos en qué tiempo posterior a Oviedo, y a quién se le ocurrió la idea. Añádase que entre los indios que yo conozco no hay ninguna nación que no llame a las otras bananas con su nombre propio. He dado ya algunos en mi historia. Pero dése la preferencia al caribe *parúru*.

Yo digo: ¿por qué estos indios, que tantas palabras han tomado de los primeros españoles, no han tomado la del plátano? Sin duda porque ya la tenían en su lengua, y no era la cosa nueva para ellos.

Confieso sin embargo que antes de las conquistas de las españoles, y cuando los indios disfrutaban plenamente de su querida pereza, y no estaban como hoy adoctrinados en el cultivo de los campos, confieso, digo, que debieron de ser muy pocas las bananas, ni acaso se encontraban en todas las naciones de la zona tórrida. En nuestros días ¿qué se encuentra entre ellos después de tantos estímulos de los misioneros y de otros? Cuatro o seis plantas de

---

1 El plátano o banana del gallinazo, pájaro negro.

milagro, si exceptuamos algunas naciones más laboriosas. Por lo cual yo no me asombro si en las viejas relaciones de los conquistadores no encuentro tantas bananas como leo de raíces y maíz.

XIX. Me precio de amar la verdad y de confirmarla. La América de la zona tórrida no tiene tantos pájaros de hermoso canto que puedan parangonarse con los que tanto abundan en nuestros países. Pero hay sin embargo pájaros que cantan bien, y pájaros que hablan, como dijimos. He aquí uno que reúne en sí las voces no sólo de los pájaros, sino de los mismos cuadrúpedos. [312] El *zenzontli*[1] de Méjico, en quien se hallan estas maravillas, es un pájaro del tamaño de una becada joven, de bellísimas plumas y alas, de color ceniciento claro por debajo, y un poquito más oscuro por arriba. Sus alas y la cola son negras, pero tanto la una como las otras terminan graciosamente en blanco. Los ojos son de un negro tan brillante, que parecen dos estrellas. El cuello está bien hecho, el pico es negro y grueso, las patas proporcionadas a la estatura, y en todas sus partes tan hermosas, que no las hay más.

Este pájaro es tan delicado, que no está más que en países templados, y fácilmente muere si es transportado a otros climas. Si se le quiere traer a Europa, no resiste a las fatigas de la navegación. Es pena que estemos privados de un pájaro tan estimable.

El canto es casi contínuo, de modo que para impedirlo por la noche, es preciso tapar bien la jaula, para que no vea la luz y no cante. Su voz es sonora y bastante grata al oído. Además de los muchos cantos que le son propios imita a todos los animales que oye con una gracia increíble. Ladra con los perros, maulla con los gatos, pía con los pichones, e imita de tal modo las voces de todos, que fácilmente se le toma por ellos. Imita a todos los pájaros, jilgueros, canarios, etc., pero les añade su parte de gracia, pues en los trinos y en la inflexión de la voz excede a todos infinitamente.

XX. Aunque yo no haya visto nunca al animal pereza, persona de crédito y sumamente amiga conozco[2] que la vio en Carichana. Le dieron dos de regalo, y eran de igual tamaño, esto es,

---

1 Voz mejicana, que significa « pájaro de cien voces ».

2 El señor abate don Antonio Salillas.

el de un perro ordinario. El pelo de una de ellas era oscuro y de color café. La otra pereza, sobre un fondo semejante al de la primera tenía graciosas manchas [313] de blanco. En ambas perezas eran planos pecho y panza, a modo de tabla. Esta es la figura. No son menos raros los gestos.

Si se pone una pereza en el suelo, mueve una de las patas anteriores, vuelve la cabeza a una y otra parte, y mira después la pata levantada. Cuando sube a los árboles extiende una mano hacia la rama y se queja diciendo ay. Mira al cielo y extiende a otra rama la otra mano, y se queja de la misma manera. Pero esto ocurre sólo de noche, pues de día no prorrumpe en lamentos. Este animal se mueve con tanta lentitud, que los españoles por ironía lo llaman perico ligero.

Tampoco vi nunca al mapurito. Pero no hay ninguno en el Orinoco, aunque contradiga lo que de él escribió Gumilla.[1] Conozco, sí, la hierba fetidísima que en Orinoco, por la semejanza del hedor con el de este animal se llama mapurito.

Al mapurito le conviene también el clima frío, y se encuentra no sólo en la zona tórrida, sino también en la templada austral. La cuidadosa descripción que da del chingue, animalito conocido en Chile, el señor abate Molina[2] parece en todo semejante a la que del mapurito del Orinoco nos da el P. Gumilla. Excepto que el olor pestilente que despide el mapurito perseguido por los perros o los hombres es descrito de modo diverso. Gumilla dice que es una ventosidad. Molina, un líquido que echa al que lo persigue, y da de ello pruebas concluyentísimas. Si del mapurito del Orinoco ha sido hecho con igual cuidado el experimento, podemos decir que en diversa zona son con poca diferencia los mismos animales.

[314] XXI. Si en América hay alguna comarca donde los llamados tigres no sean feroces sino que sean « inertísimos y tímidos, apenas temibles para el hombre, y que a menudo vuelven la espalda a la más mínima aparición de resistencia » como hubo de contar algún viajero al insigne autor de la historia de América,[3] no sé decirlo. Pero que sean de tal modo los del Orinoco, no me

---

1 *Hist. de l'Orenoque,* tomo III, cap. 47.

2 En la nueva historia compuesta por él. [*Saggio sulla storia naturale del Cili,* Bolonia, 1782; en 1788 se publicó en Madrid una traducción española].

3 Robertson, tomo II, lib. 4.

lo probará nadie. Son demasiado evidentes los ejemplos que he aducido de su ferocidad. Pero no negaré que esta ferocidad pudiera ser también mayor en alguna parte. Por lo demás la de los orinoquenses no es por cierto indiferente, ni tal como para poder hacer poco caso de ellos, como de animales inertísimos.

Si se pretende que los tigres siempre estén en actitud de tragarse al hombre, siempre hambrientos de carne humana, y nunca saciados con la carne de solos los ciervos y de otros animales cuya resistencia no temen, sino que perpetuamente anhelen el exterminio del hombre, digo que se pretende demasiado. Todo animal, por feroz que sea, conoce por natural instinto la superioridad del hombre. Lo evita, alguna vez hasta le huye, y busca para quitarse el hambre otros animales que cree inferiores a sí mismo. Pero también se acerca al hombre a su tiempo. Sé que todos temen al tigre y se guardan diligentemente de él, encendiendo de noche el fuego en las rancherías. Pero ¡cuántas veces vienen! ¡A cuántos hieren! ¡A cuántos se llevan!

No debo empero disimular una cosa que me produjo siempre asombro. Los tigres temen a los toros. Al primer rugido del tigre las vacas huyes espantadas hacia el rebaño, y en un relámpago se juntan todas en un pelotón. Empiezan a hacer la ronda dos o tres toros de los más valientes, y mugiendo y dando contínuamente vueltas alrededor de sus vacas mantienen alejado al tigre.

[315] XXII. Dije en mi historia que no he conocido indio que me dijera haber visto con sus propios ojos al salvaje. Pero lo que a mí no me ocurrió en muchos años le acaeció en pocos a otro misionero,[1] a cuya gentileza somos deudores del siguiente relato. En la reducción del Raudal de Atures llegó con los suyos a un conuco un muchacho que habiéndose alejado un poco y metídose en la selva, no apareció más, con dolor increíble de sus padres, que hubieron de volver solos a la reducción. Al cabo de diez días volvió también el niño, pero más muerto que vivo. El misionero, que enseguida tuvo aviso, lo llamó a su presencia, y después de haberlo confortado con algunos caldos sustanciosos, oyó contar al indiecito que el salvaje, habiéndolo cogido por una mano y echándoselo a la espalda, lo había llevado a una gruta en la que tenía las cosas de comer. Estuvo allí con él, como yo decía, hasta el

1 El señor abate don Tomás Vilás.

día décimo, en el cual, faltando por completo las provisiones, el salvaje se fue en busca de nueva comida. De esta ocasión se valió Diego (que así se llamaba) para volver. Tenía unos diez años. Dijo que no había sido tocado por el salvaje, que estaba solo, y pocas particularidades más. No supo, o no quiso nunca decir cosas claras sobre la comida de que se alimentaba el salvaje. Pero siendo este animal, como prudentemente pensó el sobredicho señor abate una especie de mono, es de creer que fruta. Del sexo no sabe decir nada.

XXIII. La cera nuevamente descubierta o en Trinidad o en las bocas del Orinoco no puede ser sino la vegetal. Es de antes bien conocida por los naturalistas esta especie de cera. El árbol que la produce se encuentra no sólo en Carolina y en el Canadá, sino también en Pensilvania y otras partes. Véase la *Histoire des colonies Angloises.*[1]

[316] Se supone que este árbol es de dos especies por M. Bomare,[2] y es acaso de más. No debe entonces sorprender nada que se encuentre igualmente en los países cálidos y en los fríos. De este carácter hay varias plantas, como puede verse en Bomare. Añádase que el árbol de la cera se da igualmente bien en los terrenos secos y en los húmedos.

No tuve tiempo de saber a fondo de mi guayanés las cualidades específicas de la planta de cera sobre la que me informó. El historiador de las colonias inglesas la llama árbol, Bomare, arbusto. Sea como sea, según Bomare a las bayas de esta planta, o según le place al citado historiador, al núcleo, está unida una especie de resina o de pulpa, con la cual, bien preparada con la grasa que se mezcla, se hacen velas por los habitantes de América septentrional, y es uno de los renglones del comercio inglés. Dice Bomare que se hacen esfuerzos para dar a estas velas la blancura común. No puedo decir lo mismo de la cera vegetal del Orinoco, según el relato que me hizo el guayanés, y parece puede decirse que es una especie diferente de las conocidas hasta ahora.

XXIV. Hagamos algunas reflexiones sobre los animales del Orinoco. I) En los animales del Orinoco que son semejantes a los

1 Cap. VI y VII.

2 En el artículo Arbre de cire.

nuestros es notable la pequeñez. Los ciervos son como los cabritos, los jabalíes y los osos no sobrepasan quizá el peso de tres o cuatro decenas de libras, y parece evidente lo que los naturalistas dicen, esto es, que en América no es la naturaleza igualmente robusta que en nuestros países. Puede esto depender de los alimentos menos sustanciales, del excesivo calor, que tiene atrasados y casi abatidos a los animales, y de otras muchas causas que no sabemos.

II) Este deterioro de naturaleza debió comenzar en ellos desde su primer paso a América, y acaso [317] tuvieron la desgracia de empequeñecerse, como los vegetales que allá se han llevado de Europa.

III) Aunque los más de los animales americanos que se asemejan a los nuestros, por ejemplo los osos, ciervos, jabalíes, puercoespines, cangrejos, etc., se hayan vuelto bastardos y parezcan de especie casi distinta de los nuestros, con todo, encuentro a la zorra, no sólo no decaída de su antigua grandeza, sino notablemente crecida. Y he aquí por qué en mi historia creí tenerla que citar entre los animales raros del Orinoco.

IV) El tamaño de que carecen los cuadrúpedos, ha tocado en suerte a las serpientes y varios reptiles del Orinoco.

V) No sé qué peces del Orinoco sean semejantes a los nuestros. Pero en ellos, como también en los pájaros, la naturaleza es más vigorosa y más lujuriante en América.

VI) Los animales llevados allá de Europa se conservan vigorosos y corpulentos como antes. Los caballos de Casanare son de una altura maravillosa. Los bueyes no los creo inferiores a los de España. Los mulos son pequeños, y si no es que son una raza que yo conozco poco, parecen decaídos de su tamaño prístino. Quién sabe si con el curso de los años también decaerán estos animales, como los primeros que pasaron del antiguo continente. Por lo demás, mucho sirve para su conservación la industria del hombre a quien están sujetos.

VII) Entre los animales del Orinoco y los nuestros yo encuentro casi semejanza, pero poca o ninguna con los vegetales, si se exceptúan los fréjoles, las calabazas, los pepinos, la verdolaga, y algunos otros, propios de los tiempos de verano.

APENDICE

[318] APENDICE

a la historia geográfica y natural de la provincia del Orinoco.

Estaba ya no sólo llevada a cabo, sino en las manos del impresor la historia del Orinoco escrita por mí, cuando afortunadamente, por medio de persona ilustre por nacimiento y por saber y por cargos,[1] supe que acababa de salir otra sobre el mismo asunto a la luz, en idioma español. Y bien me agradó que el Orinoco, sacado de la oscuridad por el P. Gumilla la primera vez, fuese también ilustrado por otros con sus bien cuidadas composiciones. Pero después de este primer movimiento, bastante natural en los que por mucho tiempo, como yo, han estado en partes extranjeras y lejanas, me nació enseguida una ardiente curiosidad de leer al nuevo autor.

[319] Estaba por buena suerte mía este libro en poder del señor don Nicolás Azara, cuya escogida erudición en todo género de literatura compite con el esplendor de sus raras virtudes y con los sublimes y magníficos honores con que Su Majestad Católica ha querido que su mérito fuera conocido en Roma. A él, pues, me dirigí, sabedor de su generosa gentileza, y habiéndole expuesto mi determinación de dar a la luz la historia natural del Orinoco, le manifesté a la vez mi deseo de ver aquella, que se decía había venido recientemente de España. A lo cual él, de la manera más amable, me ofreció el nuevo autor español, y unidos a él algunos otros libros, y toda, si me pluguiese, su magnífica biblioteca, y alabando mi resolución de publicar en italiano la América, me despidió amabilísimamente.

---

1 El señor marqués de Rossi, caballerizo de N. S.

No es imaginable con qué ansiedad, vuelto finalmente a mi casa, me di a leer la nueva historia.[1] Confronté mis relatos con los del P. Caulin (que este es el nombre del nuevo autor), y encontrando mucho o todo conforme e igual a lo que yo cuento, o poco desemejante, y mucho también nuevo o ignorado por mí antes, resolví enseguida hacer un extracto de esto para utilidad de mis lectores. Continúo el orden de materias del mismo modo, ni más ni menos, en que lo dispuse en mi historia. Y he aquí lo que encuentro digno de notar.

[320] § 1

Geografía.

El P. Caulin, siguiendo el parecer de los señores de la Regia Expedición de Límites, y en especial del señor Solano, como él dice,[2] pone el Orinoco a una latitud distinta de aquella en que me pareció a mí que había que trazarlo. Y en verdad, si el señor Solano (cosa para mí dudosa todavía) así lo siente, yo (tanta es la estima que le profeso) cedo de buena gana.

Pero este erudito señor estuvo largo tiempo en el Raudal de Atures, y poniéndola yo a 4 grados de latitud, como en mi prefacio expliqué, no en otro que en él pretendí apoyar mi aserto. Es cosa demasiado circunstanciada y minuciosa poner un lugar a 4 grados, 18' 22" de lat. norte. Y sin embargo así me fue escrito por persona honorable que vivía allí en el tiempo en que las observaciones fueron hechas.

De esta latitud, que yo, en el supuesto de que hubiera sido notada por el citado señor, creí ciertísima, deduje prudentemente las otras, y no me parecía que Cabruta, que, si se va derecho al mediodía, no parece demasiado lejana del paralelo en que está el

---

1 El autor de esta historia es un religioso observante, el cual estuvo algunos años en las misiones llamadas de Píritu y en las del Orinoco.

2 Lib. I, cap. X, p. 71 de la *Historia Corographica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía, Provincias de Cumaná, Guayana y vertientes del río Orinoco* [Madrid, 1779].

Raudal de Atures, debiera estar hasta dos grados distante, como habría de estar, suponiendo verdad lo que el P. Caulin asegura en su historia.

No debo callar tampoco las distintas y notables medidas en que él sitúa algunos lugares que se refieren a mis relatos orinoquenses. Sean verdaderas, sean dudosas y aun inciertas, debo contarlas aquí. El río Caura, según él,[1] [321] está a 7 grados y medio de latitud; y yo (aunque lo ponga distinto en mi mapa) no le contradiré demasiado, puesto que no vi el Caura sino de paso, y sin poner atención en su situación. De la situación de Cabruta no dice nada, pero el río Apure, que es paralelo a aquella población, es situado[2] a 7 grados y 30 min. del ecuador. El río Meta, o su desembocadura en el Orinoco,[3] que no me parece que se aleje tanto del mediodía, es situado a 6 grados y 20 min. de latitud; a 5° 35' el raudal de Atures,[4] y a 3 finalmente el río Atabapo.[5] Sólo estos lugares son señalados por el P. Caulin con los grados de latitud, quizá porque en otras partes del Orinoco no fueron hechas observaciones, quizá porque si alguno las hizo sin embargo, no las creyó aptas para ser presentadas en una historia sin nuevo examen.

Pero en la carta corográfica que él pone al fin de su historia, no hay ningún lugar interior que no parezca medido minuciosamente, y estaríamos por decir, paso a paso. Hay allí nuevos ríos, montes antes no sabidos, naciones descubiertas por primera vez, y hasta el disputado y famoso lago Parime. Están señalados los límites a que los españoles, estos años pasados, llevaron sus conquistas, las ciudades, las tierras, los burgos allí edificados, las nuevas vías, y muchas otras particularidades por las cuales puede verdaderamente decirse, que la provincia del Orinoco, de inculta que era antes, se ha convertido en civilizada en poquísimo tiempo.

Esta carta corográfica es un compuesto de dos unidas juntas, esto es, la que, sobre sus observaciones, desde la ciudad de Cumaná

---

1 Lib. I, cap. X, p. 66 de la *Historia*.

2 *Ibid.*, p. 69.

3 *Ibid.*, p. 70.

4 *Ibid.*, p. 71.

5 *Ibid.*, p. 76.

hasta el raudal de Atures trazó el P. [322] Caulin,[1] y la que, provisto de las últimas y mejores noticias, compuso el señor don Luis Survilla, segundo oficial de la Secretaría de Estado y del despacho universal de las Indias. Por la cual cosa, si atendemos a la autoridad de quien la hizo, podemos quedar muy satisfechos. Excepto que los mapas geográficos todos, y mucho más los de América, son como las cuentas, en las cuales, a despecho de diligencias cuidadosísimas, ocurren errores.

§ II

Hidrografía.

En esta parte yo habría deseado en la historia del P. Caulin mayor cuidado. Este dignísimo religioso, a quien conocí en el Orinoco, acompañó por algún tiempo a los señores de la Regia Expedición de Límites, y pudo mejor que muchos saber sus observaciones hidrográficas. Y sin embargo, salvo algunas cosas sobre las bocas del Orinoco, sobre las islas y su número, y los nombres que él diligentemente enumera, nada dice ni de la amplitud de este famoso río ni de la profundidad. Una y otra particularidad era digna de saberse por una persona que gozó de la confianza de aquellos eruditos señores.

Pero fuera de esta única distracción, debemos estar agradecidos al P. Caulin de la diligentísima descripción que nos da de varios ríos. No es mi plan traerlos aquí todos. Los de mi historia me parecen suficientes. Además de que, ¿o tomamos el nombre de río en el sentido en que se toma en América comunmente, o verdaderamente en aquel que se usa en nuestras comarcas? Si en el primero, es indudable que bajo nombre de ríos [323] en aquellos países no se citan sino los más copiosos y notables. Si queremos llamar también río a aquellas aguas que, si no en gran cantidad, corren al menos continuamente, yo sé que en las provincias de Tierra firme, y en especial en la del Orinoco, hay muchísimos.

---

1 *Ibid.*, Lib. I, cap. IX, p. 51.

Pero éstos, no ya porque son pequeños en sí, sino porque son inferiores a los otros, se llaman en aquellos lugares no ríos, sino regatos o riachuelos. Dejando, pues, los menores, considera entre los mayores el Conucunúma, y después el Padámo, que por dos grandes bocas entra en el Orinoco a la derecha, a unos 3 grados y medio de lat. boreal, y si nos atenemos al mapa que, como dije, está al fin de la obra, el Padámo es uno de los más notables ríos de aquellas comarcas.

Pero entre los ríos que acrecen las aguas de aquellos que después dan en el Orinoco, es notabilísimo el Paráva o Paragua, el cual, por larguísimo trayecto va de mediodía a tramontana hasta que por varios meandros desagua en el Caroní precisamente en aquel lugar donde ahora está fundada la nueva Barceloneta.

A este río se le da el nombre de Paráva (en caribe significa mar) por dos causas, esto es, su anchura, pues se dilata grandemente en los tiempos lluviosos, y por el esfuerzo con que hay que navegar por él, dados los remolinos y los raudales que dificultan la navegación. En el invierno orinoquense, como no se distingue el lecho por las nuevas abundantísimas aguas, parece un lago, y así es llamado no sólo por los de la provincia de Píritu, como dice el P. Caulin[1] sino también por muchos geógrafos, y especialmente por M. de l'Isle, el cual creyó que en este imaginario lago debía de tener sus orígenes el Caroní. Henos en claro sobre este punto geográfico, gracias a las luces que nos suministra el P. Caulin. En la descripción de los otros ríos estamos casi del todo de acuerdo.

[324]

§ III

Origen del Orinoco.

Pero no sé de qué manera me haya de poner de acuerdo sobre las fuentes del Orinoco. Puesto que ¿habla él de aquellas descubiertas en su tiempo y mío, o de otras de las que se ha sabido posteriormente? Pero en el primer descubrimiento, que por orden del señor Solano hizo, como yo dije, don Apolinar Díez, no se supo

1 Lib. I, cap. X, p. 61.

nunca que el Orinoco tuviera principio en un lago, que como él escribe[1] se llama en maipure *Cabíya*. Aun esta voz, que debería escribirse mejor *Caviá*, como los maipures pronuncian, no es nombre, como se dice, propio, sino apelativo, y como no significa otra cosa que lago, se adapta igualmente bien al Parime.

Si después, como yo decía en segundo lugar, se habla de descubrimientos posteriores al de Díez, es lástima que el P. Caulin no diga el año y el descubridor que halló felizmente el primer origen. El lago, y dónde desagua, nos es descrito minuciosamente, unos rasgos de pluma más, en que se nos dijese el autor y el tiempo de este nuevo descubrimiento, habrían apagado la sed de los literatos que en los puntos controvertidos prefieren ser plenamente instruídos sobre las más mínimas particularidades.

[325]

§ IV

Lago Parime.

Esta misma minuciosa exactitud habría echado de menos en los relatos hermosos que el P. Caulin pone bastante veces a pie de página. En el cuerpo de su historia muestra creer tan verdadero o tan falso el Parime como yo opiné en mis relatos. He aquí sus palabras:[2] « Sepamos ya lo que es el Parime. Es (nos dicen los indios con sus voces rurales) un río que tiene su origen en las faldas de la serranía que da las primeras aguas al río Esquivo por la vanda opuesta.

« Desde allí lleva la dirección al sudoeste hacia Rio-Negro, y creeré que en la medianía recibe a los ríos Sabáro y Camáni, que tienen sus cabeceras frente de los ríos Caura y Paragua, a las faldas de la Serranía de Mey; y como los más de estos ríos tienen distintos nombres en sus bocas de los que les dan las naciones que viven en su origen, cotejando esta noticia con la que ya dixe, que el Parime (a quien suponían laguna) daba un brazo llamado

1 *Ibid.*, p. 81.

2 Lib. I, cap. XI, p. 86.

Aguas-blancas, o Aguapíri, me persuade a creer que dicho Río Aguasblancas, o Aguapíri que desagua en Rio-Negro, sea el que en sus cabeceras y cuerpo llaman los carives el río Parime, que lleva la dirección al sudoeste, y así lo delineo en el plano, dexando la certidumbre a las esperiencias del tiempo. De la misma relación consta que los ríos Saráca y Trumbétas, que caen al Marañón, junto a su estrecho, vienen del referido Parime, y es creíble, respecto de la planicie de aquel terreno y dirección de este río, que puede despedir aquellos brazos por algunas inundaciones que dilatadas por los bajos [326] de aquellos países dieron fundamento para que le llamasen lago, siendo verdaderamente río formado de las muchas aguas que le da la serranía inmediata habitada de las naciones de indios infieles Payánas, Macúsis, Arinagótos, Tarúmas, Parabénas, Cariguánas y otras no conocidas, que median entre este y el rio de Amazonas ».

De testimonio tan claro, que yo no he querido en modo alguno alterar con traducirlo al italiano, consta abiertísimamente que el P. Caulin, apoyado en lo que entendió de los indios, no creyó que el Parime fuera un lago, sino un río semejante a lago, tanto por el lugar llano en que está, como por los incrementos invernales, notabilísimos allí, como en el Orinoco; y según él, un lago distinto de este río ya dicho no parece menos ideal y fantástico, que el que fue antes según el relato de los viajeros el Paráva, antes citado. He aquí las noticias que sobre el Parime nos da el P. Caulin en el lugar por mí citado.

Mas las que a pie de página había escrito más arriba[1] son muy diversas. Repito sus palabras: « Para facilitar la población y reducción de los indios de la Parába y sus vertientes, y poder penetrar hasta el Parime, frontera de los portugueses, fundó el gobernador don Manuel Centurión la villa de Barceloneta a la margen occidental del dicho Río Parába, cerca de la isla de Ipoqui. Y sucesivamente logró la reducción de los arignagótos, de Cantabári, con que fundó frente de su boca el pueblo de San Joseph, el cual le sirvió luego de escala para fundar la ciudad de Guirior en las cabeceras de la Paraba y boca de Parabamuxi, desde donde abanzó sus descubrimientos y reducciones hasta el Dorado, laguna de Parime y río de este nombre ».

---

1 Lib. I, cap. X, p. 60.

[327] De estas últimas palabras se nos manifiestan abiertamente tres cosas: el Dorado, el lago Parime y un río también, que lleva el mismo nombre. Y dejando estar por ahora el Dorado, es cierto de este relato que los españoles han extendido sus conquistas hasta el lago Parime. Por consiguiente el lago Parime no es ya dudoso, sino cierto. En efecto, en el mapa de Surville, que nosotros, si a Dios place, pondremos al frente del segundo tomo de nuestra historia, se dibuja minuciosamente con esta inscripción: « Laguna Parime o mar Dorado, otros llaman mar Blanco ».

Pero además del pago Parime, hay igualmente un río del mismo nombre, el cual nace en los montes que se llaman también Parime, a unos 4 gr. de lat. bor., y recibe más allá del ecuador el río Mao.[1] El Mao, si nos atenemos al mapa de Surville, es el único río que sale del lago citado. De donde se desvanecen en humo los orígenes de varios ilustres ríos que pusieron en aquel famoso lago los geógrafos. Vuelvo a mis dulces quejas. ¿Por qué el P. Caulin, de cosas tan raras, tan maravillosas e ilustres, de cosas tan gloriosas para la nación española nos da narración tan escasa? El lago Parime, que lo tuvo a él en dudas, tuvo también a otros literatos, y me tuvo por largo tiempo a mí también. merecía ciertamente más, y una relación cuidadosa del viaje que hicieron allí los españoles, explicando tiempo y personas, y toda circunstancia pormenorizada habría sido aplaudida por todos.

[328]

§ V

Del Río-Blanco.

El Río Blanco, del cual hablé extensamente en mi historia, si nos atenemos al parecer del P. Caulin,[2] parece el mismo que algunos llaman Aguas-blancas, algunos Aguapíri, y otros también Parime. Siguiendo nosotros la opinión común del Orinoco, y de otros escritores, lo llamamos Río Blanco. Sea como sea, si este río viene del monte Parime, y no más bien del Orinoco, como a mí antes me parecía, han terminado las disputas sobre este punto.

---

1 Se llama también Tacoca o Tacucu.

2 Lib. I, cap. XI, p. 86.

§ VI

Del Dorado.

El Dorado, creído no sólo por el P. Caulin, que lo impugna extensamente,[1] sino por mí y por otros una fábula inventada para diversión de los desocupados, se ha descubierto finalmente. Pero ¡qué diverso de lo que muchos imaginaron! He aquí el acostumbrado relato que nuestro autor hace expeditamente al pie de página:[2] « Hay efectivamente cerca de la laguna Parime un cerro muy guardado de los indios Macúsis, Arecúnas y otros que habitan en sus faldas, y llaman los carives *Acuquámo*, y los españoles y portugueses el Dorado, porque se halla por muchas partes cubierto de unas arenas y piedras que relumbran como el oro e indican ricos minerales de este metal en las entrañas de aquel cerro ». De las cuales palabras se deducen tres cosas con la ayuda del mapa de Surville: 1° El Dorado (yo diría el [329] lugar del oro, prescindiendo de si es verdadero o falso) está entre oriente y tramontana del lago Parime. 2° Está en un monte llamado por los caribes Acuquamo, y en sus faldas habitan los macusis, los arecunas y otros indios, que lo custodian de los invasores. 3° El dicho monte está en muchas partes cubierto de arena y de peñas que brillan como el oro. He aquí el nuevo Dorado. He aquí reducido a la nada el antiguo; terminados los omaguas, terminados los descendientes de los Incas, terminado todo, al menos para mí.

Pero tan ayuno relato no echa plenamente por tierra toda cavilación. ¿Quién habita en la cima y a la espalda del monte? ¿Son acaso los omaguas? Allí por ventura, o al menos en los montes circunvecinos y en sus valles, que anota en sus mapa Surville, vive el rey de los doradenses, habitan los principales señores y los restauradores del reino de los peruanos. Ya estas para mí no son mentiras. Pero ¿quién quita que sean creídas como verdad por aquellos que reflexionan poco, y mucho más cuando se dice que los macusis y otros indios guardan las faldas del monte en que se supone que hay oro? Un relato claro quitaría por cierto todo error.

---

1 Lib. I, cap. XI, p. 83 s.

2 Lib. II, cap. XI, p. 176.

§ VII

Lagos y montes.

En el mapa de Surville hay algún pequeño lago nuevo para mí. Pero si quitamos el Parime y el lago del que dicen que mana el Orinoco, no hay aguas estancadas que sean considerables en parte alguna. Tampoco se ven allí grandes montes, sino aquellos del Dorado y de las fuentes del Orinoco. Tampoco es pequeño por lo demás el Yavi, el Chamacu y otros de los que hago mención en mi historia. Pero acaso no han llegado allí los exploradores, estando aquellos lejos de los ríos por los que parece que han navegado.

[330]

§ VIII

Población.

El felicísimo gobierno del señor don Manuel Centurión, segundo gobernador del Orinoco, es merecedor de alabanza inmortal. Nosotros, que tenemos la suerte de conocer y de tratar a este amabilísimo señor, el cual, a Italia, de donde procede, y a España, donde nació, da tanto honor, nos congratulamos sin fin con él, de los nuevos países descubiertos, de la población acrecida, del Orinoco sometido. El recibió aquella provincia no sólo niña, como la he descrito, sino salvaje, refractaria y apenas capaz de civilizarse. Y sin embargo él ha superado las esperanzas de todos, no ya los esfuerzos.

Ya hacía muchos años desde que los gobernadores de Cumaná, a los que era encomendado el Orinoco, se afanaban por dilatar allí la religión cristiana y el dominio temporal de los Reyes Católicos. Pero todo en vano, o con poco fruto ciertamente. La lejanía de los gobernadores, las maneras suaves de los misioneros, los pocos soldados y españoles que había antes allá, eran medios no sólo lentos, simo débiles para obtener el fin deseado.

Su Majestad Católica, que los conoce plenamente todos y sabia y felizmente rige sus vastos dominios de América, erigió en pro-

vincia al remoto Orinoco. Y helo amansado por medio de tan prudente determinación, de manera que en poco más de diez años[1] en los que el señor Centurión estuvo allá, puede decirse ha llegado a lo más alto. Nosotros, al dar los presentes informes, seguiremos las huellas del P. Caulin, [331] a quien estamos infinitamente obligados por habérnoslos comunicado.

Quizá se acuerdan mis lectores de lo que dije de Angostura, llamada de otro modo la nueva Guayana. Esta ciudad, que yo dejé informe y oscura, gracias al industrioso celo por el regio y divino servicio de que noblemente está adornado el señor Centurión, se ha convertido en muy cuidada. Hay edificios al uso nuestro, calles empedradas, un hermoso puerto y muchos otros embellecimientos.[2] Antes estaba regida en lo espiritual por religiosos capuchinos. Hoy han entrado también los sacerdotes, y además de un sacristán que llaman mayor, hay un cura igualmente sacerdote, y vicario general de toda la nueva provincia. Hay un buen templo, un hospital, escuelas para aprender a leer y escribir y los rudimentos de la lengua latina. Hay los acostumbrados magistrados españoles, alcalde, regidor, etc.[3] A instancia del nuevo incomparable gobernador van directamente allí de España naves mercantes, y el comercio, antes impedido o estorbado por los holandeses, florece maravillosamente, y está cerrado a los comerciantes extranjeros todo paso. En suma, la ciudad de Guayana no es aquella que fue antaño.

Estaba ya adornado con ilustres coronas el señor Centurión con obra tan insigne. Pero el cargo de comandante general de nuevas poblaciones, desempeñado algunos años por el señor Iturriaga, y después traspasado a él por Su Majestad Católica, requería más. Y en efecto, también en esto el señor Centurión se ha portado como caballero honrado y valeroso. En poco tiempo (lo que antes de él no consiguió hacer ninguno, ni gobernador ni misionero) ha llevado sus gloriosas conquistas hasta el ecuador, donde ha fundado la nueva ciudad de San Juan Bautista, llamada de Cadacáda. Ha penetrado por todos los ríos, ha visitado todas

---

1 El señor Centurión pasó al gobierno del Orinoco en 1766, y volvió a España en 1777. P. Caulin, en el prólogo a su *Historia*.

2 Lib. I, cap. X, p. 81.

3 P. Caulin en el prólogo citado.

las selvas [332] y por todas partes ha dejado grandes señales de un valor increíble.

Véase el nuevo mapa. En el Paráva, de que hemos hablado, fuera de Barceloneta, está en sus más remotas fuentes la ciudad de Guirior; en el Orinoco, y cerca del río Arúi, la de Borbón; en el Caura, además del fuerte edificado para refrenar a los caribes, la ciudad de San Carlos; en el alto y casi extremo Orinoco, la Esmeralda, comenzada por los señores de la Real Expedición de Límites y aumentada en estos últimos años. Son también célebres en el río Parime las tierras de Santa Rosa y de Santa Bárbara; célebres también algunas recientes fundaciones españolas.

Yo sé bien, y se ve en la historia del P. Caulin en muchos pasajes, que estas ciudades son aún pequeñas.[1] Pero si les entra igual prisa a la del señor Centurión a los futuros gobernadores del Orinoco, serán grandes y bellas con el tiempo. Así también comenzaron tantas otras que hoy son muy florecientes.

No ha sido menor el cuidado de conservar y acrecer las poblaciones de los indios, ya por sí mismo, ya por medio de otros señores españoles. Recorrida por todas partes con pie triunfal la tierra, era necesario encontrar allí indios, acariciarlos con regalos, y tenerles frenados con actitud militar. No nos dice nuestro autor si con el primero o con el segundo medio, o bien con ambos, se ha acrecentado la población. Pero es tal que llega a nueve mil indios reducidos,[2] número, si bien se mira, considerabilísimo para el Orinoco, donde, como dije, las naciones indias, perseguidas por los caribes y por otros, son unas pocas familias dispersas.

[333] Para recogerlas en población, se comienza a menudo por algunos centenares de salvajes, y aun por menos. Yo, cuando dí principio a la reducción que en el mapa del señor Surville se llama Encaramada, no tuve sino ciento veinticinco tamanacos para poblarla. Añadidos después a ella con iguales esfuerzos algunos avanes y maipures, cuando pasó por allí el P. Caulin, había llegado, como él dice,[3] al número de 210 almas, el cual número después

---

1 La tierra llamada de Borbón tiene poco más de 30 familias. La tierra Carolina, 20 personas. La ciudad de San Carlos en el Caura, algunas familias. Ciudad Real tuvo 60 de éstas. La nueva Guayana, o sea Angostura, tiene de 400 a 500, etc.

2 Lib. III, cap. XXXI, p. 375.

3 Lib. I, cap. X, p. 70.

fue doblado con los parecas, y con otros, a pesar de las varias epidemias y de la natural inconstancia de los indios.[1] Esta comparación, que yo no hago por vanidad ninguna, valga sólo para explicar el mérito del señor Centurión en la rápida reducción de tantos pueblos. Vemos en el mapa de Surville una cadena de poblaciones indias de la Esmeralda hasta el Parava. Otras nuevas hay sobre el Orinoco, otras en los distritos de los capuchinos y de los observantes, otras en el río Venituari, que tanto alabé yo. Del Cuchivero, río sin embargo muy fecundo en indios, no sabemos nada.

§ IX

Naciones nuevas.

Pero díganse ya las nuevas naciones descubiertas. Haré un catálogo al modo de aquel que precede a mis relatos orinoquenses. Pero mientras aquel fue dividido en tres lenguas, éste irá en dos solas, esto es, española e italiana.[2]

[334]

Acarianas
Achirigotos
Abacarvas
Arecunas
Arinagotos
Arnacofos
Caribes mansos
Caribes huraños
Cacaguayes
Caranacos
Cuyabas
Guahívas blancos[3]
Guayuncomos
Macomas
Macusis
Macurotos
Maranónis
Majanaos
Mejepures

1 Por algún tiempo, entre indios y españoles llegó a unas 600 personas.

2 [Suprimimos aquí, como hicimos antes, la forma italiana, que es la misma española sin otra diferencia que la terminación].

3 En la *Historia* del P. Caulin, Lib. I, cap. X, p. 81, son llamados guaribas y se dice que son blancos como los españoles. Curioso punto de historia natural. En la isla que hace el Padamo está la nación de los atures, antes no conocida. En el Raudal dicho de los Atures esta nación estaba reducida a 20 almas, y se creía que no había ya más en las selvas. He aquí que se han descubierto en el Padamo, en cuyas vecindades hay también nuevos mejepures.

Naturayos
Ocomesianas
Paraguanas
Paravenes
Paudacotos
Puipuitenes
Purugotos
Tarumas
Uarinagotos
Yajúres
Yures.

[335]

§ X

Aire.

Qué gusto el P. Caulin habría dado a Italia si nos hubiese dicho alguna cosa acerca del clima, las estaciones y otras cualidades físicas de los nuevos países descubiertos. Por largo tiempo se ha disputado si son sanos o si insalubres, como los del Orinoco, los lugares del interior. He aquí llegado el tiempo en que pueda saberse claramente. Todo país tiene vegetales, animales, metales y rarezas que no se encuentran ordinariamente en los otros. Yo en el Orinoco observé con estupor muchas veces esta notabilísima variedad. Otras plantas, por ejemplo, las encontrareis en las orillas, otras tierra adentro; otras en los montes, otras en las llanuras, otras cerca, otras lejos; de tal manera que puede decirse ayuno sobre el estado natural del Orinoco al que, aunque haya estado allí muchos años, no vio nunca los países interiores.

Dejemos ahora estar a los indios nuevamente descubiertos, cuyo genio, cuyas fisonomías, cuyas maneras serán singularísimas. En distancia tan larga como hay del ecuador hasta las orillas del bajo Orinoco, yo lo considero todo grande, todo digno de saberse. Deseamos vida larga y salud al dignísimo P. Caulin para apagar nuestra curiosidad. Brevemente al pie de página dice[1] que las hórridas tempestades de truenos y de rayos en gran parte han menguado después de talar las varias selvas, después del cultivo de los campos, después de haber aumentado la población. Esta noticia trae consigo muchas otras, que esperamos ávidamente.

---

1 Lib. I, cap. II, p. 13.

[336]

§ XI

Historia natural.

En seis largos capítulos[1] en los que el P. Caulin, partiendo de observaciones suyas y ajenas nos informa de los animales y de los vegetales del Orinoco, yo nada encuentro que no sea conformísimo, ni más ni menos, con lo que he narrado en mi historia, en especial sobre las bananas y los ananás, dos plantas muy notables de aquellas comarcas.

« A tres leguas, dice,[2] del Pao está la boca del Río Guaicupa, llamado también Río de Piñas, por las muchas que producen silvestres sus orillas ». He aquí otro testimonio con que probar que los ananás, que se producen también sin ningún cultivo en América, no fueron llevados de Asia.

Tampoco de Asia ni de Africa, sino acaso el guineo, fueron llevadas a América, como ya dije, las bananas que allá se encuentran. El P. Caulin no entra en esta disputa, sino que enumerando las varias especies, dice que hay hasta cuatro: « los mayores, dice él, son como los pepinos medianos de la Europa ». Yo diría que como los grandes de Roma, y para no errar, del peso como de una libra. Siguiendo el habla común del Nuevo Reino los llamé hartones, y sin duda, como dice el P. Caulin que sirven de pan, sin duda, digo, son estos mismos.

La segunda especie, que él dice menor que la primera, más suave y más sabrosa, son los dominicos. Pero el P. Caulin habla sólo de los comunes. Quizá no tuvo ocasión de ver aquellos de tronco con manchas negras que yo llamé *uachai kine itepi*.

[337] Pero viniendo a las dos clases de guineos, no se diferencia ni mucho ni poco en el relato que hace. Transcribo sus palabras: « Las otras dos especies se diferencian mucho en la magnitud, por ser estos mucho menores, unos se llaman bananas y otros cambures » (en el Nuevo Reino, y en todo el Orinoco, los dos se llaman guineos, en la provincia de Caracas guineos o cambures). « Estos más pequeños que aquellos, pero en el gusto, sua-

1 Lib. I, cap. III a VIII.

2 Lib. I, cap. X, p. 65.

vidad y dulzura son una misma cosa, y en esto se aventajan a las dos primeras especies », hartones y dominicos; « son muy delicados y no se conservan pasados como aquellos, porque en llegando a su sazonada madurez tiran a corromperse y se avinagran de suerte que abstrahido su jugo se hace un vinagre como el de guarapo de caña bien curtido »; de esta especie de vinagre hablamos en otra parte de nuestra historia. « En las islas de Canaria » (nótese bien este punto) « se dan estas dos especies y son, según experimenté, más gruesos que los de estos países » (esto es, de Cumaná y del Orinoco, donde el P. Caulin compuso su historia) « por la ventaja de su terreno menos húmedo y más bien cultivado ». He aquí una nueva confirmación de lo que aseveré en mi historia.

INDICE DE LAS COSAS NOTABLES

INDICE DE LAS COSAS NOTABLES

Explicación de las abreviaturas: N.O., nación orinoquense, A, árbol; R, río, red., reducción; P, población; L, lego; M, monte.

[*Los números se refieren a las páginas de la presente edición. En el texto se han incluído los números de las páginas de la edición original*].

A

Abejas del Orinoco y su variedad, 247 ss. su cera, 247.

Aceite de tortuga, 110, modo de hacerlo, 111 ss., *id.* de conservarlo, 112, bueno para lámparas, *ibid.*, sano para condimentar, 113.

Achiote, v. Anoto.

Algodón, 198.

Amazonas orinoquenses, 131.

Amazonas del Marañón, 144. Su descubrimiento, *ibid.* M. la Condamine apoya su existencia, 145 ss. Su paso hacia el septentrión por el Río Negro, 146. Existen ahora en el río Cuchivero, 148. Son belicosas, *ibid.* Trabajan arneses de guerra, *ibid.* Tienen trato con los aoqueares una vez al año, *ibid.* Les dan en premio cerbatanas. Razones que apoyan este relato, 148 s. No son ricas ni hay entre ellas civilización, 150. Son salvajes como las otras naciones orinoquenses, *ibid.* Reflexión sobre el relato de M. la Condamine acerca de las amazonas, 151.

Ananás, fruto cultivado, 193; son de diversas especies, *ibid.* No fué traído a América de las Indias orientales, 194. Ananás silvestres, *ibid.*

Anades, 116.

Animales anfibios del Orinoco y su variedad, 95 ss.

Animales terrestres del Orinoco, 222 ss. Son de buen sabor, 224, y de varias especies, *ibid.* ss. Animales pequeños y tortugas terrestres, 228. Animales domésticos y domestivados, 250 ss. Destreza de los indios en domesticarlos, 252.
Anoto, arbusto cultivado, 199; sus especies, *ibid.*; colores que de él se sacan, 200.
Apamata, brazo seco del R. Apure, 67.
Apure (R), 66. Sus bocas en el Orinoco, *ibid.* Por él se va a Barinas, 67.
Aquire, pequeño río, 62.
Aquerecotos (N.O.), 131, su número, 133.
Arachuna, boca del R. Apure, 66.
Arañas, y sus especies, 236 ss.
Arauca, boca del R. Apure, 66.
Arboles y su variedad, 157.
Arboles de las orillas del Orinoco, 118. Distintos de las nuestros, *ibid.* No muy estimables, *ibid.*
Arboles buenos para hacer casas, 159. Dureza de los árboles del Orinoco, 266.
Arboles frutales, 159.
Areverianos (N.O.), 132.
Atabapo (R), 63.
Atavaye (raudal), 40. Reducción de Yaruros fundada en su vecindad, 58.
Auyamas, v. Calabaza.
Avanes (N.O.), 132. Su número, 133.
Avicú (A), 133.

B

Banana, 196. Sus varias especies, *ibid* y ss. El guineo se encuentra en las Canarias, 196. Los hartones y los dominicos se encuentran sólo en la zona tórrida. *ibid.* Nueva especie de dominicos, 197. Hermosura de un campo plantado de bananas, *ibid.* Utilidad de ellas, 198. Pruébase que las bananas, excepto acaso el guineo, son de origen americano, 271 ss. Se confirma con otras noticias esta verdad, 297.
Barca grande, pasada por el Raudal de Atures por los señores de la Real Expedición de Límites, 41.
Berrío, Antonio, entra en el Orinoco, 38.

C

Cabeza de negro (A), 158.
Cabruta (P), 71. Su fundación y sus primeros habitantes, *ibid.* Viene a habitar allí doña María Luisa Bargas Machuca, 71. Su elogio, *ibid.*
Cacao (A), en el Orinoco lo hay silvestre, 168. Su descubridor, *ibid.* Su sabor es poco agradable, 169.
Café de Guayana, 170.
Calabazas del Orinoco y sus variedades, 185. No mueren en los calores del verano, 186. Siguen dando fruto en las estaciones siguientes, *ibid.* Taparos, calabazas grandes para guardar en ellas el agua, *ibid.*
Camiseta (raudal), 39.
Canales o riachuelos del Orinoco en el interior, 153. Tienen poca agua en verano, *ibid.*
Canela orinoquense, 168. Su descubridor, *ibid.* Su fruto, semejante a las nueces moscadas, *ibid.* Sus hojas olorosas, *ibid.*
Caña de azúcar, 35; fué traída a América de las Canarias, 269. No es nativa de América, *ibid.*
Cañas, y su variedad, 169 ss.
Canoas orinoquenses, 77. Su variedad, 78. Sus nombres, 79. Modos de remar, 80. Forma de los remos, *ibid.*
Caquetá (R), no entra en el Orinoco, 63.
Caraguata, 198. Es planta cultivada buena para hacer cuerdas, *ibid.* Su fruto, 198.
Caribes y su viaje hacia la Encaramada, 127. Su número, 132.
Caribana, región de los caribes, 260.
Carichana (red.), 74. Su fundación y habitantes, *ibid.*
Caroní (R), 62.
Carpintero (A), 158.
Cartán (A), 158.
Casanare (R), y sus poblaciones, 66 ss.
Cascadas del Orinoco, v. Orinoco.
Casia de río, 118 ss. Casia terrestre y su bondad, 170.
Casiquiare, brazo por el que el Orinoco comunica con el Marañón, 78.
Cateniapu, río pequeño, 58.
Cáveres (N.O.), 133, su número, *ibid.*
Caulin, P., escribe una nueva historia del Orinoco en español, 283.

Caura (R), 62. En el desagua el Iniquiare, *ibid.*
Cedro (A), 118, véase la n. X, 263.
Centurión, don Manuel, segundo gobernador del Orinoco, 49. Aumenta maravillosamente su población, 292. Se hace el catálogo de las nuevas naciones por él descubiertas, 56 ss.
Cera vegetal del Orinoco, 248. Variedades de esta en otras partes de América, 277 s.
Ciudad Real y sus habitantes, 73.
Condamine, su error acerca del lugar donde nace el Orinoco, 44.
Copaiba, v. Marana.
Corvina, v. Curbinata.
Cuchivero (R), donde habitan muchos indios, 60. Desemboca en él el Guanaima, 61.
Cumaca (A), 159. Su seda o algodón, *ibid.*
Curbinata, pez del Orinoco y de otras partes de América, 260.
Cucuísa (áloe vulgar), y sus virtudes, 175. Su fruto, *ibid.* Sus flores escabechadas son buenas para comer, 267. Del jugo se hace en México la bebida llamada pulque, *ibid.*
Cunucunúma (R), 286.
Curuba, v. Tabaco.
Cusero, v. San Fernando.

CH

Chamacu (M), 135, allí hace frío, *ibid.*
Chica, planta cultivada, 200. Su agradable olor, *ibid.* Panecillos de chica, buenos para la jaqueca, *ibid.* y s. Chica silvestre, 201.
Chiricoyes (nación india), su número, 133.

D

Descubrimientos al sur del Orinoco, 125 ss.
Díez, don Apolinar, descubre las fuentes del Orinoco, 46.
Dorado, 137. Su imaginaria riqueza, *ibid.* Viajes hechos para descubrirlo, 137 ss. El P. Gumilla sostiene su existencia, 140. Razones en su favor, *ibid.* No bien fundadas, *ibid* y s. Se pretende en el Orinoco que todavía existe el Dorado, 141. A ello se opone M. la Condamine, 142. Los indios no saben nada de él, 143. No hay fundamento para creer en él, *ibid.* De donde procede el error sobre el Dorado, *ibid.* Nuevas noticias, 290.

E

Encaramada (red.), 74. Su fundación y sus habitantes, *ibid.*
Escobilla, planta semejante al te, y su uso, 170.
Eugenio (mulato), pone en fuga a los caribes con sabia estratagema, 61.

F

Flores y su variedad, 173 ss.
Fosforescencias de los vegetales, 177. *Idem* vivientes, *ibid.*
Fruta de sabor de almendra, 120.
Fruta de varios árboles silvestres, 160 ss.

G

Gacetillero americano. Sus errores sobre la fuente del Orinoco, 44.
Gengibre del Orinoco, 191.
Gomas y su variedad, 171 ss.
Granadilla, 119. Varias especies de granadilla, 264. Sabor de su fruto, *ibid.* Su tamaño y olor, *ibid.* y s.
Guahívos (nación india), su fiereza contra los viajeros, 64. Burlan los disparos de fusil, *ibid.* Puestos en fuga por los remeros indios, 65. Se reducen difícilmente a la fe, 66. Elogio de los guahívos luisianos. Número de los guahívos, 133.
Guaipunaves. Su venida a Uruana, 57. Su número, 133.
Guanavanares (pájaro), su vivacidad y belleza, 116. Su sabor, 117.
Guárico (R), 67. Su curso, 68. El Apure envía hacia él un brazo, *ibid.*
Guaviare (R). Su curso y sus nombres, 45.
Guaya, pequeño río, y sus varios nombres, 60.
Guayana, 73. Llámase impropiamente Guyana, *ibid.* Sus fortalezas, *ibid.*
Gumilla. Sus errores acerca de las fuentes del Orinoco, 44. Longitud que le da, 46. Sus errores sobre la comunicación del Orinoco con el Marañón, 51 s. Elogio del P. Gumilla, 52.

H

Hermanas del Oso (N.O.), 132. Su número, 133.
Herrera entra en el Orinoco, 38.
Hierbas fluviales, 120 ss.

Hierbas silvestres orinoquenses, 177 s. Hierba verdolaga orinoquesa, v. Piel de serpiente. Verdolaga cultivada, 180. Bledo americano, *ibid.* Hierba semejante a cereales, 180. Indigo, *ibid.* Escorzonera, *ibid.* Guapo, 181. Cumapana, *ibid.*
Hijos de la palmera muriche (N.O.), 132. Su número, 133.
Hizote, dicho impropiamente yuca mejicana, 193 s.
Hormigas y su variedad, 231 ss. Singularidad de la hormiga comején, 235.
Huevos de iguana, 100. De caimán, 102. De bavilla, 103. De terecaya, 104. De tortuga, 108. Su número, *ibid.* Su sabor, *ibid.* Su forma, 111. Secos al sol son sabrosos, 114. Huevos de guanavanares, 117. Su sabor, *ibid.*

I

Iniridá (R), 64.
Insectos interiores y sus variedades, 238 ss.
Islas del Orinoco y su fertilidad, 43.

L

Lagos del Orinoco, son de tamaño mediano, excepto el Parime en el interior, 153.
Laurel del Orinoco, 118.
Lechero, árbol, 118.

M

Magdalena, río del Nuevo Reino. Irregularidad de sus crecidas, 35.
Maipures (N.O.), 132, su número, 133.
Maíz, 183. No lo había en Europa antes del descubrimiento de América, *ibid.* En el Orinoco lo hay de muchas especies, *ibid* y s. Da un fruto considerable, 185. Maíz llamado millo, es de dos especies, 268. Semejante al descrito por Plinio, *ibid.*
Manapire (R), 68.
Manatí, gran pez del Orinoco, 96 s. Si lo hay en otras partes, 261.
Mapara, v. Raudal de Atures.
Mapoyes (N.O.), su número, 133.
Mapurito, hierba hedionda, 276. Mapurito, animal raro, y sus propiedades, *ibid.*
Maquiritares (N.O.), 132.
María, fruto semejante a las berenjenas, 187.

Masarinaves (N.O.), 132.
Marana (A), 157 s. Produce un aceite precioso, 157. Se ha vuelto raro en el Orinoco, *ibid.* Su valor, *ibid.*
Mepe (A), 119.
Merecure (A), 119.
Merey (A), 196, produce un fruto semejante a las manzanas, *ibid.*
Meta, río célebre, 64. Poblaciones indias del Meta, *ibid.* Viaje del autor por el Meta, *ibid.*
Monos varios del Orinoco, y sabor de sus carnes, 216 ss.
Montes del Orinoco. Yavi (M), 132. Yuyamari (M), *ibid.*
Montes del Orinoco de altura mediana, excepto algunos, 153. Los hay de roca viva, *ibid.* Singularidad del monte Carivirri, *ibid* y s.
Mora, hierba, 201.
Moreno, primer gobernador del Orinoco, 49.
Mosquitos de varias especies, 240 ss.
Musa, v. Banana.

N

Niguas, v. Insectos.

O

Ocas reales, 115.
Orellana descubre las bocas del Orinoco, 38.
Orinoco, río, su anchura, 33. Igualdad de su curso, *ibid.* Señales de sus inundaciones, 34. Su profundidad, 35. Su modo de crecer y de bajar, *ibid.* Causas de su bajar y crecer periódico, 35. Tiempo que el Orinoco necesita para crecer y bajar, 36. Muévese lentamente, 37. Número de sus bocas, 38. Lo descubrió el primero Colón, *ibid.* Raudales del Orinoco y su número, 39. Pasos peligrosos, 40. Fuentes del Orinoco, v. Díez. Longitud del Orinoco, 46 y s. Nombres varios del Orinoco, 48. Convertido en Provincia, 49. Nuevas noticias sobre el origen del Orinoco, 287. Estado del Orinoco hasta 1767, 125 s.
Otomacos (N.O.) y su número, 133.
Oyes (nación india) y sus alabanzas, 61. Su número, 131.

P

Padamo (R), 286.
Pájaros de buen canto, 59.
Pájaros del Orinoco, 114 ss.

Pájaros buenos de comer y sus variedades, 207.
Pájaros raros, 209.
Pájaros nocturnos, 211. Algunos son carnívoros, 213. Unos de verano, otros de invierno, 215. Su paso a otras regiones de América, 216 s. Véase la nota IV, 259. Singularidad, belleza y gracia en el canto del pájaro zenzontli, 274 s.
Palmeras y su variedad, 162 s. Su fruta, *ibid.*
Papaya (A), 194. Su fruto semejante al melón, *ibid.* Tamaño de sus frutos, 195. El papayo es de dos clases, *ibid.* La hembra da fruto sin el macho, *ibid.* Razón probable por la que el papayo llamado hembra no tiene necesidad del concurso del macho, 269. En Orinoco no hay papayas silvestres, 270.
Pararuma, sitio antiguo de los sálivas, y pequeño río, 59.
Paravatani (A), 158.
Parava (R), 286. Se corrige un error de los geógrafos acerca del Parava, *ibid.*
Pardillo (A), 158.
Parecas (N.O.), 132.
Parenes (N.O.), su número, 133.
Parime (L), 135. Sueños de los viajeros sobre este lago, *ibid.* Nuevas noticias, 288.
Patura, reducción de Piaroas, 58.
Paujíes y sus variedades, 115.
Pau, pequeño río, 68.
Payuros (N.O.), 131, su número, 133.
Peces del Orinoco, 89. Su abundancia, *ibid.* Su sabor, 89. Su variedad, *ibid.*
Pereza, animal del Orinoco, y su singularidad, 275 s.
Piaroas (N.O.), 132.
Pichones del Orinoco, v. Guanavanares.
Piel de serpiente, verdolaga del Orinoco, semejante al euforbio, 180.
Pimientos orinoquenses, 186. Crecen a modo de arbusto, *ibid.* Ají del pajarito, *ibid.* Ají del diablo, 187.
Poblaciones del Orinoco, 69. Poblaciones antiguas y deshechas, 69 s.
Popayán, su distancia de San Juan de los Llanos, 257.
Potuaras (N.O.), 132.
Prados, 152, su grandeza, *ibid.*
Puinaves (N.O.), 132.
Puruma, arbusto, 201. El color que de él se saca es amarillo, *ibid.*

Q

Quaquas (N.O.), 131. Su número, 133.
Quina, encuéntrase en el Orinoco, 170.
Quirrupas (N.O.), 132. Su número, 133.

R

Raíces cultivadas del Orinoco, 212. Batata, raíz, *ibid.* Ocumo, *ibid.* Ñame y sus variedades, *ibid.* Modo de plantar estas raíces, 191.
Raleigh, caballero inglés, y su viaje a Guayana, 39.
Ranchería, lugar para reposar en los viajes, 84.
Raras, y su variedad, 114 s.
Raudal de Atures (Red.), 74. Su fundación y habitantes, *ibid.*
Raudal de Maipures (P), 71. Fundación allí hecha por los señores de la Real Expedición, *ibid.* Su habitantes, 72.
Real Corona, 73. Su fundación, sus habitantes, *ibid.*
Reducciones, v. Poblaciones.
Río-Blanco, sale verosímilmente del Orinoco, 49. Viaje hecho a lo largo de él por Nicolás Hortsman, *ibid.*
Román, P. Manuel, descubre el primero la comunicación del Orinoco con el Marañón, 53 s. Su encuentro con los portugueses del Río-Negro, 55. Su excursión al Río-Negro y sus ocupaciones en aquel río, 55 s.

S

Sabana o Pampa, v. Prado.
Salsafrás (A), 118.
Salvaje, 222, es semejante al hombre, *ibid.* Rapta a las mujeres, *ibid.* Otras noticias sobre el salvaje, 277.
San Fernando, ciudad, 72. Su fundación, *ibid.* Sus habitantes, *ibid.* Elogio del cacique Cusero, *ibid.*
Sapos, 250. Su abundancia y variedad, *ibid.*
Selvas del Orinoco apretadas, espinosas y difíciles, 152. Modo de viajar por ellas, *ibid.* Son frescas, 153. Oscuras por la altura de los árboles, *ibid.*
Semillas orinoquenses, cultivadas, 181. Fréjoles, 182. Sus variedades, 183. Fréjoles de palo, *ibid.* Maní, como avellanas subterráneas de una hierba, *ibid.* Es planta originaria de América, *ibid.*

Sensitiva, planta, 174, se encoge tocada por la mano, etc., *ibid.*
Serpientes, 248. Serpiente de cascabel, 249. Serpiente llamada de dos cabezas, 250. Es útil para las hernias, *ibid.*
Sinaruco (R), recorrido por el P. Olmo, 66. Habitado por los yaruros y los chiricoas, *ibid.*
Sipapu (R) y otros ríos que en él desembocan, 58 s.
Soldado (pájaro), su grandeza y belleza de su plumaje, 116.
Suapure (R), su curso, 59. Desagua en él el Turiva, *ibid.*
Survilla, don Luis, 285. Su nuevo mapa del Orinoco, *ibid.* y s.

T

Tabaco, 187. Hállase en todas las naciones del Orinoco, *ibid.* No lo absorben por las narices, 188. Lo usan para fumar, *ibid.* Tabaco arbóreo de los otomacos, *ibid.* Su manipulación, *ibid.* y s.
Te, v. Escobilla.
Temblador, anguila del Orinoco, 93. Paraliza las manos del que la pesca con anzuelo, *ibid.* Si es semejante al pez torpedo, 260.
Tierra vecina al Orinoco es arenosa y estéril, 151. Apta para sembrar algunas semillas útiles, *ibid.* En el interior los terrenos son mejores, 152.
Tigres del Orinoco, 219. Su poder y ferocidad, *ibid.* Caza del tigre, 219. Varias especies de tigres, 221. No son animales cobardísimos, como los llama Robertson, 276. Pero temen a los toros, *ibid.*
Toma (R), 64. Por él se va al Macuco, *ibid.*
Tortugas y sus clases, 105 s. Su multitud, 106 s. Tortugas pequeñas, 108. Su vivacidad, 108. Su sabor, *ibid.*
Trepadoras americanas y su variedad, 176.
Tucuría (A), 119.

U

Uyapi (R), su curso, 61.
Uoqueares (N.O.), su número, 133.
Uruana (red.), 74. Su fundación y sus habitantes, *ibid.*
Urupi (R), 66.

V

Vainilla, 169. Se cree por los españoles insalubre, *ibid.* Uso que de ella hacen, *ibid.* Los parecas la usan para collares, *ibid.*
Venituari (R), su longitud y belleza, 58.
Vía caribe, 134. Angostura de los caminos orinoquenses, *ibid.*
Viajes hechos al interior, 127. Viaje al Venituari por tierra, 128.
Vichada (R), 64.

Y

Yaruros (N.O.), su número, 133.
Yavaranos (N.O.), su número, 133.
Yuca, arbusto orinoquense cultivado, 191. Singularísima variedad de las yucas, *ibid.* y s.

INDICES

NOMBRES GEOGRAFICOS

A

Acamacóri, isla: 45.
Acuquámo, monte: 291.
Achi, monte: 224.
Aguapíri, río: 289, 290.
Aguasblancas, río: 289, 290.
Airico: 65, 138, 140, 141, 167.
Almorzadero, región: 141.
Alto Orinoco: 53, 54, 55, 71, 76, 133, 134, 167, 169, 200, 218.
Alto Perú: 53.
Amarapuri, río: 60.
Amazonas: 142, 145, 146, 147, 259, 289.
Amocó, río: 60.
Amsterdam: 262.
Anavéni, río: 28, 59, 128.
Andalucía: 204.
Andes, Los: 271.
Angostura: 49, 69, 73, 76, 293, 294.
Antillas, islas: 16, 49, 79, 262, 269.
Apamáta, río: 28, 67.
Apure: 28, 34, 37, 67, 68, 107, 118, 228, 285.
Aquire, río: 28, 63.
Aracúru, cascada: 58.
Arachúna, río: 28, 67, 119.
Arauca, río: 67.
Aravacoto, roca: 40. 104.
Ariári, río: 46.
Argentina: 94.
Arue-ime, río: 60.
Arúi, río: 294.
Asiveru, río: 60.
Ataváje (o Atavaye), cascada: 29, 41, 44, 52, 59, 74.
Atabapo, río: 46, 47, 55, 57, 63, 64, 72, 129, 285.
Atavápo, río: 29, 73.
Atlántico: 24, 33, 38, 49, 133.
Atures, Raudal de: 24, 29, 41, 59, 74, 93, 107, 277, 284, 285, 286.
Auvána, río: 58, 86, 92, 116, 120, 132, 153, 162, 166, 167, 173, 187, 208, 210, 244.
Avaré-ima, monte: 222.
Avarima: 127.
Avuana, río: 95.

B

Bajo Orinoco: 49, 58, 132.
Barcelona: 8, 24, 68.
Barceloneta: 287, 289, 294.
Barinas: 34, 68.
Barraguán: 70.
Barranca: 215.
Bering, isla de: 262.
Betoyes: 67.
Bichada, río: 28.
Blanco, río: 29, 49, 50, 51, 257, 258, 290.
Bogotá: 16, 25, 137.

Bolonia: 276.
Borbón: 294.
Brasil: 158, 194.
Brujas, playa: 36.
Buenavista: 109.
Buenos Aires: 16.

C

Cabruta: 24, 40, 47, 50, 57, 68, 69, 71, 72, 102, 104, 120, 127, 218, 242, 266, 284, 285.
Cadacáda: 293.
Caicara: 107.
Calicut: 271, 273, 274.
Camani, río: 288.
Camiseta, Raudal de: 29, 35, 39, 40.
Campeche: 261.
Canadá: 278.
Canarias, islas: 197, 269, 271, 272, 273, 298.
Capanaima, monte: 221, 230.
Capuchino, monte: 40, 96, 178, 216.
Cáquesa, montes: 46.
Caquetá, río: 44, 63.
Caracas: 18, 24, 54, 68, 71, 72, 77, 113, 138, 223, 297.
Caracas, Puerto de: 106.
Caramana, aldea: 74.
Caribana: 126, 260, 261.
Carichána, cascada: 29, 39, 40, 41, 55, 59, 64, 65, 70, 74, 84, 128, 203, 275.
Cachichana, prados de: 229.
Carivirri, monte: 153.
Carolina: 278, 294.
Caroní, río: 28, 63, 287.
Cartagena: 137, 198.
Casanare: 53, 66, 67, 152, 169, 279.
Casimena: 65, 66.
Casiquiare, río: 29, 33, 46, 47, 51, 128, 258.
Castillo, monte: 40, 59, 74, 153.
Castillo, San Saverio del: 70.
Catabuca, río: 258.
Cateniápu, río: 59.
Caura, río: 25, 28, 52, 62, 63, 126, 135, 143, 285, 288, 294.
Cayame, río: 146.
Cayena: 94, 126, 147, 151, 260.
Celenas: 60.
Ceilán: 168.
Ciudad Real: 73, 101, 294.
Coari: 146, 150.
Colombia: 94, 115.
Conucunúma, río: 287.
Coro: 138.
Cravo: 65, 66, 248.
Cuchivara, río: 146, 149.
Cuchivero, río: 28, 60, 61, 68, 76, 92, 107, 118, 126, 127, 131, 132, 136, 148, 149, 150, 151, 212, 221, 295.
Cuitana: 47.
Cuituna, cascada: 42, 43, 48, 64.
Cumaná: 18, 35, 49, 68, 185, 284, 285, 292, 298.
Curiquima: 67, 70, 153.
Curucuruparu: 107.

CH

Chamacu, monte: 61, 63, 135, 136, 153, 292.
Champanes, Puerto de: 42.
Chaparaca: 165.
Chile: 276.
Chocó: 137.

D

Danubio: 15.
Darién: 18.
Dorado, El: 19, 24, 40, 50, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 289, 290, 291, 292.

E

Ecuador: 25.
Egipto: 100, 271.
Encaramada: 40, 67, 74, 128, 129, 130, 132, 158, 159, 160, 169, 171, 175, 230, 240, 268.
Esmeralda: 294, 295.
España: 8, 20, 49, 54, 57, 75, 77, 139, 170, 186, 203, 204, 223, 259, 273, 279, 283, 292, 293.

Essequebo (o Esquibo, colonia holandesa): 50.
Essequebo, río: 50, 63.
Etiopía: 271.
Eufrates: 15.

F

Filipinas, islas: 271.
Florencia: 194.
Fortunadas, islas: 272.
Francia: 20.
Fuerte de los Portugueses: 51.

G

Ganges: 15.
Gesú de Roma: 25, 144.
Goárico, río: 28.
Gran Canaria: 272, 273.
Guaicupa, río: 297.
Guainaíma, río: 61, 130.
Guaira, La: 106, 116, 267.
Guanapalo: 141.
Guárico, río: 68.
Guasaiparo: 73.
Guaviare, río: 45, 46, 63, 64, 134, 136, 138, 218.
Guaya: 28, 60, 74, 153.
Guayana: 35, 38, 39, 49, 52, 62, 69, 73, 75, 76, 112, 113, 131, 139, 147, 163, 170, 224, 246, 249, 266, 284, 293.
Guayana, la antigua: 63, 126.
Guayana, la nueva: 294.
Guayavero, río: 46.
Guinea: 191.
Guirior: 289, 294.

H

Habana: 261.
Holanda: 133.
Honda, puerto: 215.
Hormiguero: 141.

I

Iguana (población de capuchinos): 61, 68.
Inaparima, monte: 266.
India: 269.
Indias, Las: 193, 194, 203, 269, 271, 286.
Indias Occidentales: 266.
Infierno, Boca del: 40.
Inglaterra: 142.
Iniquiare (o Iniquiari o Miquiari), río: 62, 63, 135.
Inirichá (o Iniridá), río: 64.
Ildeshim: 50.
Ipoqui, isla: 289.
Iriyó, río: 146, 149.
Italia: 8, 11, 13, 16, 24, 100, 105, 118, 159, 168, 169, 170, 172, 173, 175, 181, 186, 192, 198, 209, 211, 215, 219, 226, 251, 267, 269, 292, 296.
Ivayeni: 128.

J

Jamaica: 187.

L

Líbano: 264.
Lico, río: 60.
Lima: 265, 272.
Limones, Caño de: 35.

M

Macaguane: 67.
Macapa: 146.
Macaredo, boca de: 33.
Macatoa: 140.
Macoa: 44.
Macuco: 64, 65, 74.
Madrid: 8, 53, 204, 276, 284.
Magdalena, río: 36, 215.
Maipures, Raudal de: 29, 42, 47, 64, 72.
Maita: 60, 128, 161, 177, 225, 241, 247.
Málaga: 203.
Manapiare (o Manapiari), río: 130, 131, 135, 136.
Manapire (o Manapiro), río: 28, 61, 68.
Manare: 67.
Maniapari, río: 129.

Maniapure, río: 28, 60.
Manoa (ciudad capital de los omaguas): 141.
Manoa del Dorado (ciudad imaginaria): 142.
Mao, río: 290.
Mapara, cascada: 41, 42, 48, 74, 107, 128.
Maranhao: 259.
Marañón, río: 23, 25, 33, 34, 39, 44, 46, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 57, 89, 90, 125, 128, 140, 142, 143, 145, 146, 149, 150, 169, 262, 289.
Mar Blanco: 290.
Margarita, isla de: 139, 209.
Mariva (aldea portuguesa en el Río Negro): 57.
Marsias, río: 60.
Martinica: 209.
Maynas: 151.
México: 94, 137, 193, 261, 265, 267, 268, 275.
Mesopotamia: 142.
Meta, río: 28, 37, 39, 64, 65, 66, 67, 70, 91, 118, 141, 152, 229, 266, 285.
Mey, Serranía de: 288.
Miquiari, río: 62.
Mojos, provincia: 261.
Molucas: 168.
Monte Cassino: 9.
Mortigura (misión vecina al Pará): 146.
Mura, cascada: 62, 135.

N

Navíos, Boca de: 33.
Nilo: 15, 43, 44.
Norte, Cabo del: 146.
Nueva Andalucía: 18, 284.
Nuevo Mundo: 142, 194, 218.
Nuevo Reino: 25, 36, 46, 49, 136, 137, 144, 170, 214, 257, 259, 297.

O

Orinoco (u Orenoque, u Orinúcu), río: 8, 16, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 31, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 63, 64, 65, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 82, 83, 84, 85, 87, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 96, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 109, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 123, 125, 126, 128, 129, 131, 133, 134, 135, 136, 139, 140, 141, 142, 151, 152, 153, 155, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 181, 182, 183, 185, 186, 187, 188, 191, 193, 194, 198, 201, 202, 203, 205, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 215, 217, 219, 221, 222, 224, 225, 226, 227, 229, 230, 231, 235, 236, 237, 238, 240, 241, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 253, 258, 259, 261, 262, 264, 265, 266, 268, 269, 270, 271, 274, 276, 278, 279, 283, 284, 285, 286, 287, 289, 290, 292, 293, 294, 295, 296, 297, 298.
Otomacos, Caño de: 28, 67.
Oyapoc, río: 147, 149.

P

Padámo, río: 287, 295.
Pao (o Pau), río: 28, 68, 71, 297.
Pará: 50, 56, 57, 151.
Parába (o Paráva), río: 287, 289, 294, 295.
Parabamuxi: 289.
Paragua, río: 287, 288.
Paraguay: 94.
Pararuma: 56, 59, 74, 153.
Pararuma, Nuestra Señora de los Angeles de: 70.
Paravani, punta de: 40.
Parecas, San Saverio de los: 70.
Parime, lago: 24, 25, 46, 54, 136, 142, 143, 153, 257, 285, 288, 289, 290, 291, 292, 294.
París: 260.
Paruái, río: 28.
Paruási, río: 28, 59, 104, 224.

Paruate, río: 59.
Parrava, río: 48.
Pasto: 44, 45, 47, 54.
Patura, San Estanislao de: 70.
Patute: 67.
Paurari, monte: 220.
Pauto: 67.
Pavichima: 128.
Pensilvania: 278.
Perú: 138, 139, 183, 261, 265, 271.
Piñas, río de: 297.
Píritu: 284, 287.
Plata, río de la: 34.
Platanar: 73.
Po, río: 15.
Pocopocori, monte: 96.
Pongo: 53.
Popayán: 45, 47, 237, 257.
Pore de Casanare: 251.
Portugal: 57, 77.
Potosí: 137.
Puerto Rico: 49.
Puruay, río: 61, 62, 260.

Q

Quebradita: 140.
Quito: 45, 49, 138, 257, 265.

R

Raudalito, cascada: 29, 41.
Real Corona: 73.
Rimi-panó: 154, 161.
Río Grande: 36, 48.
Río Negro: 23, 25, 46, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 72, 73, 77, 134, 136, 139, 142, 146, 168, 258, 259, 288, 289,
Roma: 25, 35, 139, 193, 197, 283, 297.
Rorótpe, lago: 35, 153.

S

Sabáro, río: 288.
Samacu, monte: 135.
San Calixto: 9.
San Carlos: 223, 294.
San Fernando: 46, 72, 129, 130, 131.
San Francisco, monasterio: 272.
San Ignacio: 71, 72.
San Juan Bautista: 293.
San Juan de los Llanos: 45, 46, 64, 140, 257.
San Joaquín: 146.
San Joseph: 289.
San Lorenzo, río: 34.
San Luis: 74, 126, 201.
San Pedro, río: 45.
San Regis: 70.
Santa Bárbara: 70, 294.
Santa Fe (Nuevo Reino): 45, 49, 51, 64, 68, 71, 75, 76, 77, 85, 138, 201, 240, 250, 257, 259, 265.
Santa Marta: 137, 229.
Santa Rosa: 294.
Santa Teresa: 70.
Santiago de las Atalayas: 138.
Santo Domingo: 16, 34, 183, 191, 204, 271, 272, 273, 274.
Santo Tomás: 39, 75.
Saráca, río: 289.
Saridá, cascada: 29, 42.
Sevilla: 197.
Sicilia: 269.
Sinarúco, río: 28, 64, 67, 70, 76.
Sipápu, río: 28, 47, 58.
Sogamoso, valle: 137, 138.
Sombrero: 68.
Suapúre, río: 28, 59, 60.
Surimena: 65.

T

Tacoca, río: 290.
Tacucu, río: 290.
Tame: 67.
Tefe: 146.
Tíber, río: 15.
Tierra Firme: 16, 18, 49, 216, 272.
Tigre- Piedra del: 40, 67.
Timaná: 138.
Tinaco: 68.
Tipápu, río: 58, 64, 118.
Toma, río: 28, 64.
Treviso: 13.

Trinidad: 38, 45, 80, 113, 237, 248, 278.
Triste, Golfo: 38, 39.
Trumbétas, río: 289.
Tuápu, río: 58.
Turiva, río: 60, 234.

U

Uaccára-yotta (región): 172, 194, 201, 268.
Uápu, río: 58.
Ucayali: 138.
Umadea, río: 64.
Urabá: 260, 261.
Uruana: 34, 57, 67, 74, 75, 82, 83, 107, 111, 119, 128, 195.
Urúpe (o Urupi), río: 28, 67.
Uyápi, río: 28, 61, 69, 73.

V

Vega, La: 240.
Vélez: 137.
Venezuela: 42, 138, 147, 151, 246.
Venituáre (o Venituari), río: 28, 58, 128, 129, 130, 131, 132, 135, 136, 295.
Vichada, río: 64, 76.
Visata, río: 64.

Y

Yaruros: 74.
Yavi, monte: 132, 153, 292.
Yoga-apurúra, río: 48.
Yapurá: 258, 259.
Yurepe: 70.
Yuyamari, monte: 132, 153.

NOMBRES DE PERSONAS

A

Acosta, Padre José de: 115, 271.
Acuña, Padre: 142, 145, 150, 151.
Aguirre, Lope de: 138, 139.
Agustín (indio): 141.
Alcázar Molina, C.: 24.
Anson, Lord: 261.
Aparía (cacique): 150.
Aranda: 128, 132.
Artigas, Hermano Juan: 250.
Avogadri, Padre Aquiles: 56.
Azara, Nicolás: 283.

B

Bajon, M.: 94.
Ballesteros y Beretta: 24.
Barazi, Padre: 151.
Bargas Machuca, María Luisa: 71, 72.
Bembo, Cardenal Pedro: 143, 145.
Benavente, P.: 74.
Berlanga, Fray Thomás de: 272.
Berrío, Antonio: 39.
Bobadilla, Francisco: 57, 169.
Bomare, M.: 99, 176, 190, 222, 226, 264, 271, 278.
Bucard, P.: 82.
Buffon, M.: 260.

C

Caco (hijo de Vulcano): 223.
Cañete, Marqués de: 139.
Casagrande (soldado): 55.
Caulín, Fray Antonio: 284, 285, 286, 287, 288, 289, 290, 291, 293, 294, 295, 296, 297, 298.
Cayo Plinio Segundo: 7.
Celeno (la principal de las arpías): 215.
Centurión, Manuel: 49, 289, 292, 293, 294, 295.
César: 12.
Coleti: 25.
Colón, Cristóbal: 11, 16, 17, 38, 183.
Condamine, Carlos María la: 44, 50, 51, 54, 63, 140, 142, 145, 148, 149, 151, 257.
Corominas: 42, 186.
Cuervo, R. J.: 16.
Curcio, Quinto: 60.
Cuséru (cacique): 72, 73.

D

Díaz, Pablo: 35.
Diego (indiecito): 278.
Díez, Apolinar: 46, 47, 287, 288.
Don Jorge (maltés): 65.
Dubourg, M.: 270.

E

Eneas: 215.
Espinosa, P.: 57.
Eugenio (mulato): 62.

F

Felipe V: 76.
Fiol, P. Ignacio: 76.
Forneri, José María: 59, 60, 128, 132.
Fritz, P.: 25.

G

Galletti, Pier Luigi (Obispo de Cirene): 9.
Garcilaso, El Inca: 115, 183, 271, 272.
Gilij, Padre Felipe Salvador: 8, 21, 26, 80, 165, 246.
Gomara, Francisco López de: 12, 183.
Gonzaga, San Luis: 74.
González, P. Francisco: 59, 74.
Gumilla, Padre José de: 8, 9, 19, 20, 23, 33, 35, 36, 44, 47, 52, 53, 54, 61, 67, 70, 76, 89, 91, 93, 104, 125, 136, 137, 140, 141, 142, 144, 157, 159, 163, 215, 218, 237, 263, 276, 283.
Guzmán, Fernando: 35, 139.

H

Henríquez Ureña, P.: 16.
Hércules: 223.
Herrera: 39, 115.
Homero: 165.
Hortsman, Nicolás: 50, 258.

I

Iraizos, abate Manuel: 261.
I'Isle, M. de: 287.
Iturriaga, José (Jefe de la Real Expedición de Límites): 57, 73, 128, 129, 131, 169, 293.

J

Jiménes de Quesada, Gonzalo: 39.
Justino (historiador latino): 145, 150.

K

Kevó: 225.

L

Limpias, Pedro: 138.
Loverso, Vicente: 76.
Lubián, Roque: 141.
Luisicos (cacique): 66.

M

Macápu (cacique de los Guaipunaves): 55, 72.
Macatúa (cacique): 141, 167.
Machacoto (primer cacique de los Tamanacos): 230.
Madariaga, Ignacio: 202.
Maffei, P. Juan Pedro: 194.
Marcucci, Francisco Antonio (Obispo de Monte Alto): 9.
Mártir de Anglería, Pedro: 101, 183, 260.
Mellis, P.: 59.
Molina, abate: 276.
Monaíti, Felipe (cacique de los Tamanacos): 103, 220.
Morello, P.: 59.
Moreno, Joaquín: 49.
Müller: 262.

N

Navagero: 13.

O

Ojeda, Alonso de: 260.
Olmo, P. Francisco: 42, 59, 67, 72, 73, 128, 129, 132, 166, 168.
Orellana: 39, 143, 144, 145, 150, 151.
Oviedo, Fernando: 143, 144.
Oviedo y Valdez, Gonzalo Fernández de: 12, 42, 176, 183, 196, 204, 266, 269, 271, 272, 273, 274.

P

Piedrahita, Lucas Fernández de: 138.
Pizarro, Gonzalo: 143.
Plinio: 269, 270.
Poveda, abate Antonio Mariano: 261.

Q

Quesada: 138.
Queveicoto, Tomás: 84.

R

Raleigh, Walter: 39, 140, 142.
Ramírez Galindo, Hernán: 204.

Ramusio, Juan B.: 13, 143, 176, 192, 260.
Rauber, P.: 66.
Robertson: 37, 257, 258, 276.
Román, Padre Manuel: 53, 54, 55, 56, 57, 128, 134, 240.
Rossi, Marqués de: 283.
Rotella, Padre Bernardo: 54, 69, 70, 71, 76, 113.
Roxas, P.: 66.

S

Salillas, Antonio: 258, 275.
Sánchez, Juan Ignacio: 223, 227.
Sánchez, Miguel: 131.
Santamaría, F. J.: 94, 246.
Sedeño, Simeón: 104.
Sicilia, Diodoro de: 150.
Solano, José: 64, 72, 284, 287.
Soto, Alfonso de: 73.
Sousa y Figueira, Gabriel de: 57.
Surville, Luis: 286, 290, 291, 292, 295.

T

Tomás: 66.
Tomás, Fray Bruno: 9.
Torres, abate Santiago: 267.
Torres Naharro: 186.
Torrubia: 139.

U

Uáite, Luis (hijo de Machacoto): 230, 234, 247.
Ullos: 16.
Uopí, Ignacio: 92.
Ursoa: 139.
Utre, Felipe: 138, 140, 141.

V

Vachá: 148, 150.
Vartema, Ludovico de: 273, 274.
Veniamari, Francisco: 61, 62, 129, 130, 135, 142.
Vespasiano, Tito: 7.
Vilás, abate Tomás: 277.
Virgilio: 118, 215, 223.

X

Ximénez (soldado): 64.

Y

Yucumare (persona célebre entre los Tamanacos): 212.

INDICE

Estudio Preliminar IX

Indice de los libros y de los capítulos contenidos en el tomo I de la Historia Natural del Orinoco 3

A los erudito Lectores 11

LIBRO PRIMERO

Noticias generales.

Cap. I – Del Río Orinoco 33

Cap. II – De los navegantes antiguos del Orinoco, de sus cascadas y de las islas 38

Cap. III – De las fuentes y del curso del Orinoco 44

Cap. IV – De los ríos que salen del Orinoco 49

Cap. V – Del descubrimiento de la comunicación del Orinoco con el Marañón 53

Cap. VI – De los ríos que entran en el Orinoco por la derecha 57

Cap. VII – De los ríos que entran a la izquierda del Orinoco 63

Cap. VIII – De las aldeas antiguas y modernas del Orinoco 69

Cap. IX – De las aldeas que están a la orilla derecha del Orinoco 73

Cap. X – Por qué son tan pocas las poblaciones del Orinoco 75

Cap. XI – De las barcas de los orinoquenses, de sus remos y del modo de navegar 78

Cap. XII – Del modo de navegar el Orinoco 82

LIBRO SEGUNDO

De los animales y de los vegetales del río Orinoco.

Cap. I – De los peces con escamas 89

Cap. II – De los peces de piel 92

Cap. III – De los animales anfibios del Orinoco 96

Cap. IV – De otros animales anfibios 99

Cap. V – De las tortugas del Orinoco 104

Cap. VI – Del aceite que se extrae de los huevos de las tortugas 110

Cap. VII – De las aves del Orinoco 114

Cap. VIII – De los árboles del Orinoco 118

Libro Tercero

De los países interiores del Orinoco.

Cap. I – Estado del país del interior, y descubrimientos allí hechos hasta el año 1767 125
Cap. II – Del viaje hecho al Venituari por tierra 128
Cap. III – Se describen las naciones del país interior del Orinoco y se cuenta el número de las almas que las componen 131
Cap. IV – De otras noticias de tierras que están al mediodía del Orinoco 134
Cap. V – Del Dorado 137
Cap. VI – De las Amazonas 144
Cap. VII – Perspectiva del país interior del Orinoco 152

Libro Cuarto

De los vegetales de los países interiores del Orinoco.

Cap. I – De los árboles..... 157
Cap. II – De los árboles fructíferos 160
Cap. III – De las palmeras 163
Cap. IV – De la canela, del cacao, de la vainilla, y de otros vegetales singulares de las selvas del interior del Orinoco 168
Cap. V – De las gomas de los árboles 171
Cap. VI – De las flores, de los árboles, de los arbustos, de las enredaderas y de las fosforescencias 174
Cap. VII – De las hierbas y de las raíces 178
Cap. VIII – De las plantas cultivadas del Orinoco, y primeramente de las que son estimables por sus semillas 182
Cap. IX – De los frutos producidos por semilla..... 185
Cap. X – De las plantas célebres por sus raíces 189
Cap. XI – De las plantas de fruto doméstico 194
Cap. XII – De las plantas útiles para hacer telas y cuerdas y para sacar de ellas colores 198
Cap. XIII – Si en el Orinoco arraigan bien y dan fruto vegetales extranjeros 202

Libro Quinto

De los animales de los países interiores del Orinoco.

Cap. I – De los pájaros comestibles 207
Cap. II – De algunos pájaros singulares del Orinoco 210
Cap. III – De los pájaros nocturnos 211
Cap. IV – De los pájaros carnívoros 214
Cap. V – De los monos..... 217
Cap. VI – De los animales feroces 219
Cap. VII – De los animales raros del Orinoco 222
Cap. VIII – De los animales buenos para comer 224
Cap. IX – De los animales pequeños comestibles y de las tortugas terrestres 228
Cap. X – De las hormigas bachacos 231

Cap. XI – De otras especies de hormigas 234
Cap. XII – De algunos insectos notables 236
Cap. XIII – De los insectos interiores 238
Cap. XIV – De los mosquitos 241
Cap. XV – De otros insectos volantes 245
Cap. XVI – De las abejas 247
Cap. XVII – De las serpientes y de los sapos 249
Cap. XVIII – De los animales domésticos 251

Notas y aclaraciones 257

Apéndice a la historia geográfica y natural de la provincia del Orinoco.... 283

§ I – Geografía 284
§ II – Hidrografía 286
§ III – Origen del Orinoco 287
§ IV – Lago Parime 288
§ V – Del Río-Blanco 290
§ VI – Del Dorado 291
§ VII – Lagos y montes 292
§ VIII – Población 292
§ IX – Naciones nuevas 295
§ X – Aire 296
§ XI – Historia natural 297

Indice de las cosas notables 301

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO,
REALIZADO EN LOS TALLERES DE
ITALGRAFICA, C. A., CARACAS,
EN EL MES DE JULIO DE 1965